

pensamiento crítico

J 556, Vedado, Habana

Director

Fernando Martínez

Consejo de Dirección

Aurelio Alonso
José Bell Lara
Jesús Díaz
Thalía Fung
Ricardo J. Machado

Diseño y emplane

Rostgaard

40 centavos
suscripción anual \$4.80

Pensamiento Crítico responde a la necesidad de información que sobre el desarrollo del pensamiento político y social del tiempo presente tiene hoy la Cuba revolucionaria. De aquí que los artículos publicados no corresponden necesariamente a la opinión de la revista, que se reserva el derecho de expresarla por medio de notas aclaratorias o artículos cuando lo estime necesario.

INDICE

La Historia me absolverá (Fragmento)	3	<i>Fidel Castro Ruz</i>
Una revolución que comienza	8	<i>Ernesto "Che" Guevara</i>
Pino del agua II	31	<i>Ernesto "Che" Guevara</i>
Carta de Frank País a Fidel Castro	40	
A las Fuerzas Revolucionarias de la zona norte de Las Villas	46	
Los aniversarios del 26 de julio	49	<i>Fidel Castro Ruz</i>
Declaraciones del Comité Central del Partido Comunista de Cuba	72	
El Uruguay no es una excepción	83	<i>Ariel Collazo</i>

El reformismo: teoría 111
de la contrarrevolución *Eneida Novoa*

Camilo, revolucionario 137 *Francisco González*

El futuro del movimiento 149 *Manuel Maldonado-*
independentista puertorriqueño *Denis*

Perú: entrevistas a dos 171
guerrilleros

Manifiesto del Ejército de 199
liberación nacional al pueblo
boliviano

Bolivia, análisis de una situación 204 *Ojarikuj Runa*

Los autores 221

No. 6. Julio de 1967. Año del Viet Nam Heroico

IMPRESO EN LA UNIDAD PRODUCTORA 09, DEL INSTITUTO DEL LIBRO.

Julio termina con dos acontecimientos de la Revolución latinoamericana: el aniversario del heroico asalto al Cuartel Moncada, inicio de la Revolución cubana, y el primer congreso de la Organización Latinoamericana de Solidaridad.

Catorce años después es ya innegable el carácter trascendental del suceso del 26 de julio de 1953, para nuestra Patria y el continente. Como otros momentos de viraje de la historia, su importancia fue primero negada, después aceptada sin comprenderla a derechas, y sólo el desarrollo profundo de la Revolución ha mostrado las proporciones de la transformación que el Moncada anunciaba.

Como otros grandes revolucionarios del siglo —los bolcheviques de Lenin— los revolucionarios dirigidos por Fidel Castro tuvieron que luchar contra una poderosa reacción, pero también contra una supuesta “ortodoxia revolucionaria” que marcaba las formas de lucha, de organización revolucionaria, de transformaciones para alcanzar el socialismo, etc. En este triunfo radica su grandeza: en la capacidad para plantearse los grandes problemas de la época, y acometer su solución con decisión, intransigencia y métodos revolucionarios. Las extraordinarias características de su dirigente máximo y la fe inalterable en la capacidad del pueblo como protagonista de la Revolución le han permitido a esta vanguardia encontrar y sostener el rumbo.

Por primera vez en la historia del continente una nación logró liberarse de la explotación y dominio del mayor enemigo de nuestro tiempo, el imperialismo norteamericano. Pero esto fue posible porque, en un proceso único, la sociedad cubana se transformó radicalmente y continúa transformándose sin cesar, a través de la incorporación cada vez más consciente de la población a la realización y la dirección de las actividades sociales, y de un internacionalismo militante que revive los ideales marxistas

en los intereses de los pueblos que luchan contra el imperialismo. La razón del acierto, que a veces asombra, de la Revolución cubana en sus actos y posiciones ante los principales problemas del mundo actual, es sencilla: el proceso comenzado en el Moncada continúa profundizándose, que es la única forma de vida posible a las revoluciones.

La situación actual de América Latina es la de una crisis que sólo podrá resolverse por una revolución antimperialista que transforme radicalmente las estructuras sociales del continente. Las vanguardias revolucionarias de los pueblos latinoamericanos se reúnen en La Habana, para realizar la unión de las fuerzas para una lucha que forzosamente ha de ser continental. Otra vez, como en los tiempos de Bolívar y San Martín, ejércitos latinoamericanos pelearán por la libertad americana; otra vez el ideal borrará las fronteras entre los patriotas, ahora para la liberación definitiva. Por la decisión, la intransigencia y los métodos revolucionarios, se reconocerá a las vanguardias y a los caudillos del pueblo. Y la victoria será continental.

La Historia me absolverá

(FRAGMENTO)

FIDEL CASTRO RUZ

... Es necesario que me detenga a considerar un poco los hechos.

Se dijo por el mismo gobierno que el ataque fue realizado con tanta precisión y perfección que evidenciaba la presencia de expertos militares en la elaboración del plan. ¡Nada más absurdo! El plan fue trazado por un grupo de jóvenes ninguno de los cuales tenía experiencia militar; y voy a revelar sus nombres, menos dos de ellos que no están ni muertos ni presos: Abel Santamaría, José Luis Tasende, Renato Guitar Rosell, Pedro Miret, Jesús Montané y el que les habla. La mitad han muerto, y en justo tributo a su memoria puedo decir que no eran expertos militares, pero tenían patriotismo suficiente para darle, en igualdad de condiciones, una soberana paliza, a todos los generales del 10 de marzo juntos, que no son ni militares ni patriotas.

Más difícil fue organizar, entrenar y movilizar hombres y armas bajo un régimen represivo que gasta millones de pesos en espionaje, soborno y delación, tareas que aquellos jóvenes y otros muchos realizaron con seriedad, discreción y constancia verdaderamente increíbles; y más meritorio todavía será siempre darle a un ideal todo lo que se tiene y, además, la vida.

La movilización final de hombres que vinieron a esta provincia desde los más remotos pueblos de toda la Isla, se llevó a cabo con admirable precisión y absoluto secreto. Es cierto igualmente que el ataque se realizó con magnífica coordinación. Comenzó simultáneamente a las 5:15 a. m., tanto en Bayamo como en Santiago de Cuba y, uno a uno, con exactitud de minutos y segundos prevista de antemano, fueron cayendo los edificios que rodean el campamento. Sin embargo, en aras de la estricta verdad, aun cuando disminuya nuestro mérito, voy a revelar por primera vez también otro hecho que fue fatal; la mitad del grueso de nuestras fuerzas y la mejor armada, por un error lamentable se extravió a la entrada de la ciudad y nos faltó en el momento decisivo. Abel Santamaría, con 21 hombres, había ocupado el Hospital Civil; iban también con él para atender a los heridos un médico y dos compañeras nuestras. Raúl Castro, con 10 hombres, ocupó el Palacio de Justicia; y a mí me correspondió atacar el campamento con el resto, 95 hombres. Llegué con un primer grupo de 45, precedido por una vanguardia de ocho que forzó la posta tres. Fue aquí precisamente donde se inició el combate al encontrarse mi automóvil con una patrulla de recorrido exterior armada de ametralladoras. El grupo de reserva, que tenía casi todas las armas largas, pues las cortas iban a la vanguardia, tomó por una calle equivocada y se desvió por completo dentro de una ciudad que no conocían. Debo aclarar que no albero la menor duda sobre el valor de esos hombres, que al verse extraviados sufrieron gran angustia y desesperación. Debido al tipo de acción que se estaba desarrollando y al idéntico color de los uniformes en ambas partes combatientes, no era fácil restablecer el contacto. Muchos de ellos, detenidos más tarde, recibieron la muerte con verdadero heroísmo.

Todo el mundo tenía instrucciones muy precisas de ser, ante todo, humano en la lucha. Nunca un grupo de hombres armados fue más generoso con el adversario. Se hicieron desde los primeros momentos numerosos prisioneros, cerca de veinte en firme; y hubo un instante, al principio, en que tres hombres nuestros, de los que habían tomado la posta: Ramiro Valdés, José Suárez y Jesús Montané, lograron penetrar en una barraca y detuvieron durante un tiempo a cerca de cincuenta soldados. Estos prisioneros declararon ante el tribunal, y todos sin excepción han reconocido que se les trató con absoluto respeto, sin tener que sufrir ni siquiera una palabra vejaminosa. Sobre este aspecto sí tengo que agradecerle algo, de corazón, al señor Fiscal; que en el juicio celebrado a mis compañeros, al hacer su informe, tuvo la justicia de reconocer como un hecho indudable,

el altísimo espíritu de caballerosidad que mantuvimos en la lucha. La disciplina por parte del Ejército fue bastante mala. Vencieron en último término por el número, que les daba una superioridad de 15 a 1, y por la protección que le brindaban las defensas de la fortaleza. Nuestros hombres tiraban mucho mejor y ellos mismos lo reconocieron. El valor humano fue igualmente alto de parte y parte.

Considerando las causas del fracaso táctico, aparte del lamentable error mencionado, estimo que fue una falta nuestra dividir la unidad de comandos que habíamos entrenado cuidadosamente. De nuestros mejores hombres y más audaces jefes, habían 27 en Bayamo, 21 en el Hospital Civil y 10 en el Palacio de Justicia; de haberse hecho otra distribución, el resultado pudo haber sido distinto. El choque con la patrulla (totalmente casual, pues veinte segundos antes o veinte segundos después, no habría estado en ese punto) dio tiempo a que se movilizara el campamento, que de otro modo habría caído en nuestras manos sin disparar un tiro, pues ya la posta estaba en nuestro poder. Por otra parte, salvo los fusiles calibre 22, que estaban bien provistos, el parque de nuestro lado era escasísimo. De haber tenido nosotros granadas de mano, no hubieran podido resistir quince minutos.

Cuando me convencí de que todos los esfuerzos eran inútiles para tomar la fortaleza, comencé a retirar nuestros hombres en grupos de ocho y de diez. La retirada fue protegida por seis francotiradores que, al mando de Pedro Miret y de Fidel Labrador, le bloquearon heroicamente el paso al Ejército. Nuestras pérdidas en la lucha habían sido insignificantes; el 95 por ciento de nuestros muertos fueron producto de la crueldad y de la inhumanidad cuando aquélla hubo cesado. El grupo del Hospital Civil no tuvo más que una baja; el resto fue copado al situarse las tropas frente a la única salida del edificio, y sólo depusieron las armas cuando no les quedaba una bala. Con ellos estaba Abel Santamaría, el más generoso, querido e intrépido de nuestros jóvenes, cuya gloriosa resistencia lo inmortaliza ante la Historia de Cuba. Ya veremos la suerte que corrieron y cómo quiso escarmentar Batista la rebeldía y heroísmo de nuestra juventud.

Nuestros planes eran proseguir la lucha en las montañas caso de fracasar el ataque al regimiento. Pude reunir otra vez, en Siboney la tercera parte de nuestras fuerzas; pero ya muchos estaban desalentados. Unos veinte decidieron presentarse; ya veremos también lo que ocurrió con ellos. El resto, 18 hombres, con las armas y el parque que quedaban, me siguieron

a las montañas. El terreno era totalmente desconocido para nosotros. Durante una semana ocupamos la parte alta de la cordillera de la Gran Piedra y el Ejército ocupó la base. Ni nosotros podíamos bajar ni ellos se decidieron a subir. No fueron, pues las armas; fueron el hambre y la sed quienes vencieron la última resistencia. Tuve que ir distribuyendo los hombres en pequeños grupos; algunos consiguieron filtrarse entre las líneas del Ejército, otros fueron presentados por monseñor Pérez Serantes. Cuando sólo quedaban conmigo dos compañeros: José Suárez y Oscar Alcalde, totalmente extenuados los tres, al amanecer el sábado 1.º de agosto, una fuerza al mando del teniente Sarría, nos sorprendió durmiendo. Ya la matanza de prisioneros había cesado por la tremenda reacción que provocó la ciudadanía, y este oficial, hombre de honor, impidió que algunos matones nos asesinasen en pleno campo con las manos atadas...

de pretextos para dis-
 perar las energías
 en momentos decisivi-
 vos de la patria.

La ayuda de la
 emigración ha sido
 grande, pero puede
 todavía ser mayor
 si se une y discipli-
 na más.

En el esfuerzo de
 la emigración marcha
 parejo al avance de
 nuestras columnas
 invasoras que en otros
 momentos marchan a
 librar el resto de la
 Patria.

En nombre del Ejecutivo
 de la Dirección General de P.
 26 de Julio. Tralabart

UNA REVOLUCION QUE COMIENZA

ERNESTO "CHE" GUEVARA

La historia de la agresión militar que se consumó el 10 de marzo de 1952 —golpe incruento dirigido por Fulgencio Batista— no empieza, naturalmente, el mismo día del cuartelazo. Sus antecedentes habría que buscarlos muy atrás en la Historia de Cuba: mucho más atrás que la intervención del Embajador norteamericano Summer Welles, en el año 1933; más atrás aún que la Enmienda Platt, del año 1901; más atrás que el desembarco del héroe Narciso López, enviado directo de los anexionistas norteamericanos, hasta llegar a la raíz del tema en los tiempos de John Quincy Adams, quien a principios de siglo diecinueve anunció la constante de la política de su país respecto a Cuba; una manzana que, desgajada de España, debía caer fatalmente en manos del Uncle Sam. Son eslabones de una larga cadena de agresiones continentales que no se ejercen solamente sobre Cuba.

Esta marea, este fluir y refluir del oleaje imperial se marca por las caídas de gobiernos democráticos o por el surgimiento de nuevos gobiernos ante el empuje incontenible de las multitudes. La historia tiene características parecidas en toda América Latina: los gobiernos dictatoriales representan una pequeña minoría y suben por un golpe de Estado; los gobiernos demo-

cráticos de amplia base popular ascienden laboriosamente y, muchas veces, antes de asumir el poder ya están estigmatizados por la serie de concesiones previas que han debido hacer para mantenerse. Y, aunque la Revolución Cubana marca, en ese sentido, una excepción en toda América, era preciso señalar los antecedentes de todo este proceso, pues el que esto escribe, llevado y traído por las olas de los movimientos sociales que convulsionan a América, tuvo oportunidad de conocer, debido a estas causas, a otro exilado americano: a Fidel Castro.

Lo conocí en una de esas frías noches de México, y recuerdo que nuestra primera discusión versó sobre política internacional. A las pocas horas de la misma noche —en la madrugada— era yo uno de los futuros expedicionarios. Pero me interesa aclarar cómo y por qué conocí en México al actual Jefe del Gobierno en Cuba. Fue en el reflujó de los gobiernos democráticos en 1954, cuando la última democracia revolucionaria americana que se mantenía en pie en esta área —la de Jacobo Arbenz Guzmán— sucumbía ante la agresión meditada, fría, llevada a cabo por los Estados Unidos de Norteamérica tras la cortina de humo de su propaganda continental. Su cabeza visible era el Secretario de Estado, Foster Dulles, que por rara coincidencia también era abogado y accionista de la United Fruit Company, la principal empresa imperialista existente en Guatemala.

De allí regresaba uno en derrota, unido por el dolor a todos los guatemaltecos, esperando, buscando la forma de rehacer un porvenir para aquella patria angustiada. Y Fidel venía a México a buscar un terreno neutral donde preparar a sus hombres para el gran impulso. Ya se había producido una escisión interna, luego del asalto al Cuartel Moncada, en Santiago de Cuba, separándose todos los de ánimo flojo, todos los que por uno u otro motivo se incorporaron a partidos políticos o grupos revolucionarios, que exigían menos sacrificio. Ya las nuevas promociones ingresaban en las flamantes filas del llamado «Movimiento 26 de Julio», fecha que marcaba el ataque al Cuartel Moncada, en 1953. Empezaba una tarea durísima para los encargados de adiestrar a esa gente, en medio de la clandestinidad imprescindible en México, luchando contra el gobierno mejicano, contra los agentes del FBI norteamericano y los de Batista, contra estas tres combinaciones que se conjugaban de una u otra manera, y donde mucho intervenía el dinero y la venta personal. Además había que luchar contra los espías de Trujillo, contra la mala selección hecha

del material humano sobre todo en Miami y, después de vencer todas estas dificultades, debíamos lograr algo importantísimo: salir . . . y, luego . . . llegar, y lo demás, que, en ese momento, nos parecía fácil. Hoy aquilatamos lo que aquello costó en esfuerzos, en sacrificios y en vidas.

Fidel Castro, auxiliado por un pequeño equipo de íntimos, se dio con toda su vocación y su extraordinario espíritu de trabajo a la tarea de organizar las huestes armadas que saldrían hacia Cuba. Casi nunca dio clases de táctica militar, porque el tiempo le resultaba corto para ello. Los demás pudimos aprender bastante con el General Alberto Bayo. Mi impresión casi instantánea, al escuchar las primeras clases, fue la posibilidad de triunfo que veía muy dudosa al enrolarme con el Comandante rebelde, al cual me ligaba, desde el principio, un lazo de romántica simpatía aventurera y la consideración de que valía la pena morir en una playa extranjera por un ideal tan puro.

Así fueron pasando varios meses. Nuestra puntería empezó a perfilarse y salieron los maestros tiradores. Hallamos un rancho en México, donde bajo la dirección del General Bayo —estando yo como Jefe de personal— se hizo el último apronte, para salir en marzo de 1956. Sin embargo, en esos días dos cuerpos policíacos mejicanos, ambos pagados por Batista, estaban a la caza de Fidel Castro, y uno de ellos tuvo la buenaventura económica de detenerle, cometiendo el absurdo error —también económico— de no matarlo, después de hacerlo prisionero. Muchos de sus seguidores cayeron en pocos días más. También cayó en poder de la policía nuestro rancho, situado en las afueras de la ciudad de México y fuimos todos a la cárcel.

Aquello demoró el inicio de la última parte de la primera etapa. Hubo quienes estuvieron en prisión cincuenta y siete días, contados uno a uno con la amenaza perenne de la extradición sobre nuestras cabezas (somos testigos el Comandante Calixto García y yo). Pero, en ningún momento, perdimos nuestra confianza personal en Fidel Castro. Y es que Fidel tuvo algunos gestos que, casi podríamos decir, comprometían su actitud revolucionaria en pro de la amistad. Recuerdo que les expuse específicamente mi caso: un extranjero, ilegal en México, con toda una serie de cargos encima. Le dije que no debía de manera alguna pararse por mí la Revolución, y que podía dejarme; que yo comprendía la situación y que trataría de ir a pelear desde donde me lo mandaran y que, el único esfuerzo, debía hacerse para que me enviaran a un país cercano y no a la Argen-

tina. También recuerdo la respuesta tajante de Fidel: «Yo no te abandono». Y así fue, porque hubo que distraer tiempo y dinero preciosos para sacarnos de la cárcel mexicana. Esas actitudes personales de Fidel con la gente que aprecia, son la clave del fanatismo que crea en su alrededor, donde se suma a una adhesión de principios, una adhesión personal, que hace de este Ejército Rebelde un bloque indivisible.

Pasaron los días, trabajando en la clandestinidad, escondiéndonos donde podíamos, rehuyendo en lo posible toda presencia pública, casi sin salir a la calle.

Pasados unos meses, nos enteramos de que había un traidor en nuestras filas, cuyo nombre no conocíamos y que había vendido un cargamento de armas. Sabíamos también que había vendido el yate y un transmisor, aunque todavía no estaba hecho el «contrato legal» de la venta. Esta primera entrega sirvió para demostrar a las autoridades cubanas que, efectivamente, el traidor conocía nuestras interioridades. Fue también lo que nos salvó, al demostrarnos lo mismo. Una actividad febril hubo de ser desarrollada a partir de ese momento: el «Granma» fue acondicionado a una velocidad extraordinaria; se amontonaron cuantas vituallas conseguimos, bien pocas por cierto y uniformes, rifles, equipo, dos fusiles antitanques casi sin balas.

En fin, el 25 de noviembre de 1956, a las dos de la madrugada, empezaban a hacerse realidad las frases de Fidel, que habían servido de mofa en la prensa oficialista: «en el año 1956 seremos libres o seremos mártires».

Salimos, con las luces apagadas, del puerto de Tuxpan en medio de un hacinamiento infernal de materiales de toda clase y de hombres. Teníamos muy mal tiempo y, aunque la navegación estaba prohibida, el estuario del río se mantenía tranquilo. Cruzamos la boca del puerto yucateco, y a poco más, se encendieron las luces. Empezamos la búsqueda frenética de los antihistamínicos contra el mareo, que no aparecían: se cantaron los himno nacional cubano y del «26 de Julio», quizá durante 5 minutos en total, y después el barco entero presentaba un aspecto ridículamente trágico: hombres con la angustia reflejada en el rostro, agarrándose el estómago. Unos con la cabeza metida dentro de un cubo y otros tumbados en las más extrañas posiciones, inmóviles y las ropas sucias por el vómito.

Salvo dos o tres marinos y cuatro o cinco personas más, el resto de los ochenta y tres tripulantes se marearon. Pero al cuarto o quinto día el panorama general se alivió un poco. Descubrimos que la vía de agua que

tenía el barco no era tal, sino una llave de los servicios sanitarios abierta. Ya habíamos botado todo lo innecesario, para aligerar el lastre.

La ruta elegida comprendía una vuelta grande por el sur de Cuba, bordeando Jamaica, las islas de Gran Caimán, hasta el desembarco en algún lugar cercano al pueblo de Niquero, en la provincia de Oriente. Los planes se cumplían con bastante lentitud: el día 30 oímos por radio la noticia de los motines de Santiago de Cuba, que había provocado nuestro gran Frank País, considerando sincronizarlos con el arribo de la expedición. Al día siguiente, 1o. de diciembre, en la noche, poníamos la proa en línea recta hacia Cuba, buscando desesperadamente el faro de Cabo Cruz, carentes de agua, petróleo y comida. A las dos de la madrugada, con una noche negra, de temporal, la situación era inquietante. Iban y venían los vigías buscando la estela de luz que no aparecía en el horizonte. Roque, ex-teniente de la Marina de Guerra, subió una vez más al pequeño puente superior, para atisbar la luz del Cabo, y perdió pie, cayendo al agua. Al rato de reiniciada la marcha, ya veíamos la luz, pero el asmático caminar de nuestra lancha hizo interminable las últimas horas del viaje. Ya de día, arribamos a Cuba, por el lugar conocido por Belic, en la playa de las Coloradas.

Un barco de cabotaje nos vio, comunicando telegráficamente el hallazgo al ejército de Batista. Apenas bajamos, con toda premura y llevando lo imprescindible, nos introducíamos en la Ciénaga, cuando fuimos atacados por la aviación enemiga. Naturalmente, caminando por los pantanos cubiertos de manglares no éramos vistos ni hostilizados por la aviación, pero ya el ejército de la dictadura andaba sobre nuestros pasos.

Tardamos varias horas en salir de la ciénaga, adonde la impericia e irresponsabilidad de un compañero que se dijo conocedor, nos arrojaba. Quedamos en tierra firme, a la deriva, dando traspiés, constituyendo un ejército de sombras, de fantasmas, que caminaban como siguiendo el impulso de algún oscuro mecanismo psíquico. Habían sido siete días de hambre y de mareo continuos durante la travesía, sumados a tres días más terribles en la tierra. A los diez días exactos de la salida de México, el 5 de diciembre de madrugada, después de una marcha nocturna interrumpida por los desmayos y las fatigas y los descansos de la tropa, alcanzamos un punto conocido paradójicamente por el nombre de Alegría del Pío. Era un pequeño cayo de monte, ladeando un cañaveral por un costado y por otros abierto a unas abras, iniciándose más lejos el bosque cerrado. El

lugar era mal elegido para campamento, pero hicimos un alto para pasar el día y reiniciar la marcha en la noche inmediata.

A las cuatro de aquella tarde, sin aviso previo, sin siquiera sospecharlo, sonó el primer disparo seguido de una sinfonía de plomo que se cernió sobre nuestras cabezas, todavía no acostumbradas a ese viril deporte. Algún compañero cayó y, personalmente tuve la desagradable impresión de recibir en mis carnes el bautizo simultáneo de fuego y sangre. Salimos de allí como pudimos, cada uno por su cuenta o en grupos y era inútil la voz del Jefe, sin contacto con los capitanes y mezcladas las patrullas. Recuerdo que el Comandante Almeida me dio un empujón, por causa de mi poca disposición para caminar, y gracias a su voz imperativa, me levanté y seguí marcha, creyendo estar en los últimos momentos de mi vida. Como en una imagen caleidoscópica pasaban hombres gritando, heridos pidiendo ayuda, combatientes escondiendo los cuerpos detrás de las delgadas cañas de azúcar como si fueran troncos, otros atemorizados pidiendo silencio con un dedo sobre la boca en medio del fragor de la metralla y, de pronto, el grito tétrico: «Fuego en el cañaveral».

Con Almeida a la cabeza salvamos una guardarraya, caminando, caminando hasta llegar al monte espeso. Marchamos hasta que la oscuridad de la noche y los árboles —que nos impedían ver las estrellas— nos detuvieron, sin estar muy lejos del lugar del encuentro. Dormimos amontonados. Todo estaba perdido, menos las armas y dos cantimploras que traíamos Almeida y yo. En esas condiciones, marchamos durante nueve días interminables de sufrimiento, sin probar bocado alguno cocinado, masticando hierbas o algo de maíz crudo y hasta cangrejos vivos que ingirieron los más valientes como Camilo Cienfuegos. En esos nueve días la moral se desmoronó totalmente y, despreciando los peligros, fuimos a comer a un bohío. Allí se produjo el desplome de algunos. Las noticias eran malas, por un lado, pero alentadoras por otro: a la cantidad de crímenes que nos asociaban, agregaban la nota de esperanza: Fidel estaba vivo. Los espeluznantes cuentos de los campesinos nos impulsaron a dejar las armas largas bien guardadas y tratar de cruzar, con las pistolas solamente, una carretera muy controlada. El resultado fue que todas las armas dejadas en custodia se perdieron, mientras nosotros nos encaminábamos hacia el lugar de la Sierra Maestra donde estaba Fidel.

Aproximadamente a los quince días del desastre nos unimos los sobrevivientes en pie de lucha de aquellos 82 “náufragos” del “Granma”, como

nos definiera el compañero Juan Manuel Márquez. Eramos unos 17 hombres. El recuento de las víctimas era doloroso y extenso; el propio Juan Manuel Márquez; Níco López —gran compañero obrero—; Juan Smith, capitán de la vanguardia; Cándido González, ayudante de Fidel y revolucionario sin tacha. En fin, la lista era amplia y casi constantemente se le agregaba un nuevo hombre que había cumplido cabalmente la sentencia de Fidel: «En el año 1956 seremos libres o seremos mártires». Quedaba ahora la responsabilidad nuestra —una quincena de hombres comandados por Fidel Castro— el levantar la bandera de la insurrección y hacer válida la primera parte de aquella sentencia —«seremos libres»— en honor a los mártires; a los que allí cayeron y a los que cayendo fueron día a día en toda Cuba, en holocausto increíble de sangre, sufriendo torturas o asesinados sin piedad alguna. Tan increíble como que en ese pequeño grupo que aún no se conocía bien entre sí, se hablara ya de triunfo, se hablara de atacar.

Todos habíamos palpado el cariño sin reticencia de los campesinos de la zona; nos habían atendido y llevado por medio de una larga cadena clandestina, desde los lugares donde nos rescataran, hasta el punto de reunión en la casa del hermano de Crescencio Pérez. Pero quien tenía más fe en el pueblo, quien demostró en todo momento su enjundia extraordinaria de conductor fue Fidel. Ya en aquellas noches, aquellas dilatadas noches —porque nuestra inactividad comenzaba al caer el sol— bajo las matas de cualquier bosque comenzábamos a trazar planes y más planes; para ahora, para un poco más tarde, para el triunfo. Eran horas felices donde saboreaba los primeros tabacos (que aprendí a fumar para espantar algunos mosquitos demasiado agresivos, hasta que entró en mí la fragancia de la hoja cubana) mientras las proyecciones hacia el futuro se sucedían vertiginosamente.

Fueron pasando los días, poco a poco, reclutándose gente. Los primeros campesinos llegaban, a veces desarmados, a veces trayendo armas que nuestros compañeros habían abandonado en casas amigas o en cañaverales, al huir. La pequeña tropa contaba con 22 fusiles en el momento en que se atacó La Plata, el 17 de enero de 1957, un mes y 15 días después del desembarco. Aquel ataque dio a Cuba una esperanza de renacimiento, al oír de nuevas luchas en plena Sierra Maestra, aunque fue una insignificante acción de patrulla. Sorprendimos un puesto del ejército de 12 a 15 hombres, los que se rindieron al cabo de una hora de lucha. (En aquellos

momentos, una hora de lucha era una hora de tremendos sufrimientos). Fidel y yo, expertos tiradores de mirilla, teníamos 70 balas cada uno, 25 los fusiles automáticos, 15 los fusiles de cerrojo y 20 ó 30, algunas ametralladoras. Con ese arsenal tomamos el pequeño cuartel de La Plata. Cinco días más tarde, pertrechados con una docena de nuevas armas, logradas en aquel asalto, derrotamos a la punta de vanguardia de un destacamento destinado a nuestra persecución, al mando del entonces teniente Sánchez Mosquera, figura de siniestra recordación. Se sucedió luego un impasse provocado por un traidor que desde nuestras filas, daba la posición al enemigo y que por tres veces estuvo a punto de liquidarnos. (Es interesante destacar que este sujeto tenía la misión personal de matar a Fidel. Envuelto en la misma manta, una noche durmió junto a él, con una pistola montada en la cintura y no se animó a hacerlo, prefiriendo el sistema más fácil de abandonar el campamento, con cualquier pretexto, y llevar las tropas hasta donde estábamos. Fue descubierto en su cuarta intentona y ajusticiado. Pero ya era mucho el daño realizado).

Por aquellos días vino a vernos el comentarista Herbert Matthews de **The New York Times** y se informó al mundo —sobre todo a Cuba— con exacta noción de nuestra permanencia en la Sierra Maestra y la seguridad de que Fidel vivía. Sin embargo, de ninguna manera acabaron nuestros afanes, y continuó una peligrosa vida en la punta de los montes inaccesibles, rodeados completamente de soldados de la dictadura y sin aún contar con el apoyo unánime del pueblo. Todavía muchos campesinos huían atemorizados ante nuestra presencia, por miedo a las represalias que tomaba el gobierno cuando sabía de algún contacto, por fútil que fuera, entre los habitantes de la zona y nuestro grupo.

Un mes después mediando marzo, ya estaba con nosotros un puñado de hombres enviados desde Santiago de Cuba por Frank País que vinieron a dar una nueva característica a la Revolución.

Las armas traídas por los nuevos incorporados no eran, de manera alguna, extraordinarias, pero constituyeron un refuerzo considerable para la columna. Iniciamos entonces la marcha por regiones nuevas, subimos por primera vez al Turquino, la montaña más alta de Cuba, dejando allí señales de nuestro paso, y continuamos, caminando en duras jornadas, por todo el macizo de la Sierra Maestra, hasta situarnos en las inmediaciones de Pino del Agua y Babún.

Esperamos pacientemente la oportunidad propicia, que se presentó el 28 de mayo de 1957, cuando logramos tomar el destacamento militar de Uvero, situado en la costa, hasta donde baja casi vertical la Sierra Maestra. Esta pelea por Uvero, fue la más enconada de cuantas se han realizado en el curso de la guerra: de los 120 a 140 hombres que participaron, 40 quedaron fuera de combate; es decir aproximadamente los muertos y heridos hacían un treinta por ciento del total de los combatientes. Y el resultado político de la batalla fue extraordinario, por haberse celebrado en uno de los pocos momentos que vivió la Isla —después de la invasión del «Granma»— en que no había censura de prensa. Toda Cuba habló de el Uvero. Y, a pesar de todas las nuevas armas tomadas al enemigo —50 fusiles y parque— tuvimos que soportar serias contingencias. Como médico, fui depositario de 7 heridos que quedaron a mi cargo y con los cuales estuvimos escondidos en unos bohíos, a cierta distancia del lugar del combate.

La columna siguió su marcha hacia los campamentos de costumbre, y nosotros nos incorporamos, al mes siguiente con los heridos ya repuestos.

Luego de la reincorporación se me nombró comandante de otra agrupación a la que nombramos, por razones tácticas, Cuarta Columna. La Cuarta Columna— que en realidad era la Segunda— pasó a ocupar un lugar contiguo a la Primera, dirigida por Fidel Castro. A partir de esa época, nosotros, mucho menos hostilizados, por nuestra menor importancia política, pudimos asentar las bases de las primeras fábricas y de los campamentos estables y acabar con la vida nómada. Realizamos algunas acciones de pequeña importancia, pero lo fundamental fue precisamente esa sedentarización realizada con grandes dificultades, trayendo a hombro los materiales desde regiones muy distantes.

Pudimos instalar así una fábrica de zapatos y una talabartería, una armería con su torno eléctrico, una hojalatería y herrería encargada, entre otras cosas, de rellenar pequeñas granadas de latón, invento nuestro para lanzar con fusil. Se disparaba con una bala de salva y se la bautizó como M-26. También hicimos hornos de pan, escuelas, auditorías. Posteriormente se instaló la planta de «Radio Rebelde» y se editaba el primer periódico de la manigua, con el mismo nombre del periódico mambí de las guerras de 1868 y 1895: «El Cubano Libre».

Todas estas realizaciones estuvieron en peligro varias veces, frente al impacto de las tropas enemigas; pero, el lugar elegido en el valle «La Mesa»,

nunca fue vulnerado por el avance de las tropas, y pudimos mantener incólume la posición hasta el término de la guerra.

El incremento de nuestras fuerzas era continuo. Conseguimos fusiles en batallas victoriosas libradas en uno y otro frente; se dio el segundo combate de Pino del Agua, triunfo rotundo para nuestras armas y que, efectuado también en un lapso de tiempo sin censura de prensa, tuvo gran resonancia política. Ese crecimiento nos permitió ir a la formación del Segundo Frente Oriental, y así fue como el Cmte. Raúl Castro se hizo cargo de la Columna seis «Frank País», en honor al viejo militante caído en Santiago de Cuba, en marzo de 1958 y cruzando la Carretera Central se internó en las lomas de Mayarí, al norte de la provincia de Oriente.

Este Segundo Frente Oriental tendría después enorme importancia en el desarrollo de la contienda y fue el mejor organizado en todos los sentidos, contando con siete departamentos que hacían las veces de verdaderos Ministerios, donde se administraba la justicia, organizaban obras públicas, establecían leyes revolucionarias del ejército, del transporte. Había grandes adelantos con respecto a nuestras realizaciones más modestas de la Sierra Maestra. Nació con pujanza y todas las fábricas suyas se realizaron con un sentido casi industrial, con más materiales a mano; todo se hacía con más dinero, producto de impuestos cobrados a grandes compañías y a centrales azucareros.

También el Cde. Almeida se trasladaba de la vieja guarida llegando a las cercanías de Santiago de Cuba y creando allí otro Frente con la Columna Tres. Existían ya Cuatro Columnas en la Sierra Maestra y se combatía en uno u otro frente con más o menos intensidad, pero toda la provincia de Oriente estaba en llamas. Se iniciaban, entonces, pequeños encuentros en la región del Escambray, en el centro de la Isla, que nunca preocuparon al régimen hasta nuestra llegada, y en la provincia de Camagüey surgían algunos brotes, como en la de Pinar del Río.

Todo el Movimiento del llano se preparaba intensamente para la realización de una huelga general revolucionaria. Se había constituido el organismo «Frente Obrero Nacional» (FON), dirigido y capitalizado por el 26 de Julio, que adoleció desde su inicio del pecado del sectarismo y los obreros demostraron cierta tibieza frente a esa organización que salía a la vida, teñida completamente con los colores del 26 de Julio y con planteamientos demasiado radicales para la realidad del momento. Fidel Castro, pocos días antes del 9 de abril, había lanzado un manifiesto final en el

cual amenazaba seriamente a todos los que no tomaron el camino de la Revolución. Poco después, lanzaba otro manifiesto a los obreros, llamándoles a la unidad, dentro o fuera del FON, pues ya se había visto que no era este solo organismo el que podía capitalizar una huelga.

Nuestras tropas se lanzaron a luchar, y Camilo Cienfuegos, Capitán de la Columna Cuatro por ese tiempo, bajó a los llanos de Oriente en la región de Bayamo, donde pronto sembraba la muerte y la confusión entre el enemigo. Sin embargo, llegó el 9 de abril y toda nuestra lucha fue vana: la Dirección Nacional del Movimiento, equivocando completamente los principios de la lucha de masas, trató de iniciar la huelga sin anuncio previo, por sorpresa, a tiros, lo que provocó una contracción total del aporte obrero a la misma, y la muerte de muchos grandes compañeros a todo lo largo del país. El 9 de abril fue un sonado fracaso que en ningún momento puso en peligro la estabilidad del régimen. No tan sólo eso: después de esta fecha trágica, el gobierno pudo sacar tropas e ir poniéndolas gradualmente en Oriente y llevando a la Sierra Maestra la destrucción. Nuestra defensa tuvo que hacerse cada vez más dentro de la Sierra Maestra y el gobierno seguía aumentando el número de Regimientos que colocaba frente a posiciones nuestras, hasta llegar al número de diez mil hombres, con los que inició la ofensiva el 25 de mayo en el pueblo de Las Mercedes, que era nuestra posición avanzada.

Allí se demostró la poca efectividad combatiente del ejército batistiano y también nuestra escasez de recursos: 200 fusiles hábiles, para luchar contra 10,000 armas de todo tipo era una enorme desventaja. Nuestros muchachos se batieron valientemente durante dos días en una proporción de 1 contra 10 ó 15; luchando, además, contra morteros, tanques y aviación, hasta que el pequeño grupo debió abandonar el poblado. Era comandado por el Capitán Angel Verdecia, que un mes más tarde moriría valerosamente en combate.

Ya por esa época, Fidel Castro, había recibido una carta del traidor Eulogio Castillo, quien, fiel a su actitud politiquera de saltimbanqui, como Jefe de Operaciones del enemigo, le escribía al Jefe Rebelde diciéndole que la ofensiva se realizaría de todas maneras, pero que cuidara «El Hombre» (Fidel) para esperar el resultado final. La ofensiva efectivamente siguió su curso y en dos meses y medio de duro batallar el enemigo perdió más de mil hombres entre muertos, heridos, prisioneros y desertores. Dejó en nuestras manos 600 armas, entre las que contaban un tanque, 12 morteros,

12 ametralladoras de trípode, veintitantos fusiles-ametralladoras y un sinnúmero de armas automáticas; además, enorme cantidad de parque y equipo de toda clase, y 450 prisioneros, que fueron entregados a la Cruz Roja al finalizar la campaña.

El ejército batistiano salió con su espina dorsal rota, de esta postrera ofensiva sobre la Sierra Maestra, pero aún no estaba vencido. La lucha debía continuar. Se estableció entonces la estrategia final, atacando por 3 puntos: Santiago de Cuba, sometido a un cerco elástico; Las Villas, adonde debía marchar yo y Pinar del Río, en el otro extremo de la Isla, adonde debía marchar Camilo Cienfuegos, ahora Comandante de la Columna Dos, llamada «Antonio Maceo», para recordar la histórica invasión del gran caudillo del 95, que cruzara en épicas jornadas todo el territorio de Cuba, hasta culminar en Mantua. Camilo Cienfuegos no pudo cumplir la segunda parte de su programa, pues los imperativos de la guerra le obligaron a permanecer en Las Villas.

Liquidados los Regimientos que asaltaron la Sierra Maestra; vuelto el frente a su nivel natural y aumentadas nuestras tropas en efectivos y en moral, se decidió iniciar la marcha sobre Las Villas, provincia céntrica. En la orden militar dictada se me indicaba como principal labor estratégica, la de cortar sistemáticamente las comunicaciones entre ambos extremos de la Isla; se me ordenaba, además, establecer relaciones con todos los grupos políticos que hubiera en los macizos montañosos de esa región, y amplias facultades para gobernar militarmente la zona a mi cargo. Con esas instrucciones y pensando llegar en cuatro días, íbamos a iniciar la marcha, en camiones, el 30 de agosto de 1958, cuando un accidente fortuito interrumpió nuestros planes: esa noche llegaba una camioneta portando uniformes y la gasolina necesaria para los vehículos que ya estaban preparados, cuando también llegó por vía aérea un cargamento de armas a un aeropuerto cercano al camino. El avión fue localizado en el momento de aterrizar, a pesar de ser de noche, y el aeropuerto fue sistemáticamente bombardeado desde las veinte hasta las cinco de la mañana, hora en que quemamos el avión para evitar que cayera en poder del enemigo o siguiera el bombardeo diurno, con peores resultados. Las tropas enemigas avanzaron sobre el aeropuerto; interceptaron la camioneta con la gasolina, dejándonos a pie. Así fue como iniciamos la marcha el 31 de agosto, sin camiones ni caballos, esperando encontrarlos luego de cruzar la carretera de Manzanillo a Bayamo. Efectivamente, cruzándola encontramos los ca-

miones, pero también —el día primero de septiembre— un feroz ciclón que inutilizó todas las vías de comunicación, salvo la Carretera Central, única pavimentada en esta región de Cuba(obligándonos a desechar el transporte en vehículos. Había que utilizar, desde ese momento, el caballo, o ir a pie. Andábamos cargados con bastante parque, una bazooka con cuarenta proyectiles y todo lo necesario para una larga jornada y el establecimiento rápido de un campamento.

Se fueron sucediendo días que ya se tornaban difíciles a pesar de estar en el territorio amigo de Oriente: cruzando ríos desbordados, canales y arroyuelos convertidos en ríos, luchando fatigosamente para impedir que se nos mojaran el parque, las armas, los obuses; buscando caballos y dejando los caballos cansados detrás; huyendo a las zonas pobladas a medida que nos alejábamos de la provincia oriental.

Caminábamos por difíciles terrenos anegados, sufriendo el ataque de plagas de mosquitos que hacían insoportables las horas de descanso, comiendo poco y mal, bebiendo agua de ríos pantanosos o simplemente de pantanos. Nuestras jornadas empezaron a dilatarse y a hacerse verdaderamente horribles. Ya a la semana de haber salido del campamento, cruzando el río Jobabo, que limita las provincias de Camagüey y Oriente, las fuerzas estaban bastante debilitadas. Este río, como todos los anteriores y como los que pasaríamos después, estaba crecido. También se hacía sentir la falta de calzado en nuestra tropa, muchos de cuyos hombres iban descalzos y a pie por los fangales del sur de Camagüey.

La noche del 9 de septiembre, entrando en el lugar conocido por «La Federal», nuestra vanguardia cayó en una emboscada enemiga, muriendo dos valiosos compañeros; pero, el resultado más lamentable fue el ser localizados por las fuerzas enemigas, que de allí en adelante no nos dieran tregua. Tras un corto combate se redujo a la pequeña guarnición que allí había, llevándonos cuatro prisioneros. Ahora debíamos marchar con mucho cuidado, debido a que la aviación conocía nuestra ruta aproximada. Así llegamos, uno o dos días después, a un lugar conocido por «Laguna Grande», junto a la fuerza de Camilo, mucho mejor montada que la nuestra. Esta zona es digna de recuerdo por la cantidad extraordinaria de mosquitos que había, imposibilitando en absoluto descansar sin mosquitero, y no todos lo teníamos.

Son días de fatigantes marchas por extensiones desoladas, en las que sólo hay agua y fango, tenemos hambre, tenemos sed y apenas si se puede

avanzar porque las piernas pesan como plomo y las armas pesan descomunadamente. Seguimos avanzando con mejores caballos que Camilo nos deja al tomar camiones, pero tenemos que abandonarlos en las inmediaciones del central «Macareño». Los prácticos que debían enviarnos no llegaron y nos lanzamos sin más, a la aventura. Nuestra vanguardia choca con una posta enemiga en el lugar llamado Cuatro Compañeros, y empieza la agotadora batalla. Era el amanecer, y logramos reunir, con mucho trabajo, una gran parte de la tropa, en el mayor cayo de monte que había en la zona, pero el ejército avanzaba por los lados y tuvimos que pelear duramente para hacer factible el paso de algunos rezagados nuestros por una línea férrea, rumbo al momento. La aviación nos localizó entonces, iniciando un bombardeo los B-26, los C-47, los grandes C-3 de observación y las avionetas, sobre un área no mayor de doscientos metros de flanco. Después de todo, nos retiramos dejando un muerto por una bomba y llevando varios heridos, entre ellos al Capitán Silva, que hizo todo el resto de la invasión con un hombro fracturado.

El panorama, al día siguiente, era menos desolador, pues aparecieron varios de los rezagados y logramos reunir a toda la tropa, menos 10 hombres que seguirían a incorporarse con la columna de Camilo y con éste llegarían hasta el frente norte de la provincia de Las Villas, en Yaguajay.

Nunca nos faltó, a pesar de las dificultades, el aliento campesino. Siempre encontrábamos alguno que nos sirviera de guía, de práctico, o que nos diera el alimento imprescindible para seguir. No era, naturalmente, el apoyo unánime de todo el pueblo que teníamos en Oriente; pero, siempre hubo quien nos ayudara. En oportunidades se nos delató, apenas cruzábamos una finca, pero eso no se debía a una acción directa del campesinado contra nosotros, sino a que las condiciones de vida de esta gente las convierte en esclavos del dueño de la finca y, temerosos de perder su sustento diario, comunicaban el amo nuestro paso por esa región y éste se encargaba de avisarlo graciosamente a las autoridades militares.

Una tarde escuchamos por nuestra radio de campaña un parte dado por el General Francisco Tabernilla Dolz, por esa época, con toda su prepotencia de matón, anunciando la destrucción de las hordas dirigidas por «Che» Guevara y dando una serie de datos de muertes, de heridos, de nombres de todas clases, que eran el producto del botín recogido en nuestras mochilas al sostener ese encuentro desastroso con el enemigo unos días antes, todo eso mezclado con datos falsos de la cosecha del Estado

Mayor del ejército. La noticia de nuestra falsa muerte provocó en la tropa una reacción de alegría; sin embargo, el pesimismo iba ganándola poco a poco: el hambre y la sed, el cansancio, la sensación de impotencia frente a las fuerzas enemigas que cada vez nos cercaban más y, sobre todo, la terrible enfermedad de los pies conocida por los campesinos con el nombre de «mazamorra» —que convertía en un martirio intolerable cada paso dado por nuestros soldados—, habían hecho de éste un ejército de sombras. Era difícil adelantar; muy difícil. Día a día, empeoraban las condiciones físicas de nuestra tropa y las comidas, un día sí, otro no, otro tal vez, en nada contribuían a mejorar ese nivel de miseria, que estábamos soportando. Pasamos los días más duros cercados en las inmediaciones del central Baraguá, en pantanos pestilentes, sin una gota de agua potable, atacados continuamente por la aviación, sin un solo caballo que pudiera llevar por ciénagas inhóspitas a los más débiles, con los zapatos totalmente destrozados por el agua fangosa de mar, con plantas que lastimaban los pies descalzos, nuestra situación era realmente desastrosa al salir trabajosamente del cerco de Baraguá y llegar a la famosa Trocha de Júcaro a Morón, lugar de evocación histórica por haber sido escenario de cruentas luchas entre patriotas y españoles en la guerra de la Independencia. No teníamos tiempo de recuperarnos ni siquiera un poco cuando un nuevo aguacero, inclemencias del clima, además de los ataques del enemigo o las noticias de su presencia, volvían a imponernos la marcha. La tropa estaba cada vez más cansada y descorazonada. Sin embargo, cuando la situación era más tensa, cuando ya solamente al imperio del insulto, de ruegos, de exabruptos de todo tipo, podía hacer caminar a la gente exhausta, una sola visión en lontananza animó sus rostros e infundió nuevo espíritu a la guerrilla. Esa visión fue una mancha azul hacia el Occidente, la mancha azul del macizo montañoso de Las Villas, visto por vez primera por nuestros hombres.

Desde ese momento las mismas privaciones, o parecidas, fueron encontradas mucho más clementes, y todo se antojaba más fácil. Eludimos el último cerco, cruzando a nado el río Júcaro, que divide las provincias de Camagüey y Las Villas, y ya pareció que algo nuevo nos alumbraba.

Dos días después estábamos en el corazón de la cordillera Trinidad-Sancti Spíritus, a salvo, listos para iniciar otra etapa de la guerra. El descanso fue de otros dos días, porque inmediatamente debimos proseguir nuestro camino y ponernos en disposición de impedir las elecciones que iban a

efectuarse el 3 de noviembre. Habíamos llegado a la región de montañas de Las Villas el 16 de octubre. El tiempo era corto y la tarea enorme. Camilo cumplía su parte en el Norte, sembrando el temor entre los hombres de la dictadura.

Nuestra tarea, al llegar por primera vez a la Sierra del Escambray, estaba precisamente definida: había que hostilizar al aparato militar de la dictadura, sobre todo en cuanto a sus comunicaciones. Y como objetivo inmediato, impedir la realización de las elecciones. Pero el trabajo se dificultaba por el escaso tiempo restante y por las desuniones entre los factores revolucionarios, que se habían traducido en reyertas intestinas que muy caro costaron, inclusive en vidas humanas.

Debíamos atacar a las poblaciones vecinas, para impedir la realización de los comicios, y se establecieron los planes para hacerlo simultáneamente en las ciudades de Cabaiguán, Fomento y Sancti Spíritus, en los ricos llanos del centro de la Isla, mientras se sometía el pequeño cuartel de Güinía de Miranda —en las montañas— y, posteriormente, se atacaba el de Banao, con escasos resultados. Los días anteriores al 3 de noviembre, fecha de las elecciones, fueron de extraordinaria actividad: nuestras columnas se movilizaron en todas direcciones, impidiendo casi totalmente la afluencia a las urnas de los votantes de esas zonas. Las tropas de Camilo Cienfuegos, en la parte norte de la provincia, paralizaron la farsa electoral. En general, desde el transporte de los soldados de Batista hasta el tráfico de mercancías, quedaron detenidos.

En Oriente, prácticamente no hubo votación; en Camagüey, el porcentaje fue un poquito más elevado, y en la zona occidental, a pesar de todo, se notaba un retraimiento popular evidente. Este retraimiento se logró en Las Villas en forma espontánea, ya que no hubo tiempo de organizar sincronizadamente la resistencia pasiva de las masas y la actividad de las guerrillas.

Se sucedían en Oriente sucesivas batallas en los frentes primero y segundo, aunque también en el tercero —con la Columna «Antonio Guiteras»—, que presionaba insistentemente sobre Santiago de Cuba, la capital provincial. Salvo las cabeceras de los municipios, nada conservaba el gobierno en Oriente.

Muy grave se estaba haciendo, además, la situación en Las Villas, por la acentuación de los ataques a las vías de comunicación. Al llegar, cambia-

mos en total el sistema de lucha en las ciudades, puesto que a toda marcha trasladamos los mejores milicianos de las ciudades al campo de entrenamiento, para recibir instrucción de sabotaje que resultó efectivo en las áreas suburbanas.

Durante los meses de noviembre y diciembre de 1958 fuimos cerrando gradualmente las carreteras. El Capitán Silva bloqueó totalmente la carretera de Trinidad a Sancti Spíritus y la Carretera Central de la Isla fue seriamente dañada cuando se interrumpió el puente sobre el río Tuinicú, sin llegarse a derrumbar; el ferrocarril central fue cortado en varios puntos, agregando que el Circuito Sur estaba interrumpido por el Segundo Frente y el Circuito Norte cerrado por las tropas de Camilo Cienfuegos, por lo que la Isla quedó dividida en dos partes. La zona más convulsionada, Oriente, solamente recibía ayuda del gobierno por aire y mar, en una forma cada vez más precaria. Los síntomas de descomposición del enemigo aumentaban.

Hubo que hacer en el Escambray una intensísima labor en favor de la unidad revolucionaria, ya que existía un grupo dirigido por el Comandante Gutiérrez Menoyo (Segundo Frente Nacional del Escambray),¹ otro del Directorio Revolucionario (capitaneado por los Comandantes Faure Chaumont y Rolando Cubelas), otro pequeño de la Organización Auténtica (OA), otro del Partido Socialista Popular (comandado por Torres), y nosotros; es decir, cinco organizaciones diferentes actuando con mandos también diferentes y en una misma provincia. Tras laboriosas conversaciones que hube de tener con sus respectivos Jefes, se llegó a una serie de acuerdos entre las partes y se pudo ir a la integración de un frente aproximadamente común.

A partir del 16 de diciembre las roturas sistemáticas de los puentes y todo tipo de comunicación habían colocado a la dictadura en situación difícil para defender sus puestos avanzados y aún los mismos de la Carretera Central. En la madrugada de ese día fue roto el puente sobre el río Falcón, en la Carretera Central, y prácticamente interrumpidas las comunicaciones entre La Habana y las ciudades al este de Santa Clara, capital de Las Villas, así como una serie de poblados— el más meridional, Fomento— era sitiado y atacado por nuestras fuerzas. El Jefe de la plaza se defendió más o menos eficazmente durante algunos días, pero a pesar del castigo de la

¹ Sobre las relaciones con este grupo, y su actuación, ha escrito el Cmdt. Guevara el artículo «Un pecado de la Revolución». (N. de R.)

aviación a nuestro Ejército Rebelde, las desmoralizadas tropas de la dictadura no avanzaban por tierra en apoyo de sus compañeros. Comprobando la inutilidad de toda resistencia, se rindieron, y más de cien fusiles fueron incorporados a las Fuerzas de la Libertad.

Sin darle tregua al enemigo, decidimos paralizar de inmediato la carretera Central, y el día 21 de diciembre se atacó simultáneamente a Cabaiguán y Guayo, sobre la misma. En pocas horas se rendía este último poblado y dos días después, Cabaiguán con sus noventa soldados. (La rendición de los cuarteles se pactaba sobre la base política de dejar en libertad a la guarnición, condicionado a que saliera del Territorio Libre. De esa manera se daba oportunidad de entregar las armas y salvarse). En Cabaiguán se demostró de nuevo la ineficacia de la dictadura que en ningún momento reforzó con infantería a los sitiados.

Camilo Cienfuegos atacaba en la zona norte de Las Villas a una serie de poblados, a los que iba reduciendo, a la vez que establecía el cerco a Yaguajay, último reducto donde quedaban tropas de la tiranía, al mando de un capitán de ascendencia china, que resistió once días, impidiendo la movilización de las tropas revolucionarias de la región, mientras las nuestras seguían ya por la Carretera Central, avanzando hacia Santa Clara, la capital.

Caído Cabaiguán, nos dedicamos a atacar a Placetas, rendido en un solo día de lucha, en colaboración activa con la gente del Directorio Revolucionario. Después de tomar Placetas, liberamos en rápida sucesión a Remedios y a Caibarién, en la costa norte, y puerto importante el segundo. El panorama se iba ensombreciendo para la dictadura, porque a las continuas victorias obtenidas en Oriente, el Segundo Frente del Escambray derrotaba pequeñas guarniciones y Camilo Cienfuegos controlaba el Norte.

Al retirarse el enemigo de Camajuaní, sin ofrecer resistencia, quedábamos listos para el asalto definitivo a la capital de la provincia de Las Villas. (Santa Clara es el eje del llano central de la Isla, con 150,000 habitantes, centro ferroviario y de todas las comunicaciones del país). Está rodeada por pequeños cerros pelados, los que estaban tomados previamente por las tropas de la dictadura.

En el momento del ataque, nuestras fuerzas habían aumentado considerablemente su fusilería, en las tomas de distintos puntos, y algunas armas pesadas que carecían de munición. Teníamos una bazooka sin proyectiles

y debíamos luchar contra una decena de tanques, pero también sabíamos que, para hacerlo con efectividad, necesitábamos llegar a los barrios poblados de la ciudad, donde el tanque disminuye en mucho su eficacia. Mientras las tropas del Directorio Revolucionario se encargaban de tomar el Cuartel N° 31 de la Guardia Rural, nosotros nos dedicábamos a sitiar casi todos los puestos fuertes de Santa Clara; aunque, fundamentalmente, establecíamos nuestra lucha contra los defensores del tren blindado situado a la entrada del camino de Camajuán, posiciones defendidas con tenacidad por el ejército, con un equipo excelente para nuestras posibilidades. El 29 de diciembre iniciamos la lucha. La Universidad había servido en un primer momento, de base de operaciones. Después establecimos la Comandancia más cerca del centro de la ciudad. Nuestros hombres se batían contra tropas apoyadas por unidades blindadas y las ponían en fuga, pero muchos de ellos pagaron con la vida su arrojo y los muertos y heridos empezaron a llenar los improvisados cementerios y hospitales.

Recuerdo un episodio que era demostrativo del espíritu de nuestras fuerzas en esos días finales. Yo había amonestado a un soldado, por estar durmiendo en pleno combate y me contestó que lo habían desarmado por habersele escapado un tiro. Le respondí con mi sequedad habitual: «Gánate otro fusil yendo desarmado a la primera línea... si eres capaz de hacerlo». En Santa Clara, alentando a los heridos en el hospital de sangre un moribundo me tocó la mano y dijo: «¿Recuerda, Comandante? Me mandó a buscar el arma en Remedios... y me la gané aquí». Era el combatiente del tiro escapado, quien minutos después moría, y me lució contento de haber demostrado su valor. Así es nuestro Ejército Rebelde. Las lomas del Capiro seguían firmes y allí estuvimos luchando durante todo el día 30, tomando gradualmente al mismo tiempo distintos puntos de la ciudad. Ya en ese momento se habían cortado las comunicaciones entre el centro de Santa Clara y el tren blindado. Sus ocupantes, viéndose rodeados en las lomas del Capiro, trataron de fugarse por la vía férrea y con todo su magnífico cargamento cayeron en el ramal destruido previamente por nosotros, descarrilándose la locomotora y algunos vagones. Se estableció entonces una lucha muy interesante en donde los hombres eran sacados con «cocteles» Molotov del tren blindado, magníficamente protegido, aunque dispuesto sólo a luchar a distancia desde cómodas posiciones y contra un enemigo prácticamente inerme, al estilo de los colonizadores con los indios del Oeste norteamericano. Acosados por

hombres que, desde puntos cercanos y vagones inmediatos lanzaban botellas de gasolina encendida, el tren se convertía —gracias a las chapas del blindaje— en un verdadero horno para los soldados. En pocas horas se rendía la dotación completa, con sus veintidos vagones, sus cañones antiaéreos, sus ametralladoras del mismo tipo, sus fabulosas cantidades de municiones (fabulosas para lo exiguo de nuestras dotaciones, claro está).

Se había logrado tomar la central eléctrica y toda la parte noroeste de la ciudad, dando al aire el anuncio de que Santa Clara estaba casi en poder de la Revolución. En aquel anuncio que dí, como Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas de Las Villas, recuerdo que tenía el dolor de comunicar al pueblo de Cuba la muerte del capitán Roberto Rodríguez, «El Vaquerito», pequeño de estatura y de edad, jefe del «Pelotón Suicida», quien jugó con la muerte una y mil veces en la lucha por la Libertad. El «Pelotón Suicida» era un ejemplo de moral revolucionaria, y a ése solamente iban voluntarios escogidos. Sin embargo, cada vez que un hombre moría —y eso ocurría en cada combate— al hacerse la designación del nuevo aspirante, los desechados realizaban escenas de dolor que llegaban hasta el llanto. Era curioso ver a los curtidos y nobles guerreros, mostrando su juventud en el despecho de unas lágrimas, por no poder tener el honor de estar en el primer lugar de combate y de muerte.

Después caía la Estación de Policía, entregando los tanques que la defendían y, en rápida sucesión, se rendían al comandante Cubela el Cuartel Nº 31, a nuestras fuerzas, la Cárcel, la Audiencia, el Palacio del Gobierno Provincial, el «Gran Hotel», donde los franco-tiradores se mantuvieron disparando desde el décimo piso casi hasta el final de la lucha.

En ese momento sólo quedaba por rendirse el Cuartel Leoncio Vidal, la mayor fortaleza del centro de la Isla. Pero era ya el día primero de enero de 1959 y había síntomas de debilidad creciente entre las fuerzas defensoras. En la mañana de ese día mandamos a los capitanes Nuñez Jiménez y Rodríguez de la Vega a pactar la rendición del Cuartel. Las noticias eran contradictorias y extraordinarias: Batista había huído ese día, desmoronándose la Jefatura de las Fuerzas Armadas. Nuestros dos delegados establecían contacto por radio con Cantillo, haciéndole conocer la oferta de rendición, pero éste estimaba que no era posible aceptarla porque constituía un ultimatum y que él había ocupado la Jefatura del

Ejército siguiendo instrucciones precisas del líder Fidel Castro. Hicimos inmediato contacto con Fidel, anunciándole las nuevas, pero dándole la opinión nuestra sobre la actitud traidora de Cantillo, opinión que coincidía absolutamente con la suya. (Cantillo permitió en esos momentos decisivos que se fugaran todos los grandes responsables del gobierno de Batista, y su actitud era más triste si se considera que fue un oficial que hizo contacto con nosotros y en quien confiamos como en un militar con pundonor).

Los resultados siguientes son por todos conocidos: la negativa de Castro a reconocerle; su orden de marchar sobre la ciudad de La Habana; la posesión por el coronel Barquín de la Jefatura del Ejército, luego de salir de la prisión de Isla de Pinos; la toma de la Ciudad Militar de Columbia por Camilo Cienfuegos y de la fortaleza de la Cabaña por nuestra Columna Ocho, y la instauración final, en cortos días, de Fidel Castro como Primer Ministro del Gobierno provisional. Todo esto pertenece a la Historia Política actual del país.

Ahora estamos colocados en una posición en la que somos mucho más que simples factores de una nación; constituimos en este momento la esperanza de América irredenta. Todos los ojos —los de los grandes opresores y los de los esperanzados— están fijos en nosotros. De nuestra actitud futura que presentemos, de nuestra capacidad para resolver los múltiples problemas, depende en gran medida el desarrollo de los movimientos populares en América, y cada paso que damos está vigilado por los ojos omnipresentes del gran acreedor y por los ojos optimistas de nuestros hermanos de América.

Con los pies firmemente asentados en la tierra, empezamos a trabajar y a producir nuestras primeras obras revolucionarias, enfrentándonos con las primeras dificultades. Pero ¿cuál es el problema fundamental de Cuba, sino el mismo de toda América, el mismo incluso del enorme Brasil, con sus millones de kilómetros cuadrados, con su país de maravillas que es todo un Continente? La monoproducción. En Cuba somos esclavos de la caña de azúcar, cordón umbilical que nos ata al gran mercado norteño. Tenemos que diversificar nuestra producción agrícola, estimular la industria y garantizar que nuestros productos agrícolas y mineros y —en un futuro inmediato— nuestra producción industrial, vaya a los mercados que nos convengan por intermedio de nuestra propia línea de transporte.

La primera gran batalla del gobierno se dará con la Reforma Agraria, que será audaz, integral, pero flexible: destruirá el latifundio en Cuba, aunque no los medios de producción cubanos. Será una batalla que absorba en buena parte las fuerzas del pueblo y del gobierno durante los años venideros. La tierra se dará al campesino gratuitamente, y se pagará a quien demuestre haberla poseído honradamente, con bonos de rescate a largo plazo; pero también se dará ayuda técnica al campesino, se garantizarán los mercados para los productos del suelo y se canalizará la producción con un amplio sentido nacional de aprovechamiento en conjunción con la gran batalla de la Reforma Agraria, que permita a las incipientes industrias cubanas, en breve tiempo, competir con las monstruosas de los países en que el capitalismo ha alcanzado su más amplio grado de desarrollo. Simultáneamente con la creación del nuevo mercado interno que logrará la Reforma Agraria, y la distribución de productos nuevos que satisfagan a un mercado naciente, surgirá la necesidad de exportar algunos productos, y hará falta el instrumento adecuado para llevarlos a uno y a otro punto del mundo. Dicho instrumento será una flota mercante, que la Ley del Fomento Marítimo, ya aprobada, prevee. Con esas armas elementales, los cubanos iniciaremos la lucha por la liberación total del territorio. Todos sabemos que no será fácil, pero todos estamos conscientes de la enorme responsabilidad histórica del Movimiento 26 de Julio, de la Revolución Cubana, de la Nación en general, para constituir un ejemplo para todos los pueblos de América, a los que no debemos defraudar.

Pueden tener seguridad nuestros amigos del Continente insumiso que, si es necesario, lucharemos hasta la última consecuencia económica de nuestros actos y si se lleva lejos aún la pelea, lucharemos hasta la última gota de nuestra sangre rebelde, para hacer de esta tierra una República soberana, con los verdaderos atributos de una nación feliz, democrática y fraternal de sus hermanos de América.

O Cruzeiro, 16 de junio de 1959.



Pino del Agua II

(fragmentos)

ERNESTO "CHE" GUEVARA

..... Fidel consideró que era importante dar un golpe de resonancia, aprovechando el levantamiento de la censura y nos preparábamos para ello.

El punto elegido era nuevamente Pino del Agua. Una vez lo habíamos atacado con buen éxito y desde ese momento, Pino del Agua estaba ocupado por el enemigo. Aún cuando las tropas no se movían mucho, su particular posición en la cresta de la Sierra Maestra hacía que hubiera que dar largos rodeos y que siempre fuera peligroso el tráfico cerca de la zona, de manera que la supresión de Pino del Agua como punto avanzado del Ejército podría ser de mucha importancia estratégica, y dadas las condiciones de la prensa en el país, de resonancia nacional.

Desde los primeros días de febrero, empezaron los preparativos febriles y las investigaciones de la zona, en las cuales tomaron parte fundamental, por ser vecinos de allí, Roberto Ruiz y Félix Tamayo, ambos oficiales de nuestro ejército en la actualidad. Además, incrementábamos los preparativos de nuestra última arma, a la que atribuíamos una importancia excepcional, el M-26, también llamado Sputnik, una pequeña bombita de

hojalata que primeramente se arrojaba mediante un complicado aparato, una especie de catapulta confeccionada con las ligas de un fusil de pesca submarina. Más tarde fue perfeccionado hasta lograr impulsarlo por un disparo de fusil, con bala de salva, que hacía ir más lejos el artefacto.

Estas bombitas hacían mucho ruido, realmente asustaban, pero dado que solamente tenían una coraza de hojalata, su poder mortífero era exíguo y sólo inferían pequeñas heridas cuando explotaban cerca de algún soldado enemigo, sin contar con que era muy difícil hacer coincidir perfectamente, desde el momento en que se encendía la mecha, la trayectoria en el aire y su explosión al caer. Por efecto del impacto al ser despedida solía desprenderse la mecha y la bombita no explotaba, cayendo intacta en poder del enemigo. Cuando éste conoció su funcionamiento le perdió miedo; en ese primer combate tuvo su efecto psicológico.

Con bastante minuciosidad se prepararon las cosas, el ataque tuvo lugar el 16 de febrero, el parte de nuestro Ejército que saliera en el «Cubano Libre» y que aquí reproducimos es una síntesis bastante exacta de lo que sucedió.

El plan estratégico era muy simple: Fidel, sabiendo que había una compañía entera en el aserrío, no tenía confianza en que nuestras tropas pudieran tomarlo; lo que se pretendía era atacarlo, liquidar sus postas, cercarlo y esperar a los refuerzos, pues ya sabíamos bien que las tropas que van en camino son mucho más hábiles que las que están acantonadas. Se establecieron las distintas emboscadas de las cuales esperábamos tener resultados grandes.

En cada una pusimos el número de hombre equivalente a la probabilidad de que por allí viniera el enemigo.

El ataque fue dirigido personalmente por Fidel, cuyo Estado Mayor estaba directamente a la vista del aserrío, en una loma situada al norte y de la que se dominaba perfectamente el objetivo. En el mapa #2 se puede apreciar el plan de acción; Camilo debía avanzar por el camino que viene de Uvero pasando por la Bayamesa; sus tropas, que constituían el pelotón de vanguardia de la columna 4, debían tomar las postas, avanzar hasta donde lo permitiera el terreno y ahí mantenerse. La huida de los guardias era impedida por el pelotón del capitán Raúl Castro Mercader, situado a la vera del camino que conduce a Bayamo y, en

el caso de que trataran de ganar el Río Peladero, el Capitán Guillermo García con unos 25 hombres los esperaba.

Al iniciarse el fuego entraría en función nuestro mortero, que tenía exactamente 6 granadas y estaba manejado por Quiala; luego comenzaría el asedio. Había una emboscada dirigida por el teniente Vilo Acuña en la loma de la Virgen, destinada a interceptar las tropas que vinieran de Uvero, y más alejado hacia el norte, esperando las tropas que vinieran de Yao por Vega de los Jobs, estaba Lalo Sardiñas con algunos escopeteros.

En esta emboscada se probó por primera vez un tipo especial de mina, cuyo resultado no fue nada halagüeño. El compañero Antonio Estévez (muerto más tarde durante un ataque a Bayamo), había ideado el sistema de hacer explotar una bomba de aviación íntegra, usando un escopetazo como detonador, e instalamos el artefacto previendo que el Ejército avanzara por esa zona en la que teníamos tan poca fuerza. Hubo una lamentable equivocación; el compañero encargado de anunciar la llegada del enemigo, muy inexperto y nervioso, dio el aviso en el momento en que subía un camión civil; la mina funcionó y su conductor resultó ser la víctima inocente de esta nueva arma de destrucción que, después de desarrollada, sería tan eficaz.

En la madrugada del día 16, Camilo avanzó para tomar las postas, pero nuestros guías no habían previsto que los guardias se retiraban durante la noche hasta muy cerca del campamento, de manera que tardaron bastante en empezar el ataque; creían haberse equivocado de lugar y cada paso lo iban dando con mucho cuidado, sin percatarse de cuál había sido la maniobra. Caminar los 500 metros existentes entre ambos emplazamientos le demoró a Camilo no menos de una hora, avanzando con sus 20 hombres en fila india.

Al final llegaron al caserío; los guardias habían instalado un sistema elemental de alarma consistente en unos hilos a ras del suelo que tenían amarradas unas latas, las que sonaban al pisarlas o tocar el hilo pero, al mismo tiempo habían dejado algunos caballos pastando, de manera que cuando la vanguardia de la columna tropezara con la alarma, se confundieran con el ruido de los caballos. Así, Camilo pudo llegar prácticamente hasta donde estaban los soldados.

Del otro lado, nuestra vigilia era angustiada por las horas que pasaban sin comenzar el tan esperado ataque; por fin se oyó el primer disparo

que marcaba el inicio del combate, empezando nuestro bombardeo con los 6 morteros, el que muy pronto finalizaba sin pena ni gloria.

Los guardias habían visto u oído a los primeros atacantes empezar el ataque; y con la ráfaga que inició el combate hirieron al compañero Guevara, muerto después en nuestros hospitales. En pocos minutos las fuerzas de Camilo habían arrasado con la resistencia, tomando 11 armas, entre ellas, dos fusiles ametralladoras y tres guardias prisioneros, además de hacer 7 u 8 muertos, pero inmediatamente se organizó la resistencia en el cuartel y fueron detenidos nuestros ataques.

En sucesión, los tenientes Noda y Capote, y el combatiente Raimundo Lien, morían en el intento de seguir avanzando, Camilo era herido en un muslo y Virelles, que era el encargado de manejar la ametralladora, tuvo que retirarse dejándola abandonada. A pesar de su herida, Camilo volvió a tirarse para tratar de salvar el arma, ya en las primeras luces de la madrugada, y en medio de un fuego infernal; volvió a ser herido, con tan buena suerte que la bala le penetró en el abdomen saliendo por el costado sin interesar ningún órgano vital. Mientras salvaron a Camilo, perdiéndose la ametralladora, otro compañero de nombre, Luis Macías, era herido y se arrastraba entre las matas hacia el lugar opuesto a la retirada de sus compañeros, encontrando allí la muerte. Algunos combatientes aislados, desde posiciones cercanas al cuartel, lo bombardeaban con sputniks o M-26, sembrando la confusión entre los soldados; Guillermo García no pudo intervenir para nada en este combate, ya que nunca los guardias hicieron tentativas de salir de su refugio, y como se preveía, inmediatamente hicieron un llamado de auxilio por radio.

Ya a media mañana la situación era de calma en toda la zona, pero desde nuestras posiciones en el Estado Mayor, oíamos unos gritos que nos llenaban de angustia y que decían más o menos: «Ahí va la ametralladora de Camilo», mientras tiraban una ráfaga; junto con la ametralladora trípode perdida, Camilo había dejado su gorra que tenía el nombre inscripto en la parte trasera y los guardias se mofaban de nosotros en esa forma. Intuíamos que algo había pasado, pero no se pudo hacer contacto con las tropas instaladas al otro lado, mientras Camilo, atendido por Sergio del Valle, se negaba a retirarse y quedaban allí a la expectativa.

Las predicciones de Fidel se cumplían; desde el Oro de Guisa, la compañía mandada por el capitán Sierra, enviaba su punta de vanguardia para que llegara a explorar lo que sucedía en Pino del Agua; la estaba esperando el pelotón completo de Paco Cabrera, unos 30 ó 35 hombres apostados en la forma en que se ve el mapa 3, al lado del camino, en la loma llamada del Cable, precisamente porque hay un cable con el cual se ayuda a subir a los vehículos la difícil altura.

Estaban instaladas nuestras escuadras al mando de los tenientes Suñol, Alamo, Reyes y William Rodríguez; Paco Cabrera; estaba allí también como jefe del pelotón, pero quienes estaban encargados de detener la punta de vanguardia eran Paz y Duque. de frente al camino. La pequeña fuerza enemiga avanzó y fue destruida totalmente; 11 muertos, 5 prisioneros heridos, que se curaron en una casa y se dejaron allí, el 2do. teniente Laferté hoy con nosotros fue tomado prisionero; se ocuparon 12 fusiles, entre ellos 2 M-1 y un fusil ametralladora, además de un Johnson.

Uno o dos soldados que pudieron huir llegaron con la noticia al Oro de Guisa. Al recibir esta nueva, la gente de Oro de Guisa debe haber pedido auxilio, pero entre Guisa y el Oro de Guisa, estaba precisamente, apostado Raúl Castro con todas sus fuerzas, pues era el punto por donde presuñíamos que más posibilidades ofrecía de que llegaran los guardias en auxilio de los atacados en Pino del Agua.

Raúl dispuso sus fuerzas de tal manera que Félix Pena cerraría con la vanguardia el camino de los refuerzos e inmediatamente, su escuadra con la de Ciro Frías, y la que estaba directamente al mando de Raúl, atacaría al enemigo, mientras que Efigenio cerraría el cerco por la retaguardia.

Un detalle pasó inadvertido en ese momento: dos campesinos inofensivos y aturdidos, que cruzaron por todas las posiciones con sus gallos bajo el brazo, resultaron ser soldados del Ejército de Oro de Guisa que habían sido mandados precisamente para explorar el camino. Pudieron observar la disposición de nuestras tropas y avisaron a sus compañeros de Guisa, por lo que Raúl se vio obligado a resistir la ofensiva que el Ejército, conociendo sus posiciones, le hacía desde una altura que había tomado y tuvo que hacer una larga retirada, en el transcurso de la cual perdió un hombre, Florencio Quesada, y tuvo un herido.

El camino que viene de Bayamo, pasando por el Oro de Guisa, fue la única vía por la que el Ejército intentó avanzar. Si bien Raúl se vio obligado a retroceder, dada su posición inferior, las tropas enemigas avanzaron con mucha lentitud por el camino y no se presentaron en todo ese día.

El mapa 4 muestra la maniobra aproximaba. Ese día sufrimos el ataque constante de los B-26 del Ejército que ametrallaron las lomas sin más resultado que el de incomodarnos y obligarnos a mantener ciertas precauciones.

Fidel estaba eufórico por el combate, y al mismo tiempo, preocupado por la suerte de los compañeros y se arriesgó varias veces más de lo debido; eso provocó que días después un grupo de oficiales le enviáramos el documento que insertamos, pidiéndole en nombre de la Revolución que no arriesgara su vida inutilmente. Este documento, un tanto infantil, que hiciéramos impulsados por los deseos más altruistas, creemos que no mereció ni una leída de su parte, y de más está decirlo, no le hizo el más mínimo caso.

Por la noche insistí en que era posible un ataque del tipo del que Camilo realizara y dominar a los guardias que estaban apostados en Pino del Agua. Fidel no era partidario de la idea pero en definitiva accedió a hacer la prueba, enviando una fuerza bajo el mando de Escalona, que constaba de los pelotones de Ignacio Pérez y Raúl Castro Mercader; los compañeros se acercaron e hicieron todo lo posible por llegar hasta el cuartel, pero eran repelidos por el fuego violento de los soldados y se retiraron sin intentar nuevamente el ataque. Pedí que se me diera el mando de la fuerza, cosa que Fidel aceptó a regañadientes.

Mi idea era acercarme lo más posible y, con cocteles Molotov hechos con la gasolina que había en el propio aserrío, incendiar las casas que eran todas de madera, y obligarlos a rendirse o a salir a la desbandada, cazándolos, entonces. Con nuestro fuego. Cuando estábamos llegando al lugar del combate, aprestándonos a tomar posiciones, recibí este pequeño manuscrito de Fidel:

«16 de febrero de 1958. Ché: Si todo depende del ataque por este lado, sin apoyo de Camilo y Guillermo, no creo que deba hacerse nada suicida porque se corre el riesgo de tener muchas bajas y no lograr el objetivo.

Te recomiendo muy seriamente, que tengas cuidado. Por orden terminante, no asumas posición de combatiente. Encárgate de dirigir bien a la gente que es lo indispensable en este momento. (f) Fidel.»

Además, me decía verbalmente Almeida, portador del mensaje, que bajo mi responsabilidad podía atacar en los términos de la carta, pero que él (Fidel) no estaba de acuerdo. Pesaba sobre mí la orden terminante de no entrar en combate, la posibilidad cierta, casi segura, de la muerte de varios combatientes y la no seguridad de la toma del cuartel, sin saber la disposición de las fuerzas de Guillermo y Camilo, que estaban aisladas, y con toda la responsabilidad bajo mis hombros, fue demasiado para mí, y cabizbajo tomé el mismo camino de mi antecesor, Escalona.

Al día siguiente por la mañana, en medio de las continuas incursiones de los aviones, se dio la orden de retirada general, y después de hacer con la mirilla telescópica algunos disparos sobre los soldados que ya empezaban a salir de sus refugios, nos fuimos retirando por el firme de la Maestra.

Como se puede apreciar en el parte oficial que en aquel momento dimos, el enemigo sufrió de 18 a 25 muertos y las armas ocupadas fueron 33 fusiles, 5 ametralladoras y parque abundante. A la lista de bajas señaladas, hay que agregar la de Luis Macías, cuya suerte no se conocía en ese momento, y algunos compañeros, como Luis Olazábal y Quiroga, heridos en distintas acciones del prolongado combate. En el periódico «El Mundo» del 19 de febrero aparecía la siguiente información:

«El Mundo, miércoles 19 de febrero de 1958. Reportan la baja de 16 insurgentes y 5 soldados. Ignoran si hirieron a Guevara. El Estado Mayor del Ejército expidió un comunicado, a las cinco de la tarde de ayer, negando que haya tenido lugar una importante batalla con los rebeldes de Pino del Agua, al sur de Bayamo. Admítase así mismo en el parte oficial que “han ocurrido alguna que otra escaramuza entre patrullas de reconocimiento del ejército y grupos de alzados”, añadiendo que en el momento de emitir ese propio parte “las bajas rebeldes ascienden a 16, teniendo el ejército como resultado de esas escaramuzas, cinco bajas”. En cuanto a que haya sido herido el conocido comunista argentino Che Guevara, añade el comunicado, hasta ahora no se ha podido confirmar. Sobre la presencia del cabecilla insurreccional en estos encuentros, nada se ha podido confirmar y sí que permanece escondido en las intrincadas cuevas de la Sierra Maestra.»

Poco después, o quizás ya en ese momento, habían provocado la masacre de el Oro de Guisa realizada por Sosa Blanco el asesino que en los primeros días de enero de 1959, moría ante un pelotón de fusilamiento. Mientras la dictadura sólo podía confirmar que Fidel «permanecía escondido en las intrincadas cuevas de la Sierra Maestra», las tropas bajo su dirección personal le pedían que no arriesgara inútilmente la vida y el ejército enemigo no subía hasta nuestras bases. Tiempo más tarde, Pino del Agua era desalojado y completábamos la liberación occidental de la Maestra.

A los pocos días de ese combate se produce uno de los hechos más importantes de la contienda; la columna 3, bajo el mando del comandante Almeida parte hacia la región de Santiago y la columna 6, Frank País, bajo el mando del comandante Raúl Castro Ruz, cruza los llanos orientales, se interna en los Mangos de Baraguá, pasa a Pinares de Mayarí y luego forma el Segundo Frente Oriental Frank País.

CARTA DE FRANK PAIS A FIDEL CASTRO

Stgo. de Cuba, 5 de Julio de 1957.

Estimado Alejandro:¹

Tengo que volver a escribirte y sin pasarlo a clave, pues según informes que tengo de Norma² todavía no te han podido entregar la carta en que te hablaba de ella.

Supongo que ya te habrás enterado de las últimas noticias, hasta la pluma me tiembla cuando tengo que recordar esa semana terrible... Fue nuestra «semana terrible», «nuestra Fernandina»;³ todas las cosas tan detalladamente planeadas, tan bien distribuidas, todas salieron mal, todas fallaron, unas tras otras venían las malas noticias hasta parecer que nunca terminarían.

La bomba de tiempo tan cuidadosamente preparada y colocada falló al caerle agua unas cuantas horas antes; las granadas de mano fallaron; el

¹ Fidel Castro (N. de R.)

² Celia Sánchez (N. de R.)

³ Fernandina —Puerto de los Estados Unidos donde fue apresada una expedición organizada por José Martí. (N. de R.)

segundo frente tan secretamente preparado fue abortado y perdimos armas y equipos por más de \$20,000 y la vida de un compañero; aquí perdimos tres compañeros más, sorprendidos cuando iban a realizar un trabajo delicado y que prefirieron morir peleando antes que dejarse detener, entre ellos el más pequeño⁴ que me ha dejado un vacío en el pecho y un dolor muy mío en el alma...

El hombre clave de nuestras comunicaciones y avisos enfermó gravemente con lo que lucía una embolia sin poder hablar ni escribir, los avisos para la orden nacional de sabotaje se dieron como pudimos, menos mal que el Movimiento en el resto de Cuba se portó muy bien, demostrando que no fue en balde tantas comunicaciones ni tanta insistencia en disciplina y organización. Y para colmo de males tampoco Bienvenido ha podido salir de Cuba.

La idea que tú nos propusiste es buena para cuando se realice un mitin de la oposición pero no del gobierno, vinieron en amplio zafarrancho de combate, tuvieron que dar el mitin apoyados en tanques de guerra, con 3,000 soldados sobre las armas y más de 200 apapipios⁵ de Masferrer.⁶ Hubiera sido una masacre, aparte de que no podíamos arriesgarnos a jugar esa carta todavía. Lo que se planeó era suficiente para que la masacre hubiera sido simplemente de ellos. Lo único que salió fue la interrupción, cuando hablaba Masferrer y eso solamente para la transmisión de La Habana en que le dimos vivas al 26, a la Revolución y a Fidel Castro. Batista oyó esto último bien.

El pueblo se portó muy bien, nadie fue; había solamente unas 5,000 personas y eso que las trajeron de toda la República. Tal fue el fracaso que el gobierno ha trazado planes para Oriente. Masferrer se mudó para Vista Alegre, su gente también se muda, ya hemos descubierto dos casas cuarteles. Tú sabes, aquí es muy difícil que puedan trabajar y moverse sin que enseguida el pueblo los descubra y señale y ya nosotros estamos haciendo nuestros planes para Oriente también.

Llegó un momento en que creímos que te habían cercado cerca de Palma, nos extrañó que anduvieras por allí pero eran tantas y tan seguras las malas noticias que llegaban que hasta creímos esto. Ahora vemos que no,

⁴ Se refiere a su hermano Josué. (N. de R.)

⁵ Apapipio: delator. (N. de R.)

⁶ Senador que tenía organizadas bandas de asesinos conocidas como «Tigres». (N. de R.)

y esa fue nuestra primera buena noticia detrás de tantas malas. No sé qué juego se trae el ejército pues han movido cerca de 300 hombres, artillería ligera y hasta 2 tanques ligeros para Palma. Dicen que quedan elementos armados dispersos de nuestro S. F.⁷ pero yo sé que es falso. Ya todos los que se salvaron están aquí y sé que no hay nadie por esa zona pero el Ejército continúa en sus movimientos.

Hasta Manzanillo sé que la han acuartelado.

Supongo ya te habrán hecho llegar informes militares de Lester.⁸ Eso no ha avanzado nada, se hizo el movimiento de mandos pero no situaron al señor que se esperaba en el mando determinado. Con respecto al segundo grupo dijeron que en Julio, y estamos en Julio, veremos a ver.

¿Qué te parece la fuga de Armando?⁹ ¿Formidable verdad? estoy esperando noticias de allá ahora, María tiene el defecto de que no se comunica regularmente por más que se lo pido, ahora con Armando espero comunicaciones bastante largas.

Me he cansado de pedirle a Norma forma de enviarte uniformes, mochilas y botas, etc., pero me contesta vagamente, que sí que mande todo lo que haya, pero es que no se puede hacer así. Tengo que tener la seguridad de que llegan, con el máximo de seguridad que se pueda. Para eso le he pedido que me diga qué cantidad puede pasar de cada viaje y cuán a menudo, sé que ustedes no deben tener uniformes nuevos y algunos que veo en fotos de los que hace Norma no me lucen muy buenos. Le mandaré un modelo para que los hagan iguales. Si tú me especificaras más o menos qué necesitas y más o menos las tallas más necesarias pues te los mandaría. Asimismo quiero que me especifiques el parque todo que necesitas. Sé que no todos los fusiles son 30.06 y sin embargo nunca pides otro parque, sé de un fusil muy bueno calibre 270, que nada más fueron 200 balas allá en el primer grupo y otro Winchester 250 que nada más tenía 100 balas y los 44 y 22 que pueden utilizarlos de práctica, los revólveres 38 y 32 y 45 y las pistolas 32, 38 y 45 y las ametralladas 45 que no deben tener mucho parque. Si tú me fijaras cantidad yo te las iría enviando poco a poco junto con uniformes, comida, etc. Asimismo si necesitas fundas para pistola y de qué calibre, fundas para peines de ametralladora, de

⁷ Segundo Frente. (N. de R.)

⁸ Lester Rodríguez. (N. de R.)

⁹ Armando Hart. (N. de R.)

qué tipo y cuántos, fundas para peines de M-1, de qué tipo y cuántos. Las balas 30.06 y de M-1 están escasas, pero de todo esto sí te puedo conseguir, mandámelo a pedir. Dime el número de botas que más se necesitan y en qué cantidad, el Che nos mandó un pedido así y vía, y enseguida se lo mandamos.

Del S. F. se salvaron 25 armas, las mejores y un camión de comida, botas, uniformes y mochilas que no lograron ocupar; ayer vi a René y me explicó lo que había pasado, nos pusimos fatalísimos, a veces las cosas hechas a la ligera salen mejor que las planeadas hasta el último detalle. Lo que el Ejército busca es a René y a 20 compañeros más que habían salido del lugar de ocupación y marcharon a pie muchos kilómetros para salvar esas armas de que te hablo y fueron avistados por muchos guajiros (todos les brindaron ayuda) pero que de alegría se pusieron a comentar y llegó al oído del Ejército de grupos armados y les buscan pero ya ellos están aquí y las armas por el momento seguras. Dice René que no se alzó con ese grupo porque el camión de los uniformes, mochilas y botas no había llegado. Ahora estamos esperando que se despeje la zona para sacar el camión con el equipo (mejor dicho el equipo, el camión descargó y se fue) de alimentos, etc., para situarlo donde están las armas ahora y alzarse.

Imaginate noventa y tres hombres con veinte y pico de armas y treinta y pico de uniformes y botas. Un desastre. No intento justificarlos pues es natural que cunda la indisciplina, el recelo, el miedo y hasta la desertión en hombres, escogidos así, mandados así y en tales condiciones, bastante tardó en producirse la hecatombe, unos 15 días aguantaron, perdidos, sin saber de tí ni si iban a llegar y cercados por el Ejército. No les envidio los momentos que vivieron, máxime cuando yo siempre catalogo a los hombres como hombres normales, no como superhombres, ni superhéroes, eso se demuestra después mientras tanto todos son hombres normales sujetos a los mismos defectos de todo el mundo. No es bonito que se «embarque» así a uno por mucha convicción que se tenga. Que las cosas salgan mal después de haberse preparado es una cosa y que desde el principio se vea que está en las más pésimas condiciones es otra. Para no seguir lo que me interesa es saber si llegaron las armas, la comida, el fusil ametralladora Masden, el parque y sobre todo los «clips» con parque de Garand que supongo necesitarás para los Garands que ahora tienes.

Estoy leyendo ahora en el periódico otra ola de detenciones en Manzanillo toda buena gente. Obra del gallego Morán también. Dicen que ahora está

aquí en Santiago y que vive en el Moncada vamos a chequear si es verdad y tirarle un «gancho».

Te voy a mandar ahora un mortero 60 para que tú lo engrases, lo cuides, lo vayas aprendiendo a manejar y para que lo escondan allá, además para que cuando llegue el parque no pasemos tanto trabajo tratando de pasar todo junto, ya Pedro me consiguió 400 granadas y en cuanto el «Gordito» llegue allá lo primero que va a mandar es eso, aunque tenga que fletar casi exclusivamente eso. Espero que en ese viaje venga Pedro también.

Bueno, por lo menos el mortero va para allá en cuanto Norma me dé seguridades absolutas, máxime después de tanta mala suerte y de la situación pesada que tiene su pueblo ahora.

Después de ése, poco a poco, te iré mandando 3 morteros más.

Creo con 4 y las 400 granadas podrás hacer bastante, si el «Gordito» consigue alguna «bazooka» mejor, así se ahorrarán parque y no tendrá ninguna ametralladora que tirar 700 tiros.

Los otros morteros pienso destinarlos al 2do. F., al 3er. F. en cuanto se consoliden (si no llegan las granadas antes y de salida, si llegan).

El día 10 de este mes vamos a iniciar el Plan Nacional No. 2 consistente en un mes de sabotaje coordinado nacionalmente, vamos a ir apretando poco a poco.

Esta carta ya es muy larga, así que dejaré para la próxima el hablarte de la restructuración de la Dirección del Mov. Además espero tener contactos antes con Jacinto.

Sin más y con abrazo revolucionario para todos.

P.D. Dime si recibiste el equipo de radio.

Por la Dirección Nac. del M-26-7.

David.

26

A las Fuerzas Revolucionarias de la Zona Norte de Las Villas

Atendiendo a la necesidad de reorganizar las Fuerzas revolucionarias del 26 de Julio en esta zona norte de las Villas, se ordena por la presente Orden Militar que todos los grupos o personas que operen por su cuenta, perteneciendo al Movimiento 26 de Julio, se pongan al mando del capitán William Gálvez.

Cualquier otra fuerza, no importando su ideología política, que luche contra las fuerzas mercenarias de la tiranía y que desee la unión de las fuerzas en beneficio de la Revolución y la mejor marcha de las acciones rebeldes debe aceptar el mando de la Columna invasora.

Por tanto se nombra al capitán William Gálvez, jefe militar de la que será una columna mixta de combate compuesta de los grupos del 26 de Julio y de los que espontáneamente se unan.

Las obligaciones del Cap. Gálvez son las propias de su grado, debiendo coordinar los esfuerzos de las distintas guerrillas que operen en su zona, por lo cual debe comunicar este nombramiento a los distintos jefes de grupos.

Todas las armas que se arrebatan al enemigo, serán preferentemente destinadas a esa columna, debiendo el capitán Gálvez adiestrar militarmente a los hombres bajo su mando.

Esperamos de todos los hombres amantes de la Libertad, sus mejores esfuerzos, junto a ellos estarán nuestros mejores soldados y la experiencia de nuestros veteranos.

Es un crimen contra la Revolución fomentar rencillas y divisiones, no surgidas hasta el momento en los campos de batalla, quién tenga mérito, tenga capacidad y patriotismo, encontrará sobradas oportunidades en la Revolución para alcanzar las más altas glorias y los más elevados honores.

El enemigo está enfrente, he ahí, el campo donde único son legítimas todas las ambiciones, todos los afanes, y todos los sueños de grandeza, frente al enemigo es donde nuestros hombres seguirán buscando la jerarquía, la grandeza y las glorias morales, sin ambicionarlas, porque los hombres que hoy son abanderados de la Revolución no pensaron en eso cuando se unieron a nuestras perseguidas, hambrientas, acosadas y y débiles tropas.

El Ejército de la Revolución ha alcanzado su poderío y se ha organizado sobre las bases del mérito y del desinterés más puro.

Camilo Cienfuegos.

Comandante de la Columna invasora ANTONIO MACEO del Ejército revolucionario 26 de Julio.

Dado en la provincia de Las Villas a los veinte y seis días del mes de octubre de mil novecientos cincuenta y ocho.



Los Aniversarios del 26 de Julio

Fragmentos de Discursos del Comandante Fidel Castro, Primer Ministro del Gobierno Revolucionario y Primer Secretario del Partido Comunista de Cuba, pronunciados los días 26 de Julio de 1959 a 1966.

La Habana.

26 de julio de 1959.

VI Aniversario.

Al fin hemos aprendido a vivir de pie y al fin hemos comprendido que más vale morir de pie que vivir de rodillas. Esa sabia y filosófica enseñanza de nuestro Apóstol la hemos aprendido, porque no queremos ser pueblos sumisos, no queremos ser pueblos impotentes, no queremos ser un pueblo arrodillado, porque comprendemos que esta felicidad que estamos viviendo al contemplar que nuestro país marcha hacia la más plena y absoluta soberanía, que marcha hacia la liberación de su destino con sus propias manos; esta alegría que emana de la felicidad de sentirnos libres, de sentirnos soberanos, de sentirnos libres de protecciones e ingerencias extrañas, y de sentirnos libres de tiranías internas, de sentirnos libres de miedo, de sentirnos libres de opresión, de sentirnos libres de humillaciones; esa satisfacción que hoy tiene cada cubano de verse un ser humano, un ser humano con derecho, un ser humano objeto de todas las consideraciones que como tal ser humano merece; el hecho de sentirnos

pueblo y no rebaño; el hecho de sentirse hombres y no bestias, el hecho de sentirse poseedor de derechos, poseedor de valores que son sagrados; el hecho, en fin, de sentirse persona, porque no éramos personas bajo la Tiranía, bajo la Tiranía éramos peor tratados que las bestias, bajo la Tiranía sufríamos torturas que las bestias no sufren, sufríamos crímenes y torturas que las bestias no sufren; y esa alegría de dejar de ser tratados como bestias, para sentirnos que tenemos derecho a nuestra vida, sentirnos que tenemos derecho a la vida y a la seguridad de nuestros seres queridos; esa alegría, no se la podrán volver a arrebatar jamás a nuestro pueblo.

Sierra Maestra.
26 de julio de 1960.
VII Aniversario.

Esta fecha y este sitio son dos cosas que se juntan muy estrechamente en nuestro sentimiento y en nuestro recuerdo: 26 de Julio y Sierra Maestra. Son dos nombres que han de pesar muy hondamente en el corazón de cada uno de nosotros, porque antes de que pudiéramos alcanzar estas cosas, antes de que estas hermosas realidades de hoy tuviesen vida, antes de estas grandes victorias de nuestro pueblo, era aquel tiempo en que apenas comenzábamos, era aquel tiempo de los sueños de los primeros combatientes revolucionarios de nuestra generación; antes que ciudades y pueblos, antes que cooperativas y escuelas, antes que ciudades escolares y títulos a campesinos, antes que los maestros, antes que estos soldados ejemplares de la nueva Patria, que trabajan para el pueblo, antes de esta sensación de libertad y esta emoción presente, no había más que ilusiones en nuestras mentes.

Y así empezó aquel esfuerzo hace apenas 7 años. Aquel 26 de Julio de 1953 que fue la culminación del esfuerzo de un grupo de jóvenes llenos de ideales que se lanzaron hacia aquella lucha desigual y difícil. Y aquello no fue más que el inicio, el inicio de una lucha de siete años, porque así son los frutos que los hombres deben adquirir con su esfuerzo, los frutos que los pueblos han de conquistar con sacrificio y con trabajo, que muchas veces mientras más próximos parecen, más se alejan de nuestras posibilidades. Y así aquel 26 de Julio fue para nosotros un minuto, en que cuando parecía culminar una lucha, cuando parecía culminar un esfuerzo para

iniciar la batalla por la liberación de nuestro pueblo, no era el fin, sino el comienzo.

Y aquel grupo de combatientes, los que no fueron asesinados, fuimos a parar a las prisiones con nuestros propósitos y nuestros sueños, para allí poder madurar tras largos meses de encierro, el ideal que llevábamos dentro, el propósito que nos animó a dar la primera batalla, a persistir en nuestro objetivo a pesar de la adversidad de aquel minuto, a persistir en nuestro propósito; porque hoy en esta tarde, no podemos menos que recordar también aquellos días tristes, no podemos menos que recordar aquella tarde del 26 de Julio de 1953, en que no era como hoy, día de optimismo y de alegría, en que no era como hoy, día en que un pueblo recoge los frutos que los caídos han ido sembrando a lo largo de años; no era como hoy, día de esa emoción profunda con que todos hemos escuchado a este niño, niño campesino dotado por la naturaleza de viva inteligencia, de extraordinaria capacidad de orador, que ha venido aquí a esta tribuna, a hablar en nombre de sus compañeros, como prueba de los tesoros humanos que en la patria se desperdiciaran antes y como prueba de que el futuro de la patria tiene que ser necesariamente grande, cuando de allí mismo, de aquel rincón de la provincia de Oriente, donde pusimos nosotros nuestros pasos al desembarcar, de allí mismo surge un niño que con su lenguaje sencillo y su palabra cálida, es capaz de expresar aquí, ante una imponente multitud, lo que ya en su inteligencia y en su corazón joven es capaz de comprender y de hacérselo comprender. Hoy al pasar por delante de nuestra tribuna revolucionaria esos entusiastas hermanos de los distintos pueblos de la América, que vinieron a traernos el amor, la simpatía y el calor de sus tierras, como para darnos el ánimo, al recibir ese aliento que ellos saben que nosotros necesitamos en esta hora, vivíamos ciertamente, uno de esos minutos, que en un marco como este, un día como hoy, frente a esa Sierra donde se gestó la victoria, tenía que hacernos excepcionalmente felices.

Pero no fue así siempre y por contraste, venían también, venían también a nuestras mentes, los recuerdos de aquel primer 26, aquella tarde en que todo era amargura y dolor, en que sobre nuestro ánimo pesaba el dolor de los compañeros que habían muerto y el dolor de la derrota que obligaba a la Patria a una espera, cuyos límites era imposible imaginarse en aquel instante. Y recordar los minutos de adversidad es bueno, recordar los minutos en que las realidades presentes no eran más que sueños, es bueno recordar la lucha, es bueno recordar el sacrificio y el dolor que han cos-

tado las victorias, es bueno, es bueno porque nos enseña, es bueno porque nos dice que en el camino de los pueblos nada es fácil, nos enseña que los pueblos para conquistar aquellas cosas que anhelan tienen que sacrificarse y tienen que luchar muy duramente, y que los pueblos no se pueden desanimar en la adversidad, y que los revolucionarios no se pueden desalentar en la adversidad, ni en los momentos difíciles, porque los pueblos que perseveran y los hombres que perseveran triunfan, los pueblos que luchan y los líderes que luchan llevan adelante sus sueños, los pueblos que saben erguirse frente a los obstáculos marchan adelante, los pueblos que no se desaniman ni se acobardan ante el tamaño de las dificultades que tengan por delante, tienen derecho a la victoria, los pueblos que no tiemblan ante el adversario poderoso, los pueblos que no tiemblan ante el precio que tengan que pagar por su libertad, los pueblos que no tiemblan ante el precio que tengan que pagar por su dignidad, los pueblos que no tiemblan por el precio que tengan que pagar por la justicia, los pueblos que no tiemblan ante el precio que tengan que pagar por su felicidad, tienen derecho a la felicidad, tienen derecho a la victoria, tienen derecho a la libertad, tienen derecho al progreso, tienen derecho a la dignidad.

Y nuestro pueblo es uno de esos pueblos que no tembló nunca ante el precio que le obligasen a pagar por su dignidad y por su libertad; un pueblo que no tembló ni temblará nunca ante el precio que tenga que pagar por su felicidad.

¿Qué quiere nuestro pueblo? Nuestro pueblo quiere esto, nuestro pueblo quiere, sencillamente ser feliz. Y quiere ser feliz al precio que cueste ser feliz. Y nuestro pueblo empezó a ser feliz desde el mismo minuto en que empezó a sentirse realmente libre.

Los cubanos, en nuestro esfuerzo por conquistar nuestra felicidad, estamos arrastrando hacia el mismo propósito a los demás pueblos hermanos de América. Y puesto que la principal causa de la agresión a nuestra Patria obedece al propósito de evitar que seamos un ejemplo para esos pueblos, en esa misma medida, en la medida en que nos quieran destruir, para que no seamos ejemplo, ¡es deber nuestro tratar de ser ejemplo para que no nos puedan destruir!

Tenemos que tratar de ser cada vez mejor ejemplo, para que no nos puedan destruir, ¡porque nos quieren destruir para que no seamos ejemplo! Y puesto que si pudieran destruirnos no seríamos ejemplo, ¡si podemos ser ejemplo no podrán destruirnos!

Prometámosles a los que dieron su vida para engendrar la vida de la Patria que seguiremos esforzándonos para que nuestra Patria sea cada día mejor ejemplo. Y aquí, frente a la cordillera invicta, frente a la Sierra Maestra, prometámosnos a nosotros mismos, comprometámosnos a seguir haciendo de la Patria el ejemplo ¡que convierta a la Cordillera de los Andes en la Sierra Maestra del Continente Americano!

La Habana.

26 de julio de 1961.

VIII Aniversario.

«Hace ocho años, un día como hoy tuvo lugar aquel episodio que estamos conmemorando del ataque al Cuartel Moncada. Aquel combate significó un revés para nosotros. No fue una victoria de las armas, pero fue una victoria de la moral y de la dignidad. El revés no importó, no fue sólo un revés el que hubo de soportar la Revolución en su larga marcha. La Revolución libertadora había sufrido otros reveses en el siglo pasado. Había sufrido un gran revés al final de su lucha heroica por la independencia, con la intervención norteamericana. La Revolución venía sufriendo reveses, la liberación venía sufriendo reveses. Y aquel 26 de Julio fue una escaramuza más de la larga lucha que nuestra nación libraba por su liberación.

Pero los reveses no importaban. Aquel revés, que hizo creer a la camarilla militar y a sus amos imperialistas que había garantizado para siempre la permanencia de sus privilegios y de sus intereses, fue, sin embargo, el comienzo de aquella lucha. Ocho años no es mucho. Sin embargo, desde aquella chispa hasta hoy, al cumplirse ocho años, se ha hecho algo: el pueblo conquistó el poder político, el pueblo destruyó la camarilla militar, el pueblo se liberó de los monopolios imperialistas, el pueblo, con el poder en la mano, comenzó a resolver los problemas más urgentes inmediatos, y ha creado las condiciones para nuevos pasos de avance y está dando esos pasos de avance.

Los reaccionarios, los contrarrevolucionarios y los imperialistas deben tener presente la historia de nuestra Revolución, deben tener presente la historia de los combatientes revolucionarios. Y vale la pena que recuerden que la Revolución empezó sin armas, que la Revolución empezó sin recursos, que

la Revolución surgió de la nada, y que aquella Revolución se fue imponiendo a cada revés, y que aquella Revolución, es decir, aquella idea revolucionaria, aquel propósito revolucionario, fue desarrollándose, fue creciendo, fue conquistando el apoyo de las masas, y llegó a ser lo que es hoy.

Luego, el poder revolucionario no es producto de una imposición. El poder revolucionario no es producto de un golpe aventurero, el poder revolucionario no es producto de un cuartelazo. El poder revolucionario es producto de un largo proceso de lucha, el poder revolucionario es la culminación de un anhelo grande de todo nuestro pueblo, que comenzó a luchar desde el siglo pasado sin haber logrado alcanzar nunca verdaderamente ese poder revolucionario.

Y las últimas batallas de esta larga lucha las libró esta generación, las últimas batallas las libró esta generación, y comenzaron hace ocho años un 26 de Julio; y luchando, y sangrando, y peleando y sacrificándose llegó el pueblo al poder, después de pagar un altísimo precio de sus mejores hijos.

Santiago de Cuba.
26 de julio de 1962.
IX Aniversario.

El 26 de Julio comenzó la última y definitiva etapa de la contienda por la independencia nacional, que había venido librando nuestro pueblo desde 1868. Por eso para nosotros, trabajadores y campesinos, para nosotros esta conmemoración en la ciudad de Santiago de Cuba suscita una emoción profunda.

Esta provincia de Oriente, precisamente, trae los recuerdos más gloriosos de nuestra historia: fue aquí, en esta provincia, el Grito de Yara; fue aquí, en esta provincia, la Protesta de Baraguá; fue de aquí, de esta provincia, de donde salieron los contingentes invasores que con Antonio Maceo y Máximo Gómez llevaron la guerra libertadora hasta los confines de Pinar del Río; es aquí, en esta provincia, donde yacen los restos gloriosos de nuestro Apóstol, caído en Dos Ríos.

Nuestro pueblo fue el último que se libró de la metrópoli española, pero ha sido el primero en librarse del imperialismo yanqui. Nuestro pueblo

marcha hoy a la vanguardia de la América Latina. Somos el primer país que se libró del imperialismo yanqui.

Y ese honor histórico, y lo que eso promete para nuestra Patria, exige riesgos, y si exige riesgos corremos los riesgos que sean necesarios. Si exige peligros, correremos los peligros que sean necesarios. Si exige sacrificios, soportaremos los sacrificios que sean necesarios.

La Habana.

26 de julio de 1963.

X Aniversario.

¡Esta fecha tiene valor no como hecho que se proyecta hacia el pasado, sino como hecho que se proyecta hacia el porvenir! Porque aquí en nuestro país había un poderoso ejército profesional al servicio de los explotadores, aquí había numerosos partidos burgueses que arrastraban a una parte no desdeñable de la masa por caminos erróneos, y había todo un sistema de prensa, de radio y de televisión al servicio de los intereses creados. Y aún más: cuando Batista dio el golpe de Estado el país tenía una situación financiera que no tiene hoy ningún pueblo de América Latina, porque él encontró en las arcas del Banco Nacional de Cuba más de 500 millones en divisas. Y esa no es la situación de Guatemala, esa no es la situación del Ecuador, esa no es la situación del Perú, esa no es la situación de Argentina, esa no es la situación de Colombia, esa no es la situación de Venezuela, esa no es la situación de Nicaragua, de Honduras y de otros países. Y, sin embargo, en aquellas condiciones difíciles para la Revolución, en el esfuerzo realizado como ocurre siempre con los acontecimientos históricos en que el esfuerzo y la idea surgen de unos pocos —pero que si es un esfuerzo bien dirigido y si las ideas son justas, van convirtiéndose poco a poco en el esfuerzo y en la idea de las masas—, nuestro pueblo encontró una salida.

El Cuartel Moncada no cayó. Factores imprevistos hicieron fallar el intento de ocupar la fortaleza, factores imponderables. Aquello pudo haber sido un duro golpe para nosotros, pero no ocurrió así por nuestra convicción y nuestra fe de que aquel era el camino. Aquello pudo, circunstancialmente, fortalecer la opinión de quienes afirmaban que no era posible luchar contra el ejército de Batista, pudo, circunstancialmente, fortalecer la opinión de

los politiqueros y los argumentos de los politiqueros en favor de las componendas electoreras, donde jamás el pueblo obtiene nada. Sin embargo, nuestra fe se mantuvo firme, inconvencible, en cuanto a que aquel era el camino. Y nos dimos de nuevo a la tarea, ya con más experiencia, ya con más elaboración de llevar adelante aquella lucha.

Más cuando nosotros desembarcamos del «Granma» 82 hombres, aún nos traicionó la inexperiencia, aún nos traicionó nuestra inmadurez como combatientes, y de nuevo un duro revés cayó sobre nuestro esfuerzo, y aquella fuerza expedicionaria —organizada y preparada con grandes sacrificios—, quedó virtualmente dispersa y aniquilada.

Aquello habría podido ser un golpe tremendo para nuestra fe y para nuestra convicción de que aquel era el camino. Mas, sin embargo, nuestra fe y nuestra convicción se mantuvieron inalterables. Creímos que aquel era el camino, y al fin la historia y los hechos, la realidad y la vida, se encargaron de demostrar que aquel era el camino.

Y quienes un día nos vimos cercados entre los cañaverales, en número tan reducido que se podían contar con los dedos de una mano, y han vivido estos diez años de Revolución y de lucha, y hoy les hablan y se encuentran frente a un pueblo entero como este, un pueblo formidable como este —que es a su vez forjador y producto de la Revolución—, ¿cómo no hemos de sentir en lo más hondo de nuestras almas la convicción y la fe de que para los pueblos hay siempre un camino, de que para los pueblos oprimidos hay siempre una solución?

Mas ese camino no se abre solo, ese camino hay que abrirlo, ese camino tienen que abrirlo los combatientes revolucionarios. Y hay una manera de abrir el camino, y es decirse: ¡debemos abrir el camino! Y hay una manera de no abrir jamás el camino, y es decir: ¡No queremos abrir el camino!

En muchos países de América Latina las condiciones prerrevolucionarias son incomparablemente superiores a las que existían en nuestro país. Hay países de América Latina, saqueados y esquilados por los monopolios y por las oligarquías, donde masas hambrientas y desesperadas esperan la brecha para irrumpir en la Historia.

El deber de los revolucionarios es abrir esa brecha. El deber del revolucionario no es sólo el estudio de la teoría. El deber de los revolucionarios no consiste en atiborrarse de conocimientos teóricos, olvidados de las realidades prácticas de la revolución. El deber de los revolucionarios no consiste, sólo en aprender y conocer y sentir la convicción de una concepción de la

vida y de la historia y de la sociedad revolucionaria, sino también en la concepción de un camino, de una táctica, de una estrategia que lo conduzca al triunfo de esas ideas.

Ese es deber de los revolucionarios, y no esperar hasta las «calendas griegas» para ver si los caminos se abren solos, o si por obra de milagro los regímenes explotadores desaparecen.

El deber de los revolucionarios, sobre todo en este instante, es saber percibir, saber captar los cambios de correlación de fuerzas que han tenido lugar en el Mundo, y comprender que ese cambio facilita la lucha de los pueblos. El deber de los revolucionarios latinoamericanos no está en esperar que el cambio de correlación de fuerzas produzca el milagro de las revoluciones sociales en América Latina, sino aprovechar cabalmente todo lo que favorezca al movimiento revolucionario ese cambio de correlación de fuerzas ¡y hacer las revoluciones! Esa es una cuestión demasiado clara y demasiado evidente.

Y la culpa de que las condiciones determinadas se desperdicien, de que la oportunidad no se aproveche, de que las circunstancias no se utilicen debidamente, no la tendrá nadie, no la tendrá ningún otro partido o estado revolucionario. No la tendremos nosotros. La culpa la tendrán los revolucionarios de cada país, porque es a los revolucionarios de cada país a quienes les corresponde hacer la revolución en cada país.

Santiago de Cuba.

26 de julio de 1964.

XI Aniversario.

Frente al llamamiento de los imperialistas a la contrarrevolución, el llamamiento de la Revolución cubana a la Revolución latinoamericana.

¡Llamamiento contra llamamiento! Y veremos quién tiene la razón; veremos de que lado está la Historia, si del lado de ellos o del lado nuestro; veremos si ellos pueden destruir la Revolución o si los pueblos destruyen a la reacción y al imperialismo. ¡Veremos! Tiempo tendrán para saberlo. Hoy 26 de julio, en este 26 de julio, el onceavo aniversario del ataque al Cuartel Moncada, desde la heroica ciudad de Santiago de Cuba, le enviamos nuestro saludo fraternal y caluroso a los bravos combatientes venezolanos y les decimos: ¡no olviden el ejemplo de Cuba!

La decisión de luchar, la decisión de luchar nos dio el triunfo, la tenacidad en la lucha nos dio el triunfo, la perseverancia en la lucha nos dio el triunfo. Y en una lucha como la lucha en la que está empeñado el pueblo de Venezuela, es más justo que nunca aquel dicho de que «el que persevera triunfa».

Y los imperialistas no podrán aplastar el movimiento revolucionario de Venezuela, como no pudieron aplastar las camarillas militaristas nuestro movimiento revolucionario. Y eso es lo que hay en el fondo de todo esto. ¡De la misma manera que el gobierno gorila de Guatemala no ha podido aplastar a los valientes guerrilleros que en las montañas de aquel país luchan contra el gobierno proimperialista y explotador que allí impera!

Santa Clara.

26 de julio de 1965.

XII Aniversario.

Y esa Patria, ese país, lo construiremos por encima de todos los obstáculos. ¡Sabemos que podemos hacerlo! El sudor que cueste no importa, los peligros que cueste no importa. Cuanto hacemos y creamos es mirando hacia el porvenir. Las amenazas que puedan pesar sobre el fruto de nuestro trabajo no nos preocupa. Lo que hemos hecho una vez, podríamos ser capaces de hacerlo otra vez y de hacerlo cuantas veces sea necesario. Hay algo que no podrá destruirse nunca con bombas, ni con aviones, ni con armas; hay algo que, como en el soldado aguerrido no se pierde: esas condiciones, esas características que hacen a un soldado veterano y como soldado aguerrido y veterano, soldado formidable, no se pierde en las batallas, sino que crece. ¡Y como pueblo aguerrido y veterano, el nuestro, en las batallas su espíritu no sufrirá mella, su espíritu revolucionario crecerá!

Hay algo que no se edifica en piedra. En piedra se edifica una fábrica, en piedra se edifica una obra hidráulica, una carretera. Hay una obra que no se ve en cemento, ni en cabillas, ni en piedras; es lo que se construye en el pueblo, la educación que un pueblo recibe, la conciencia que un pueblo adquiere; las virtudes que un pueblo desarrolla no se ven pero existen, y son invulnerables. Todo lo material podrá aquí ser destruido, con lo material podrán ser destruidas muchas vidas, pero el espíritu de nuestro pueblo no podrá destruirlo nadie, la historia de nuestro pueblo no podrá destruirla

nadie, la conciencia revolucionaria de nuestro pueblo, su generosidad extraordinaria, su magnífica condición humana, su entusiasmo, su optimismo, su carácter, que es el cimiento de su fuerza, eso no podrá destruirlo nada ni nadie.

A veces nos preguntamos si un día como hoy somos nosotros los que vamos a llevar un mensaje al pueblo, decirle algo nuevo al pueblo, o es el pueblo quien trae un mensaje a nosotros, es el pueblo quien viene a decirnos algo nuevo a nosotros. Porque, ¿quién habla aquí, ustedes o nosotros? Formalmente, nosotros; en realidad, son ustedes, porque son los que vienen a traer nuevo impulso a la Revolución, los que vienen a traer nuevas energías a nuestros ánimos y a nuestros espíritus, nuevo fervor a nuestro corazón de revolucionarios.

Es como si cada 26 de Julio se reuniera el pueblo e hiciera manifestación de su fuerza para dar un nuevo impulso a la Revolución, para dar un nuevo impulso a los dirigentes revolucionarios.

Porque no nos reunimos para hacer historia, no nos reunimos para hacer un recuento de la historia, no nos reunimos para recordar la historia pasada, nos reunimos para escribir la historia nueva, nos reunimos con la fuerza que ha acumulado en el camino esta enorme columna para emprender de nuevo la marcha con toda esa fuerza; nos reunimos para decir que no somos unos pocos, que no somos unos cien hombres, que no somos una docena de hombres, que somos todo un pueblo en marcha que escribe la historia, que la escribe como la han escrito otros pueblos, que la ha escrito con sacrificio y la ha escrito con sangre.

¡Con sangre escriben hoy los dominicanos la historia de su patria!

¡Con sangre la escriben los venezolanos, los colombianos, los peruanos, los guatemaltecos!

¡Con sangre la escriben los congoleños!

¡Con sangre y sacrificio escriben su historia los pueblos!

¿Y quiénes son, quiénes son los que derraman nuestra sangre? ¿Quiénes son los que llenan nuestro camino de obstáculos? Son los mismos que derraman la sangre de los dominicanos, son los mismos que derraman la sangre de los vietnamitas, son los mismos que derraman la sangre de los congoleños, son los que derraman la sangre de los pueblos que quieren un destino mejor, que quieren cultura, que quieren pan, que quieren salud, que quieren decoro, que quieren libertad, Son los explotadores, son los que no pueden vivir sino derramando sangre de pueblo, son los que no pueden

vivir sino chupando el trabajo de los demás, medrando con el sudor de los pueblos. Y por eso los pueblos tienen que escribir su historia con sacrificio, con dolor, con sangre y pagar ese precio. Y así hemos escrito nuestra historia.

No es esto una merced, no fue la Revolución una merced, no es la Revolución sino fruto de ese esfuerzo, de esa sangre, de ese sacrificio de todo un pueblo. Y así será.

La Habana.
26 de julio de 1966.
XIII Aniversario.

Cuando se vaya a definir un revolucionario, lo primero que habría que preguntarle es si cree o no cree en el pueblo, si cree o no cree en las masas. Nosotros éramos un puñado de hombres, no pensábamos con un puñado de hombres derrotar a la tiranía batistiana, derrotar a sus ejércitos, no. Pero pensábamos que aquel puñado de hombres podía ocupar las primeras armas para empezar a armar al pueblo; sabíamos que un puñado de hombres podría bastar no para derrotar aquel régimen, pero sí para desatar esa fuerza, esa inmensa energía del pueblo que sí era capaz de derrotar a aquel régimen.

Y el 26 de julio ciertamente que no logramos de inmediato nuestros objetivos, ciertamente que no logramos tomar la fortaleza. Eso es cierto.

Nosotros consideramos los factores que infortunadamente se presentaron de forma adversa y nos impidieron lograr aquel objetivo inmediato. Nosotros, aun hoy, después de años en que experiencias en este tipo de cuestiones se fueron adquiriendo más y más, estamos seguros de que nuestro plan era bueno, y estamos seguros de que era posible tomar aquella fortaleza; que factores imponderables, que siempre se presentan en las guerras, que muchas veces se pueden presentar en los campos de batalla, produjeron un resultado adverso.

Naturalmente que cuanto menor es el número de armas y cuanto más inferior es la calidad del equipo en un combate, tanto más riesgosa resulta la operación, tanto más susceptible de fallar en sus resultados con algunas cosas insignificantes que se produzcan de una manera diferente.

Pero, sin embargo, ¿por qué el 26 de julio se convirtió en una fecha de la Rebelión Nacional? ¿Por qué se convirtió en una fecha de nuestra Revolución? ¿Por qué se convirtió en un símbolo no sólo para nosotros, sino en un símbolo cuyas enseñanzas pueden ser útiles aún para los revolucionarios de otros países?

Habría que recordar cuáles eran entonces las circunstancias. Batista había llevado a cabo su golpe de Estado prácticamente sin disparar un solo tiro. Se apoderó de los mandos militares y contaba con la adhesión de un ejército relativamente grande y relativamente bien armado; contaba con la adhesión de todos los cuerpos armados; promovió innumerables ascensos en la oficialidad; les aumentó el sueldo a los soldados, muchos de los cuales eran los mismos soldados de las épocas anteriores de Batista; el pueblo estaba totalmente desarmado, y no sólo estaba el pueblo totalmente desarmado, sino estaba carente en absoluto de dirección política; un número de partidos burgueses tradicionales, una serie de figuras de renombre nacional, una gran segmentación de las fuerzas; de manera que se creaba un cuadro donde parecía imposible una revolución.

En medio de aquel cuadro, los políticos burgueses cuando pensaban en la forma de deshacerse de Batista, no pensaban en una revolución sino pensaban en una conspiración. La influencia, o las posibilidades de determinados dirigentes políticos se medía por el número de sus amistades con determinados oficiales dentro del ejército, porque existía la creencia de que sólo mediante un golpe de Estado podría sustituirse el régimen de Batista por otro régimen más o menos igual...

Los priistas conspiraban, por ejemplo. Aquel partido que se había dejado arrebatar el gobierno sin disparar un solo tiro, sólo aspiraba a aplicarle la misma receta que les habían aplicado a ellos. Es cierto que dentro de las filas de todos los partidos, incluso de ese partido donde sus dirigentes se habían enriquecido extraordinariamente, hubo en sus filas hombres que honestamente lucharon y se sacrificaron.

¿Pero quién podía pensar en aquella época en una revolución contra el ejército? ¡Nadie podía pensar en una revolución contra el ejército! Incluso existía el apotegma, que se venía repitiendo no se sabe desde cuánto tiempo hacía, de que las revoluciones se podían hacer con el ejército o sin el ejército, pero nunca contra el ejército. Y aquella idea prevalecía de manera absoluta en la mente de los políticos de aquellos tiempos.

La idea de una revolución contra el ejército, contra sus fuerzas armadas, contra el sistema, parecía a mucha gente una idea absurda, parecía a todos

los políticos burgueses, que eran los que dirigían la política de este país, una locura. ¿Pensar, además, en una revolución contra todas aquellas fuerzas, prácticamente sin un solo depósito de armas; mas, no sólo sin un solo depósito de armas, sin un solo centavo para comprar armas? Eran muy pocos los que habían podido creer en aquello. Sólo hombres del pueblo, de las filas más humildes del pueblo, sanos, desprovistos de ambición, podían sentir aquella posibilidad, podían sentir aquella fe, podían creer en que fuera posible llevar a cabo una lucha en condiciones tan difíciles.

El hacer este análisis del cuadro en que nos encontrábamos nosotros, puede tener una utilidad, en relación con otros pueblos de América Latina.

Porque, realmente, nosotros podemos afirmar que nuestra Revolución comenzó a llevarse a cabo en condiciones increíblemente difíciles, y aquella fe, aquella confianza en que sí era posible —si se lograba despertar al pueblo— liquidar aquel sistema, se mantuvo en nosotros, a pesar de los reveses. Porque una gran parte de los compañeros murieron —la inmensa mayoría de ellos asesinados—, otra parte minoritaria fuimos a parar a las prisiones, y, sin embargo, no aceptamos el punto de vista de los que creían que lo que había ocurrido el 26 de julio era una prueba de que no se podía hacer una revolución contra el ejército; no aceptamos los puntos de vista de los que querían sacar de aquella fecha una prueba en favor de sus argumentos; no aceptamos los puntos de vista de aquellos que decían que sí, que era una cosa heroica, pero que era una cosa ilusoria, que era un sueño, que era una aventura de muchachos románticos; no aceptamos ni mucho menos, aquel punto de vista de que Batista se podía caer del gobierno únicamente si los norteamericanos le retiraban su apoyo. Porque esas eran las dos cosas; no se puede hacer una revolución contra el ejército, no se puede mantener un gobierno frente a la oposición del Gobierno de los Estados Unidos.

Y cuando volvimos, con muchas menos fuerzas de las que al principio habíamos imaginado, porque —nosotros después que salimos de las prisiones nos negamos a aceptar los falsos caminos electoralistas, los falsos caminos de la politiquería y nos mantuvimos en nuestra línea de que a la fuerza sólo se podía destruir con la fuerza— pensábamos comenzar de nuevo aquella lucha con unos 300 hombres armados con fusiles automáticos. La realidad es que sólo pudimos armar 82 hombres y entre todas aquellas armas no había ningún fusil automático y sólo había unas 10 armas semiautomáticas.

Pero nuestros 82 hombres volvieron a quedar reducidos prácticamente a la nada, producto de la inexperiencia; porque a todo esto hay que añadir que ninguno de aquellos hombres se había formado en una academia militar y ninguno de aquellos hombres realmente conocía mucho de guerra.

Y es lo cierto que se volvieron a reunir 7 armas, de las 82 armas con que nosotros habíamos desembarcado, y entonces tuvimos que empezar aquella lucha con 7 armas. El revés había sido muy grande, grande; es posible que muy poca gente creyera en la posibilidad de recuperarse de aquel revés, es posible que muy poca gente pudiera creer que 7 armas, 7 hombres que se habían reunido armados otra vez, podían intentar organizar un ejército. Y, sin embargo, aún en aquellas adversas condiciones se hizo el esfuerzo, hicimos el esfuerzo.

Empezamos a recoger algunas armas más, y con 19 hombres armados, nosotros libramos nuestro primer pequeño combate victorioso. Fue la primera vez que vimos rendirse una unidad militar de aquellas invencibles fuerzas; y es lo cierto que se rindieron cuando prácticamente todos estaban muertos o heridos, porque en los primeros tiempos aquel enemigo siempre ofrecía tenaz resistencia, y siempre, esperando refuerzos, o esperando que llegara el día, o esperando que llegara la aviación, resistía todo cuando podía. Fue la primera vez que le arrebatamos al enemigo un número de armas: 11 fusiles. Sin embargo, no significaba esto que a partir de entonces todo marcharía bien: tuvimos que aprender lecciones muy amargas todavía en los meses siguientes, tuvimos que sufrir los efectos de las tácticas enemigas de infiltración, tuvimos que sufrir consecuencia de traiciones y más de una vez nuestros enemigos estuvieron a punto de exterminarnos. Aquel fue un aprendizaje amargo, pero un aprendizaje sumamente útil. Si frente al primer revés, o al segundo, o al tercero, o al cuarto, nosotros hubiésemos renunciado a nuestra convicción, y si hubiésemos hecho caso a los argumentos de los derrotistas, entonces, nosotros jamás nos habríamos decidido a reiniciar la lucha con 7 armas. Y esto tiene una importancia práctica importante. No se trata de resaltar ni mucho menos el mérito de los hombres que hayan hecho eso; nosotros entendemos que los hombres tienen pocos méritos, y las que tienen méritos son las ideas, las convicciones.

Nosotros poseíamos determinadas convicciones, y esas convicciones eran muy fuertes, esas convicciones tenían el mérito de ser justas, esas convicciones tenían la fuerza de ser verdaderas.

Y, por eso, creemos que muchos otros hombres, poseídos de la misma convicción, habrían podido hacer exactamente igual, o más y mejor. Pero esas convicciones pasaron las pruebas de la adversidad, y las adversidades sirven muchas veces para que los hombres sin convicción, para que las organizaciones sin convicción, para que los políticos sin convicción, defiendan los caminos erróneos, defiendan caminos que jamás conducen ni conducirán a la liberación de los pueblos. Y esto es importante, porque en otros países de América Latina jóvenes revolucionarios se han lanzado también a la lucha. En numerosas ocasiones y en distintos países de América Latina los hechos han sido adversos; en muchas ocasiones, no en todas.

En algunos casos los revolucionarios han logrado adquirir experiencia suficiente para hacerse, por lo menos, invulnerables al enemigo. Han logrado adquirir experiencia para mantenerse en los campos, para mantenerse como guerrillas alzadas contra el poder dominante.

En algunos casos —como es el caso de Guatemala— han logrado éxitos de consideración; han ido adquiriendo un prestigio grande, como es el caso de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Guatemala, las FAR que dirige el comandante Turcios.

Es conocido también el hecho de que heroicos revolucionarios venezolanos, dirigidos por distintos comandantes, han logrado mantenerse durante más de tres años en las montañas venezolanas.

En Colombia es vieja la tradición de lucha guerrillera. Son conocidas determinadas regiones a las que en esos países se ha denominado con el nombre de Repúblicas; también elementos nuevos, como la organización conocida por el nombre de Ejército de Liberación, a la cual perteneció un Camilo: Camilo Torres, un sacerdote que optó por el camino de la Revolución, que adoptó un camino diferente al de las oligarquías eclesásticas de ese país, y luchó y murió por la causa del pueblo.

Pero el hecho de que algunos esfuerzos guerrilleros hayan fracasado, y el hecho de que todavía no se haya producido el triunfo de ninguno de esos movimientos guerrilleros —es decir, la conquista del poder revolucionario—, sirven como material a los enemigos de la lucha revolucionaria para predicar el fracaso del camino revolucionario, ¡del único y verdadero camino revolucionario que la mayor parte de los pueblos de América Latina pueden tomar hoy!

Surgen siempre los elementos derrotistas, y cuando sufren un revés, dicen: «Ya ven, teníamos razón: ese camino estaba fracasado». Y los imperialistas

dicen: «Ya ven, teníamos razón nosotros también: los revolucionarios están fracasados».

Y se produce esa extraña coincidencia entre lo que predicán el imperialismo y las oligarquías, y lo que predicán algunos señores y organizaciones que se autotitulan revolucionarias.

Habrían podido decirnos a nosotros el 26 de Julio: «Ya ven, teníamos razón». Habrían podido decirnos a nosotros después del desembarco del Granma: «Ya ven, teníamos razón». Y no le habrían faltado muchas oportunidades frente a cada uno de los reveses de los revolucionarios. Habrían podido decir lo mismo después del Goicuría; habrían podido decir lo mismo después del desembarco del Corynthia; habrían podido decir lo mismo después del heroico ataque al Palacio presidencial el 13 de marzo. Infinidad de ocasiones les habrían sobrado para decir: «Abandonen el camino de la Revolución».

Y no faltaron algunos trasnochados que, cuando ya nosotros éramos invulnerables en la Sierra Maestra, nos exhortaban a abandonar la lucha. Como aquel sujeto que en la revista «Bohemia» escribió una «Carta a mi hermano Fidel», pretendiendo demostrar que era imposible derrotar al régimen de Batista; que ya se había hecho un gran esfuerzo, un esfuerzo heroico, muy heroico, muy heroico, muy digno de todos los aplausos y de todo lo que se quiera. Y de ahí, ¡a politiquiar con eso!

Es que ocasiones sobraron y, sin embargo, nosotros podemos decir hoy: ¡Ya ven, ya ven, teníamos la razón! ¡Ya ven, ya ven que se podía hacer una revolución contra el ejército! Y algo más importante todavía: ¡Ya ven cómo se podía hacer una revolución aun contra la hostilidad más abierta del imperialismo yanqui! Y nosotros estamos seguros de que, a pesar de los reveses pasajeros, algún día también los revolucionarios en los demás pueblos hermanos de América Latina podrán decir también: «¡Ya ven que sí se podía luchar, ya ven que nuestro camino era correcto, ya ven que teníamos la razón!»

Frente a los reveses, los seudorrevolucionarios proclaman el fracaso del verdadero camino revolucionario. Hay algunos que pretenden presentarnos a nosotros como fanáticos de la guerra, como maniáticos de la lucha armada. Hay gente que, en pose de sensatos como tantos que nosotros conocimos aquí, predicán el camino del electorerismo y de la charlatanería.

No es que nosotros pretendamos que en todos los países existen exactamente las mismas condiciones. No es que nosotros pretendamos que en todos los

países se den exactamente las mismas condiciones de Cuba; y efectivamente, hay, incluso, en este continente algunas excepciones, pero muy, pero muy, muy, muy contadas excepciones, donde las condiciones son diferentes, donde las posibilidades son más difíciles.

Pero, de lo que nosotros estamos convencidos es de que en la inmensa mayoría de los países de América Latina existen condiciones superiores para hacer la Revolución de las que existían en Cuba, y de que si esas revoluciones no se hacen en esos países es porque falta la convicción en muchos que se llaman revolucionarios.

Se suele hablar, y siempre se suele hablar de algo, y siempre se suelen utilizar algunas frases, algunos clichés, y los clichés a veces hacen más daño que el mismo imperialismo, porque el imperialismo excita y estimula la lucha de los pueblos con sus represalias y sus crímenes, y los dogmas, los clichés, matan el espíritu de los revolucionarios, lo adormecen.

Y una de las frases muy conocidas y muy repetidas es aquella que se refiere a las condiciones objetivas y a las condiciones subjetivas; y desde luego, esta no es una clase de literatura, ni mucho menos un círculo de meditación filosófica, pero hablando el lenguaje —ese lenguaje que es el que hay que hablar, que es el lenguaje que entienden las masas— esta cuestión de lo objetivo y lo subjetivo se refiere, lo primero, a las condiciones sociales y materiales de las masas, es decir, sistema de explotación feudal de la tierra, de explotación inhumana de los trabajadores, miseria, hambre, subdesarrollo económico, en fin, todos estos factores que producen desesperación, que producen por sí mismos un estado de miseria y de descontento en las masas. Esos son los llamados factores objetivos: masas explotadas de campesinos, de obreros, intelectuales descontentos, estudiantes, en fin, yo no diría intelectuales descontentos, pero sí intelectuales oprimidos.

Y los factores subjetivos son los que se refieren al grado de conciencia que el pueblo tenga. Son los que se refieren al grado de desarrollo de las organizaciones del pueblo y dicen: hay muchos factores objetivos, pero todavía las condiciones subjetivas no están dadas. Si ese esquema se hubiera aplicado a este país, jamás se habría hecho aquí Revolución, jamás. Las condiciones objetivas eran malas, desde luego, pero son todavía mucho peores en la mayor parte de los pueblos de América Latina. Y las condiciones subjetivas. . . bueno posiblemente aquí no pasaban de 20, al principio no pasaban de 10, las personas que creyeran en la posibilidad de una Revolución. Es decir, que no existían esas llamadas condiciones subjetivas

de conciencia en el pueblo. Bien arreglados habríamos estado si para hacer una Revolución socialista, nos hubiésemos tenido que dedicar a catequizar a todo el mundo con el socialismo y el marxismo para después hacer la revolución.

No hay mejor maestro de las masas que la misma revolución, no hay mejor motor de las revoluciones que la lucha de clases, la lucha de las masas contra sus explotadores. Y fue la propia Revolución, el propio proceso revolucionario quien fue creando la conciencia revolucionaria. Y eso de creer que la conciencia tiene que venir primero y la lucha después es un error. ¡La lucha tiene que venir primero e inevitablemente detrás de la lucha vendrá con ímpetu creciente la conciencia revolucionaria!

Si yo hiciera una pregunta aquí, si yo hiciera una pregunta aquí, podríamos nosotros, ante nuestros visitantes, demostrar esto con el testimonio de las masas. Si yo les preguntara a ustedes, a esta inmensa multitud, les preguntara cuántos tenían conciencia revolucionaria y cuántos no tenían, y si, sobre todo, les pregunto a ustedes cuántos no tenían conciencia revolucionaria antes de la Revolución, y les dijera que levanten la mano los que no tenían conciencia revolucionaria, que lo digan. ¡Esa es la masa!

Es que conciencia revolucionaria, cabalmente, no la poseíamos ni los mismos hombres que hemos estado dirigiendo esta Revolución. Ideas revolucionarias, intenciones revolucionarias, buenos deseos revolucionarios, pero conciencia revolucionaria, una verdadera cultura revolucionaria, una verdadera conciencia revolucionaria, muy pocos.

Y esa masa, esa masa, fue adquiriendo conciencia en el proceso revolucionario, esa masa fue adquiriendo la cultura revolucionaria y la conciencia revolucionaria a través del proceso. Porque las masas lo que sentían era la opresión, lo que sufrían era las necesidades, y tenían, todo lo más, una conciencia vaga de que algo andaba mal, una conciencia vaga de que era explotada, de que era preterida, de que era humillada.

El revolucionario tiene que actuar con ese sentimiento de las masas, con ese sentido que tiene de la explotación que sufre, de las necesidades que padece. Y el verdadero revolucionario no espera que esos llamados factores subjetivos se den de una manera cabal. Porque para esperar que todo el mundo tuviera hace trece años la conciencia revolucionaria que tiene hoy, eso realmente no habría tenido gracia; bastaría con que la quinta parte de esta conciencia revolucionaria hubiera existido entonces, y el régimen de Batista y su sistema desaparecen en 24 horas. Lo interesante de un proceso revolucionario es que en la medida que lucha, que avanza,

interpretando realmente las leyes de la sociedad humana, interpretando las necesidades y los anhelos de las masas, va creando la conciencia revolucionaria.

Y esto, esta pregunta que yo les he hecho hoy, eso demuestra la justicia del planteamiento que estamos haciendo. Porque con esa frase de las condiciones objetivas y de las condiciones subjetivas, algunos esperarán por las «calendas griegas» a que venga la Revolución. Fue por eso que en la Declaración de La Habana se planteó que «el deber de todo revolucionario es hacer la Revolución». Y eso que se llama convicción de esta verdad, de esta realidad, es algo esencial, es algo definitivo.

Si a mí me preguntaran cuáles son los más importantes aliados del imperialismo en América Latina, yo no diría que son los ejércitos profesionales, yo no diría que es la Infantería de Marina yanqui, yo no diría que son las oligarquías ni las clases reaccionarias, yo diría que son los seudorrevolucionarios.

¡Y es que hay que acabar de saber qué es un revolucionario! Si acaso un revolucionario es simplemente aquel que se arma de una teoría revolucionaria, pero no la siente, tiene una relación mental con la teoría revolucionaria, pero no tiene una relación afectiva, no tiene una relación emocional, no tiene una actitud realmente revolucionaria, y acostumbra a ver los problemas de la teoría revolucionaria como una cosa fría, que no tiene nada que ver con las realidades.

Y seudorrevolucionarios hay muchos, charlatanes hay muchos, farsantes, embarcadores, de todos los tipos —no voy a hacer definiciones porque sería larga la enumeración. Pero revolucionarios, revolucionarios de convicción que sienten profundamente una causa, una idea, que conocen una teoría y son capaces de interpretar esa teoría acorde con las realidades, esos desgraciadamente son muy pocos. Pero siempre y cuando haya hombres con esas convicciones —aunque sea un puñado de hombres— allí donde se dan las condiciones objetivas para la Revolución, habrá revoluciones. Porque las condiciones objetivas las hace la historia; pero las condiciones subjetivas las crea el hombre.

Y en todos esos países, en todos esos países donde esas condiciones objetivas existen, nosotros sabemos que no faltarán los hombres que sean capaces de crear las otras condiciones, de la única forma, que es luchando. Y los mejores aliados del imperialismo y de la explotación son en esos países los que tratan de frenar las revoluciones, los derrotistas, los que no quieren luchar.

Porque hace falta comprender —y comprender de una vez— que para ser revolucionario no se necesita sólo una teoría; se necesitan convicciones profundas, una gran confianza en las masas, una gran decisión de lucha y de sacrificio.

Y es doloroso ver incluso cómo los militantes revolucionarios caen asesinados por los esbirros porque tienen una teoría política; la represión en la América Latina es tan brutal y tan estúpida que en ocasiones ha reprimido a elementos que sólo tienen una posición teórica, teóricamente revolucionaria, pero que no tienen realmente una convicción revolucionaria. Y han llevado la represión a esos extremos. Y así muchos hombres han ido a parar a las cárceles, otros han muerto, simplemente por las ideas. Porque vuelvo a repetir que hay una distancia grande entre la teoría y los hechos, entre las ideas y la puesta en práctica de las ideas.

En relación a estos pronunciamientos de carácter doctrinario, si se quiere, que a veces nosotros hacemos en esta Plaza Cívica, ocurren cosas curiosas: amigos de la Revolución que publican algunos discursos y otros no los publican, o que a veces los publican enteros y otras veces publican una parte, nos censuran. Porque es natural que algunas diferencias existen entre nosotros, revolucionarios de hecho y de derecho, de convicción y de teoría, intelectuales y de sentimiento, y los que no ven las cosas de la misma forma. Así a veces tenemos la suerte de que algunos de los pronunciamientos se publican y otros pronunciamientos se censuran. ¡Amigos! ¡Qué clase de amigos!

Pero bien; nosotros no pronunciamos estas cosas por queja ni resentimiento contra nadie, ni disgusto contra nadie. A nosotros nos interesa sólo aclarar estas ideas. ¿Para quiénes? Para aquéllos a quienes pueda ser útil, para aquéllos que teniendo convicción, actitud de revolucionarios, puedan ver en el ejemplo y en la historia de nuestra Revolución un estímulo, un argumento, una razón que los estimule en su lucha frente a los derrotistas, frente a los capitulacionistas —que los hay en todas partes—, para que los elementos revolucionarios no se desalienten.

Los imperialistas sueñan, sueñan, con crear el mito de que no son posibles nuevas revoluciones como la de Cuba. Y los únicos que saldrán ganando son los imperialistas, en la misma medida en que este mito se lo hagan creer a la gente, en la misma medida en que este mito sirva de antídoto al fervor, a la convicción revolucionaria.

Muchas veces los dirigentes políticos o los dirigentes llamados revolucionarios —que están poseídos de buenas intenciones, pero son extraordina-

riamente incapaces—, a veces ocurre dentro de determinadas organizaciones, que surge un grupo y dice: estos son incapaces. Pero resulta que estos que dicen que los otros son incapaces y que son seudorrevolucionarios, se ponen a hacer las mismas cosas, a incurrir en los mismos errores, y en ocasiones en la misma politiquería que le critican a los otros.

¿Quiénes serán los hombres que dirijan la revolución en este continente?

Tal vez en muchos casos sea como aquí, hombres cuyos nombres no han aparecido nunca en la letra de molde, hombres que ni siquiera son conocidos. Pero nosotros sabemos que en las filas del pueblo, en las entrañas del pueblo, existen esos tipos de hombres que más tarde o más temprano, interpretando correctamente las realidades y los hechos, poseyendo convicción revolucionaria y confianza en el pueblo, lleven adelante a sus pueblos hacia la liberación.

evolucion, el 19 de junio
 26 de Julio no puede a.
 cetera la proliferación
 de organizaciones co-
 laterales que entran en
 sentido candidato. di-
 viden el espacio y crean
 la confusión en la opinión
 de los compradores y del pú-
 blico

La disciplina es nec-
 esaria. Sin disciplina no
 puede haber organización
 revolucionaria

Hace falta que la
 disciplina sea de nues-
 tros ideas y propósitos
 sea dirigida por un

DECLARACIONES DEL COMITE CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA DE CUBA

Como nuestro pueblo ha podido apreciar por los cables de todas las agencias internacionales de prensa, publicados textualmente en nuestros periódicos, el gobierno lacayuno de Venezuela, siguiendo evidentes instrucciones de sus amos de Washington, trata de levantar contra nuestra Patria una campaña histérica de violencia, agresión y guerra.

Se habla en términos verdaderamente desvergonzados de bloqueo naval y aéreo, ultimátum, ataque armado colectivo, boycot económico a los países que comercien con Cuba, etc., etc. Es decir, se amenaza y se pretende intimidar a nuestro país en la forma más grosera.

¿Y qué es lo que ha desatado este paroxismo de histeria bélica, amenazas tremebundas y gritos desaforados de guerra?

¿Es acaso que los «ilustres» gobernantes de América Latina se concitan para ir en apoyo del pueblo dominicano, todavía ocupado por las tropas yanquis?

¿Es para exigir que cese la ocupación del canal de Panamá, y reclamar castigo por la masacre cometida no hace mucho contra el pueblo de ese país por la soldadesca de Estados Unidos?

¿Es para condenar los bárbaros y brutales bombardeos contra Viet Nam del Norte y el genocidio que se comete contra Viet Nam del Sur?

¿Es para protestar contra Estados Unidos por la participación descarada del personal de sus fuerzas especiales en la represión de los movimientos revolucionarios en América Latina y demandar la clausura de las escuelas militares que, en Panamá y en los propios Estados Unidos, han sido creadas por el imperialismo para entrenar a miles de matarifes de los ejércitos oligárquicos en la técnica de perseguir y exterminar a los combatientes revolucionarios?

¿Es para pedir que se devuelva a Cuba el territorio de la Base Naval de Guantánamo, desde donde, de tiempo en tiempo, se dispara contra nuestro suelo y se asesina a los centinelas cubanos?

¿Es para condenar, aunque sea tardíamente, la invasión de Girón —organizada por la CIA, con bases en Nicaragua y Guatemala— el bombardeo de nuestras ciudades por aviones yanquis con insignias cubanas, los ataques piratas desde bases establecidas alrededor de Cuba, las miles de filtraciones, lanzamientos de armas en masa por aire para abastecer bandas contrarrevolucionarias, y todas las demás fechorías por el estilo que durante ocho años ininterrumpidamente han estado realizando los imperialistas yanquis contra Cuba?

¿Es para conminar al imperialismo al cese inmediato de un bloqueo económico criminal y cobarde contra un pueblo latinoamericano, que se lleva a cabo con la violación de todas las normas internacionales y humanas, y la repugnante complicidad de todos los gobiernos de América Latina, con la honrosa excepción de México?

¡No! Estos y otros muchos hechos por el estilo son cosas intrascendentes, indignas en absoluto de ser tomadas en consideración.

Lo que concita la furia y el histerismo es la noticia de la presencia de tres cubanos, uno de los cuales resultó muerto y dos arrestados cuando, según se afirma, ayudaban a regresar a su país a un grupo de ocho revolucionarios venezolanos, de los que precisamente vienen luchando hace años por liberar a su patria de la tutela y la explotación de los monopolios yanquis, por lo que son asesinados «ipso facto» cuando caen en manos de la policía represiva del régimen. Y eso sí que debe concitar la acción inmediata, fulminante, exterminadora contra Cuba.

Esta es la filosofía, los conceptos de la ley y el Derecho Internacional, la moral y las normas que los imperialistas quieren imponerle al mundo.

Lo curioso es que estos santos varones cuando hablan de guerra contra Cuba piensan en una guerra que debe librar el ejército, la escuadra y la aviación yanqui. Es decir, piensan cobardemente en lo que a su juicio sería para los imperialistas un simple y fácil genocidio contra nuestro pueblo. Esto es lo que en el fondo se esconde tras las melodramáticas bravuconerías del señor Leoni. Sus afirmaciones contienen, además, una serie de mentiras. Ninguno de los tres jóvenes cubanos que se mencionan pertenece al ejército regular de Cuba.

Antonio Briones Montoto: 27 años; siendo casi adolescente participó activamente en la lucha clandestina contra Batista; prestó después su servicio en diversos campos de la Revolución, pero nunca perteneció al ejército regular de Cuba.

Manuel Gil Castellanos: 25 años; por razón de su edad no pudo participar en la lucha guerrillera y no figuró luego nunca en el ejército regular de Cuba. Al igual que Briones prestó sus servicios en otras actividades revolucionarias.

Pedro Cabrera Torres: 29 años; de procedencia campesina, figuró en las filas del ejército algo más de un año entre 1961 y 1963, cuando dejó de pertenecer al mismo.

Es falso igualmente que pueda haberse ocupado un fusil procedente de Cuba de fabricación soviética, porque todas las armas de ese tipo que la URSS ha suministrado a la República de Cuba están perfectamente registradas y controladas por la Sección de Armamentos del Ejército, sin que se haya observado la ausencia de ninguna.

Y respecto a todas las demás afirmaciones contenidas en la declaración oficial, no pueden exhibir otra cosa que el testimonio atribuido a personas que están absolutamente a merced de sus carceleros, cuyas faltas de escrúpulos y métodos brutales son hartos conocidos.

Pero no se pretenda que nos interesa eludir ninguna responsabilidad. Para los fines que el imperialismo y su política de represión del movimiento revolucionario persigue respecto a Cuba no es necesario inventar ninguna mentira ni probar ninguna verdad. El imperialismo yanqui constituye un sistema que se trata de imponer al mundo, empleando para ello los métodos más draconianos y despiadados. Ese imperialismo lleva a cabo una lucha a muerte contra el movimiento revolucionario en el mundo entero. Nuestro pueblo ha conocido muy de cerca, y en su propia carne, las consecuencias de este designio imperialista desde el mismo día en que, después de una lucha heroica, obtuvimos, por primera vez en cuatro siglos de his-

toria, el derecho a dirigir nuestros destinos y labrar nuestro porvenir. Contra ese imperialismo criminal, y contra todos sus cómplices y lacayos, nosotros luchamos y lucharemos sin vacilación ni tregua.

La comedia nauseabunda de la OEA está demás, porque el imperialismo nunca ha necesitado excusas para cometer sus crímenes, ni la Revolución Cubana necesita pedirle permiso ni perdón para cumplir sus deberes de solidaridad con todos los revolucionarios del mundo, y entre ellos los revolucionarios venezolanos porque la justificación de los actos de los revolucionarios está en la existencia misma del imperialismo.

El objetivo fundamental de la estrategia imperialista en el mundo contemporáneo es bien claro: aplastar a los movimientos de liberación reprimiéndoles mediante el empleo más brutal y violento de su poderío militar, neocolonizar los países recién independizados, establecer en el mundo condiciones absolutamente privilegiadas para sus intereses económicos e imponerse brutalmente sobre la humanidad entera.

Para llevar a cabo su política sanguinaria de represión contra los movimientos revolucionarios de liberación en los países subdesarrollados, el imperialismo yanqui ha pretendido establecer un peculiar derecho: el derecho a intervenir militarmente con sus fuerzas armadas y desatar guerras destructoras y despiadadas contra países pequeños y débiles, y aplastarlos uno a uno. En Santo Domingo, con un ejército de 40,000 hombres ahogaron en sangre el movimiento revolucionario sin que necesitaran ningún pretexto, ni acuerdo de la OEA a quien después le encomendaron la impudicia de dar el visto bueno; casi un millón de soldados de distintas nacionalidades libran una guerra genocida contra el pueblo de Viet Nam del Sur, tropas yanquis mantienen militarmente ocupada a Corea del Sur y parte del territorio de Laos, bombardean bárbaramente el territorio de Viet Nam del Norte y las zonas liberadas de Laos; amenazan con sus agresiones a Camboya y a Corea del Norte y mantienen, con sus escuadras el protectorado de Taiwán.

Para llevar a cabo estas fechorías emplea las bases militares establecidas en territorio de numerosas naciones en todos los continentes, en ocasiones retenidas de viva fuerza, como ocurre con el territorio ocupado de Guantánamo. Algunas de estas bases como la de Tailandia, participan directa y activamente en estos actos de agresión.

El imperialismo internacionaliza sus guerras represivas empleando soldados de diversas nacionalidades, como hizo en Corea y como lo hace actualmente en Viet Nam del Sur, con la participación de tropas subcoreanas,

tailandesas, filipinas, neozelandesas, y australianas; o como lo hizo en Santo Domingo, con la participación posterior de soldados brasileños, costarricenses, hondureños, nicaragüenses y paraguayos; y como lo pretende hacer a través de sus intentos de crear, mediante la OEA una fuerza internacional contra Cuba y los movimientos de liberación de este continente.

A juicio del imperialismo yanqui todos estos hechos son legítimos, son morales; es su pretendido derecho a practicar la piratería y el crimen en todos los rincones del mundo: Corea, Viet Nam, El Congo, Laos, Cuba, Santo Domingo.

Ningún país puede sentirse seguro, porque mañana el imperialismo yanqui puede desatar nuevas agresiones en Corea otra vez, o en Camboya, Siria, La RAU, Argelia o Cuba, por no citar más que algunos ejemplos.

Se suceden ininterrumpidamente las conspiraciones de la CIA y los golpes de Estados reaccionarios, como los de Brasil y Argentina, en América Latina; Ghana en Africa; Indonesia en Asia. Directa o indirectamente, la actividad de los imperialistas yanquis afecta hoy a todas las naciones de todos los continentes.

La propia Europa Occidental está siendo cada vez más colonizada económicamente por el imperialismo yanqui.

Millones de obreros europeos trabajan para acrecentar sus ganancias. El capital monopolista yanqui adquiere una participación cada vez mayor en muchas de las principales industrias, y este acrecentamiento de su participación lo obtienen no sólo con los dividendos que perciben en Europa explotando trabajadores ingleses, franceses, italianos, españoles, alemanes, belgas, holandeses, etc. sino también —como han expresado algunas autoridades financieras— con los propios recursos bancarios de estos países, dado que su cobertura monetaria consiste en gran parte en billetes norteamericanos, mientras el oro permanece en las arcas de los EE. UU. y en todas las empresas europeas en que la participación yanqui es mayoritaria o decisiva, imponen —por encima de la soberanía de cada país— la política del gobierno de Estados Unidos. Ninguna de esas empresas industriales, no importa el país donde estén radicadas, acepta vender o comprar ningún producto a países, que como a Corea, Viet Nam, China o Cuba, el imperialismo yanqui les ha puesto sus draconianos bloqueos económicos, más aún ejercen todo tipo de presiones sobre el resto de las industrias nacionales, amenazándolas con represalias económicas para obligarlas a participar en su criminal política. Otro tanto hacen con entidades bancarias, comerciales y navieras.

No oculta tampoco Estados Unidos sus propósitos de utilizar las relaciones económicas para penetrar, debilitar, desmoralizar, corromper y desunir a los países socialistas de Europa. No hay un solo acto de la política internacional yanqui que no esté inspirado en esa moral, en esa política, en esos objetivos estratégicos.

El golpe cuartelario promovido por Estados Unidos en Grecia demuestra que ni siquiera Europa escapa ya a las recetas empleadas por el imperialismo yanqui en Asia, Africa y América Latina. Pero es en los países pequeños y militarmente débiles del Tercer Mundo donde la política del imperialismo se muestra más brutalmente agresiva y belicosa.

No existe ningún sistema que brinde garantías a estos pueblos contra sus actos vandálicos. La propia Organización de Naciones Unidas no ha servido absolutamente para darles a los pueblos la menor seguridad, y, lejos de ello, por lo general ha sido también un instrumento para convalidar los crímenes y fechorías del imperialismo yanqui. Y no puede ser de otra forma, puesto que en ella rige la misma ley que el imperialismo ha impuesto en el mundo allí representado.

Es esta realidad demasiado clara, sobre todo para las regiones del mundo que sufren más directamente en sus propias carnes las garras imperialistas, obligadas a librar contra el imperialismo —en condiciones duras— una lucha resuelta y decidida, la que determina nuestra política internacional.

Es por ello que nosotros, los revolucionarios cubanos, no hemos suscrito ni suscribiremos ningún acuerdo sobre el cese o prohibición de pruebas nucleares o contra la proliferación de armas de ese tipo, como los concertados bajo los auspicios de Naciones Unidas, aunque en la realidad de nuestro actual desarrollo técnico esto no implique otra cosa que una posición de principios.

Los imperialistas yanquis no sólo desarrollan cada vez más sus armamentos nucleares sino que desarrollan también, a toda máquina instrumentos mortíferos de guerra química y bacteriológica. ¿Qué resultado puede tener la renuncia de los pueblos al desarrollo de sus medios defensivos como no sea facilitar a los imperialistas las condiciones ideales para que puedan someter al mundo a su terror y su chantaje? Mientras no exista para toda la humanidad un sistema que brinde a los pueblos, sin excepción alguna, garantías iguales y efectivas de seguridad sin privilegios para nadie, el derecho de los países amenazados por el imperialismo a desarrollar los medios de defensa, cualesquiera que éstos sean, es irrenunciable.

Es por eso que nosotros nos negamos a aceptar cualquier fuerza internacional de Naciones Unidas, que sólo serviría para constituir un instrumento más de agresión en manos de los imperialistas yanquis.

Es por eso que nos negamos a aceptar el derecho de Estados Unidos a imponer —como ocurrió en la Crisis de Octubre— qué tipo de armas nuestro país, constantemente amenazado, debe poseer, y mucho menos todavía a acceder a la inspección de nuestro territorio, porque ello equivaldría a convalidar el derecho de los agresores a decidir sobre las armas que deban o no poseer sus futuras víctimas.

Es por eso que nosotros consideramos no sólo un deber moral revolucionario sino una necesidad vital de los pueblos del mundo de hoy, frente a la política imperialista de represión e internacionalización de sus guerras punitivas contra los movimientos revolucionarios, alentar e incrementar al máximo la solidaridad y la ayuda a los revolucionarios que en cualquier parte del mundo luchan o están dispuestos a luchar contra el imperialismo.

Algunos entienden que la adopción de una política revolucionaria consecuente y resuelta frente al imperialismo conduciría inexorablemente a un conflicto nuclear. Esto es suponer a los imperialistas yanquis la vocación de suicidas. Los imperialistas yanquis son poderosos, pero no invencibles ni suicidas, y el camino que por ley de la historia conducirá a la solución del conflicto entre los intereses de ese imperialismo y los del resto de la humanidad es la lucha revolucionaria de los pueblos. Frente a esta lucha de nada les valdrán a los imperialistas sus armas convencionales, químicas, bacteriológicas o nucleares.

Derrotar al imperialismo no es derrotar al pueblo o a la nación norteamericana. Los núcleos que controlan el capital monopolista yanqui son una exigua minoría dentro de Estados Unidos. El pueblo de Estados Unidos en su inmensa mayoría está constituido por millones de obreros que trabajan en la industria, de agricultores que cultivan la tierra, de intelectuales y de estudiantes. Entre esos millones se encuentran los considerables núcleos de la población negra que luchan arduamente por sus derechos.

Muy pocas veces se tiene en cuenta que el pueblo de los Estados Unidos es una de las grandes víctimas del imperialismo yanqui. Es el pueblo quien en gran parte paga, con el sudor de su trabajo y la sangre de sus hijos, las guerras injustas y represivas de los imperialistas. Recientemente el Pentágono declaró —tal vez pretendiendo ripostar a la consigna revolucionaria del comandante Ernesto Guevara— que ellos estaban en condi-

ciones de librar simultáneamente varias guerras similares a la de Viet Nam.

Eso es lo que piensa el Pentágono, pero no es lo que piensan las madres norteamericanas, no es lo que piensa la población negra de los Estados Unidos privada de los derechos más elementales, no es lo que lógicamente puedan pensar los obreros que viven de su trabajo ni la inmensa mayoría de los estudiantes y jóvenes norteamericanos. Esa afirmación del Pentágono puede ser verdad como expresión cuantitativa del total de sus medios técnicos, pero está muy lejos de serlo en cuanto a recursos humanos, morales y políticos, no ya para librar varias guerras tipo Viet Nam, ni siquiera para obtener la victoria en un solo país: Viet Nam. Semejante camino conduciría a un despertar de dimensión imprevisible en la conciencia del pueblo de Estados Unidos, por lo que en este proceso histórico contemporáneo los pueblos que luchan por su liberación, y el pueblo de Estados Unidos, se acercarán cada vez más y estarán llamados a vivir un día en sincera paz y amistad sobre las ruinas de una política imperial que sólo puede tratar de subsistir acudiendo al crimen y al genocidio de pueblos enteros.

La cuestión para los pueblos se plantea así: o capitular frente al imperialismo, o resistir y luchar. Resistir y luchar en todas las épocas de la historia implica afrontar los riesgos que la resistencia y la lucha entrañan, como capitular significa sencillamente capitular.

El miedo al chantaje nuclear sí conduce a un resultado inexorable que es la rendición sin resistencia y sin lucha frente al imperialismo. De modo que la ficción y la mentira de que los imperialistas estén dispuestos a suicidarse se convierte para éstos en un arma mucho más eficaz que su arsenal atómico.

Si deseamos la paz, esa paz debe alcanzar a todos los pueblos por igual. En el mundo de hoy, azotado por un imperio cuyas garras se extienden a todos los continentes, el concepto de paz sólo puede ser honrado si es universal. Del mismo modo, el concepto de coexistencia pacífica entre Estados de diferentes sistemas sociales si no garantiza por igual la integridad, soberanía e independencia de todos los países, grandes y pequeños, está esencialmente contra los principios del internacionalismo proletario. ¿Cuál es la paz que disfrutaban los vietnamitas? ¿Qué tipo de coexistencia es la que practica con ese país el Estado norteamericano? A los hombres, mujeres, ancianos, jóvenes y niños que allí mueren diariamente víctimas de la más moderna técnica militar, y que están viendo caer sobre su Patria

tantas bombas que pronto excederán el peso total de las arrojadas sobre Europa durante la Segunda Guerra Mundial con un poder destructor acumulado superior al de las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki, ¿qué les dicen las palabras paz, seguridad europea, coexistencia pacífica y demás idílicas frases por el estilo?

Nuestro Partido y nuestro pueblo no rehuyen, por tanto su responsabilidad revolucionaria ante el mundo, ni rehuirán el combate, con sus consecuencias y sacrificios, en cualquier forma y en cualquier campo que el imperialismo decida entablarlo contra nosotros.

Nos acusan de querer subvertir el orden en este continente, y nosotros, efectivamente, proclamamos la necesidad histórica de que los pueblos subviertan el orden establecido por el imperialismo en América Latina y en el resto del mundo. Nos acusan de predicar el derrocamiento revolucionario de gobiernos establecidos en América Latina, y nosotros, efectivamente, creemos que todos los gobiernos oligárquicos, de gorilas con uniforme o sin uniforme, servidores del imperialismo y cómplices de sus crímenes, deben ser barridos por la lucha revolucionaria de los pueblos.

Nos acusan de ayudar al movimiento revolucionario y nosotros, efectivamente, prestamos y prestaremos ayuda, cuantas veces nos lo soliciten, a todos los movimientos revolucionarios que luchan contra el imperialismo en cualquier parte del mundo.

No acataremos jamás el «status quo» que el imperialismo pretende imponerle a la humanidad, ni sus leyes draconianas, ni su moral de mercachifles sin escrúpulos. Nuestro derecho es el derecho de los pueblos a emanciparse de la explotación y la esclavitud, el derecho de la humanidad a rebelarse contra las agresiones y los crímenes del imperialismo, baluarte principal de la reacción en el mundo.

Nuestras leyes son las leyes del desarrollo revolucionario e inevitable de la sociedad humana; nuestra moral es la moral de los luchadores revolucionarios, uno de cuyos principios más ineludibles y sagrados en el mundo de hoy es la solidaridad internacional.

Frente a las amenazas que se ciernen hoy sobre nuestra Patria lo que haremos es redoblar nuestro esfuerzo defensivo, sin abandonar nuestro arduo y cada vez más exitoso trabajo en el camino del desarrollo cultural, técnico y económico de nuestro país, en las actuales condiciones de bloqueo económico, y si fuera necesario aun bajo condiciones de bloqueo total; porque a estas alturas ninguna fuerza en el mundo podrá ya destruir nuestra Revolución.

Los imperialistas yanquis y todos sus cómplices en las agresiones contra Cuba tendrán que atenerse a las consecuencias de sus actos.

Nada nos extraña que la camarilla corrompida y lacayuna de vendepatrias que gobierna a Venezuela azuce la guerra imperialista contra nuestro pueblo, porque desde hace varios años ellos vienen haciendo la guerra contra el pueblo de Venezuela, y su impotencia para aplastar al movimiento revolucionario es lo que explica su desesperación.

Hoy piden la intervención imperialista contra Cuba, mañana pedirán la intervención de los «marines» en la propia Venezuela.

Si fuese cierta la noticia de que el joven cubano Antonio Briones Montoto cayó de dos balazos en la cabeza y yace enterrado a 60 metros de la playa en el cementerio Machurucuto, por ayudar a los revolucionarios venezolanos, nuestro Partido y nuestro pueblo se solidarizan profundamente con su gesto altruista, revolucionario, internacionalista y heroico. Dar la vida por servir a la Revolución venezolana no sólo está dentro de la más pura concepción marxista-leninista, sino también acorde con la más hermosa tradición de Bolívar y la nación venezolana, cuyos hijos lucharon y murieron por la independencia de muchos otros pueblos hermanos de este continente. Bolívar quiso un día luchar por la independencia de Cuba. ¡Cesen de invocar su nombre los que azuzan la guerra imperialista contra nuestra Patria! Entre los pueblos de Venezuela y Cuba nunca habrá guerras. No importa lo que decidan en Washington la OEA y su amo. ¡Patria o Muerte! ¡Venceremos!

COMITE CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA DE CUBA
La Habana, 18 de mayo de 1967.

Revolución

Revolución

Revolución

Revolución

Revolución

Revolución

Revolución

Revolución

Revolución

Revolución

El Uruguay

no es una excepción

ARIEL COLLAZO

En todo país de los llamados subdesarrollados, la contradicción fundamental es la de imperialismo-nación, y no existe otro criterio más seguro para caracterizar a un individuo o a un grupo, que la de ubicarlo en uno de esos dos extremos: o se está con el imperialismo, o se está con la nación y con el pueblo. De ahí que la posición de las fuerzas de nuestro país debe juzgarse a la luz de su actitud frente al imperialismo, es decir, de si son o no antimperialistas.

Desde luego que en nuestra intrincada realidad social y política esa caracterización no resulta tan sencilla. El pueblo es llevado casi siempre, por los medios de propa-

ganda en poder de las clases dominantes, a no ver la contradicción fundamental imperialismo - nación, sino la secundaria derivada de la oposición política tradicional blanco-colorado.¹ De ahí que una y otra vez descargue toda su impotencia y su angustia contra el gobernante de turno, y no alcance a comprender que su verdadero enemigo es el imperialismo yanqui. Por eso se ha volcado contra los colorados para poner a los blancos y contra los blancos para reinstalar a los colorados, o bien para sacar a unos de un partido y colocar en el gobierno a

¹ Partidos políticos tradicionales, que se remontan a la época de la independencia. (N. de R.)

otros de ese mismo partido. Es un juego repetido, exasperante, de nunca acabar, y al que sólo podrá poner fin la revolución.

El análisis que sucintamente haremos ahora, toma como eje aquella contradicción fundamental al estudiar el tema del antimperialismo, e intenta, en la segunda parte, penetrar profundamente en el carácter de la respuesta revolucionaria uruguaya.

El antimperialismo en el Uruguay

Historia. La definición antimperialista más antigua, más gloriosa y a la vez más actual la dio nuestro inmortal Artigas, con su célebre frase: "No venderé el rico patrimonio de los orientales, al bajo precio de la necesidad".

Luego de la primera independencia, dos grandes imperios se sucedieron: el inglés, que conservó su predominio hasta la segunda guerra mundial (empréstitos, ferrocarriles, aguas corrientes, tranvías, gas, seguros, etc.) y el yanqui, que si bien había comenzado a introducirse desde la primera guerra, sólo a partir de la última se lanzó con todo su poder al asalto de nuestra economía. Los franceses tuvieron cierta episódica influencia cuando la Guerra Grande, de 1838 a 1851. En 1900, nuestro ilustre José Enrique Rodó publica su "Ariel", en el

que en su prosa incomparable, hace una crítica penetrante del imperalismo, que ha resultado una verdadera profecía para el siglo que se iniciaba.

El antimperialismo comenzó a desarrollarse con la creación del Partido Socialista en 1910 y del Partido Comunista en 1920, que permitieron comenzar a vertebrar lo que por entonces era un sentimiento difuso.

En 1925 nace el Centro Ariel, integrado por estudiantes que en 1929, durante una huelga de más de un año en la Facultad de Derecho contra el Decano José Irureta Goyena, fundan la FEUU (Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay). Por entonces, comenzaban a hacerse sentir los efectos de la crisis de 1929, y aparecían los primeros intentos de crear centrales obreras.

Es también entonces, que con retracción y se plasman en 1938 en Universitaria nacidas en 1918 en el Estatuto universitario, ambicioso proyecto de entregar toda la cultura llegan las ideas de la Reforma, inclusive la Radio oficial del SODRE, a la Universidad.

En la década de los 30, dos grandes hechos vuelcan al pueblo a combatir: el golpe de Estado de Terra de 1933 y el apoyo a la República Española contra el facismo.

El golpe de estado fue, hoy se ve claramente, de inspiración imperialista, porque en 1931, una mayoría

de un sector blanco y otro colorado, había creado la ANCAP (Administración N. de Combustibles, Alcohol y Portland), otorgándole el monopolio de la refinación de petróleo, que hasta entonces estaba en manos del trust Standard Oil—Shell Mex, y había decretado la moratoria de la deuda externa por dos años en virtud de la repercusión desastrosa que en nuestra economía tuvo la crisis de 1929-31. El trust, al igual que lo hizo en 1937 con México y en 1960 con Cuba, suspendió la venta de petróleo al Uruguay, ante lo cual la ANCAP pasó a adquirirlo a la Unión Soviética. Esto explica que los uruguayos sean los únicos que llaman nafta (que en ruso quiere decir petróleo), a la gasolina. Lo primero que hizo la dictadura al tomar el gobierno fue terminar con esas compras y celebrar convenios secretos lesivos para el país con las petroleras anglosajonas, a partir de 1935. Las movilizaciones a favor de la República Española fueron gigantescas para la época, y se vieron favorecidas por el clima interno del país, que deseaba terminar con la dictadura; en 1938 realizó el más grande mitin que se recuerda, para restablecer las libertades democráticas. El Partido Comunista envió en esa época voluntarios a pelear en las Brigadas Internacionales en España, entre los cuales estuvo el ex di-

putado José Lazarraga, que a su regreso se enfrentó a las directivas de Eugenio Gómez² y fue expulsado en 1951, junto con otros militantes, como el Dr. Alfonso Bianchi, que habían actuado en el levantamiento de Prestes en 1935 en Brasil. Sólo veinte años después volvieron al Partido, con la eclosión producida por la Revolución cubana. El más notorio brigadista fue el oficial del ejército Juan José López Silveira, que en 1943 escribió un libro pleno de interés y concisión: «La guerra de guerrillas».

El antimperialismo en blancos y colorados. Uno y otro partido tradicional se han atribuido en otras épocas, practicar distintas formas de antimperialismo. Los blancos, con su defensa del principio de no intervención, y con la proclama de su antiyanquismo, en episodios tales como la lucha contra las bases militares en 1943, contra el Tratado de Río de Janeiro de 1947, con el «Allá ellos los amarillos y los rubios del Norte» de Herrera, o con su otra frase célebre «Los coreanos del Norte son los Artiguistas del Asia», con su resistencia al Tratado Militar con EE. UU., etc. Los colorados por su parte, han sostenido que por estar en el gobierno en ese entonces, han hecho menos proclamas, pero han

² Secretario General del PC Uruguayo hasta 1955, en que fue expulsado del Partido. Lo sustituyó Rodney Arismendi. (N. de R.)

nacionalizado ininidad de servicios públicos y se han enfrentado a la infiltración de los capitales yanquis por medio del desarrollo de los servicios industriales y comerciales del Estado. Es decir, que su antimperialismo ha sido más silencioso pero más efectivo.

La verdad es que a la hora de los hechos, y sobre todo en los últimos años, ni una ni otra posición son ciertas, y basta repasar un poco la historia para comprenderlo.

El antimperialismo tuvo algunas expresiones claras en blancos y colorados, hace cuarenta años, pero no ahora. En 1927, Carlos Quijano había fundado la Agrupación Nacionalista Demócrata Social (ANDS), y en su torno se congregaron muchos de los universitarios más destacados de la época, gran parte de los cuales sin embargo, años después pasó a filas de la reacción (Posadas Belgrano, Paysaé Reyes, Lerena Acevedo). La ANDS expresaba por entonces la orientación antimperialista, latinoamericanista y laica que desde 1939 hasta la fecha ha representado el Semanario «Marcha». Nosotros llegamos a pertenecer a ella en 1950, pero dejó de existir después de las elecciones de ese año.

Dentro de los colorados, en 1929 Julio César Grauert funda la Agrupación Batilista Avanzar, con un claro contenido clasista y de izquier-

da. Su periódico, bajo la orientación de Cerrutti Grossa, marcó un punto muy alto en el pensamiento de la época. Grauert murió asesinado por la dictadura el 26 de Octubre de 1933.

La guerra mundial de 1939-45 convulsiona al país y toda la opinión se vuelca a favor de los aliados, incluidos los Partidos Comunistas y Socialista. Al sector herrerista del P. Nacional (Blanco) se le acusa de pro-nazi y falangista, porque en sus filas había diversos dirigentes de esa orientación, pero lo cierto es que desde el punto de vista del antimperialismo, es la memorable batalla encabezada por Herrera y llevada adelante por Haedo en el Senado, contra la instalación de bases militares, la que impide que también el Uruguay tuviera su Guantánamo o su Zona del Canal o su isla Fernando de Noronha. Los yanquis querían instalar una base aeronaval en Laguna del Sauce, cerca de Punta del Este, para la que hicieron incluso una carretera. Este es un punto muy alto de la lucha contra el imperialismo yanqui efectuada desde dentro de un partido tradicional.

En la época de posguerra, el Uruguay no escapa al fenómeno general y particularmente intenso en Sud América, de la invasión de capitales yanquis y de abrumadora influencia de EE. UU., que se refleja

fielmente tanto en los blancos como en los colorados.

En las posiciones de nuestra burguesía se produce un profundo cambio. Los intereses del latifundio comienzan a asociarse con los intereses del capitalismo financiero, que en nuestro país siempre dominó las industrias por medio del mecanismo bancario. A su vez, ambos unidos se van atando cada vez más al imperialismo, mediante préstamos, integración de capitales, etc.

Los latifundistas pasan a integrar los directorios de los bancos y los viejos banqueros venden sus acciones a los bancos americanos. La rosca se va cerrando y todos mueren en lo mismo: ellos, su andamiaje político, sus posibilidades de supervivencia, se identifican con los préstamos del exterior, con las prebendas que vienen del extranjero, con lo mucho o poco que puedan dar los EE. UU.

Los ejemplos abundan. La mayoría de las acciones de nuestro más grande y antiguo banco privado, el Banco Comercial, pasan al Chase Manhattan Bank. Una visita de David Rockefeller precipita la caída y desaparición del Banco Transatlántico, que se estaba ligando a intereses desvinculados de la gran banca. Varios bancos de plaza se fusionan bajo la tutela de bancos extranjeros, como en el caso del UBUR.

En este proceso, poco a poco van desapareciendo las posiciones inde-

pendientes en política internacional que expresara Herrera, así como las que Luis Batlle intentó sostener en el comercio internacional.

Dentro de estos partidos, antes y durante la segunda guerra mundial, podía diferenciarse a los blancos, como representantes de un nacionalismo de derecha con predominio de sectores latifundistas, pero a la vez con alas populares y obreristas en Montevideo, como el fernándezcrespismo, y a los colorados, como los intérpretes de la burguesía industrial y conciliadora. Esas diferencias hoy han desaparecido y la clase dominante se ha mezclado en uno y otro partido. El latifundio tiene un digno representante en el colorado Jorge Batlle, hijo de Luis, y la burguesía industrial en el muy blanco doctor Posadas Belgrano, y unos y otros, no ocultan sus múltiples vinculaciones con el imperialismo.

Los colorados fueron gobierno hasta 1959, completando así noventa y cuatro años en el poder. Muchos hechos jalonan desde la terminación de la guerra su política pro imperialista: su apoyo al Tratado de Río de Janeiro y a toda la política exterior yanqui; al Tratado Militar con EE. UU. en 1953; a los gorilas argentinos en 1955; a las inversiones yanquis en la ley de holdings (sociedades financieras de inversión) en 1949, etc., etc.

Todo esto se aceptaba, todas las presiones se admitían, para defender a cambio a la burguesía industrial colorada, que vendía su lana peinada a buen ritmo y podía aplicar, por lo menos en una etapa primaria, un comienzo de industrialización a la lana, que constituye nuestro producto fundamental de exportación (es el 70%), fabricando tops de lana peinada.

Pero esto no pudo durar mucho tiempo. Los yanquis lanzaron a fondo su política de protección a su propia industria, trabando la entrada de productos industrializados en su mercado y cerrando el ingreso de los tops uruguayos, y a la vez, pasaron a utilizar el Fondo Monetario para imponer severas condiciones, a cambio de préstamos para el comercio exterior, con la condición de que se compraran productos yanquis, ¿qué estaba sucediendo? Que los países europeos habían comenzado a producir a su vez y hacían una ruínosa competencia vendiendo 25% más barato que los yanquis. Con los préstamos del Fondo Monetario, se imponía a los países llamados subdesarrollados la ruina de sus incipientes industrias. Sólo debían producir materias primas, y limitarse a adquirir los productos de la industria yanqui, para lo cual, y sólo para lo cual, el Fondo otorgaría los famosos préstamos «stand by», que quiere decir «estar cerca de»,

para solucionar la falta de medios de pago de los países deudores. El Fondo informaría además favorablemente el otorgamiento de préstamos por la banca privada norteamericana, que debían ser sólo para aquello que les interesara vender a los yanquis (autos, televisores, industria ligera) y no para lo que los pueblos necesitaran (saneamiento, viviendas, industria pesada, etc.)

La burguesía industrial colorada, de 1955 a 1959, durante el colegioado que presidió Luis Batlle, intentó tímidamente resistir la aplicación de las recetas colonialistas del Fondo Monetario, negándose a abandonar el proteccionismo a la lana peinada y otros productos fundamentales de exportación. Pero nada hizo a cambio. No dio ninguna directiva distinta, no aportó ninguna solución de fondo, ni reforma agraria, ni independencia completa de nuestro comercio exterior, ni freno a la intervención yanqui. Se limitó a seguir con la rutinaria politiquería de siempre: más empleos, jubilaciones con pronto despacho, reinado de la influencia del comité político. La difícil situación del país, y la corrupción que llegó a todos los niveles, precipitó la caída de los colorados, en medio de gigantescas manifestaciones populares.

El 1.º de Marzo de 1959 los blancos llegaron al gobierno, después de casi un siglo de ostracismo. En los

mismos días Fidel Castro era nombrado Primer Ministro, y en estos ocho años ha hecho la revolución más profunda de la historia del continente, enfrentando al imperialismo y derrotándolo. Los gobernantes blancos pactaron con el yanqui, aceptaron sus imposiciones y, en los mismos ocho años, han perdido el gobierno, el imperialismo les ha vuelto la espalda y el pueblo los ha repudiado. Cuánta razón tuvimos cuando en 1961 nos alejamos de esos dirigentes y sin más recursos que los de nuestra convicción y nuestro permanente sentimiento antimperialista, nos lanzamos a la aventura de fundar un nuevo movimiento, aunque en aquel momento careciéramos de todo.

Nosotros nos habíamos adherido a aquel partido blanco que desde la oposición en 1953 se oponía al Tratado Militar con EE. UU. y en 1954 defendía a la Guatemala agredida, pero no aquel que en 1960, desde el gobierno, ya firmaba su primera carta de intención con el Fondo Monetario. Por un momento, también nosotros perdimos de vista la contradicción fundamental imperialismo-nación, confundidos por los seducidos estudios de los economistas, con sus reformas cambiarias para terminar con la corrupción de los controladores de cambios. Pero cuando Cuba comenzó a expropiar las empresas imperialistas y enfrentó a to-

dos los rompimientos de relaciones de los gobiernos cipayos, la contradicción se vislumbró de nuevo con nitidez, y se vio claro que el camino sólo podrá ser el de la lucha frontal y no el de los estudios alambicados de la tecnocracia de los organismos internacionales, en definitiva dependientes también del imperialismo.

El embajador yanqui de turno jugó muy bien sus cartas con los blancos, cuando vio que los colorados se derrumbaban. Una cosa parecida se había hecho con Frondizi, al que apoyaron con la promesa de firmar los contratos petroleros.

En 1956 se habían formado en los blancos dos tendencias: el herrernardonismo y la Unión Blanca Democrática (UED). En las elecciones de 1958 triunfan los primeros, y a pesar de ser neta mayoría el herrerismo, la muerte de Herrera apenas comenzado el gobierno, permite que Nardone pase a dominar en la coalición, imponiendo la orientación yanqui que le transmitía su amigo el embajador Woodward, que en 1957 le había prácticamente regalado los nuevos equipos transmisores para que la Radio Rural llegara a todo el país. El sector de la UED ganó las elecciones de 1962 y gobernó hasta marzo pasado. Sin embargo, allí había ocurrido una involución parecida. El fernándezcrespismo era mayoría amplia, pero ideológica y efectiva-

mente pasaron a predominar los sectores ex-blanco independientes de los diarios «El País» y «El Plata», con Rodríguez Larreta, Ramírez y Beltrán, quienes apoyándose en Posada Belgrano, Ortiz y otros hombres cercanos a Fernández Crespo, imponen las orientaciones más cipayas y proyanquis. En sólo ocho años, los blancos no sólo volvieron a perder el gobierno, sino que, mucho más grave aún, se entregaron a los yanquis, abandonaron todos los arrestos de su política antimperialista, olvidaron las posiciones obreristas que algunos de ellos habían sostenido, y se volcaron, igual que Luis Batlle en 1958, hacia la más cruda politiquería, llenando la administración pública de nuevos empleados, corrompiendo hasta el extremo el sistema jubilatorio, y concluyendo en una vergonzosa defensa de privilegios como la repudiada ley de autos baratos para gobernantes.

Durante estos años desaparecieron los principales caudillos: Herrera, Luis y César Batlle, Nardone (Chicotazo), Fernández Crespo, Juan Andrés Ramírez, Barrios Amorín, etc. Sus puestos han pasado a ser ocupados por lo que podríamos denominar generación de la posguerra: Rodríguez Camusso, Ugillos, Heber, Beltrán, en los blancos, y Jorge Batlle, Segovia, Michelini, Vasconcellos, en los colorados. Por

cierto que el cambio de elenco no ha sido para mejor, y el imperialismo se ha aprovechado también de esta circunstancia y de la difícil situación del país, para imponer condiciones mucho más duras ahora a los colorados.

En primer término, junto a la oligarquía, y ofreciendo a los dirigentes los resultados de sus permanentes encuestas de la opinión pública, la Embajada Norteamericana aprovechó el descontento popular contra el colegiado como sistema de integración del Poder Ejecutivo, para imponer una Constitución de derecha, la famosa reforma naranja (por el color de la papeleta de votación).

Esta nueva Constitución constituye un verdadero golpe de estado, por el cual se le entregan enormes poderes al señor Presidente; se le quitan numerosas facultades al Parlamento; se incorporan las «leyes urgentes», que en realidad dan a meros decretos fuerza de ley, ya que si el Parlamento no las aprueba en 120 días igualmente se dan por aprobadas; se sanciona no sólo la incitación a la violencia, sino la mera propaganda que conduzca al mismo fin, con la pérdida de la ciudadanía para los que no sean nacidos en el país; y entre muchas cosas graves, se da entrada, ahora con fuerza de texto constitucional, a las «regies», nombre francés de las administraciones mixtas, o sea,

posibilidad de la asociación del Estado con los capitales extranjeros, según el sistema más moderno acuñado por el imperialismo para su impune penetración en nuestras economías. Con estas empresas mixtas, según la fórmula de Frei en Chile, de Frondizi en Argentina y de casi todos los gobernantes cipayos, también el Uruguay le dará ahora a los yanquis la exoneración de impuestos, recargos y otros gravámenes por ser una empresa con parte estatal, y los yanquis se llevarán las utilidades o royalties a su antojo, para lo cual les bastará corromper, según la clásica fórmula, a los representantes del Estado en esas empresas mixtas, que son la piel de cordero que necesita el imperialismo para dominar en forma total nuestras economías, sin herir demasiado visiblemente los símbolos del país y los sentimientos del pueblo.

Y pensar que los uruguayos creíamos que cuando se nacionalizaron los ferrocarriles, los tranvías y las aguas corrientes de los ingleses, íbamos a ser los dueños de nuestras riquezas. En apenas quince años, nuestros Entes Autónomos (Banco de la República, UTE, ANCAP, etc.) se han endeudado en cifras astronómicas con los yanquis, al extremo de que hoy parecen pertenecer más a los acreedores que al propio Estado. Ahora con las empresas mixtas, se completará el pro-

ceso de absorción del país a manos del imperio.

Los dos grupos colorados principales, de Gestido-Segovia y de Jorge Batlle, fueron apasionados defensores de esta Constitución reaccionaria, lo que ya los está definiendo. Pero los primeros pasos del nuevo gobierno están mostrando no menos claramente la índole de los compromisos que habían asumido, y que en una lista incompleta son: 1) Sumisión de nuestra política internacional a la del Departamento de Estado (voto del Uruguay contra Puerto Rico en la Comisión de Descolonización de la ONU, apoyo a Venezuela en su convocatoria a la OEA contra Cuba, aceptación de la virtual ocupación yanqui de la zona de Punta del Este durante la Conferencia de Presidentes, etc.); 2) Llevar hasta sus últimas consecuencias la política preconizada por el Fondo Monetario, a saber: eliminación de subsidios a los artículos de primera necesidad, supresión de las detracciones (especie de Impuesto) a los productos de exportación para beneficio de los latifundistas y de los compradores extranjeros, que podrán así adquirir más barata nuestra lana, en notorio perjuicio de nuestra industria textil, que al dejar de beneficiarse con la diferencia de precio que le otorgaba la detracción, deberá adquirir la lana al precio internacional, lo que la llevará

hacia su ruina; limitación severa de los créditos del Banco de la República con el consiguiente perjuicio para la industria; cambio libre, único y fluctuante, que eleva cada día más el costo de nuestras importaciones de combustibles, materias primas, etc., y como última medida que ya se prepara, paulatina congelación de salarios; 3) Pago puntual de todo lo adeudado a los bancos extranjeros, que suma 120 millones de dólares sólo para 1967, y 500 millones en total, y que significará la disminución a niveles insostenibles de las importaciones más imprescindibles; 4) Devaluación de la moneda uruguaya no bien iniciado el gobierno, haciendo pasar la paridad cambiaria oficial de 79 a 84 pesos por un dólar; 5) Andanada impositiva contra la población y no contra los privilegiados, según el proyecto de la zarandeada ley de emergencia.

Políticamente, con los poderes que la nueva Constitución da al señor Presidente, con la posibilidad de disolver el Parlamento y convocar a nuevas elecciones y sobre todo, con las leyes urgentes, penderá como espada de Damocles sobre las organizaciones de izquierda la amenaza de la ilegalización, que, como arma, puede resultar incluso más eficaz que la propia medida.

Estos son sólo algunos índices de lo que es y será este gobierno. Bastará

esperar poco tiempo más para ver mucho más claramente su esencia reaccionaria. Y si en los gobiernos de Luis Batlle o de los blancos, pudieron advertirse algunos tímidos gestos de independencia frente al imperio, en éste ya no queda nada, y el yanqui ha pasado a dominarlo todo.

Gestido es la versión uruguaya del golpe de estado, y los uruguayos podemos afirmar ahora, que al igual que nuestros vecinos, ¡también tenemos nuestro General! Si el imperialismo no ha penetrado más brutalmente en el Uruguay, es porque constituimos un mercado muy pequeño y poco atractivo, y por que carecemos de minerales.

Pero lo cierto es que tampoco precisan más los yanquis, porque nuestra endeble burguesía nacional ya se ha transformado en intermediaria y se ha sometido. Por eso mismo, de los blancos y colorados, que son sus representantes, ya no cabe esperar nada, y menos que nada una política independiente frente a EE. UU. En cuanto a algunos grupos que han posado de izquierdismo dentro de esos partidos, como el sector de Michelini dentro del partido colorado, de 1963 a 1967 su orientación fue hacia la derecha, al apoyo de la constitución fascista, a la alianza con Gestido, que si fracasó no fue por ellos, sino porque éste prefirió a los grupos colorados de Segovia y

Flores Mora. Ahora han vuelto a una prédica que es mezcla de izquierdismo y de anticomunismo, en la que ya muy pocos creen, porque no es sincera.

Para decirlo con las palabras de Artigas, la triste conclusión es que estos gobiernos blancos y colorados han decidido vender el rico patrimonio de los orientales, al bajo precio de la necesidad.

La izquierda antimperalista. En virtud de esta involución de blancos y colorados hacia posiciones cada vez más comprometidas con el imperalismo, y ante la radicalización cada día mayor de la lucha en el continente, sólo han quedado con las viejas banderas antimperalistas, el movimiento de masas obrero y estudiantil y los partidos políticos de izquierda.

El movimiento obrero luchó muchos, muchos años por su unidad, desde la UGT (Unión General de Trabajadores) en 1941, pasando por la Central de Trabajadores en 1961, hasta llegar a la Convención Nacional de Trabajadores (CNT), estructurada orgánicamente en 1966, y que reúne hoy prácticamente a todos los gremios del país, por primera vez en nuestra historia. Su definición ha sido siempre claramente antimperalista, librando una gran lucha contra los organismos amarillos creados por los yanquis y las patronales más reaccionarias (Confederación

Sindical, prácticamente desaparecida, y el IUES que es el Instituto Uruguayo de Estudios Sindicales). La CNT se ha destacado siempre en el apoyo a la Revolución cubana.

El movimiento estudiantil se vertebró en nuestra famosa y combativa FEUU, cuya trayectoria es más que conocida, con sus mil luchas y enfrentamientos a la política de las clases dominantes y al imperalismo.

Los partidos políticos de izquierda son bastante más de los que habitualmente se supone, si bien de muy desigual importancia. Incluyendo a uno o dos que casi han desaparecido, y si se considera como tales a los cinco Comités que integran el FIDEL, en el Uruguay existen, salvo error u omisión, veinticinco organizaciones políticas de izquierda.

El único frente político que actualmente existe es el Frente de Izquierda de Liberación, que en 1962 obtuvo 41,000 votos (tres diputados y un senador) y en 1966 logró 70,000 (cinco diputados y un senador). Es el único sector de izquierda que actualmente tiene representación parlamentaria.

Sin embargo, la izquierda en su conjunto no alcanza al 7% del electorado, y así ha sido, poco más o menos, durante sesenta años, en la relación con los partidos tradicionales. Con esto queremos indicar que

los dos grandes partidos reúnen el 91% de los electores, repartiéndose el 9% restante entre la izquierda, la Democracia Cristiana con sus 37,000 sufragios y los votos en blanco.

El Uruguay tiene 2.500,000 habitantes; 1.600,000 ciudadanos inscriptos y 1.250,000 votantes en 1966. En este cuadro, los blancos y colorados sumaron alrededor de 1.100,000 votos, y los demás partidos menos de 140,000.

Los sectores integrantes del FIDEL son 12, a saber:

1) Partido Comunista: fundado en 1920, por la mayoría de los afiliados del Partido Socialista, que decidieron a adherirse a la III Internacional creada por Lenin y pasar a denominarse Partido Comunista. El periódico socialista «Justicia» pasó entonces a ser de este partido, hasta su desaparición en 1955. Su diario, «El Popular», se fundó en 1957. Desde 1956 edita la Revista «Estudios», que es su órgano teórico. El partido tiene una abrumadora influencia en el movimiento obrero y una militancia considerable en el estudiantado y en la FEUU. Su principal dirigente desde 1955 es Rodney Arismendi, ampliamente conocido no sólo en el Uruguay, sino en todo el movimiento comunista internacional.

2) Movimiento Revolucionario Oriental (MRO): fundado en 1961,

con motivo de la eclosión producida por la Revolución Cubana, ha seguido siempre en esa misma línea. Publica el periódico «Revolución» y la Revista Teórica «América Latina». La Juventud del MRO saca el periódico «Principios».

3) Movimiento Popular Unitario (MPU): fundado en 1966, por socialistas unitarios que se apartaron del P. Socialista, encabezados por el Dr. Alberto Caymaris, y por personas que ya integraban el FIDEL.

4) Agrupación Batllista Avanzar: Es la fundada en 1929 por Julio César Grauert, que fuera asasinado en 1933. Se apartó del lema del partido colorado en 1961 y pasó a integrar el frente en 1962. Su líder es Carlos Elichirigoity, que integra la bancada de ediles del FIDEL en la Junta Departamental de Montevideo. Se ha consustanciado siempre también con la Revolución Cubana.

5) Movimiento Batllista 26 de Octubre: fundado en 1961, e inspirado tanto en José Batlle y Ordóñez como en Julio César Grauert. Su líder es Víctor Roballo.

6) Agrupación Popular Unitaria Maldonadense (APUM): fundada en 1966, tiene su antecedente en el Grupo Izquierda de Maldonado de 1962, y se nuclea alrededor de la figura del Dr. José A. Frade, abogado de la ciudad de San Carlos que

perteneció al grupo del Dr. Carlos Quijano hasta 1950, y que se ubica en la defensa del interior frente al centralismo montevideano. Frade ha sido durante toda su vida un decidido antimperialista.

7) Agrupación Unitaria Sanducera (AUS): fundada en 1966, se creó en el departamento de Paysandú en vísperas de las elecciones. Su líder es el dirigente bancario Rubén Obispo, Presidente de la Mesa Intersindical de Paysandú. El grupo sólo quedó organizado en un estado embrionario.

Además de estos siete grupos políticos, el FIDEL tiene cinco Comités, a saber:

8) Comité Universitario: fundado en 1961. se denominó primero Por la Unidad de las Izquierdas, y luego «del FIDEL», en cuya fundación tomó parte activa. Sus dirigentes más notorios han sido Luis Echave, José Jorge Martínez y los principales dirigentes de la Unión de la Juventud Comunista, que constituye su agrupamiento netamente mayoritario, y por tanto, predominante en su línea política.

9) Comité Obrero: fundado en 1963, está integrado por dirigentes de la Convención N. de Trabajadores. Dentro del mismo, predominan netamente los dirigentes obreros pertenecientes al Partido Comunista,

siendo el más notorio dentro del Comité el obrero gastronómico Roberto Prieto. Entre los independientes o pertenecientes a otros partidos, se incluyen Luciano Da Silva, dirigente municipal y del MRO, Juan Antonio Iglesias, de la Federación del Vidrio y Britos Huerta, también municipal.

10) Comité de Trabajadores de la Cultura: integró el FIDEL desde su fundación en 1962. Su presidente es Luis P. Bonavita y el vice, el doctor Edmundo Soares Netto, quienes a la vez, ocupan los mismos cargos en la Mesa del Comité Ejecutivo del Frente de Izquierda de Liberación. Muchos de los más altos exponentes de la intelectualidad uruguaya se cuentan entre sus integrantes, entre los que debe destacarse al Profesor Luis Gil Salguero.

Por último, existen dos Comités más, que no tienen representación en el Comité Ejecutivo del FIDEL.

11) Comité de Jubilados: fundado en 1964, se integra con afiliados a la Confederación Gral. Reivindicadora de las Clases Pasivas, que orienta el líder de los jubilados Don Paulino González. La principal figura del Comité es Héctor Corrucci, afiliado al P. Comunista.

12) Comité Femenino: fundado en 1964. Sus figuras dirigentes principales son la ex Senadora y ex Edil comunista Julia Arévalo y la Q. F.

Sonia Bialous de Dutrenit, del mismo partido.

El FIDEL promovió en 1965 la creación de la Mesa para la Unidad del Pueblo, con el propósito de agrupar a otras fuerzas políticas que no integraban el frente. Esas fuerzas son las siguientes:

13) Partido Socialista: fundado en 1910 por Emilio Frugoni, se escindió en 1920 al crearse de su seno el Partido Comunista. Frugoni continuó con el viejo lema socialista. El P. Socialista obtuvo en las elecciones de 1966 alrededor de 11,500 votos, faltándole unos cientos de sufragios para obtener un diputado. Concurrió a los comicios dividido en dos sublemas: Izquierda Nacional, lista 90 (7,300 votos), encabezada por el Dr. José Pedro Cardoso, el Profesor Vivian Trías y el Dr. José Díaz, que es su Secretario General; y Movimiento Socialista, lista 3,000, de Frugoni, que logró 3,800 sufragios.

En 1958 el P. Socialista alcanzó su más alta votación: 35,000 votos. En 1962, formó un frente, la Unión Popular (UP), con el grupo del Diputado Enrique Erro, la Agrupación Nuevas Bases, el Frente de Avanzada Renovadora (FAR) y personalidades independientes, obteniendo entonces 27,000 votos.

La línea del P. Socialista ha sido siempre de apoyo a la Revolución Cubana. Edita desde hace muchos años el Semanario «El Sol».

14) Izquierda Nacional Independiente (INI): fundado en 1966 por ciudadanos cercanos a la prédica del Semanario «Marcha». Estuvo integrado por el Redactor Responsable de Marcha Julio Castro, el dirigente obrero textil y periodista Héctor Rodríguez y el periodista Carlos María Gutiérrez, quien renunció poco después de las elecciones. Ha dejado de efectuar reuniones regulares. El año pasado, realizaron señalados esfuerzos para formar un frente electoral con todos los integrantes de la Mesa para la Unidad del Pueblo.

15) Frente de Avanzada Renovadora (FAR): fundado en 1961, por un grupo de católicos de izquierda que decidieron integrar la Unión Popular. Su dirigente más conocido es Oscar Galli. Tuvieron en 1962 un periódico denominado Política, dirigido por Eduardo Paysse González, quien más tarde se alejó del FAR.

16) Movimiento del Pueblo: Se denomina así desde 1965, y su origen está en la Agrupación Batllista Avanzar de Paysandú, que fue siempre independiente de su similar de Montevideo desde su creación en 1961. Su líder es Orgelio Cabrera, ex edil batllista de Paysandú, donde tiene su núcleo principal. Cabrera fue también fundador del FIDEL, pero se separó del frente en Noviembre de 1966. Ha defendido siempre apasionadamente a la Revolu-

ción Cubana. Este año solicitó su ingreso a la Mesa para la Unidad del Pueblo, aunque por haber integrado el FIDEL ya pertenecía a ella.

Aparte de estos sectores que integran el FIDEL y la Mesa, existen en Uruguay otros grupos de izquierda, a saber:

17) Movimiento de Acción Política Uruguayo (MAPU): fundado en 1966 sobre la base de un grupo de estudiantes de origen católico que se conocía como Grupo de La Teja, porque algunos de sus dirigentes viven en un sistema comunitario en el barrio obrero de La Teja. Su núcleo principal se encuentra en la Facultad de Ingeniería y sus dirigentes ocupan diversas posiciones de importancia en el Secretariado de la FEUU. Ha solicitado ingreso a la Mesa para la Unidad del Pueblo. Entre sus principales dirigentes se encuentran Vilaró, Bacheta, Cosse, Ponce de León.

18) Federación Anarquista Uruguaya (FAU): las ideas anarquistas tuvieron una considerable influencia en el incipiente movimiento obrero uruguayo de fines del siglo pasado y comienzos de éste. Esa influencia comenzó a disminuir después de la primera guerra mundial ante el avance de las ideas marxistas-leninistas. Después de la segunda guerra mundial y hasta hace algunos

años, tuvieron una gran influencia en la FEUU.

Las organizaciones anarquistas sufrieron varias escisiones. La primera ocurrió cuando de la vieja Federación Obrera Regional Uruguaya (FORU), que edita el periódico «Voluntad» y está actualmente contra Cuba, se separó la FAU, que agrupaba a la nueva tendencia anarcosindicalista. En 1963 la FAU registra una honda divergencia entre un sector predominantemente estudiantil, cuyo núcleo fundamental se encuentra en la Escuela de Bellas Artes, orientado por Jorge Errandonea, y un sector predominantemente obrero, que constituye la actual FAU, cuya figura más destacada es Gerardo Gatti, del Sindicato de Artes Gráficas y ex dirigente estudiantil. La FAU defiende la línea de lucha armada de la Revolución Cubana y Latinoamericana y se adhiere a la orientación de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), en la cual ha planteado su ingreso.

19) Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR): fundado en 1963 por integrantes de la Juventud Comunista que se pronuncian a favor de la posición de la República Popular China en la polémica dentro del campo socialista. Editan un periódico mensual, «Voz Rebelde». Su dirigente principal es el Ing. Julio Arizaga, que fue torturado por

la policía en las Medidas Prontas de Seguridad de 1965. Su prédica fundamental se orienta a la condena del revisionismo contemporáneo.

20) Movimiento Socialista: es el encabezado por el Dr. Emilio Frugoni, que tiene ya 87 años de edad, y fue legislador durante muchos períodos. Inmediatamente de las elecciones de 1962, Frugoni se separó del sector de la lista 90 y formó la Junta Reorganizadora del P. Socialista, que en 1966 se transformó en Movimiento Socialista. El candidato a la Diputación fue el ex edil socialista de Salto Jorge Andrade Ambrossoni. En su momento, no aceptó integrar la Mesa para la Unidad del Pueblo, a pesar de haber sido invitado expresamente. Su orientación es la conocida de los partidos socialistas democráticos.

21) Movimiento de Unificación Socialista Proletaria (MUSP): fundado en 1965 por jóvenes integrantes de las Juventudes Socialistas, se ha caracterizado por su lucha frontal en lo político, contra varias de las demás organizaciones de la izquierda, y en lo sindical, contra la actual orientación de la CNT. Su dirigente más notorio es Luján Molins.

22) Tupamaros: fundado alrededor de 1964 como organización de acción directa de izquierda, realizó diversas acciones y alcanzó gran notoriedad en diciembre de 1966, su-

friendo el embate de la persecución policial e incluso la muerte de dos de sus integrantes. Tupamaros le llamaban los españoles a los gauchos matreros, aludiendo despectivamente al héroe peruano Tupac Amará.

Nuestro escritor Eduardo Acevedo Díaz tomó esa denominación en su famosa novela Ismael. Tupamaros quiere decir por lo tanto, precursores.

En el mes de Enero, diversos volantes distribuidos en las calles de Montevideo, daban cuenta de que la organización había pasado a denominarse Movimiento de Liberación Nacional (MLN). La policía ha dado múltiples nombres que dice son de la organización. Por su procedencia, es obvio que no podemos dar crédito a esas informaciones. La organización, que según se supone, se mantiene en un riguroso clandestinaje, hasta este momento no ha mencionado públicamente a ninguno de sus dirigentes.

23) Unión Popular: es el grupo político del ex Diputado Enrique Erro, que quedó con este lema al separarse los socialistas, Nuevas Bases y el FAR de la Unión Popular. Obtuvo alrededor de 3,000 votos en 1966, no alcanzando el cociente de 12,000 para reelegir a Erro diputado. Erro fue Ministro de Industrias y Trabajo blanco en 1959, y diputado durante cuatro períodos, tres dentro del Par-

tido Nacional y el último por la Unión Popular. Su ideología es marcadamente nacionalista. Su lucha se centró siempre contra los privilegios, la corrupción y la politiquería.

24) Agrupación Nuevas Bases: fundada en 1960, integró la Unión Popular en 1962 y se separó de ella en 1964. Estaba formada en gran mayoría por ex dirigentes de la FEUU, muchos de los cuales son profesionales destacados. Su figura principal es el Dr. Helios Sarthou. En 1966 no se presentó a las elecciones.

25) Partido Obrero Revolucionario Trotskista (POR): fundado en los años inmediatos a la segunda guerra mundial integró la 4a. Internacional que fundara Trotski en 1938. Su ideólogo principal es José Posada. Su periódico «Frente Obrero» aparece con gran regularidad. Sus figuras más conocidas son Luis Naguil, J. Sanguinett, Zulma Negara. Ha atacado fuertemente a Fidel Castro luego del famoso discurso sobre el Movimiento 13 de Noviembre de Guatemala.

Este panorama con tal multiplicidad y variedad de grupos puede sorprender a muchos que sólo conozcan de lejos nuestra realidad, pero se explica por varias razones:

1) La fuerza considerable de la polarización de los partidos tradicionales, que ha frenado hasta ahora la perspectiva de un mayor crecimiento;

2) El reformismo como ideología dominante del pueblo uruguayo, que tanto asideros tiene en nuestra historia de principios de siglo, cuando se realizaron pacíficamente las transformaciones que llevaron del Uruguay feudal y colonial al Uruguay capitalista. Esto constituye un hecho real, aunque en nuestro campo sobrevivan todavía muchos resabios feudales, y no le resulta difícil a nuestras clases dominantes seguir ilusionando al pueblo con la posibilidad de una evolución pacífica de nuestro país.

3) Sin embargo, en nuestro concepto, la causa fundamental de la atomización de la izquierda y las dificultades para llegar a una unidad completa de lucha, radican en la falta de uno o más hechos que sirvan de aglutinantes, en la idea de que nuestro país es y será ajeno a las luchas armadas que ya conmueven a otros países del continente. Y sólo cuando la izquierda inicie en los hechos, calientes y contundentes, con una estrategia probada y posible, la revolución armada, se crearán las condiciones para aventar las interminables discusiones, las mutuas recriminaciones, la teorización machacona, las ofensas, las susceptibilidades, los escondidos recelos, las desconfianzas recíprocas.

Mientras los hechos no lleguen y obliguen a polarizarse en pro o en

contra, continuaremos asistiendo a la «guerra de las declaraciones», a la competencia de los Manifiestos, a los enfrentamientos tan negativos de hoy entre fuerzas de la izquierda, y en fin, esto es lo más grave, a la dilatación en el tiempo de las esperanzas del pueblo.

B) La revolución uruguaya y sus vías.

Carácter de nuestras luchas actuales.

La oligarquía uruguaya fomentó siempre la idea de que a partir de 1904, al terminar nuestras guerras civiles, había finalizado para el Uruguay toda necesidad de lucha armada, ya que en el marco de la democracia que habíamos creado se resolverían todos los problemas. Esta idílica concepción de la eterna perfectibilidad de la democracia representativa, que tuvo defensores tan importantes como el filósofo Carlos Vaz Ferreira, fue por muchos años una verdad absoluta en nuestro país, sin perjuicio de la obvia excepción que significó el período de la dictadura de Terra. Sólo después de 1962, con el ejemplo de la Revolución Cubana y de las luchas que, como la de Venezuela en 1962, iban apareciendo en el continente, se comenzó a discutir en la izquierda cada vez con más asiduidad, el problema de la lucha armada.

El proceso de nuestra generación y de nuestra propia formación política

lo muestran con toda claridad. Qué vagas y confusas eran nuestras concepciones en 1948, cuando el asesinato de Gaitán en Bogotá nos trajo los ecos de una conmoción lejana pero hondamente sentida a los patios de nuestra Facultad de Derecho.

Aquel primer grupo de AULA, Acción Unitaria Latino Americana, sólo tenía dos ideas claras: el antimperialismo y la unidad continental, pero en cambio, se inspiraba en los principios del APRA se organizaba como una sociedad de los siete a semejanza de la que se creó en la Revolución de Mayo de 1810, y discutía sobre si debía realizar actividad política o limitarse a ser sólo un círculo de estudios.

En ese mismo año había comenzado a escribir en «Marcha» un ex dirigente del Partido Socialista, Servando Cuadro, en una Sección llamada «Los Trabajos y los Días», promoviendo la idea de la unidad de los pueblos hispanoamericanos. Tuvo una gran influencia en nosotros, y con él fundamos en 1950 la Alianza Universitaria pro Federación Latinoamericana. El resumen de nuestras ideas de entonces, se encuentra en un folleto escrito por nosotros sobre «La Federación Latinoamericana» o «Los Estados Unidos de América Latina». La muerte de Servando Cuadro en 1953 nos sorprendió duramente a todos, y ante su tumba nos juramentamos llevar adelante sus

ideas, Roberto Ares Pons publicó alrededor de 1960 todos sus artículos escritos en «Marcha». Su lectura, permite ver lo lejos que estábamos todos por entonces, del camino revolucionario, y cómo teníamos una idea utópica sobre los medios para alcanzar el ideal de la unidad continental.

En esa época se avivó mucho el antimperialismo. El 28 de Febrero de 1950, frente al Monumento a Artigas en el Banco de la República, un grupo de más de treinta estudiantes de Derecho le gritó al Sub Secretario para Asuntos Latinoamericanos del Departamento de Estado, el yanqui de origen portorriqueño Edward Miller (Jr): «Viva el Uruguay». «Viva América Latina». «Abajo el imperialismo yanqui».

Había comenzado la guerra de Corea, y los estudiantes discutían su posición dentro de la FEUU. En el Centro de Estudiantes de Derecho hubo tres asambleas sucesivas, y en las dos últimas triunfó la llamada Tercera Posición, que significaba oponerse tanto a EE UU como a las URSS. Fue la posición dominante en la FEUU durante muchos años.

Los estudiantes se manifestaban en repudio a la visita del dictador paraguayo Chávez y combatían el Tratado Militar con EE. UU. con todas sus energías, mientras en la Avenida 18 de Julio de Montevideo se expresaba el apoyo de nuestro pue-

blo a la Guatemala heroica. La defensa de la autonomía universitaria en 1951 y de la ley orgánica de la Universidad desde 1952 hasta 1958, permitieron obtener la nueva integración de los Consejos de Facultades y del Consejo Central con participación directa de los estudiantes, en igualdad con el orden profesional. Este fue, no tenemos dudas, uno de los más importantes triunfos obtenidos en el continente por el movimiento de ideas de la Reforma Universitaria. La democratización de la Universidad le ha asegurado la independencia contra la cual tanto escriben hoy los órganos de prensa de la reacción.

Este proceso culmina en las grandes jornadas de 1961 y años siguientes, de apoyo a la revolución cubana, que mostraron la combatividad de nuestro pueblo, y que son ya historia muy reciente.

Como se puede ver, todas y cada una de las movilizaciones se hicieron siempre dentro de una concepción de lucha de masas pacífica, aún cuando combativa. Tanto es así, que en 1962 se recogieron firmas para un proyecto de Reforma Constitucional que apoyaban las principales organizaciones de izquierda, y en 1966 varios sindicatos obtuvieron las firmas y plebiscitaron, con el apoyo decidido del FIDEL, el llamado proyecto de Reforma Popular, que obtuvo 82,000 votos.

Con las movilizaciones obreras sucede otro tanto, alcanzando distintos grados de combatividad, pero siempre dentro de esa concepción de lucha de masas pacífica.

Esta rápida reseña muestra al Uruguay como un país donde el sentimiento antimperialista, al igual que sucedía en la Cuba anterior a la Revolución, sólo se había desarrollado en los estudiantes y sectores más progresistas, pero no en la masa del pueblo, y donde por ser el reformismo la ideología dominante, ese pueblo es en principio, refractario a toda idea de lucha armada, que sólo se discute como posibilidad concreta, en algunos de los grupos políticos más radicalizados.

Pero la revolución armada se va acercando más y más hasta nuestras playas. En 1962 era sólo Venezuela. Ahora son también Colombia, Guatemala, Bolivia y Brasil, sin contar los intentos fracasados, por ahora, de Argentina, Paraguay y Perú. A medida que los hechos van golpeando, contundentes y concretos, se van haciendo pedazos los esquemas y las teorías sobre tránsito pacífico, o la variante más flexible de la multiplicidad o el polifacetismo de los medios de lucha, que en muchos casos no ha sido sino una forma de evitar pronunciarse sobre cuál es el medio principal y cuáles los auxiliares.

Las ilusiones sobre tránsito pacífico quedaron enterradas con los golpes

gorilas de Brasil, de Bolivia, de Argentina, y con las elecciones chilenas de 1964. Las habilidades teóricas fueron enterradas en Venezuela, donde mientras se volcaban todos los recursos para la organización de masas en las ciudades, se dejaba abandonadas a las columnas guerrilleras, quedando en evidencia aquellos que quisieron servirse de la lucha en las montañas como instrumento de negociación y de chantaje para obtener ventajas políticas en la ciudad.

Las guerrillas cada vez más cercanas aventan lejos las sesudas discusiones teóricas y obligan a definirse a quienes se quieran considerar en la vanguardia de la lucha. En 1967, eso es así también para el Uruguay. Insurrección urbana o guerrilla rural. Nuestro Movimiento Revolucionario Oriental definió su línea política a favor de la lucha armada en su Segundo Congreso, al aprobar su Declaración Programática, complementada con la importante Resolución de su Junta Central de 9 de Julio de 1965.

El documento no sólo define la vía de la revolución uruguaya, sino además la táctica concreta, adoptando como forma principal la de la lucha guerrillera rural, y como formas auxiliares, la insurrección urbana y el trabajo dentro de las fuerzas armadas.

No necesitamos extendernos sobre las razones de nuestra posición. La

insurrección es un camino cada vez menos probable en las condiciones modernas de desarrollo de los medios represivos del imperialismo y las oligarquías, mientras que las guerrillas, a despecho de algunos fracasos parciales, muestran que cumpliendo con sus reglas de un modo riguroso, son un camino seguro.

En el trabajo de Regis Debray «El castrismo o la larga marcha de la América Latina», al analizar el caso de Venezuela, hay un pormenorizado y lúcido análisis de las inmensas ventajas de la lucha rural frente a la lucha urbana. Como dijera Fidel: «Las ciudades son ratoneras, y constituyen un cementerio de recursos humanos y materiales». Carúpano, Puerto Cabello, las minas de Bolivia y sobre todo Santo Domingo, invadido por 40,000 paracaidistas yanquis, son contundentes ejemplos de lo que afirmamos.

Historia de nuestras luchas armadas.

Uruguay puede ser el país de América Latina que menos condiciones geográficas tiene, tanto para la lucha armada como para la lucha guerrillera rural. ¿Por qué entonces, nosotros sostenemos que ambas cosas son posibles? ¿Por qué creemos que no somos una excepción, como sostiene Debray, en su libro «Revolución en la revolución».

Porque internándonos en nuestra historia, comprobamos que toda vez que en el Uruguay hubo revolucio-

nes, nunca se gestaron dentro de su territorio aisladamente, sino en los países vecinos. Por eso hoy, lo que no es posible en un Uruguay aislado, lo es en cambio integrado en la lucha continental.

Por sus características geográficas, nuestro territorio permite el desplazamiento rápido de tropas de un extremo a otro. Esto hizo que en siete oportunidades los españoles y los portugueses se alternaran como ocupantes, en una interminable disputa por la posesión de la fortaleza ubicada en la Colonia del Sacramento.

Durante las guerras de la independencia, la Banca Oriental fue alternadamente Provincia Oriental de las Provincias Unidas del Río de la Plata, y Provincia Cisplatina de los portugueses primero y de los brasileños después. Era fácil de conquistar, accesible tanto por tierra como por mar, carente de obstáculos naturales que permitieran guarecerse para defenderlo. Artigas intentó, con sólo algunos esporádicos éxitos, oponer a los portugueses la guerra de guerrillas, eludiendo batallas frontales, e incluso había planeado una contraofensiva, para atacar a los portugueses en Río Grande del Sur, por su retaguardia. La ausencia de montañas y selvas le hizo prácticamente imposible la defensa contra un ejército regular mucho más numeroso.

¿Cuál es la enseñanza a recoger de todas nuestras luchas armadas? Que por esas mismas características geográficas, los grupos armados siempre se organizaron en los países vecinos, sirviendo éstos de bases fronterizas o de apoyo para incursionar dentro de nuestro territorio.

En 1811 José Artigas invade el litoral del río Uruguay, con tropas equipadas en Buenos Aires, y en menos de dos meses sitia a Montevideo, luego de la victoria de Las Piedras. Cuando en 1812 Artigas se distancia de la Junta de Buenos Aires, ésta envía tropas que desembarcan en las costas de Colonia, y son posteriormente derrotadas por Artigas. A su vez los portugueses, cuando se lanzan sobre Montevideo en la conjura oligárquica e imperial contra Artigas, lo hacen invadiendo por el este, al mando de Lecor, el Barón de la Laguna.

En 1824 el Brasil proclama su independencia de Portugal, y ese hecho es aprovechado por Lavalleja y Oribe para desembarcar en la playa de la Agraciada, sobre el río Uruguay, en el departamento de Soriano. Es la famosa cruzada de los Treinta y Tres Orientales, iniciada el 19 de Abril y culminada el 25 de Agosto de 1825, con la Declaración de nuestra Independencia en la Florida. La enseña de su bandera era «Libertad o Muerte», un grito que hoy vuelve a resonar

en todo el continente. La última batalla, Ituzaingó, tiene lugar en las Misiones, que hoy es territorio brasileño.

De 1834 a 1837 es Presidente Manuel Oribe, y Rivera se levanta en armas contra él, invadiendo el Uruguay desde Río Grande del Sur. Oribe se retira a la Argentina, y desde allí organiza un ejército apoyado por Juan Manuel de Rosas, poniendo en 1842 un sitio a Montevideo que duró nueve años: fue la famosa Guerra Grande. En la defensa de Montevideo actuó nada menos que José Garibaldi, a quien en aquella época llamaban aventurero, condotiero, pero que años después resultó insustituible, por su experiencia y por la confianza que sus hombres y su pueblo depositaban en él, para dirigir los ejércitos que liberaron Italia.

Cuando en 1851 se organiza el levantamiento contra Rosas, en el ejército unitario que vence en Caseros hay una división oriental, comandada por el General César Díaz.

En 1864 culminaba el gobierno blanco de Bernardo Berro, contra el cual se organiza en el Brasil un ejército al mando del General Venancio Flores, que derrota a los blancos, ocupa el poder e inicia los 94 años de gobierno colorado. Flores interviene enseguida en la Guerra de la Triple Alianza contra el

Paraguay de Francisco Solano López, como pago por la ayuda prestada por el Brasil.

En 1872 los blancos al mando del famoso lancero Timoteo Aparicio organizan con el apoyo del caudillo entrerriano López Jordán, una columna armada que invade el Uruguay desde Entre Ríos.

En 1890-91 tiene lugar en Río Grande del Sur la famosa Revolución de los Farraphos (de los harapos, es decir, de los pobres) y en ella hace sus primeras armas el caudillo blanco Aparicio Saravia, el Aguila del Cordobés. Años más tarde, en 1897 y en 1904, Saravia organiza las tropas revolucionarias en el territorio fronterizo de Río Grande del Sur. La última batalla en que es herido de muerte Aparicio, tiene lugar en la llanura de Masoller, en la frontera uruguayo-brasileña.

Por último, en enero de 1935 aborta un levantamiento contra el dictador Gabriel Terra, que había dado el golpe de estado en 1933. La insurgencia debía iniciarse conjuntamente en Montevideo y en el interior, con las fuerzas que en el Brasil había organizado el General Basilio Muñoz, uno de los divisionarios de 1904. De enlace entre unas y otras fuerzas actuó en ese entonces Don Luis Pedro Bonavita, actual Presidente del FIDEL. La insurrección en Montevideo no llega a concretarse, Basilio Muñoz no consigue por tan-

to entrar en acción, y tiene lugar un solo combate, en Paso de Morlán, cerca de Rosario, en el Departamento de Colonia, con la victoria de las fuerzas de la dictadura. Como curiosidad histórica, cabe recordar aquí que el actual Presidente de la República General Oscar Gestido, con el grado de Teniente de Aeronáutica, tripulaba uno de los aviones gubernamentales que bombardeó a los rebeldes.

Este breve análisis histórico, confirma nuestra aseveración, de que casi todas nuestras luchas armadas se iniciaron por medio de expediciones, invasiones o desembarcos organizados en alguno de los dos países vecinos, Brasil o Argentina, y que esa es una constante de nuestras revoluciones y guerras civiles.

La lucha es continental. Hay hechos de nuestros días que no hacen sino confirmar nuestra posición. En setiembre de 1965, los generales gorilas Costa e Silva y Onganía, que significativamente poco después resultaron ser los dictadores de turno en Brasil y Argentina, proclamaron que las fronteras ya no son más geográficas, sino ideológicas, y que la lucha no se encerrará en cada país, sino que se libraré en todo el continente considerado como una sola unidad, contra el llamado «peligro comunista».

No menos significativa resultó en los mismos días la moción del diputado

Selden aprobada por el Congreso Norteamericano, que proclamó por sí y ante sí, el derecho de EE. UU. a intervenir en nuestros países toda vez que lo considerara necesario. Y Onganía había estado discutiendo pocos días antes en Washington los problemas del continente, y hacía apenas unos meses de la descarada invasión a Santo Domingo.

En una palabra, EE. UU. y sus gorilas declaraban abiertamente su propósito de unirse para reprimir a sangre y fuego a los pueblos que se atrevieran a luchar por sus derechos. Fidel Castro les contestó poco después, en su discurso del Hospital Lenin en Holguin, el 7 de Noviembre de 1965, que los pueblos recogerán el reto, y que también para los revolucionarios las fronteras no serán ya más geográficas, sino ideológicas.

En estos días, el Comité Central del Partido Comunista de Cuba ha reiterado magistralmente estos conceptos, afirmando que «frente a la política imperialista de represión e internacionalización de sus guerras punitivas contra los movimientos revolucionarios, considera no sólo un deber moral revolucionario, sino una necesidad vital de los pueblos del mundo de hoy, alentar e incrementar al máximo la solidaridad y la ayuda a los revolucionarios que en cualquier parte del mundo luchan

o están dispuestos a luchar contra el imperialismo».

El mundo se ha achicado y todos los pueblos tienen hoy un solo enemigo común: el imperialismo yanqui. Ese enemigo ha unido ya a los ejércitos de todos los países del continente en una estrategia común contrarrevolucionaria, y se sirve de las oligarquías cipayas, de los gorilas con uniforme o sin él, para reprimir a los pueblos por encima de las fronteras.

Nada más erróneo pues hoy, que la arcaica concepción de algunos partidos de izquierda latinoamericanos, que todavía sostienen que la lucha debe ser país por país y se quejan de intervención en sus asuntos por parte de las organizaciones de izquierda de otros países, o por otros partidos hermanos.

Si los gorilas se unen, con más razón deben unirse los pueblos, en la lucha armada concreta y no sólo en reuniones y declaraciones. Si los gorilas proclaman su derecho a intervenir de país a país, los pueblos deben intervenir en la lucha de país a país. Si los gorilas consideran desaparecidas las fronteras geográficas que los mismos colonialistas e imperialistas impusieron en otro tiempo, con más razón deben abolirlas los pueblos, que no tienen ni deben tener fronteras.

Hoy ya resulta inaceptable llamar extranjero a un uruguayo respecto

de un argentino, a un colombiano de un cubano, a un brasileño de un peruano. En América Latina no hay hoy más extranjeros que los yanquis que dirigen nuestros ejércitos, intervienen nuestras policías, y mandan sobre nuestros gobiernos. Los hermanos venezolanos, ecuatorianos, chilenos, uruguayos, argentinos deben unirse en la lucha revolucionaria para expulsar para siempre a los gringos de nuestras tierras. Esa unidad es la que hoy se gesta en el corazón del continente, en el movimiento guerrillero latinoamericano, donde los patriotas aprenden el arte de la guerra, conocen a lo más pobre de nuestra América pobre, y compartiendo sus penurias, forjan una hermandad que sólo se fragua en la propia lucha, y que será la base de la futura unión de repúblicas latinoamericanas.

Nuestro camino. La lucha continental abre para nuestro país inmensas posibilidades, porque en ella se superan las peculiaridades y los obstáculos que en un Uruguay aislado hacían pensar a Debray que éramos una excepción. Integrados en el proceso del continente, los uruguayos dejamos de ser una excepción.

En el Editorial No. 1 de la Revista América Latina del MRO, aparecida en Abril pasado, analizábamos el problema uruguayo en profundidad, y nada tenemos que agregar a lo que allí afirmamos.

«Si llegamos a la conclusión de que no hay otro camino que la revolución armada y que dentro de ésta, la táctica principal por ser la única posible será la lucha guerrillera rural, un Uruguay aislado tiene los siguientes problemas:

a) No tiene condiciones en el campo para abrir focos guerrilleros, porque no tiene grandes montañas ni selvas, aparte de que la población rural es sólo el 12% del total, y Montevideo concentra la mitad de los habitantes del país. Una guerrilla rural en el Uruguay sería «achicharrada», aun cuando la lucha social en algunos sectores, como los cañeros o los arroceros, pueda ser explosiva.

b) Una insurrección armada en Montevideo, suponiendo que se crearan las condiciones, y aun cuando contara con sectores honestos de la oficialidad, sería aplastada rápidamente, tome o no el poder, con paracaidistas brasileños, argentinos y eventualmente yanquis.

Estos dos grandes problemas han sido las vallas infranqueables que se han opuesto en el Uruguay hasta ahora, tanto a las luchas en el campo como en la ciudad.

En el campo, las marchas cañeras organizadas por la UTAA de Artigas a Montevideo, como la ocupación de la estancia de Farraphos en San Javier en 1951, fueron intentos

de colocar la lucha en un plano superior a la mera lucha sindical, radicalizando los métodos por medio de la ocupación de tierras o de los centrales azucareros, o profundizando las consignas, al grito de Tierra para trabajar o Tierra o muerte. Al final, los trabajadores cañeros debieron regresar a los métodos habituales de la lucha sindical.

En la ciudad, los trabajadores han ejercitado los más variados medios de lucha, las más grandes movilizaciones de masa, la ocupación de fábricas, los paros más unánimes, las huelgas de hambre colectivas. En los últimos años, se ha culminado la tarea de unir a prácticamente todos los trabajadores del país en una sola central, y la organización de masas llegó al máximo con el Congreso del Pueblo. Sin embargo, nunca sentimos estar cerca de la toma del poder, ni muchísimo menos, porque siempre existió esa valla de la situación geográfica negativa del Uruguay, rodeado de regímenes gorilas prontos a sofocar cualquier tentativa insurreccional en Montevideo».

Todo esto nos lleva a la conclusión de que el Uruguay menos que ningún otro país puede pensar en que su proceso será aislado del resto, y por el contrario, tanto la historia de nuestras luchas armadas como la peculiar situación de nuestro campo y de nuestras ciudades, nos impone, nos conmina casi, a desarrollar las

formas superiores de la lucha armada revolucionaria, integrada dentro del proceso continental.

Nos sobran para esto fuentes de inspiración y de enseñanza, en la vida y en la lucha de nuestros héroes latinoamericanos de ayer, en Bolívar, en Artigas, en San Martín, en O'Higgins, en Pancho Villa, en Tiradentes, en Martí, en Sandino, en Albizu Campos, así como en nuestros héroes y nuestros mártires latinoamericanos de hoy, en Fidel, en el Che, en De la Puente, en Camilo Torres, en Fabricio Ojeda, en Augusto Turcios, en Fabio Vázquez, hermanos todos de la gran patria continental.

«Nuestro Movimiento proclamó el año pasado a Fidel Castro como el Comandante en Jefe de la Revolución Latinoamericana, y por eso el Che simboliza hoy a la columna gloriosa que ha salido del cuartel general a recorrer llanos y montañas para derrocar la dictadura gorila continental.

En las luchas próximas, los uruguayos también tendremos un lugar donde podremos colaborar física y materialmente con nuestros hermanos y donde al mismo tiempo estaremos echando las bases de los futuros destacamentos armados de la revolución uruguaya.

Esta táctica nos permitirá a la vez participar en la lucha para liberar

a los pueblos hermanos de Brasil o de Argentina, sin lo cual toda liberación uruguaya es imposible.

Dentro de los futuros ejércitos de liberación latinoamericanos, deberá haber en el futuro una o más columnas de uruguayos, que algún día re-

gresarán a la tierra oriental para hacer cumplir las leyes que en 1815 Artigas dictó y un ejército imperial, antecesor de los marines yanquis de hoy, impidió aplicar».

29 de Mayo de 1967.



O3C

O3C

la consigna de la VERGÜENZA

qué es

O3C

cero tres ce

VERGÜENZA

Cine

Compras

baret

O3C ?

EL REFORMISMO: Teoría de la contrarrevolución

ENEIDA NOVOA

Todo desarrollo social lleva implícito la inevitable contradicción que lo sustituirá, contradicción que sin duda no obedece al desenlace de un desarrollo plano, sometido indefectiblemente al cálculo o al ideal, sino a la múltiple complejidad de situaciones siempre nuevas, sorpresivas para el cálculo idealista o puramente ideológico, y que obliga a una adaptación rápida, a tomas de conciencia de emergencia.

Si tales síntesis sorpresivas se presentan para las clases que ostentan el poder y las ponen en peligro, es porque seguramente aparece una situación revolucionaria en el terreno de los hechos, cuya no previsión implica un no conocimiento científico del terreno social en que ella se desenvuelve y por lo tanto un desconocimiento de su función como clase y del marco histórico en que le es posible desenvolverse. Su subsistencia como clase se dará desde ese instante en la posibilidad de rectificar rumbos, de adaptarse y superar tales situaciones nuevas, mediante tácticas nuevas, que serán exitosas en la medida que impliquen un conocimiento de lo social.

Se impone para tal situación una valoración de la ideología enemiga, una medición del peligro que se le opone como hecho real, y una metodología de acción que a su vez no esté tan comprometida con la ideología propia,

ya que la práctica está demostrando que empieza a perder vigencia; es el momento de empezar a hacer algunas concesiones. Concesiones que se intentará no alteren la esencia ni la base de sustentación de la ideología propia; esas concesiones serán mínimas en la medida en que su contrincante no actúe con inteligencia de manera de impedir la mixtificación. Si damos una mirada de conjunto a las esperanzas de la burguesía europea en las primeras décadas del siglo XIX, cuando ya el tumulto revolucionario de 1789 se había petrificado en las formas abstractas del derecho burgués, podemos contemplarla plácidamente adormecida en un capitalismo en ascenso e ideológicamente expresado en los amplios márgenes de la Razón hegeliana. Las contradicciones inherentes al propio desarrollo del capitalismo, regulado por una escala de valores morales siempre a la medida del bolsillo del burgués, y enfrentándose en general a vestigios de la economía agraria por una parte y al pauperismo de las masas por otro, despierta de su sueño idealista en las violentas convulsiones sociales que van desde las revoluciones del 48 hasta la Comuna de París y sus secuelas, los movimientos obreros organizados, y el apareamiento incipiente pero real de la conciencia de la nueva clase en la ideología del marxismo.

Es precisamente en este margen de historia donde la burguesía, por reflejo de la realidad social a la que enfrenta, adquiere un conocimiento vital para su posibilidad de encontrar nuevas formas de conducta que le permitan permanecer en el poder, el del conocimiento del hecho concreto de su limitación de clase, y por lo tanto, el conocimiento de su papel histórico. No hay duda que ya no puede servirle el «todo lo que es real es racional y todo lo que es racional es real», ya que la realidad objetiva históricamente racional, estaba haciendo irreal la vigencia ideológica de su postulado de clase. Irreal, y por lo tanto irracional.

Tal situación pone a la clase amenazada ante la necesidad de buscar urgente salida para sus intereses. Y las corrientes llamadas «irracionalistas» que emergen como producto de la crisis hegeliana desde Schopenhauer a Nietzsche, las filosofías de la cultura de Dilthey a Scheler, las nuevas inquietudes metodológicas de la fenomenología, indican por parte de la burguesía una nueva manera de evaluar la vida, basada en el análisis concreto de situaciones particulares y superdeterminadas; la búsqueda de nuevas vías, tanto para subsistir subjetivamente como para describir y realizar inteligentes formas de lucha.

Si por una parte las formas irracionalistas de su pensamiento reflejan de alguna manera una filosofía desesperada o, más exactamente, en crisis, que

la llevan desde las más variadas expresiones del individualismo hasta el misticismo, por otra parte reflejan también la intransigente acentuación de sus elementos esenciales y la necesidad de buscarles vigencia en el marco de la nueva situación histórica. Para ello cuentan con el natural afincamiento de sus formas ideológicas en grandes sectores masivos, ya que prácticamente sus valores abstractos agitados demagógicamente desde la revolución francesa dieron a estas grandes masas por falta de conciencia adecuada, la convicción de su participación en ellos y se convirtieron de esta manera en formas más utópicas de pensamiento social.

No obstante, y a pesar de la utopía que conceptos ideológicos tales como familia, libertad, igualdad, patria, derechos humanos, etc., significan, separados de una base económica que permita que ellos se hagan generales, su agitación por parte de intelectuales progresistas de la pequeña burguesía, contribuye por otro lado a la conciencia de que ellos no son sino metas idealizadas, y su afán de consecución desarrolla la lucha y precipita el advenimiento de una conciencia clara.

En medio de este complejo torbellino social, el pensamiento católico de las últimas décadas del siglo pasado, empeñado todavía por sus compromisos feudales en ataques al liberalismo, siente como propia la crisis del capitalismo y los ataques al orden establecido, y con la inteligencia y el oportunismo que ha caracterizado siempre a la iglesia, intenta recuperar el tutelaje perdido actualizándose y remozando su cuerpo doctrinal. El desastre sufrido por Pío Nono debe ser superado con la nueva doctrina que hará a la iglesia ser útil a los capitalistas, ante el peligro que para ellos significa seguir agitando el superlaico liberalismo igualitario del 89.

No hay duda que, aunque cauta y ladinamente, la Encíclica de León XIII, «Rerum Novarum», marca toda una etapa en la historia de la iglesia. Por una parte es la reconciliación a pesar de las apariencias con su enemiga anterior, la burguesía liberal, contra la cual embiste solamente en sus aspectos formales, pero a la cual ayuda porque la encíclica la origina fundamentalmente la defensa del orden establecido y éste no era otro que el orden capitalista y burgués. Es así como los viejos burgueses liberales y comefrailes del pasado y la iglesia se dan la mano, ante el intento conjunto de dominar la nueva situación histórica introduciendo en la masa el renacimiento de los mitos de la ideología medioeval, como una forma de urgente contención a la avalancha revolucionaria del marxismo.

No obstante, y a pesar del alboroto que creó el hecho de que el Papa se preocupase de la cuestión social, lo que hizo que las mentes más miopes y

recalcitrantes de la época tuvieran a León XIII por un innovador peligroso, ni León XIII ni la «Rerum Novarum» expresan en ninguna parte una posición que pudiera considerarse medianamente reformista. Los movimientos obreros eran todavía una simple amenaza que no se expresaba en una realidad concreta como para que la posición reformista se consolidara o apareciera como de necesidad inmediata. En síntesis la encíclica no expresa más que una leve variante del paternalismo con la insinuación de que éste tenga una expresión legal. Veamos algunas de las opiniones del pontífice aludido.

Ocho años antes de la «Rerum Novarum», en su encíclica «Auspicato Concessum» de 1882, dice: «La cuestión entre las relaciones entre ricos y pobres que preocupa a todos los economistas quedará arreglada por sí misma cuando se establezca y reconozca que la pobreza no carece de dignidad; que el rico debe ser misericordioso y generoso, y el pobre, contento con su suerte y con su trabajo, puesto que ni uno ni otro han nacido para estos bienes perecederos y que éste debe ir al cielo por la paciencia, aquél por la liberalidad».¹ Observemos igualmente cuál es la posición de la «Rerum Novarum», de 1891, con relación al derecho de propiedad y al derecho de los obreros a luchar por sus reivindicaciones; dice con relación a lo primero:

«De todo lo cual se ve que aquel dictamen de los socialistas, a saber: que toda propiedad ha de ser común, debe absolutamente rechazarse porque daña a los mismos a quienes se trata de socorrer; pugna con los derechos naturales de los individuos y perturba los deberes del Estado y la tranquilidad común. Queda pues sentado, que cuando se busca el modo de aliviar a los pueblos, lo que principalmente y como fundamento de todo se ha de tener, es esto: que se debe guardar intacta la propiedad privada». Opina con relación a lo segundo: «Con el imperio y valladar de las leyes se ha de poner en salvo la propiedad privada. Y sobre todo ahora, que tan grandes incendios han levantado todas las codicias, debe tratarse de contener al pueblo dentro de su deber; porque si bien es permitido esforzarse sin mengua de la justicia en mejorar la suerte, sin embargo, quitar a otro lo que es suyo, y socolor de una absurda igualdad apoderarse de la fortuna ajena, es cosa que prohíbe la justicia, y que la naturaleza misma del bien común rechaza. Intervenga pues la autoridad del Estado, y poniendo un freno a los agitadores, aleje de los obreros los artificios corrup-

¹ Citado por Mons. Dr. A. Simón: «Historia del movimiento obrero cristiano», p. 26. Ed. Estela S. A. Ed. Nove Terra, Barcelona, 1963.

tores de sus costumbres; y de los que legítimamente poseen, aleje el peligro de ser robados».²

Cuarenta años después la encíclica de Pío XI refleja una realidad muy distinta. Una realidad histórica radicalmente diferente se presenta a la iglesia y a la burguesía. Pío XI, uno de los más inteligentes y ágiles de los últimos tiempos, le sale al paso con la «Cuadragésimo Anno» en 1931, de manera bastante más ágil y oportuna.

El triunfo de la Revolución Soviética, el fascismo en el poder en Italia que, a las buenas o a las malas, había resuelto el problema de los Estados Pontificios, la guerra mundial «Ad portas», la crisis del imperialismo, y la depresión mundial del año 29, la actividad de las masas en el Tercer Mundo y muy especialmente en América Latina, continente que recorrió previamente a su condición de Papa, habiendo estado en Uruguay, Argentina, Chile, Bolivia, Colombia, lo obligan a concesiones más radicales que las que señalara León XIII, y al mismo tiempo a métodos de infiltración más acordes a esas necesidades.

Desde 1922, fecha en que Pío XI sustituye a Benedicto XV, empiezan a funcionar las ligas de obreros católicos, la actividad sindical es permitida, incluyendo la participación de los obreros católicos en los sindicatos mixtos (con socialistas), el concepto de socialcristianismo y luego el de democracia cristiana no sólo es permitido sino utilizado eficazmente. Se crea la Liga Internacional Obrera Católica, en cuyo primer congreso en Colonia del 13 al 15 de Junio de 1928, toma la palabra ante dos mil quinientas personas, el recientemente fallecido canciller Konrad Adenauer. Se organiza la Conferencia Internacional de Sindicatos Cristianos, que desaparece momentáneamente durante la Segunda Guerra Mundial y aparece fortalecida posteriormente, teniendo en la actualidad su sede en Bruselas. Crea la «Acción Católica» cuya actividad se vuelca fundamentalmente a lo social, y su filial de penetración ideológica en el Tercer Mundo, Las Misiones. Fortalece las formas ideológicas del cristianismo agregando a la actividad social, dos encíclicas de vital importancia «Divina Ilius Magistri», en la cual reclama para el hogar cristiano el derecho de la educación compitiendo con el postulado laico del «Estado Docente», y «Casti Connubi», donde reglamenta las nuevas formas del matrimonio cristiano; y por último la encíclica contra el comunismo «Divini Redemp-

² Acta Sancta Sedis, 1891. Ed. Poliglota Vaticano, 1891. Ed. Nove Terra, Barcelona, 1963.

toris». Toda esta profusa actividad, deja establecido el andamiaje ideológico del reformismo demócratacristiano en sus lineamientos fundamentalmente prácticos.

Leon Bloy, Henri Bergson, Jacques Maritain, fueron los pensadores que en el terreno de la filosofía se hicieron eco del pensamiento cristiano reformista. Concretamente Maritain intenta, mediante una renovación de la crítica rousseauiana del orden social, forjar el renacimiento de los valores cristianos primitivos y oponerlos a los valores del nuevo humanismo proletario que emergía de la concepción marxista de la vida, como los valores de un humanismo integral.

El salto de calidad del paternalismo al reformismo que aparece en la Encíclica de Pío X refleja en forma nítida todo un proceso histórico y la necesaria adaptación a él. Treinta y seis años más tarde, el 26 de Marzo de 1967, Paulo VI, Papa absolutamente de nuevo cuño que habla con «sus hermanos no cristianos de Bombay» y asiste a las Naciones Unidas democráticamente y sin mayor aparato, refuerza la «Cuadragesimo anno» y plantea en la suya «Sobre el desarrollo de los pueblos» todas las urgentes exigencias con que el reformismo burgués pretende parar la Revolución en todo el mundo.

Veamos algunos criterios de la encíclica con relación a la propiedad, a la violencia y la revolución, al futuro del mundo, a los bienes superfluos, al deber de hospitalidad. Dice: «Es decir, que la propiedad privada no constituye para nadie un derecho incondicional y absoluto. No hay ninguna razón para reservarse en uso exclusivo lo que supera a la propia necesidad, cuando a los demás les falta lo necesario» (23 Encíclica. Ed. Tipografía poliglota Vaticano).

Mas adelante subraya: «Es cierto que hay situaciones cuya injusticia clama al cielo. Cuando poblaciones enteras falta de lo necesario, viven en una tal dependencia que les impide toda iniciativa y toda responsabilidad, lo mismo que toda posibilidad de promoción cultural y de participación en la vida social y política, es grande la tentación de rechazar con la violencia tan graves injurias contra la dignidad humana». «Sin embargo ya se sabe: la insurrección revolucionaria, (salvo en caso de tiranía evidente y prolongada, que atentase gravemente a los derechos fundamentales de la persona y damnificase peligrosamente el bien común del país), engendra nuevas injusticias, introduce nuevos desequilibrios y provoca nuevas ruinas. No se puede combatir a un mal real al precio de un mal mayor». (30-31.-ibid.)

Sobre lo superfluo: «Hay que decirlo una vez más: lo superfluo de los países ricos debe servir a los países pobres. La regla que antiguamente valía en favor de los más cercanos debe aplicarse hoy a la totalidad de las necesidades del mundo. Los ricos, por otra parte, serán los primeros beneficiados de ello. Si no, su prolongada avaricia no hará más que suscitar el juicio de Dios y la cólera de los pobres, con imprevisibles consecuencias» (49.-ibid.)

Sobre el deber de hospitalidad: «Nos no insistiremos nunca demasiado sobre el deber de hospitalidad (debe ser de solidaridad humana y de caridad cristiana) que incumbe tanto a las familias como a las organizaciones culturales de los países que acogen a los extranjeros. Es necesario multiplicar residencias y hogares que acojan sobre todo a los jóvenes. Esto ante todo para protegerlos contra la soledad, el sentimiento de abandono, la angustia, que destruye todo resorte moral. También para defenderlos en contra de la situación malsana en que se encuentran, forzados a comparar la extrema pobreza de su patria con el lujo y el derroche que a menudo los rodea. Y así mismo para ponerlos al abrigo de doctrinas subversivas y de tentaciones agresivas que los asaltan, ante el recuerdo de tanta miseria inmerecida». (67.-ibid.)³

Paulo VI, reconociendo de hecho la explotación imperialista e inclusive empleando terminología marxista, a la vez que soslayando reivindicaciones semejantes a los de los explotados, termina con un mensaje dirigido a todos, católicos o no católicos, gobernantes, sabios, hombres de buena voluntad en general. La encíclica incluye además un remozamiento de la idea de familia, y una tolerancia encauzada en el problema del control de la natalidad y la explosión demográfica.

Desde todos los puntos de vista resulta interesante reflexionar sobre el contenido de esta última encíclica que tiende a convertirse en la fundamentación de principios del reformismo burgués militante: la democracia cristiana. No hay duda que si nos remitiéramos al pensamiento católico del último siglo y cogiéramos la «Inmortale Dei», «Libertas», el «Sillabus» etc. desde Pio Nono hasta Paulo VI, veríamos de qué manera tan lúcida, la iglesia ha ido tomando conciencia de su problemática histórica, y en maridaje siempre con la clase en el poder de la cual por otra parte siempre ha formado parte, ha reaccionado sistemáticamente asimilando como tácticas de lucha las ideas que ya se han hecho realidad, y ha

³ Encíclicas. Ed. Tipografía Poliglota Vaticano. 1967.

intentado frustrar su objetivo fundamental mediante su encauzamiento y manejo. La fuerza de los acontecimientos, sobre todo en los últimos cien años de desarrollo y vicisitudes capitalistas, la han obligado a una evolución y cambios reales, de los cuales no obstante sale siempre ideológicamente airosa.

En la actual contienda mundial ya no es posible cerrar los ojos a la avalancha revolucionaria del Tercer Mundo que está dispuesto a liberarse a cualquier precio de la explotación imperialista. Su pensamiento no va dirigido en esta oportunidad a los movimientos de lucha de clases que se desarrollan en Europa, ya que la amenaza actual al mundo burgués proviene de la estrategia mundial revolucionaria que aparece en los países subdesarrollados. La lucha actual es entre pueblos ricos y desarrollados y pueblos pobres estancados, entre países neocolonizadores y países dependientes. Y sin embargo, y a pesar de la claridad con que el Papa describe la miseria del mundo producto de la explotación, sus soluciones en el terreno de las consecuciones prácticas no difieren grandemente de las soluciones planteadas hace cien años.

Su mensaje está dirigido a los que ostentan el poder, a los cuales pone en guardia sobre las acechanzas de imprevisibles consecuencias, si no tienen la inteligencia y la plasticidad de ceder. Para ello apela no sólo a su instinto de conservación, sino a sus sentimientos de hermandad y amor que según dice está latente en todos los hombres, y al «derecho natural».

Precisamente es esta la forma con que el reformismo de todas las layas y de todos los tiempos se ha introducido en la contienda revolucionaria, describiendo las miserias que están seguramente a la vista de todos, estando en parte de acuerdo con las reivindicaciones que plantean las víctimas de esa miseria, sobre todo si esas víctimas ya han despertado y adquirido un tonelaje combativo suficiente como para amenazar, pero planteando soluciones falsas, apelando a vías de consecución inoperantes, disociando la lucha con métodos idílicos, oportunistas e inconsecuentes. De esta manera precisamente es como el reformismo multifacético ha defendido siempre las estructuras del poder establecido.

Y ¿qué antecedente histórico le permite plantear la eficacia de tales métodos?, ¿qué antecedente histórico le permite asegurar que aún las reformas conseguidas no son producto de la larga, dolorosa y sangrienta lucha de los pueblos?. Aun el relativo bienestar de que hoy disfrutan aristocracias obreras de algunos países de Europa y los Estados Unidos, son

producto de largos y gloriosos combates que desarrollaron sus camaradas del pasado, cuando era real aquello de «que no tenían sino cadenas que perder y un mundo por ganar», antes de ese capitalismo imperialista que da dividendos para todos, aunque menguados para unos y fabulosos para otros.

Por plantear una política de nuevo trato con América Latina, que los monopolistas yanquis no veían suficientemente provechosa, y otras menudas concesiones, los imperialistas no trepidaron en matar al propio Kennedy en su propia patria, ¿cabe apelar a su buena voluntad, a su hermandad cristiana?

¿Y qué se dice del dinero fabuloso, producto de la explotación, que lo corrompe todo, que compra a lacayos y gobernantes que mantienen a sus pueblos en la miseria, que sostiene a los aparatos represivos brutales en manos de sanguinarios a sueldo? ¡Cuánta miseria horrible y cuánto dolor viven los pueblos de los tres continentes que pacientemente esperan de la caridad cristiana, y cuántas masacres y cuánta sangre derramada cuando su paciencia se acaba y emerge la protesta!

Por último, ¿es lícito plantearse la buena voluntad con el imperio de Johnson y sus secuaces criminales, con las hordas salvajes de yanquis asesinando de manera increíble para el actual desarrollo de la humanidad, a mujeres y niños en el nunca suficientemente aclamado heroico pueblo de Viet Nam?

No es gracia que Su Santidad del Vaticano señale el mal y clame por la paz y la justicia; hace cerca de ciento cincuenta años que soñadores honrados plantearon el socialismo utópico ya suficientemente superado. No basta con denunciar, ni basta con pedir, lo que hay que buscar son los remedios eficaces. Las vías y las tácticas de lucha que necesitan los pueblos para destruir la archiprobada naturaleza criminal y agresiva del imperialismo, las formas de llevarlos al combate y a la victoria.

Podría hablarse de reformismo burgués y de reformismo a secas, sin embargo creemos que el reformismo es en esencia una postura burguesa, y que cuando se da en los medios de izquierda produciendo las desviaciones de derecha, no es sino demostración de la infiltración de la ideología burguesa introducidos en éstos por circunstancias de debilidad ideológica y práctica de sus vanguardias, por esa descomposición que refleja que ciertos dirigentes de la clase trabajadora han sido influidos y saturados por posiciones oportunistas, acomodaticias, pusilánimes y cobardes y que han dejado de ser revolucionarios.

No podemos confundir el reformismo con una táctica de lucha, ya que para toda táctica revolucionaria el éxito parcial de una o varias peticiones reivindicativas, no es más que el escalón que permite superarlas en una nueva acción y jamás barrera que disocie la reciedumbre de la combatividad. Por instinto todo revolucionario comprende que una petición que sea aceptada y quede incorporada a la legalidad burguesa, es porque ya no es más una exigencia revolucionaria, al caer bajo la zona de control del enemigo natural.

Si bosquejamos las formas a través de las cuales se ha ido expresando el reformismo que sale de la izquierda desde la década del 90 del siglo pasado, vemos que coincide con los mecanismos de defensa que la burguesía ha ido generando obligada por el medio socioeconómico. Aparece no por arte de magia ajeno a los conflictos económicos que provocan grandes movimientos revolucionarios, sino precisamente aportando soluciones de emergencia, reformas, paliativos que contengan la lucha y consoliden el sistema social vigente: el capitalismo.

Si damos una mirada de conjunto a las desviaciones de derecha desde Bernstein a Kautsky, y de éste a nuestros días, vemos que, en esencia, el reformismo seudorevolucionario aparece perdido ideológicamente en el conflicto entre el desarrollo avasallador del capitalismo o del imperialismo que da la sensación de gran progreso material, y las contradicciones que éste lleva implícito y que se reflejan en la pobreza de la masa de asalariados o de los pueblos explotados creando los grandes movimientos de lucha.

El reformismo consiste en buscar la solución para que el capitalismo no se contradiga tan violentamente con la masa, de allí las soluciones oportunistas e intrascendentes, las medidas de parche, que se manifiestan por una parte en una legislación proteccionista de mínimas concesiones, y por otra, al encauzamiento de una lucha de clases volcada al sindicalismo economista, que impone la reforma y constituye el modo de lucha de todas las aristocracias obreras del mundo, ya que es éste el único grupo de asalariados que puede mejorar.

Si la confusión ideológica da cabida en los dirigentes y en un sector de los asalariados a posiciones reformistas, no es menos cierto que se constituye en su mejor aliado el modo de vida burgués, la tranquilidad que la legalidad burguesa otorga a la lucha, las consecuciones mínimas que ablandan y corrompen.

El medio político, por representar necesariamente el medio donde se desenvuelve la clase dominante, constituye uno de sus más fuertes instrumentos ideológicos, instrumento que se manifiesta en forma velada, pero que influye y determina normas de conducta de la mayoría social. Los valores que emergen de la ideología de un contexto social burgués aparecen disimulados de su base económica por todo un aparato complejo e interactivo de difusión; de tal manera que enormes sectores sociales se sienten incorporados a él y acreedores de su existencia. Esto hace que el medio político sea una esfera donde la burguesía además de contar de hecho con todos los recursos materiales de dominio, sea también ideológicamente estructura dominante, desde donde esté en excelentes condiciones para aceptar cualquier combate y vencer en él. Para los revolucionarios aceptar el combate en el terreno puramente político, es entregarse de partida en las manos del enemigo.

Lenin, en vísperas de la primera guerra mundial, inicia una lucha sin cuartel a la ideología burguesa en una rotunda actitud de desenmascaramiento; pero es en el terreno de los hechos revolucionarios, en la forma concreta como éste los precipita en Rusia, en medio de la guerra y en un mar de contradicciones y desastres en que éstos perdían vigencia, como logró en último término consolidar sus argumentos de desenmascaramiento, lo que no dejó de constituir un escándalo aun para los socialtraidores que lo impugnaron. Fue precisamente agitando consignas patriotas y pequeñoburguesas como Kautsky y Cía. lograron precipitar la traición socialdemócrata y llevar a grandes masas europeas mediante el engaño político a convertirse en carne de cañón de la guerra imperialista.

Este tremendo desastre histórico que significó la traición socialdemócrata seguida del descalabro de los millones de obreros masacrados en los campos de batalla, demuestra claramente cuán difícil es dar una batalla revolucionaria en el terreno político, donde todavía la ideología de la clase dominante tiene enormes fuerzas por la obvia no conciencia de las grandes masas.

Pretender precipitar la revolución a base de batallas de carácter exclusivamente político, equivale a suponer el logro de la revolución por sufragio universal; aceptar de hecho que la naturaleza del capitalismo ha cambiado; plantear el tránsito pacífico, las vías pacíficas, la coexistencia pacífica de clases, el reformismo. Reformismo que no es solamente el producto de ese ambiente legal propicio, sino que es el generador del

mismo, al aceptar la batalla en el terreno en que la burguesía habrá necesariamente de ganarla.

Sin embargo cuando la lucha política amenaza con traspasar los umbrales de lo permitido, y ya sea que la lucha adquiera determinada reciedumbre que le impida manejar la situación o se manifieste en condiciones dadas por un gobierno burgués progresista que le aparezcan como sospechosas, la burguesía traslada de inmediato el combate al terreno del terrorismo sangriento, utilizando no ya su tolerancia jurídica sino su aparato militar y policial o el golpe de estado y la tiranía según convenga al caso. Esto, aun en las democracias representativas de mejor pedigree.

La experiencia histórica nos ha patentizado de qué manera las posiciones reformistas producto de la variada gama de manifestaciones capitalistas, son incapaces de convertirse en estructuras dominantes de un proceso, por no representar sino la muleta con que la reacción pretende sortear las dificultades con que tropieza.

El fascismo y el nazismo se desarrollaron sobre el cadáver de ese gran dinosaurio que fue la social democracia europea, cómplice no sólo de la primera guerra mundial sino igualmente de que la ideología burguesa se fortaleciera en el interior de las grandes masas de los países que no resultaron favorecidos en el reparto imperialista, y se volcaran a las consignas revanchistas y patrioterías que dio la fuerza de la mística fascista. Si el fascismo y el nazismo se convirtieron en verdaderos fenómenos de masas, cuando la revolución soviética estaba consolidada y la Tercera Internacional aparece rectificando rumbos y encauzando el movimiento obrero por sendas revolucionarias, es porque ya la traición social demócrata se había manifestado multitudinariamente, el engaño había penetrado muy hondo y se hacía muy difícil aprovechar la coyuntura histórica de una Europa despedazada por intereses diferentes de los de la clase obrera, para llevarla hacia la única meta posible para sus auténticos intereses: la revolución socialista. La socialdemocracia europea le entregó las herramientas al fascismo, que utiliza las mismas banderas que agitaron los reformistas traidores para justificar la guerra. Como adelantó Lenin: «La ideología imperialista penetra en el seno de la clase obrera, que no está separada de las demás clases por una muralla china». En estos momentos cuando es posible darse cuenta de la fuerza tremenda, decisiva, de la ideología cuando se transforma en acción práctica; su posibilidad de torcer y superar condiciones económicas concretas. En estos momentos es cuando es decisivo tomar conciencia de la importancia que

adquiere la claridad ideológica en las masas y los peligros que entraña el contrabando ideológico del oportunismo político.

Y si el imperialismo en su fase de descomposición más brutal, el fascismo, fue parcialmente derrotado gracias fundamentalmente a la potencia y al heroísmo del primer país socialista del mundo, y por razones de circunstancia en alianza con las otras fuerzas imperialistas, desde el seno mismo del nuevo imperialismo de postguerra, aparecen las largas orejas del burro del reformismo de seudo izquierda, en la política conciliadora del browderismo, de los frentes populares y de otras múltiples formas de adaptación oportunista. De nuevo la remota divisa de Bernstein «el movimiento lo es todo, el objetivo final no es nada.»

El tutelaje ideológico ejercido por Europa⁴ sobre todo el resto del mundo, especialmente en sus niveles desarrollados, o «civilizados», para usar su lenguaje; la real transculturización que se produce concretamente en América Latina en sus capas digirentes, ha sido la causa por demás obvia, que ha producido en nuestros medios políticos un trasplante mecánico de organizaciones que son producto de un determinado desarrollo del capitalismo europeo. Este trasplante por no obedecer a un proceso propio, por ser artificial en nuestra condición de subdesarrollo, por ser necesariamente «hipócrita», no ha sido un instrumento eficaz para elevar las condiciones reales de nuestro continente al tenor del proceso europeo.

De allí que desde mediados del siglo pasado y muy especialmente en Chile, se reflejen en nuestros procesos domésticos el conjunto de matices ideológicos que constituyeron la expresión genuina del desarrollo del viejo continente. En Chile se produjeron desde socialistas utópicos, ideólogos positivistas, liberales masónicos, hasta marxistas dogmáticos. Lo que equivale a afirmar que esta situación se generaliza, y expresa el divorcio efectivo entre el pensamiento político y las condiciones especiales de Chile, de organizaciones que fluctúan de la derecha hasta la izquierda.

La etapa imperialista que se inicia en Europa a fines del siglo XIX, produce evidentemente en el terreno del desarrollo social, de la lucha de clases, una serie de situaciones que nada tienen que ver con América Latina, producto ésta de un proceso económico no sólo distinto del

⁴ Cuando nos referimos a tutelaje ideológico de Europa excluimos a los EE.UU. porque aludimos exclusivamente a formas políticas; no obstante, la gravitación de la ideología norteamericana es igualmente fuerte, si tomamos en cuenta formas culturales tales como: modas, «Comics», películas, novelas, y otras formas de infiltración a través de las cuales se exporta el alimento de la «cultura de masas» del mundo burgués.

européo sino radicalmente antagónico. Las propias contradicciones surgidas en el seno de los intereses imperialistas y que se ventilan en las dos guerras mundiales, son ajenas a nuestros genuinos intereses, no alteran para nada nuestra condición de mundo opuesto a los intereses del imperialismo colonialista en su conjunto.

Con relación al reformismo no sólo manifestado en las democracias cristianas sino en las desviaciones de derecha de los movimientos de izquierda, es éste producto de un desarrollo capitalista que permite que se incorporen grandes contingentes de asalariados a los beneficios del desarrollo capitalista. Que sectores obreros usufructen del saqueo imperialista y se disocie el contenido revolucionario de sus luchas. El reformismo es en Europa y en los propios EE.UU. una política de distribución de ingresos equivalente a su grado de desarrollo, una expresión elemental de consolidación de sus estructuras capitalistas, y no un fenómeno revolucionario en absoluto. Y si logró producirse tan aceleradamente es porque acelerada fue la acumulación de la riqueza y su actividad financiera.

Si las diferentes manifestaciones del reformismo en las sociedades europeas y en los EE.UU. en pleno proceso de expansión neocolonialista tiene el éxito de producir un relativo estado de tranquilidad social y de convertir a sus masas asalariadas en aristocracias obreras, en parte cómplices de la explotación imperial, no es menos cierto que tales masas u organizaciones de asalariados de Europa o los EE.UU. quedan imposibilitadas de convertirse en sujetos de la lucha social o en ejercer ningún tipo de tutelaje o liderazgo ideológico, sobre la actividad de los movimientos obreros o nacional-revolucionarios de los países subdesarrollados y dependientes. Al contrario, la profusa existencia del oportunismo reformista en esos movimientos manifestados desde el poder o desde enclenques posiciones economistas, permiten elaborar una nueva estrategia mundial revolucionaria basada en un enfoque clasista a niveles internacionales, consecuencia del antagonismo, al menos circunstancial, entre las masas de los países ricos y desarrollados y de los países pobres y no desarrollados. Entre pueblos «que no tienen sino cadenas que perder y un mundo por ganar». Al contrario, permiten de hecho que el liderazgo ideológico emerja necesariamente del torrente revolucionario del Tercer Mundo.»

Concretamente el reformismo es en América Latina, un absurdo económico y político; como lo demuestran sistemáticamente las fracasadas Alianzas para el Progreso, las Reuniones de Cancilleres, de Presidentes, los intentos de Mercados Comunes, etc. Aceptar la presencia del lobo con

piel de oveja manifestado en la muleta del imperialismo, la Internacional Demócrata-Cristiana, o el sindicalismo de izquierda importado de nuestros parientes ricos de Europa, es hacerle conciente o inconcientemente el juego y contribuir con el enemigo natural a atrasar nuestra única vía para la liberación: la evolución Continental.

Enfrentar al reformismo desde un punto de vista exclusivamente económico, no es correcto.

El reformismo, como toda fórmula política, lleva implícita toda una concepción ideológica y su enfrentamiento supone igualmente un combate en ese sentido. Hemos insistido en que el reformismo europeo es producto del enriquecimiento súbito de esos países, enriquecimiento que se ha reflejado en la merma de la combatividad de las masas europeas en la medida en que fueron partícipes en mayor o menor grado de esas riquezas. Pero explicar un fenómeno social no es ni con mucho justificarlo. Explicar que los trabajadores de los países ricos limaron sus aristas de clase en función de una política oportunista, que fue causante muy directa de dos guerras mundiales, del advenimiento del fascismo y de la no consecución de metas realmente desalineadoras y recién ahora disfruten de un relativo bienestar, después del largo zaramendo del cual de todos modos sacaron la peor parte, no es en modo alguno justificar ese conjunto de hechos históricos.

Jamás las metas que se forjó el ideal revolucionario planteado en el marxismo, fue el de un proletariado contento de disfrutar de los restos que sobran de la mesa del festín; y si el desarrollo capitalista no siguió exactamente la línea que pensara Marx en las condiciones de la Europa de esa época, los principios constitutivos de la ideología han permanecido siempre vigentes, y ellos consisten en la creación de un hombre nuevo, plenamente humano, sin las taras endémicas del individualismo y la explotación.

El reformismo no es pues un fenómeno que pueda discutirse en el área exclusiva de la economía, aunque constituya el recurso ideológico de una economía, la del capitalismo, que pretende imponerse a través de él con sus postulados, en cuya esencia está la alienación del hombre... Alienación que se dará no sólo en países con claras estructuras capitalistas, sino en cualquier país, aun de corte socialista, donde aparezca la fórmula capitalismo que implica todo un sistema de valores y de vida, que la Revolución está empeñada en hacer desaparecer como paso indispensable para llegar al comunismo.

En Chile, y en general en América Latina, es desde ambos puntos de vista desde donde debemos enfrentar el reformismo; desde un punto de vista económico y no economicista; y desde el punto de vista del ideal revolucionario, en el sentido de que estamos dotados de un fuerte caudal ideológico, rejuvenecido y fortalecido por esa tremenda y señora experiencia histórica que es la Revolución Cubana.

Desde luego, no es posible que podamos analizar separando del contexto general de América Latina, a ninguno de sus países, aunque por razones específicas manifiestan diferentes modalidades sus formas jurídicas. Somos un continente que pasó de una dependencia política a una dependencia económica, y sus vicisitudes políticas han sido relativas a la naturaleza de la explotación imperialista, a la calidad y cantidad de sus riquezas saqueadas y a la incapacidad, tolerancia o complicidad que hayan patentizado sus clases dirigentes.

Sobre este esquema rotundo pero innegable se ha desarrollado la economía de nuestros países, y todos los intentos de desarrollo económico que se han buscado han sido sobre la aceptación tácita de tal situación, y por lo tanto han adolecido de una postración básica. Por otra parte economistas y gobernantes han emergido del seno de una ideología que consolida sin discusión el hecho, de allí su falta de audacia, sus medidas miserables, su incapacidad por antonomasia para resolver en el terreno de la dignidad nacional, el mal endémico de nuestro subdesarrollo. Podemos agregar inclusive que desde el punto de vista de la existencia de grandes hombres de empresa, de gobernantes audaces aun desde el propio criterio capitalista, de un capitalismo inclusive de corte nacionalista, nuestro continente ha sido pobre, y nuestros gobernantes contentos con ser socios menores del imperialismo, han hecho sucumbir todo intento de independencia aun en este terreno.

Que un país tenga un desarrollo económico superior a otro porque sus condiciones concretas de riqueza y la actividad a que se la pueda haber sometido hayan permitido determinada industrialización y un consecuente aumento de la producción y del ingreso, permita conseguir una mayor nivelación y distribución per cápita, no significa que ese país se esté liberando de su subdesarrollo endémico y que pueda producirse en él una situación equivalente a los países neocolonialistas de Europa. Por mucha que sea la ayuda técnica o las concesiones que el imperialismo se encuentre obligado a otorgar, su situación de dependencia queda intacta; la camisa de fuerza le impedirá en el contexto imperialista todo movimiento hacia

nuevas zonas económicas que vulneren efectivamente los intereses de los capitales que el imperio ha invertido en él.

Por otra parte, desde el punto de vista político y social, aunque en un momento determinado haya un efectivo aumento de la producción y del ingreso por razones circunstancialmente provechosas para una determinada economía, si ésta no parte de un criterio revolucionario en cuanto al carácter de las inversiones, si además no se toman medidas audaces que inevitablemente chocan con los intereses plutocráticos, en el sentido de una redistribución del ingreso, no es mucho lo que pueda ser útil para la masa asalariada de ese pueblo, ni puede forjar por lo tanto una auténtica independencia y prosperidad nacional.

Chile, a pesar de cierta apariencia que está de moda en determinados sectores poner de manifiesto, y que le supone un estilo propio en el terreno económico y político, dada su larga estabilidad institucional y democrática y un supuesto desarrollo producto de un proceso de industrialización más o menos rápido, no escapa en realidad a la tónica latinoamericana. Su dependencia económica, su sujeción a los designios imperialistas, la complicidad de la oligarquía y su condición de vendepatria, de socio menor del imperialismo, es semejante a la de otros países.

Las enormes riquezas que pasaron a poder de Chile como resultado de la guerra del Pacífico en 1879, la explotación de los únicos yacimientos de salitre natural que existían en ese entonces, condicionan y alteran completamente el proceso económico del país. El auge enorme que produjo la riqueza salitrera hace que otros rubros de la economía como la explotación del cobre y el desarrollo de actividades agropecuarias pierdan interés, y Chile deforma su economía convirtiéndose en un país monocultor. Esta situación crea el apetito del capital financiero inglés que hace de Chile un lucrativo mercado de inversión, la región salitrera se convierte en factoría británica, al mismo tiempo que el comercio internacional chileno es absorbido por Inglaterra. Desde entonces podemos contemplar el paso restricto de nuestra economía que describe las mismas características que la totalidad de los países del continente sometido. El despertar de la conciencia nacional, la reacción antimperialista inclusive sustentada desde el poder por ese gran estadista, de tan claras visiones nacionalistas, que fue don José Manuel Balmaceda, se estrelló ante la intriga imperialista y la corrupción oligárquica que culminó en la revolución del 91 y en el suicidio del Presidente.

Del desastre salitrero al auge del cobre y a la entrega de todas nuestras riquezas extractivas a la explotación extranjera hay toda una historia que marca el compás de nuestra situación nacional y de nuestra vida política. Por mucho que haya repercutido en nuestra economía la gran depresión de los años 30, nuestra subordinación a los intereses yanquis ha sido la fundamental explicación de nuestro subdesarrollo y lo que nos iguala con nuestros hermanos de América.

Desde las últimas décadas del siglo pasado, reflejando la situación de la lucha en Europa, pasan a formar parte de nuestra vida política los movimientos organizados de trabajadores, que aunque de conciencia incipiente en Chile, imprimen una nueva tónica a la actividad del país. Las huelgas generales de Tarapacá, Antofagasta, Valparaíso, son el punto de partida en que un nuevo elemento, por demás potente y decidido, le hace sentir su presencia a nuestra aristocracia criolla como una realidad que hay que tomar en cuenta. Desde ese momento igualmente, ésta responde con la característica de siempre cuando sus intereses se ven seriamente amenazados; con el terror sangriento y la masacre. La criminal violencia que se inicia con la masacre de la Escuela Santa María de Iquique, en donde ciegan la vida de alrededor de cuatro mil obreros, con las masacres de La Coruña, San Gregorio, Ranquil, la de la Plaza de Bulnes, hasta la de nuestros días de la población José María Caro y la última del Salvador, para sólo nombrar unas cuantas, la lucha de clases en Chile es una cara de la moneda que se empeñan en ocultar los unos y los otros; lo que les permite adornar nuestra vida política con ese estilo democratoide y europeo del que se enorgullecen todos los imbéciles y del que obtienen ganancias todos los traidores.

Seguramente que no siempre la clase en el poder ha respondido con la violencia, ni lo ha necesitado. La propia evolución social contemporánea le orienta el comportamiento adecuado para la tolerancia pacífica de los movimientos huelguísticos siempre y cuando éstos se desenvuelvan en los márgenes adecuados y no rompan su status. En este sentido la burguesía chilena ha sido muy inteligente y ha intentado con éxito meter en la camisa de fuerza de su legalidad a los movimientos reivindicativos, y burlarlos sistemáticamente con la inflación, de la cual es ella la principal beneficiaria. Esta actitud ladina y demagógica es la que le permite usar la piel de oveja para mangonear y decidir el estilo de la lucha popular al compás de la musiquilla conciliadora y que no trepidan en sacarse cada vez que la lucha arrecia y es indispensable ahogarla en sangre.

Sangre aún no vengada, expresada sólo en el dolor popular de apoteósicos entierros. Entierros y desfiles mortuorios permitidos siempre por el jefe de la Plaza que el día antes ha ordenado la masacre y previa la promesa de garantizar el orden; de floridos discursos, y luego del olvido criminal. Sangre aún no vengada, rebeldía y sentimiento popular no encauzado; menos aún, disimulado en el sometimiento a la demagogia oligárquica y distorsionado en la promesa de idílicas formas de toma de poder, de reivindicaciones parciales y mínimas y de otras menudencias que han sido el caldo de cultivo de cuanto demagogo, oportunista y reformista ha querido tomar el poder y lo ha logrado.

Desde las falaces promesas del León de Tarapacá en el año 20, que provoca una de las más grandes movilizaciones de masas de nuestra historia, desde su sustitución por Ibáñez, que llega al poder en función de cumplir las promesas incumplidas por Alessandri, hasta el Frei de la actualidad, todos llegan a regir los destinos de Chile encaramados en la fraseología de pseudoizquierda del reformismo, ante la expectación o la credulidad de las masas populares.

En la confusión ideológica, en el oportunismo político que no delimita fronteras ni barricadas, que no desenmascara, que se siente haciendo el juego del vivo y es en realidad burlado por los más vivos, que no sabe educar realmente a la masa en lo que es su auténtico destino, que confunde los medios con los fines, las tácticas con los objetivos, que pretende infiltrarse y es en realidad infiltrado, que no se prepara para el inevitable desenlace a que habrá de llevarlo cualquier auténtico triunfo popular; que es temeroso y no audaz, reside el gran problema de la frustración revolucionaria del pueblo de Chile y el triunfo sistemático de los intentos reformistas de viejo y de nuevo cuño.

Sin ir muy lejos, en la última campaña presidencial compiten en las fórmulas de avanzada las dos candidaturas que habrían de llevarse la mayoría de los sufragios. Una, la demócratacristiana agrega a su demagogia izquierdista, la más tremenda campaña de difamación conocida en Chile, a todo costo financiada por el imperialismo, en contra de la Revolución Cubana, de allí sus slogans de «revolución en libertad», «revolución sin sangre», etc.; la otra, la candidatura del Frap, en base a intereses inmediatos de tipo electoralista y sin la capacidad para desenmascarar la difamación, remarcando sus diferencias con la auténtica Revolución. Y en este combate desigual al que se someten los trabajadores cuando se remiten a la esfera exclusivamente política, no era de extrañar el triunfo por cerca

de quinientos mil votos, del candidato de la Democracia cristiana. Revestido además del prestigio de ser un político independiente y audaz, por su viaje a la Unión Soviética en plena campaña presidencial.

Sin embargo el régimen de Frei describe una variante con relación a los reformismos de los últimos cincuenta años, que han llegado a la presidencia agitando consignas de izquierda. Se autotitula revolucionario, se anuncia como un sistema nuevo cuya experiencia ha de vivir el país para salir de su crisis.

La actual Democracia Cristiana que llevó a Frei al poder, nace en el seno del Partido Conservador, partido confesional, y representante de los intereses de la oligarquía terrateniente; constituido, además que por dueños de tierras, por aristócratas abogados al servicio de las empresas inglesas y norteamericanas. Representó siempre la parte más recalcitrantemente reaccionaria del país y la más carente de visión histórica, situación que lo llevó a través de su vida casi dos veces centenaria a mantenerse siempre a la defensiva de los cambios sociales, hasta el extremo que al final de su vida, haciendo gala de una tozudez extrema en la defensa de anacrónicos intereses, no apoya a la candidatura demócratacristiana y junto con algunos viejos políticos liberales, decide apoyar al candidato radical, que represente los intereses de un sector latifundista de ese partido. No obstante, tan bastarda unión no se debió exclusivamente a intereses electorales inmediatos, sino a un conspicuo contubernio en función de futuras aventuras golpistas si el candidato del Frap hubiese triunfado, o las reformas de la Democracia Cristiana pusiese en peligro parte de esos vetustos intereses.

La actual democracia cristiana nace a la vida como Juventud Conservadora; pero en un gesto de incipiente rebeldía se constituye en una Falange aparte, que inspirada en los principios católicos, difiere de la forma como los aplica la vieja tienda partidaria. Sus sensibilidades de cristianos modernos, seguidores de las encíclicas, les permiten evaluar con nuevo criterio el convulso medio social del año 35, el cual por la paralización de las salitreras y las repercusiones de la Gran Depresión, se manifestaba en una cesantía sin precedentes y en una atroz miseria popular. La solución de los más graves problemas estaba, según estos jóvenes, en una economía que instituya a la caridad como forma de la moral y que era agitada desde las encíclicas.

Detengámonos en los conceptos vertidos por Bernardo Leighton, fundador de la Falange y actual Ministro del Interior de Frei, en el día en que ésta adquiere forma propia, y cuyos párrafos son citados en el libro de Ricardo Boizard, en que hace la historia de la Democracia Cristiana, dice: «Quién

sabe, señores, si la civilización occidental expulsada de Europa por los nacionalismos intolerantes y por la incomprensión de congresos internacionales donde no se ha querido escuchar la voz del Pontífice romano, atraviese los mares hacia la tierra americana y encuentre en ella su refugio. A los pueblos de América les está reservada quizás esa misión histórica trascendente, que en todo caso es un horizonte infinito de esperanzas».

Señalamos a continuación el comentario que el propio Boizard adelanta al párrafo que sigue y en el cual dice refiriéndose a Leighton: «Por último, fijaba los contornos de una nueva enunciación doctrinaria en materia social y económica con palabras que por primera vez escuchaba el oído de los conservadores en el seno de la vieja colectividad». A continuación cita el párrafo que dice:

«Sí, que se ayude a la riqueza acumulada y destinada a facilitar la mayor producción de bienes económicos, es decir, al capital, siempre que esa ayuda no vaya en injusto menoscabo del salario, no favorezca el desequilibrio de la economía nacional es provecho de particulares ramas de la producción y, sobre todo, siempre que no conduzca ella, directa e indirectamente, a la prepotencia de imperialismos que no debemos aceptar jamás por la dignidad de Chile».⁵

Vemos aquí de qué manera el antiguo alumno del colegio de San Ignacio, que fue el suelo nutricio que hizo germinar la nueva postura de los jóvenes católicos, provenientes en su gran mayoría de la más rancia aristocracia chilena, expresa la posición de la iglesia renovada y dispuesta a competir en la lucha social.

Sigamos revisando el criterio que Ricardo Boizard imprime a la nueva actividad, en la historia que hace de ella, dice: «Desde sus primeros días la Juventud Conservadora y futura Falangé, fue espiritual y reglamentariamente autónoma. Sus doctrinas eran una expresión renovada del cristianismo social, sus organismos funcionaban al margen de la tutela directiva del Partido Conservador; sus hombres marcaban un estilo nuevo y ocurrió el fenómeno extraño de que se había reunido en torno a ella una élite de dirigentes extraordinariamente dotados y de rara personalidad. Ya hemos hablado de Bernardo Leighton, pero debemos referirnos igualmente a otras figuras estelares que puede decirse que llenan casi treinta años de la actividad política de nuestro país. Veamos, por ejemplo a Manuel Garretón, estudiante de ingeniería en cuya cabeza las abstracciones matemáticas no dejaban hueco a sus

⁵ «La Democracia cristiana en Chile», p. 174. Ed. Orbe, Santiago de Chile, 1963.

ardientes abstracciones ideológicas. Manuel Garretón era a la vez un pensador y un activista. Volvió de Europa en 1934 con un bagaje de confusas experiencias traídas de Italia y España. De Mussolini sacó la idea persistente del corporativismo; de Gil Robles, el amor al orden constitucional; de Antonio Primo de Rivera, el apóstol del falangismo español, una palabra que le pareció contundente. Todo eso, digerido y vaciado en la mente de sus compañeros de lucha, formaría la savia de la Falange chilena. Manuel Garretón era, como hemos dicho, un ideólogo pertinaz y un combatiente sin tregua. Publicaba permanentemente artículos en Lircay, pronunciaba discursos enunciando sus nuevas ideas, formaba círculos de estudio, organizaba torneos y escribía largas cartas en que se vaciaba la exuberancia de su temperamento impetuoso. La gran atracción que despertó en la juventud de su tiempo este muchacho esbelto y deportista, tiene, a nuestro juicio, tres raíces fundamentales: una era la presencia física y la simpatía natural, en que los finos labios, adornado por un bigote negrísimo, comunicaban optimismo y calor; otra, el estilo místico y etéreo de su elocuencia en que no faltaban las estrellas, la historia y el amanecer; la última, su inmensa despreocupación para gastar dinero y una especie de generosidad que llamaríamos licenciosa para con todos los pobres y desgraciados que se encontraban a su alcance».⁶

Y este es el estilo de la revolución demócratacristiana que señala Ricardo Boizard, igualmente uno de los fundadores del partido y presidente del mismo varias veces, a la par que diputado por esa colectividad en varios períodos. El paternalismo grandilocuente que emerge de la raíz misma de la sociedad capitalista, el intento de una revaloración de la vida en un romanticismo clasista que no remedia un ápice la esencia misma que condiciona la situación de crisis. Y, en el fondo, una solución mezquina.

Trasladémosnos veinte años después y observemos en el libro de Jorge Ahumada, ex Ministro de Planificación de Frei, y que titula, «En vez de la miseria» dice: «Nunca se podrá insistir demasiado en que la solución del problema de la pobreza reside en la aceleración sustancial del ritmo de crecimiento de la producción por persona y en la distribución de ese incremento entre los pobres y los ricos, de tal modo que sin quitarles a los ricos lo que poseen en la actualidad y aún aumentándolo, para que no se opongan al proceso, la parte de incremento que le corresponda a los pobres sea proporcionalmente mayor que el que le corresponda a los ricos.» «Si se

⁶ Ibid., p. 32.

desea aumentar el ingreso de los pobres en condiciones que el ingreso o producción total no crece, los ricos tienen que conformarse con ver el suyo propio reducido. Naturalmente nunca se conformarían y lo menos que harían, sería negarse a cooperar con el Gobierno que intentara aplicar una política». ⁷ En capítulos anteriores da, entre otras, la siguiente opinión sobre la educación, dice: «En las condiciones mencionadas de población joven y pobre, resulta obvio que la educación gratuita para todos los niños, además de ser aristocratizante, tiene que ser un mito. El país debe reconocer esos hechos y decidirse por un camino más sensato. Reconocer, por ejemplo, que tiene que adaptar sus métodos educacionales a sus posibilidades económicas, evitando en lo posible la pérdida de los pocos recursos con que se cuenta. Se derrochan esos recursos enseñando cosas que las gentes pueden aprender por sus propios medios, utilizando técnicas que requieren de un tiempo prolongado para alcanzar sus objetivos y empleando en vacaciones una proporción tan exagerada del tiempo disponible. Tiene que reconocer también que debe conceder cierta educación fundamental mínima a todos, y que esa educación, que debe ser obligatoria, no debe ser selectiva y no debe cubrir más del número máximo de años de enseñanza que corresponde al número de años que la mayoría de las familias chilenas pueden mantener a sus hijos sin trabajar. Quien quiera que desee continuar más adelante, debe pagar «al contado o a plazos» su educación, a menos que se demuestre que tiene condiciones que hacen socialmente deseable que continúe estudiando, en cuyo caso el Estado debe becarlo en la medida que sea necesario, es decir, incluyendo el pago de su alimentación y vestuario, si su familia no puede concedérselo». ⁸

En las anteriores breves síntesis, podemos tomar conciencia de qué es lo que ofrece al pueblo de Chile, la revolución en libertad.

En función de ese economismo reformista es que la Democracia Cristiana pide sacrificios a los trabajadores; en función de una legislación que contempla por sobre todas las cosas la libertad de los ricos, y promete a los pobres un sobrevivir sin arrebatos, un futuro donde las más nobles aspiraciones de la inteligencia, deberán quedar satisfechas con un estómago a medio llenar.

Es que no se puede estar con Dios y con el Diablo a la vez, no se puede romper con el imperialismo y servir a la burguesía con su modo de vida

⁷ Jorge Ahumada: «En vez de la miseria», p. 80. Ed. del Pacífico.

⁸ *Ibid.*, p. 32.

basado en la explotación, y pretender hacer una revolución para el pueblo. De aquí sus medidas de parche, sus economismos de almacenero.

Para hacer una revolución, para llevar a los pueblos a todos los sacrificios que una revolución entraña, lo primero que hay que tener es respeto por el pueblo, y para demostrarlo, y para movilizarlo, no hay que trepidar en arrasar con la mayor audacia y violencia, todos los vicios que constituyen el patrimonio de las clases explotadoras.

Es en ese momento cuando la ideología se transforma en tutora de la economía, cuando se la hace servir genial y audazmente a los intereses populares, cuando se la libera del yugo imperialista, cuando se la utiliza en destruir sin contemplaciones la base material de la explotación que es la propiedad privada sobre los medios de producción. Repetimos que la fuerza de la ideología es tremenda, cuando se hace realidad en el corazón de los pueblos y eso significa en los hechos concretos de la historia.

No es de extrañar que la raquíta ración de revolución que Frei ha querido darle al pueblo, no haya encontrado el eco que en la demagogia electoralista lograba provocar, y el descontento popular manifestado en olas de huelgas sistemáticas haya hecho aparecer al gobernante tradicional con su cuota de sangre a las espaldas.

Cuenta el libro de Ricardo Boizard, un hecho que le ocurrió momentos después de la masacre de la Plaza Bulnes, en el verano del 45 estando de vice presidente de la república Alfredo Duhalde, por enfermedad del titular Juan Antonio Ríos y en ocasión de ser Eduardo Frei, Ministro de Fomento de ese gobierno, dice: «Una tarde se reunió el pueblo en la Plaza Bulnes y los falangistas, ya indisolublemente unidos a la masa en sus luchas reivindicativas, estábamos presentes en una insobornable militancia de los pobres».

«¿Qué ocurrió con los pobres en aquella ocasión?. Lo que ocurrió es que la imprudencia de la fuerza pública para contener a los obreros desató la imprudencia de los obreros para defenderse. Una piedra voló en el aire y un nervioso capitán ordenó disparar contra la masa indefensa. Pudimos haber muerto en aquella ocasión porque varias balas pasaron rozándonos, pero quiso la suerte que saliéramos ilesos en medio de una masacre en vimos derrumbarse; cara al cielo, a las víctimas sacrificadas».

«Terminado el drama, se me acercaron algunos periodistas y me preguntaron con curiosidad maligna: «¿Qué dice el Sr. Frei ante esta masacre?». «Yo respondí de inmediato y sin ninguna duda: Frei presentará su renuncia».

«No estaba en nuestro plan pasar por sobre la sangre de los desheredados a cambio de seguir sirviéndolos con medidas eficaces conquistadas en el régimen burgués. Frei seguramente pensaba lo mismo y en la noche se supo que el gran Ministro, el mejor de los que conoció Ríos en su gobierno, abandonaba el poder».⁹

La historia se repite y la situación se hace semejante, ¿qué debió hacer el Señor Frei después de su propia masacre del Salvador? La historia se repite y continúa y en ella las viejas barricadas tienden a delimitarse cada vez más, ante la reciedumbre porfiada de los hechos que no sirven para avalar viejas fórmulas demagógicas.

Rafael Agustín Gumucio, diputado Demócrata Cristiano señala en su apéndice al libro de Boizard estos significativos conceptos: «La revolución auténtica, la revolución de los pobres, no puede ser la que se hace liquidando la libertad y la dignidad del hombre, pero tampoco es la que se hace respetando los mitos».

Sigue: «Los valores comprometidos en la agonía de un sistema hay que disociarlos de él, para que se reencarnen en un nuevo orden».¹⁰

Tiene razón el diputado Gumucio; la revolución de los pobres no es la que se hace respetando los viejos mitos, que no son otra cosa que todos los egoísmos acumulados como derechos, en los entumecidos corazones de los poderosos, fraguados secularmente en la práctica de una explotación inhumana. Arrasar con esos mitos, es la condición esencial de cualquier revolución auténtica.

⁹ La Democracia cristiana en Chile, p. 304.

¹⁰ *Ibid.*, p. 336.

NO!

CUANDO USTED CUMPRE BILLETES DE LOTERIA.....
o USTED CUMPLA CON LA DICTADURA !

- o CONTRIBUYE CON SU DINERO A MANTENER EL REGIMEN MILITARISTO
- o PAGA LA ENORME RED DE ESPIONAJE
- o AYUDA A COMPRAR ARMAS QUE SE VENTAN PARA QUE ASESINEN A SUS RÍOS
- o SOSTIENE LA MAGNIFERBA IMPRESIVA DE LA TIAMIA

CUMPLAR UN PEDAZO DE BILLETE, ES...

REINTEGRARSE CON LOS INDIANOS DE LA DICTADURA
REINTEGRARSE CON LOS CRIMINALES Y PUNTOVISTAS
SOLICITAR AL PUEBLO EL CONTRATO DEL BILLETE



CUANDO USTED CUMPLA UN BILLETE, o RESISTENCIA...
USTED CUMPLA CON UNA CAUSA JUSTA !

- o CONTRIBUYE CON SU DINERO A LIBERAR A JUNA
- o DA DE CUBA A MILITARES MEXICANOS QUE LUCHAN EN EL CLAYBERRY
- o PAGA A LOS MILITARES MEXICANOS A INICIAR ASISTENCIA DE LA REVOLUCION
- o AYUDA A COMPRAR ARMAS PARA UBEREN UN LIBRO
- o SOSTIENE EL ESTANDARTE DE LA JUSTICIA

CUMPLAR UN BILLETE DE LA RESISTENCIA, ES...

SOLIDARIZARSE CON UN AMERICO MEXICANO Y GUARDAR
LIBERAR A LOS CRIMINALES Y PUNTOVISTAS
REINTEGRARSE A LAS CAUSAS DE LA RESISTENCIA

Camilo, revolucionario*

FRANCISCO GONZALEZ

En la historia de la humanidad han existido hombres que por su valor, por su inteligencia, por su integridad, han prestado grandes servicios a la lucha social de los pueblos.

Principalmente, cuando la lucha ha tomado caracteres definitivos, ha tomado directivas precisas, hacia el logro de objetivos revolucionarios, tendientes a cambiar estructuras caducas e instaurar ideas y estructuras sociales más acordes con los intereses de los pueblos, es que estos hombres destacados han dado su aporte más valioso. Unos han orientado con su inteligencia, el desarrollo de ese cambio; han formulado las bases ideológicas correctas de la lucha

y de los objetivos. Otros han aportado su valor, audacia y capacidades militares y políticas para dirigir las fuerzas populares hacia la obtención de esos objetivos.

Unos y otros ocupan en el corazón de los pueblos lugares prominentes, y tienen en sus logros la herencia de su pensamiento y de su acción.

En Latinoamérica el recuerdo y el ejemplo de nuestros primeros próceres, de los que se pusieron al frente del pueblo en su lucha contra el imperio español, y de los que la han

* Prólogo a una antología de Camilo Torres que editará próximamente el Instituto del Libro. La Habana, Cuba. (N. de R.)

librado en épocas recientes contra el imperialismo norteamericano, aún dejan sentir su influencia y son acicate para el despertar de una nueva rebeldía.

La lucha que quedó inconclusa se enciende hoy por nuestra América.

Nuevos hombres ocupan los lugares de avanzada al frente de nuestros pueblos. Otros ya han regado el camino con su sangre. Hombres destacados como Luis de la Puente, Guillermo Lobatón, Fabricio Ojeda, Camilo Torres, Luis Augusto Turcios Lima, ya figuran en la historia de la lucha liberadora americana. Impulsadores valiosos de la lucha revolucionaria anticolonialista, sus ideas, su ejemplo heroico, han sobrepasado ya el marco de sus países y hoy son recogidos por los pueblos de todo el continente.

Resulta a primera vista sorprendente ver que su recuerdo se funde en uno solo y que al nombrar a uno de ellos se evoca la memoria de los otros; pero es que sus planteamientos, su acción, forman un todo que no se puede seccionar: la lucha de todos los pueblos latinoamericanos por su liberación nacional.

Ellos al morir, al enaltecer con su martirio los ideales por los cuales lucharon, no han muerto por el pueblo de un solo país, sino que se han sacrificado por todos los pueblos oprimidos.

De sus héroes y conductores caídos en el combate nuestros pueblos tienen mucho que aprender. Todo su aporte es patrimonio del pueblo y no se puede separar de su lucha.

De ahí, que libros como éste, en el que se comprende claramente el pensamiento político revolucionario de uno de estos hijos mártires de nuestra América, tienen una gran importancia, la divulgación de sus ideas será de una gran utilidad para la mejor comprensión del proceso revolucionario.

Porque de Camilo Torres Restrepo, el sacerdote-guerrillero, el dirigente revolucionario y héroe caído en el combate por la liberación del pueblo colombiano y por lo tanto de todos nuestros pueblos, tienen mucho que aprender los revolucionarios.

Porque Camilo fue un revolucionario y un patriota íntegro.

Siempre, desde que se lanzó a la lucha revolucionaria supo anteponer a cualquier otro interés de grupo o personal, en cualquier circunstancia que se presentara, el interés del pueblo y la revolución.

Toda su vida como revolucionario es un ejemplo de la compenetración de un dirigente con su pueblo.

Camilo era sacerdote católico y además sociólogo, y desde 1959 se encontraba ligado a la Universidad Nacional, primero como capellán y luego como profesor universitario. Su inquietud de investigador de la

realidad social, lo llevó a ocuparse del análisis de los profundos cambios que en la sociedad colombiana había introducido la Violencia, que desatada por la oligarquía reaccionaria, azotó las zonas campesinas desde 1947.

En el curso de esos estudios entró en contacto con masas de la población, de las zonas más afectadas y a través de ellas empezó a conocer los terribles males que a nuestro pueblo causa la explotación de la oligarquía, las formas que esta explotación toma en las distintas capas sociales, los instrumentos de que la burguesía se vale para ejercerla. Esto lo llevó a comprender la necesidad de realizar cambios radicales, de orden social, económico y político; cambios que debían partir de la iniciativa de la mayoría del pueblo, para lo cual indispensablemente, esta mayoría debía tomar el poder. Estas conclusiones a que había llegado y que comunicaba a sus alumnos, creando una natural agitación dentro del estudiantado ayudándolo a comprender mejor su papel dentro de la sociedad, canalizando su inconformidad, lógicamente no le iban a resultar gratas a la alta jerarquía eclesiástica, ni a la minoría oligárquica usurpadora del poder. Por ello, con el fin de apartarlo de la Universidad y del país le propusieron que marchara a Europa a continuar sus estudios.

Pero en Camilo, la inquietud intelectual ya se había complementado con la convicción revolucionaria.

Rechazó el ofrecimiento, y el 22 de Mayo de 1965 lanzó al pueblo una plataforma de unidad y lo llamó a organizarse en un Frente Unido a luchar por la conquista de objetivos revolucionarios, por la toma del poder. Cuando Camilo se lanza a la lucha política, ya se combate en los campos colombianos. Desde el año anterior los campesinos de Marquetalia se han agrupado en destacamentos guerrilleros como consecuencia de la agresión del ejército.

Por otra parte, el 7 de enero de 1965 ha aparecido en Simacota¹ el Ejército de liberación nacional con una línea revolucionaria clara: desarrollar la lucha armada hasta arrebatarse el poder a la oligarquía. La crisis política permanente del régimen se ha agudizado; el peso de la explotación agobia al pueblo hasta extremos insoportables; la intervención imperialista es cada vez más desfachatada, y existen todas las condiciones económicas, sociales y políticas agravadas que afectan por parejo a los pueblos de todos los países latinoamericanos. Pero a pesar de existir todos estos factores favo-

¹ Pueblo del departamento de Santander donde se produjo la primera acción del ELN. Allí se inició el frente «José A. Galán», dándose a la publicidad las bases programáticas del Movimiento (N. de R.)

rables para el proceso revolucionario, los partidos de izquierda colombianos, no han tomado conciencia de estas posibilidades o no han querido encarar en forma total el problema y el deber de hacer la revolución.

Algunas organizaciones: integradas principalmente por elementos jóvenes, desde años atrás planteaban la lucha armada como único camino revolucionario, pero sin salir del plano teórico, sin adelantar en la práctica nada positivo. Por el contrario desgastando recursos, tiempo y energías en polémicas que se salen del marco de nuestra realidad nacional y que no hacen sino sembrar confusión dentro del pueblo.

Otros partidos revolucionarios, aliados a sectores de izquierda de partidos oficiales, seguían aferrados a los métodos y a las mismas formas de lucha mantenidas durante tantos años y cuya ineficacia para llevar el pueblo al poder está ampliamente comprobada. Para ellos la experiencia histórica de nuestro pueblo parece haber pasado en vano. La lucha electoral seguía siendo el centro de sus actividades políticas, con el beneplácito de la burguesía gobernante y el imperialismo. El pueblo por su parte, mostraba tener mejor visión y más decisión que los dirigentes de los partidos revolucionarios. Así lo había manifestado en las elecciones de 1964, en que hubo una abstención del 64%. Y así lo

seguía manifestando, en la creciente combatividad de las huelgas estudiantiles y obreras y en la respuesta que los campesinos daban con las armas, a la agresión gubernamental.

En contraste con las actitudes indecisas y erróneas de los partidos, el Ejército de Liberación Nacional, sí tenía una posición sustentada por la acción armada revolucionaria.

Camilo entra pues, en la actividad revolucionaria, en un momento en que hay una gran expectación dentro del pueblo; en que las masas se encuentran ante el surgimiento de una nueva concepción de la lucha: la lucha armada.

Camilo se apoya al principio en el sector popular al que está más ligado: los estudiantes. Pero pronto sus tesis y planteamientos rebasan los recintos universitarios y se proyectan hacia las masas de obreros y campesinos de todo el país. En pocos meses recorre gran cantidad de ciudades y poblaciones, dialogando con el pueblo, organizando los comandos del Frente Unido, explicándole claramente las razones de su miseria, señalándole a los verdaderos culpables: la oligarquía y el imperialismo. Indicándole un objetivo concreto: la toma del poder.

Camilo comprende la importancia que para la revolución tiene unir al pueblo, a todos aquellos que es-

tán contra la oligarquía, que ya no creen en sus promesas, puesto que no la apoyan en las elecciones, y que ansían un cambio.

A esta gran masa, que es la mayoría de la población, la mantenía dividida la propia oligarquía con el fin de debilitarla y de crear dentro de ella contradicciones que únicamente favorecían a la propia oligarquía, y hacían imposible la unión popular.

El Frente Unido propicia la unidad sin hacer distinciones partidarias, ni religiosas, ni de otra índole que tiendan a desunir al pueblo.

«Debemos apelar a todo lo que nos une, desechar todo lo que nos separa», decía Camilo, para luego añadir, «no perdamos tiempo en discutir si el alma es inmortal cuando sabemos que el hambre sí es mortal».

Por ello, en el Frente Unido se integraron conservadores y liberales, comunistas y cristianos, obreros, campesinos y estudiantes ya que el enemigo es común: la oligarquía y el imperialismo explotadores.

Nunca antes había existido en Colombia un movimiento que en tan corto tiempo lograra aglutinar tras un objetivo revolucionario capas tan amplias de la población. Dondequiera que iba Camilo, las plazas se llenaban. El Semanario «Frente Unido», bajo su dirección, lleva-

ba hasta el pueblo la orientación y la guía para la lucha. A través de él, a todos los sectores populares, a los cristianos, a los comunistas, a los alineados, a los sindicalistas, a los campesinos, a las mujeres, a los estudiantes, a los desempleados, al Frente Unido, a los presos políticos, envió sus famosos «Mensajes», en que analizaba la situación de cada uno de ellos y el papel que debían desempeñar en la lucha que ya empezaba. Y aun la oligarquía recibió su denuncia de que sería barrida por el pueblo.

Un auge incontenible se apuntaba en la vinculación de las mayorías a la lucha revolucionaria.

La oligarquía que inicialmente se había engañado respecto a Camilo creyéndolo un político común y corriente, del mismo corte de los que ella estaba acostumbrada a sobornar para ponerlos a su servicio, se percató de su error. Cuando vio que el pueblo se movilizaba tras él; cuando comprendió que lo que él planteaba era verdaderamente una revolución y que no tracionaría a su pueblo, empezó a reprimirlo. Valiéndose de la ley de estado de sitio que regía en el país, prohibió sus manifestaciones. Pero ni el pueblo, ni Camilo aceptaron esta disposición y las concentraciones multitudinarias continuaron realizándose. Entonces el régimen utilizó la fuerza pública, persiguió

y encarceló a los revolucionarios, llegando a sufrir este tratamiento el mismo Camilo, que fue retenido y golpeado por la policía en las ciudades de Medellín y Girardot.

Al mismo tiempo la circulación del semanario «Frente Unido», se vio interrumpida por las presiones que desde el mismo gobierno se ejercieron en forma descarada contra la empresa editorial que lo imprimía.

Pero los ataques contra el Frente Unido y contra Camilo no provenían únicamente de la oligarquía.

La dirección de los partidos de oposición y revolucionarios o los cuales el propio Camilo había llamado a integrarse dentro del Frente Unido empezaron a manifestar su descontento con algunos de sus planteamientos, descontento que fue aumentando progresivamente a medida que se acercaban las elecciones para cambio de gobierno, hasta llegar a separarse del Frente Unido, la mayoría de esos partidos.

Pero esas divergencias no se suscitaron dentro del plano de la identidad revolucionaria. Por el contrario, las posiciones de esas directivas eran francamente entreguistas y su vinculación al Frente Unido totalmente oportunista. Lo que sucedió en realidad fue que también ellos se equivocaron al apreciar lo que representaba Camilo.

Cuando vieron que las masas se iban tras él, que el pueblo se aglutinaba alrededor de sus planteamientos revolucionarios, temieron por su caudal de votos y pensaron que una buena manera de aumentar el número de votantes por sus listas, era apoyar a Camilo y capitalizar el Frente Unido para su propio provecho.

Pero cuando se percataron de que él no iría a las elecciones, de que no iba a propiciar la división del pueblo, al lanzarse como candidato a unas elecciones de antemano preparadas por la oligarquía para garantizar el triunfo de sus representantes; de que él no le iba a hacer el juego a la oligarquía, entonces se unieron, en forma más o menos velada, al coro de los denuestos y acusaciones que la oligarquía había montado contra Camilo. Mientras estos partidos llamaban demagógicamente al pueblo a votar, Camilo le exponía explícitamente su pensamiento respecto a las elecciones.

Él, desde un principio, estaba consciente de que la oligarquía no entregaría pacíficamente el poder a las mayorías. De que el pueblo tendría que arrebatarlo por medio de las armas. Esta convicción, no era fruto de un juicio apresurado, sino que la motivaba su conocimiento profundo de la realidad nacional y de las experiencias vi-

vidas por nuestro pueblo a través de largos años de lucha.

En los días 6 y 7 de julio de 1965, se realizó el primer contacto entre Camilo y la dirección del ELN, y de esa histórica entrevista salieron una serie de acuerdos y de análisis de la situación nacional que impulsarían notoriamente la lucha revolucionaria. Había ya una extraordinaria identidad entre el pensamiento de Camilo y los principios del ELN. Había unidad de propósitos surgió la unidad de métodos.

El mismo desarrollo de los acontecimientos, originado por la creciente agitación popular que Camilo había despertado, le sirvió para ir explicándole al pueblo de manera inmejorable, los cambios que las nuevas condiciones iban exigiendo, en su concepción de la lucha revolucionaria. Así, cuando el régimen empezó a reprimir las concentraciones públicas, advirtió al pueblo en su mensaje «Por que no voy a las elecciones», que la oligarquía nunca entregaría el poder bajo la única presión de la voluntad popular. Luego, en el mensaje, «A los no alineados», lo alertó para que se percatara del arma fundamental que había usado la oligarquía para frustrar sus luchas: la violencia reaccionaria. Los llamó a prevenirse adecuadamente para contrarrestar el arma oligárquica, y en el caso de que ésta llegara a ase-

sinarlo, prepararse para seguir consignas precisas: «la primera es la de replegarse al campo y no librar la batalla en la ciudad. La segunda, es la de no ejercer nunca acción ofensiva mientras no haya una organización rural capaz de mantenerla».

Cuando la oligarquía acentuó sus medidas represivas, empleando la fuerza pública contra el pueblo, señaló aún más precisamente cuál sería el escenario de la lucha, en el «Mensaje a los campesinos» en que dice: «Nuestros campesinos ya saben a qué atenerse. Ya saben para que se tienen que preparar. Ellos no se lanzan a una aventura pero no rehuyen la lucha. Ya la oligarquía, con el estado de sitio, ha sacado al pueblo de las plazas públicas. Ya lo persigue con ametralladoras en recintos cerrados, como en Medellín. Cuando nos haga la vida imposible en la ciudad, tenemos que ir al campo. Y del campo no podremos botarnos al mar. Allí tendremos que resistir».

Y en el «Mensaje a los presos políticos», descubre nuevamente el carácter de la violencia reaccionaria y la actitud que los revolucionarios deben tener ante su acentuamiento: «La oligarquía tiene una doble moral, de la cual se vale por ejemplo, para condenar la violencia revolucionaria mientras ella asesina y

encarcela a los defensores y representante de la clase popular. Es la misma doble moral que tienen los Estados Unidos, que mientras hablan de paz, están bombardeando al Viet Nam y desembarcando en Santo Domingo. Por eso se entienden tan bien. Pero como nosotros sabemos que a todo el pueblo no lo van a poder encarcelar, ni los campesinos armados y organizados se van a dejar echar al mar, no nos asustamos de la represión que realicen contra nosotros. Yo ya he dicho que es un deber de los revolucionarios no dejarse asesinar. Que si nos persiguen en las ciudades nos iremos a los campos, donde estaremos en igualdad de condiciones con los enviados de la oligarquía.»

Así tomando argumentos de la misma práctica, de un proceso que se estaba desarrollando ante los ojos del pueblo, que éste lo sentía en carne propia, que no dejaba lugar para engaños, Camilo expone en forma incontestable los principios de la estrategia que el pueblo colombiano debe seguir para llegar hasta la toma del poder, y que en su esencia son los mismos que el ELN había expuesto en el «Manifiesto de Simacota», una de cuyas partes dice: «Pero nuestro pueblo que ha sentido sobre sus espaldas el látigo de la explotación, de la miseria, de la violencia reaccionaria, se levanta y está en pie de lucha. La

lucha revolucionaria es el único camino de todo el pueblo para derrocar el actual gobierno de engaño y de miseria».

Las perspectivas que ELN había abierto en Simacota, para la lucha revolucionaria, se ampliaban ahora al ser llevadas por Camilo hasta las masas, al canalizar el descontento de las grandes mayorías hacia esas nuevas formas de lucha.

Esta era la tarea que se había propuesto. La agitación que durante varios meses había despertado, la claridad ganada por el pueblo sobre la comprensión del proceso revolucionario, fructificarían indudablemente en un aumento considerable de la conciencia revolucionaria.

Ahora su puesto estaba en las filas del ejército popular. Puesto que él había dicho que el pueblo tenía que tomar el poder, que la oligarquía no estaba dispuesta a entregarlo voluntariamente y que por el contrario desataba la violencia, lógicamente, un revolucionario honesto no tenía más que un camino por tomar. Y en Camilo se reunían todas esas cualidades necesarias que hacen que los verdaderos dirigentes revolucionarios se coloquen al frente de sus pueblos. El valor, la honestidad, la convicción, la incondicional lealtad a la causa popular, que lo llevaba siempre a entregarse a la lucha por la revolución, hasta las últimas consecuencias, eran cua-

lidades que se encontraban en él en un grado máximo. En octubre de 1965 las guerrillas del Ejército de Liberación Nacional recibieron a Camilo en su seno.

El 7 de enero de 1966, al cumplirse un año del surgimiento del ELN, desde las montañas en la «PROCLAMA A LOS COLOMBIANOS» explica los motivos y el alcance de la decisión que ha tomado: «Ahora el pueblo ya no creará nunca más. El pueblo no cree en las elecciones. El pueblo sabe que las vías legales están agotadas. El pueblo sabe que no queda sino la vía armada.»

«Todo revolucionario sincero tiene que reconocer la vía armada como la única que queda. Sin embargo el pueblo espera que los jefes con su ejemplo y con su presencia, den la voz de combate.» «Yo me he incorporado a la lucha armada. Desde las montañas colombianas pienso seguir la lucha con las armas en la mano, hasta conquistar el poder para el pueblo. Me he incorporado al Ejército de Liberación Nacional porque en él encontré los mismos ideales del Frente Unido...»

Camilo guerrillero adquiere características trascendentales.

Nunca antes, la unión de un dirigente con su pueblo había llegado a una expresión tan elevada, hasta el punto de soportar junto a él todas las penurias de la ruda vida en las montañas, todos los peligros

de la difícil vida guerrillera y combatir a su lado dispuesto a vencer o morir.

Si la oligarquía había temido a Camilo, cuando desde una tribuna hablaba al pueblo para incitarlo a luchar, más iba a temer ahora, a un Camilo que en la montaña, con las armas empuñadas se convertía en ejemplo y guía poderoso de la nueva epopeya independentista iniciada por nuestro pueblo.

Todo lo que Camilo había enseñado al pueblo, en sus discursos, en sus mensajes, ganaba ahora la trascendencia y profundidad que dan los hechos. Sus ideas, ratificadas por la práctica, adquirían la fuerza de una consigna aprendida y comprendida por el pueblo, en el propio ejemplo de su gran dirigente.

La incorporación de Camilo a la guerrilla fue un golpe poderoso, contra todas las barreras colocadas por la oligarquía y sus lacayos para impedir la unidad popular en torno a la lucha armada.

La división entre liberales y conservadores dejaba de ser un obstáculo. Camilo y el ELN llaman al pueblo a luchar, sin distinciones partidarias, llevando esta acción a la práctica en la misma conformación de los destacamentos guerrilleros, compuestos por campesinos liberales y conservadores y en el apoyo que tiene la guerrilla indistintamente, en zonas que han sido tradicio-

nalmente liberales o conservadores. El mito de que la revolución es anticristiana lo destruye Camilo con sus tesis y su militancia. Ya en el «Mensaje a los cristianos» había expresado: «... la revolución no sólo es permitida si no obligatoria para los cristianos que vean en ella la única manera eficaz y amplia de realizar el amor para todos.»

Y él conciente del deber que como sacerdote tenía para con sus hermanos, optó por la manera más eficaz de liberarlos de sus opresores.

Para los indecisos, para los que temen luchar sin reservas por la revolución, para los que no tienen suficiente valor moral para sacrificarse por el pueblo, la actitud de Camilo era un «apresuramiento», casi un «aventurismo.» Por lo demás, estas posiciones y esta manera de catalogar las actitudes revolucionarias era de esperarse de esta clase de «revolucionarios,» pues con esos mismos términos se habían referido ya, para calificar a aquellos que sí se habían decidido a hacer la revolución, y lo estaban demostrando en la práctica.

Unos meses después que Camilo se unió a los destacamentos guerrilleros, el 15 de Febrero de 1966, en un sitio del Departamento de Santander llamado Patio de Cemento, cayó abatido por la fusilería enemiga, en un combate entre

fuerzas del ELN y unidades antiguerrilleras.

Camilo al morir, combatiendo contra el enemigo, rubrica con su sangre todo su pensamiento; reafirma en forma indeleble sus tesis revolucionarias, señala para el pueblo un camino claro, inconfundible. Su muerte causó un profundo dolor dentro del pueblo, pero este hecho desgraciado no lo desconcertó. El pueblo por el cual Camilo luchó hasta llegar a dar su propia vida, está en pie de lucha, y ya no logrará hacerlo retroceder nada ni nadie.

Luego de su muerte muchos son los que han pretendido aprovecharse de su pensamiento, de su influencia dentro del pueblo, para sustentar posiciones completamente contrarias a las mantenidas por Camilo.

Pero todas estas falsificaciones, todas estas patrañas serán desmascaradas por la historia. El pensamiento de Camilo no se lo podrá robar nadie a su legítimo dueño: el pueblo y los combatientes revolucionarios que siguiendo su ejemplo, enfrentan hoy su rebeldía y su fusil contra el enemigo.

A los claudicantes, a los vacilantes, a los falsificadores de ideas, cabría decirles lo que expresaba Camilo al referirse a los dirigentes traidores a la clase obrera: «La clase obrera, como el pueblo colombiano,

ha sido superior a muchos de sus dirigentes. Cuando la clase obrera se unifique por la base hará la presión necesaria para que los dirigentes que no quieren la unión y no quieren la revolución sean arrojados a la orilla por el pueblo colombiano que como un torrente se ha desencadenado en busca de la toma del poder».

Los verdaderos revolucionarios no se desanimaron ante la muerte de su dirigente. Por el contrario, han intensificado su lucha. Nuevos frentes guerrilleros nacen para responder a su muerte.

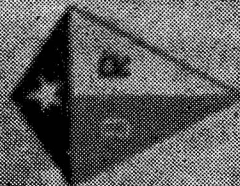
En América Latina el pensamiento de Camilo se refleja y cobra fuer-

za en la lucha guerrillera que se libra en Guatemala, Bolivia, Colombia y Venezuela, así como en la lucha de todos nuestros pueblos.

La patria colombiana y latinoamericana, perdió uno de sus mejores hijos, pero queda su semilla, que fructifica en combates victoriosos, en el avance incontenible de la lucha revolucionaria. Otros surgirán para seguir su ejemplo, y su grito de combate encontrará eco en miles de patriotas dispuestos a hacer realidad su consigna: «Por la toma del poder para la clase popular hasta la muerte».

Junio de 1967.

BONO DE LA LIBERTAD



La definitiva es la acción del
pueblo la que será decisiva para
alcanzar el triunfo.

F. A. Bolívar.

DIRECTORIO REVOLUCIONARIO



El futuro del movimiento independentista portorriqueño

MANUEL MALDONADO-DENIS

¿Ha habido un declinar del movimiento independentista puertorriqueño? Si hemos de tomar como índice a la fortaleza electoral de un partido político, la pregunta debe ser contestada en la afirmativa. La segunda debacle corrida del Partido Independentista Puertorriqueño (PIP) en las elecciones de 1964 demuestran en forma palpable el debilitamiento progresivo de un sector político-partidista que, dentro del contexto de la política puertorriqueña de este siglo, jamás había experimentado un declinar tan abrupto y tan patente. Al fallar en su intento de permanecer como partido político legalmente constituido en las elecciones de 1960 y de 1964, el PIP ha planteado de manera urgente para todos los que defienden la independencia como solución al status político de Puerto Rico la utilidad práctica, es decir, en los términos concretos de las realidades del poder político, de la vía electoral como medio para la obtención de la independencia de Puerto Rico. El Movimiento Pro Independencia (MPI), un desprendimiento del PIP, ha planteado el problema desde la perspectiva de la no participación en elecciones coloniales. Los grupos que se aglutinan alrededor del Partido Nacionalista, de otra parte, continúan aferrados a la tesis de Albizu Campos en torno a la inevitabilidad de la violencia como único medio para

lograr la liberación. El ensayo a continuación es escrito desde la perspectiva de un independentista puertorriqueño y constituye un intento de realizar una crítica y una auto-crítica de las causas por las cuales el independentismo puertorriqueño parece, no digo que lo esté realmente, estar declinando en cuanto fuerza política activa en el acontecer político puertorriqueño.

Naturalmente que la disminución notable de la fuerza electoral del PIP a partir de 1952 (año en que obtuvo 125,000 votos) puede servir como índice para que pueda hablarse del «declinar» a que he hecho alusión. Y así ha sido utilizado por los enemigos de la independencia tanto en Puerto Rico como en el exterior. Después de todo, podía partirse del supuesto de que el sistema electoral es el único sistema que el pueblo puertorriqueño considera legítimo (si hablamos en términos sociológicos) en cuanto medio para obtener el poder público, y de que la «cultura política» de Puerto Rico es contraria a cualquier otro medio para obtener el poder público. Por ende —podría argumentarse— una disminución en la fuerza electoral del PIP es una disminución del arraigo del sentimiento independentista entre las masas puertorriqueñas. El argumento, partiendo de los supuestos antes dichos, parece convincente. No obstante, habría que explorar más a fondo cuál ha sido la causa de este declinar en la fuerza electoral del PIP y de la aparente dificultad que confronta el MPI en cuanto a su desconexión con las masas populares. ¿Es que el pueblo puertorriqueño le ha dado de veras, y con visos definitivos, su espalda a la independencia como solución final y definitiva para el «status» político de Puerto Rico?

Tomemos otro índice que podría servir como una respuesta afirmativa para nuestra pregunta: a ningún observador medianamente perspicaz se le escapa el hecho de que sectores considerables de nuestra población son indiferentes, si no francamente hostiles, al sentimiento de la independencia. Contrario a países como Venezuela o México, no existe en Puerto Rico una auténtica burguesía nacional y nacionalista, que perciba sus intereses en forma antagonica a los intereses de la burguesía financiera e industrial de la metrópoli. Salvo raras excepciones —Ferré con el cemento, Valdés con la cerveza, García Méndez con las centrales azucareras—, en Puerto Rico la burguesía es esencialmente una burguesía parasitaria de la del Norte, cuyas principales actividades económicas se lleva a cabo en sectores no productivos —desde el punto de vista del desarrollo económico— de la economía. La verdadera raíz del capital financiero e industrial que opera en Puerto Rico no debe buscarse aquí, sino en los grandes consorcios que

operan en Washington y Nueva York. De la burguesía puertorriqueña puede decirse lo que dice Frantz Fanon respecto a la burguesía de los países coloniales: «La burguesía nacional va a complacerse, sin complejos y muy digna, con el papel de agente de negocios de la burguesía occidental. Ese papel lucrativo, esa función de pequeño gananciero, esa ausencia de ambición simbolizan la incapacidad de la burguesía nacional para cumplir su papel histórico de burguesía. El aspecto dinámico y de adelantado, el aspecto de inventor y descubridor de mundos que se encuentra en toda burguesía colonial está aquí lamentablemente ausente. En el seno de la burguesía colonial de los países coloniales domina el espíritu de disfrute.» (Frantz Fanon: *Los condenados de la tierra*, México: Fondo de Cultura Económica, 1963, pág. 140). De ahí que su referencia tenga que ser siempre a la metrópoli que, protegiendo primero sus intereses, protege de paso los de sus dependientes y aliados. En Puerto Rico la alta burguesía concibe una identidad de intereses con los intereses de la metrópoli. De hecho cada día se cimientan más los lazos económicos que vinculan al capital financiero e industrial de los Estados Unidos con el de sus homónimos en Puerto Rico. Esta identificación en cuanto a intereses se refleja claramente en la alineación política de la alta burguesía puertorriqueña: esta es abiertamente anexionista o, a lo sumo, del ala anexionista dentro del partido de gobierno. Lo mismo sucede con la burguesía importadora que representa en Puerto Rico a las grandes compañías de productos elaborados y semi-elaborados provenientes del Norte, así como con todo el grupo de los empleados puertorriqueños que sirven en las agencias burocráticas establecidas aquí por el gobierno norteamericano, tales como aduanas, correos, instalaciones militares, etc. A esto añádase un grupo considerable de profesionales (médicos, abogados, ingenieros, contadores, etc.) que participan del auge económico imperante en mayor medida que otros grupos y podrá entenderse mejor el por qué se sienten amenazados, en su sentido más hondo, por cualquier movimiento tendiente a la independencia de los Estados Unidos. Luego considérese el hecho de que son estos grupos los que controlan y tienen acceso a los medios de comunicación más importantes: televisión, radio, prensa, etc., y podrá palpase la importancia de estos sectores como factores ferozmente anti-nacionales y anti-independen-tistas. Porque esencialmente la táctica de estos grupos ha sido la de utilizar el monopolio que, para todo propósito práctico, tienen ellos sobre los medios de comunicación del país, para propagar una serie de mitos y de ficciones que pueden servir como armas contundentes en su lucha anti-indepen-

dentista. Para ellos estos defensores de la anexión a los Estados Unidos cuentan con la anuencia de los grupos que actualmente regentan el poder público en Puerto Rico, grupos que a través del partido de gobierno están comprometidos —cada día más profundamente— con el orden colonial imperante en nuestra isla. (No puede hablarse de medios de comunicación si no se habla, como debe hablarse, del papel preponderante que realizan actualmente, en lo que a la lucha anti-independista se refiere, los numerosos exilados cubanos que hay actualmente en Puerto Rico. Estos tienen un acceso considerable a las agencias de publicidad, revistas, programas de radio y televisión, etc. Se caracterizan por su agresividad y por su postura abiertamente contraria a toda causa que pueda denominarse «progresista» en el mundo. Como tal los exilados cubanos, con raras excepciones, son los aliados naturales de los anexionistas puertorriqueños).

De ahí la situación de dependencia que da origen a esta actitud generalizada, no sólo entre los sectores burgueses y pequeño burgueses, sino aún entre los sectores populares con referencia a la independencia. Por ello, como solución política para el problema colonial de Puerto Rico debe entenderse al sentimiento pro independencia en el contexto de lo que ha logrado en este renglón el Partido Popular Democrático (el partido de Muñoz Marín) durante los 25 años que lleva en el ejercicio del poder público. Si los propulsores de la anexión a los Estados Unidos reaccionan ante la metrópoli mediante un intento de asimilación y de identificación total con ésta, los Populares han sido aún más exitosos en el desarrollo de un sentimiento anti-independista —no ya entre la burguesía, de quien debería esperarse— sino entre los considerables sectores populares (campesinos y obreros) que logró y aun logra atraerse en Puerto Rico. Debe señalarse al respecto que el movimiento obrero puertorriqueño está siendo objeto también de una fuerte penetración por las llamadas «internacionales» obreras norteamericanas. El resultado ha sido un colonialismo sindical que amenaza con deshacer cualquier base independiente que pudiese aún existir dentro del movimiento obrero puertorriqueño. El movimiento obrero puertorriqueño desde la famosa alianza de Iglesias y Samuel Gompers ha estado siempre mediatizado, subordinado a los intereses de la metrópoli. Se ha intentado por todos los medios darle la orientación apolítica que tienen los sindicatos en Norte América: la de obtener mejores salarios y mejores condiciones de trabajo. Actualmente el movimiento obrero puertorriqueño no constituye una fuerza que pueda

contribuir a cambiar el status quo; por el contrario, el movimiento obrero organizado es un socio más del «status quo». Los campesinos, de otra parte, ni siquiera se hallan organizados en agrupaciones que defiendan sus derechos. Mas bien que sujetos del proceso político, son objetos de éste cuando se revive el proceso electoral cada cuatro años. El partido de gobierno los moviliza cuando los necesita, pero éstos no constituyen un grupo de presión organizado que en alguna forma haga peligrar al sistema. En cuanto a esto, el proletariado «Lumpen» que puebla nuestros arrabales ha sido utilizado como instrumento de la lucha política-partidista. Hasta tal punto ha llegado este demagógico juego con el sector más explotado de la población puertorriqueña, que pueden verse sobre las miserables casuchas de «La Perla» banderas representativas del Partido que propugna la anexión. El «Lumpen», cuando quiere protestar, recurre al partido que él considera que podría hacerle mella al PPD. (Como fuerza política este sector no ha sido suficientemente explorado por el movimiento independentista.)

Los Populares, con los intelectuales «liberales» como ideólogos principales, en gran medida parecen haber alcanzado en el término de apenas tres décadas lo que parece haber sido el gran plan maquiavélico de su líder y fundador: destruir la causa independentista que él en una ocasión sustentó, como fuerza política de peso dentro del contexto de la política colonial. Para lograr este fin se incrementó la dependencia económica respecto de los Estados Unidos, se hicieron concesiones formales —nunca sustanciales— al sentimiento nacionalista del pueblo puertorriqueño (bandera, himno, fundación de un Instituto de Cultura Puertorriqueño, etc.) y se pretendió re-escribir la historia para que ésta cuadrara perfectamente con la tesis de la «revolución pacífica» y del «escaparate de la democracia». El resultado de todo ello ha sido el aumento patente de la dependencia económica, la conversión del país en un fortín militar y, lo que es aún más grave —aunque desde luego, íntimamente vinculado a lo anterior— la creación de un sentido de dependencia cultural y psíquica, la creación de una mentalidad colonial entre sectores considerables de nuestra población. El aumento de la dependencia no ha marchado de la mano —como en otros países— con un acrecentamiento del sentimiento de independencia frente a los colonizadores. Por el contrario, los colonizadores parecen haber logrado —al menos en el momento que escribo— que los colonizados racionalicen su propia colonización, que se sientan «felices» como están. Tal parece que en el caso nuestro la ena-

jenación dual que caracteriza a toda situación colonial: la enajenación frente al colonizador y frente a los congéneres colonizados, no ha logrado prender aquí en cuanto conciencia de esa enajenación. El puertorriqueño medio cuando tiene conciencia de su enajenación lo disimula, lo oculta, lo mistifica: realiza el acto que Sartre tan agudamente ha descrito bajo el epígrafe de la «male fe». El resultado es que se enajena aún más, tomando a veces esta enajenación la forma de la total identificación con el objeto que da origen a la enajenación: el poderío norteamericano. Decía Nietzsche que aquel que no es capaz de mandarse a sí mismo sólo le corresponde obedecer. Mediante la creación de una mentalidad consona con este aforismo nietzscheano, la sociedad colonial y sus servidores nativos ha tenido éxito —cómo y en qué medida lo veremos más adelante— en lograr que diferentes grupos de nuestra población —cuyos intereses son antagonicos, como lo son en el caso de la burguesía nativa y del movimiento obrero puertorriqueño— coincidan en esta tónica general de pensamiento: el pueblo puertorriqueño no podría romper sus lazos de dependencia con los Estados Unidos porque esto le confrontaría con la necesidad de mandarse a sí mismo, es decir, de ser libre. Por ende, y no siendo ello posible, no puede hacer otra cosa sino obedecer al poder colonizador.

Porque nadie debe llamarse a engaño: la lucha independentista es contra un poder monolítico, contra un sistema totalitario que lo es en el sentido más cabal del término: un sistema que funciona como un todo y que abarca totalmente la vida colectiva de Puerto Rico. Sólo el análisis a la usanza liberal norteamericana, con su tendencia a analizar la realidad social como un ente que puede ser visto desde una perspectiva parcial y parcializada, puede dejar de ver el carácter de configuración (Gestalt) que tiene al sistema imperialista. Los medios coactivos y los medios de persuasión, la explotación y las «concesiones» económicas, la abdicación del poder político por el gobierno nativo y el ejercicio «benévolo» del poder metropolitano son caras de una misma moneda. El resultado y el fin de esta acción totalizante: el dominio o control absoluto de la vida colectiva de Puerto Rico, es evidente y palpable sólo para aquellos que sentimos más de cerca la mano férrea que a menudo se esconde tras el guante de terciopelo. A la población puertorriqueña toda se le manipula, se le coacciona, se le compra, se le miente, se le diluye su resistencia nacional y se le rompe el espinazo en mil y una formas más o menos sutiles o más o menos desembozadas. Para captar esta realidad se nece-

sita haberla vivido «desde dentro»; su potencia no puede palpase mientras no se cuestiona el sistema «a fondo». De hecho el sistema no se ha sentido lo suficientemente amenazado como para recurrir a la represión de las fuerzas independentistas en forma abierta y decidida: éste considera que tiene todo bajo control en el momento actual. De ahí que pueda permitirse el lujo «liberal» de presentar una «democracia representativa» que funciona —aparentemente sin fricciones— dentro del marco provisto por el propio sistema imperialista. Pero la violencia está ahí: oculta pero no menos presente, y ahí está también la policía secreta que escruta minuciosamente la vida personal de todo independentista. Dado este marco, no es de extrañarse que muchas gentes —temiendo no sólo por su tranquilidad personal, sino incluso por los medios para su sustento— huyan de la independencia como de un juego demasiado peligroso. Bajo estas circunstancias el miedo se entroniza como sentimiento y como pasión predominante: el puertorriqueño medio, como el hombre de Rousseau, vive perpetuamente con el temor de verse forzado a ser libre. ¡Magra cosecha del colonialismo arraigado en siglos de dependencia y de sumisión!

I I

Mas no toda la culpa debe recaer sobre el sistema colonial y sus apologistas nativos. El movimiento independentista puertorriqueño ha cometido también errores que le han causado graves daños a la causa que le sirve como guía. A veces tenemos la impresión de que se perdió el momento histórico más propicio para lograr la independencia: la década del treinta. La razón no tiene que ser rebuscada: objetivamente hablando el sistema colonial se hallaba en su momento de crisis mayor: el sistema capitalista había sufrido una importante fisura, el régimen de los gobernadores coloniales norteamericanos no sólo mostraba su mentalidad retrógrada, sino que desataba represiones populares que lograban conmover a vastos sectores de la población puertorriqueña. El sentimiento independentista cobró un gran auge dentro del Partido Unionista, y el Partido Nacionalista, capitaneado por Don Pedro Albizu Campos, dejó su impronta en un grupo de hombres decididos a romper con el orden existente por medio de la violencia. Añádase a esto el sentimiento general de explotación, de dependencia económica frente a los grandes consorcios azucareros absentistas, y podrá lograrse una idea de cuán «maduro» parecía el momento para la independencia de Puerto Rico.

Dos líderes políticos descuellan por sobre los demás en este crucial período histórico: Pedro Albizu Campos y Luis Muñoz Marín. Sus tácticas, sus visiones del mundo, sus trasfondos ideológicos, eran antagónicos en todos sus puntos. En aquel momento ambos parecen defender un mismo ideal: la independencia, pero siguiendo tácticas diferentes: el proceso electoral el uno y la insurrección armada el otro.

Poeta y periodista, hijo del notable líder político Luis Muñoz Rivera, Luis Muñoz Marín escribe artículos en las revistas y periódicos de la metrópoli y de Puerto Rico condenando al colonialismo y la explotación que padece Puerto Rico a manos de los Estados Unidos. Y en el 1930 el Partido Nacionalista elige Presidente de dicha colectividad a un joven abogado y fogoso orador cuya prédica por la independencia de Puerto Rico lleva el sello revolucionario. Frente al independentismo reformista de Muñoz Marín y de otros líderes independentistas de aquel entonces, Pedro Albizu Campos adoptará una postura de intransigencia radical frente al destino de Puerto Rico: su antimperialismo militante abre una nueva página en la historia política de Puerto Rico, historia política que —con la excepción de De Diego en sus últimos años— se había distinguido por la vacilación, la contemporalización y el oportunismo político. Creo que no exagero al afirmar que este período de vital importancia para nuestra vida de pueblo no puede entenderse cabalmente sin analizar la gestión histórica de Muñoz Marín y de Albizu Campos desde una perspectiva histórico-social. Veamos. En el 1932 una coalición compuesta por el Partido Republicano (anexionista) y el Partido Socialista (de igual tendencia) llega al poder en las elecciones celebradas en dicho año. Gobernará hasta 1940. El partido principal de oposición en ese momento lo es el Partido Unionista, partido cuya orientación manifiesta es esencialmente independentista. El Partido Nacionalista, que comparece por primera y única vez a las urnas, no logra elegir un solo representante a las cámaras. Muñoz Marín milita en ese momento dentro del Partido Unionista. Su prédica nacionalista radical se evidencia en su declaración, previa a las elecciones de 1932, en el sentido de que votará por el Partido Unionista y por la candidatura de Albizu Campos. Pero hasta ahí llega Muñoz Marín en su prédica independentista. Mientras Albizu Campos se lanza a la lucha frontal contra el sistema colonial imperante, Muñoz Marín se acomoda a la vía reformista dentro del orden existente. A partir de 1932 los campos quedarán claramente deslindados: Muñoz Marín se moverá cada día más hacia una solución meliorista, abandonando a partir de 1938 su ideario independentista y

limitándose a abogar por un mejoramiento de las condiciones económicas mientras ponía la cuestión de la condición política de Puerto Rico «entre paréntesis», mientras que Albizu Campos emprenderá el camino insurreccionario que conducirá a su encarcelamiento en 1936, encarcelamiento que al transcurrir del tiempo se extendería por más de treinta años.

En gran medida el éxito que corona los esfuerzos de Muñoz Marín mediante el triunfo de su criatura: el Partido Popular Democrático (PPD) en las elecciones de 1940 debe entenderse a la luz de lo que le antecede. En primer lugar está el hecho de que Muñoz Marín —a pesar de que su partido se hallaba en la oposición en la legislatura colonial— mantenía estrechos vínculos con la administración de Roosevelt en Washington. Su influencia respecto a algunos programas de ayuda del gobierno federal norteamericano, dirigido especialmente a los grupos más indigentes de la población puertorriqueña, fue de hecho decisiva. Basta leer el libro del Dr. Thomas Mathews *Puerto Rican Politics and the New Deal* para percatarse de este hecho. Muñoz Marín tenía acceso directo a la Casa Blanca y su trasfondo «liberal» durante sus años mozos en Greenwich Village fue de gran ayuda para él. Añádase a todo esto el inmenso caudal de popularidad que su prédica le granjeó entre los campesinos y obreros, sobre todo cuando ésta se basaba sobre la tesis de que la independencia vendría tan pronto como Puerto Rico resolviese sus problemas económicos más urgentes.

Albizu Campos, de otra parte, recalca el elemento político por sobre el económico en su intento de destruir la prédica confusionista que posponía la solución de nuestra situación colonial basándose en que ésta debía estar subordinada a la solución de nuestros más urgentes problemas económicos. Guiados por un nacionalismo romántico los Nacionalistas puertorriqueños que siguen a Albizu Campos descuidan el proceso lento y trabajoso de organizar las masas populares. De otra parte el liderato de Albizu Campos —dado su extraordinario magnetismo personal y su inclinación hacia el autoritarismo— es esencialmente de tipo unipersonal. El imperio se mueve rápidamente contra él y sus principales seguidores. De hecho su prédica iba ganando demasiados adeptos y ya se estaba convirtiendo en un símbolo de la resistencia sin dobleces al sistema colonial imperante. Varios actos de violencia perpetrados por los Nacionalistas alrededor del 1935 convierten a Albizu Campos en un individuo demasiado peligroso para el imperialismo norteamericano. Mientras la mano «liberal» de Roosevelt se extiende para mostrar a Muñoz Marín el camino expedito

hacia el poder, se cierra como se había cerrado con Sandino y Albizu Campos —conjuntamente con todo el alto liderato del Partido Nacionalista— va a dar a la cárcel de Atlanta, condenados por «conspirar para derrocar el gobierno norteamericano por la fuerza y la violencia». En 1938 —dos años antes de tomar el poder su partido, y mientras Albizu Campos languidece en una prisión federal— Muñoz Marín anunciará al pueblo puertorriqueño que la condición política o «status» del pueblo puertorriqueño no estará en discusión en las elecciones de 1940. Con el visto bueno de la metrópoli llega al poder el Partido Popular Democrático bajo el lema de Pan, Tierra y Libertad, donde Libertad quería decir —para la mayor parte de los que siguieron a Muñoz Marín— independencia.

(En sus primeros momentos, el PPD parece haber logrado la síntesis entre las demandas de reivindicaciones sociales y la lucha por la independencia. Pero dicha síntesis no durará mucho. A partir de 1944 el propio Muñoz Marín se encargará de deshacerla.) Fue, en efecto, toda una generación de hombres creyentes en la independencia los que siguieron a Muñoz Marín —y que persistieron con él luego de su «volte face» en la cuestión de la independencia. Sin embargo, tan pronto como Muñoz declara definitivamente que «no vamos hacia la independencia» se desprende un grupo del PPD y forma el Partido Independentista Puertorriqueño (PIP) en 1946. (Un año más tarde Don Pedro Albizu Campos regresará a Puerto Rico luego de haber extinguido su condena de 10 años de presidio en los Estados Unidos). En las elecciones de 1948 el PIP obtuvo 60,000 votos y dobló esta cantidad en el 1952. El independentismo parecía haber llegado con ello a una cúspide que —según demostraría la experiencia histórica— no volvería a escalar jamás. Albizu, mientras tanto, se reafirma en su tesis insurreccional. En el 1950 se realiza la Revolución Nacionalista en el centro de la isla y se hace un atentado contra Muñoz Marín. Este moviliza la policía y la guardia nacional y, sin suspender las garantías constitucionales en la teoría, pero actuando cónsono con la suspensión de ellas en la práctica, controla la situación. Los nacionalistas vuelven a la carga en 1954 y tirotean al Congreso norteamericano y a Blair House. Albizu es hecho preso nuevamente. El PIP, sin embargo, logra aumentar su fuerza electoral a pesar de los actos nacionalistas.¹ Así las cosas comienza el

¹ Creemos que no debería ser contrapuesta la actividad movilizadora de los combatientes nacionalistas, que llega a producir el alzamiento armado de Jayuya (1950), con tan grandes aumentos en las votaciones populares por el independentismo; al menos sin sustanciar aquella opinión (N. de R.)

descenso en su fuerza electoral: 80,000 en 1956, 26,000 en 1960, 23,000 en 1964. ¿A qué puede atribuirse la debacle?

Puede señalarse hacia innumerables hipótesis. Entre otras cabe señalar el dilema que confronta todo partido político que es, al mismo tiempo, un partido que lucha por la independencia de un país dentro del marco que le ofrece el sistema metropolitano. Existe siempre el peligro de que pierda de vista su fin primordial: la independencia, y que se circunscriba en forma demasiado patente a participar dentro de un cerco que le obliga a aceptar las «reglas del juego» de quienes tienen el poder. Una observación que se escucha con frecuencia entre los independentistas es que el PIP realizó demasiado bien su papel de segundo partido o de «oposición leal» y descuidó su labor proselitista con las masas populares —para alborozo del partido de gobierno, que siempre se llevaba el crédito por la legislación destinada a éstas y disfrutaba del trabajo minucioso y preciso del «expertise» en redacción legislativa dentro del PIP. Y es que el sistema parlamentario siempre ha tenido esta cualidad: crea un sentido de caballerosidad y de camaradería aún entre los partidos aparentemente más antagónicos que fuerza a los partidos de minoría a acatar el marco de las «reglas del juego». Además está decir que estas «reglas» a menudo sirven como raseros que se usan para medir con la ventaja para el que tiene el poder de que sólo a él le es dable usar dos raseros; uno para los suyos, y otro para los demás. Estos son hechos comprobados de la política de poder. Dudo mucho que el PIP pudiese escapar de su aplicación práctica. De cualquier modo, el sistema parlamentario ubicado dentro de un marco colonial pone a los partidos de minoría radicalmente comprometidos a cambiar el «status quo» en una situación paradójica: su participación dentro del marco ofrecido puede usarse —como se ha usado— para indicar que si no ganan es porque no pueden, pues han tenido la misma oportunidad que los demás; no obstante, no usar el marco establecido podría significar un rechazo de plano al sistema —en cuyo caso parece no haber otro recurso sino la fuerza... Habiendo descartado esta última alternativa, el PIP ha tenido que desenvolverse dentro de los filis cortantes del dilema ya apuntado. El resultado es conocido por todos.

Pero hay algo más: el rezago ideológico del PIP frente a los cambios operados en la isla durante los últimos veinte y pico de años. Veamos. Los sucesos acaecidos en Puerto Rico después del advenimiento del PPD al poder en 1940 podrían resumirse así: el desarrollo económico de una sociedad agraria a una industrial se ha llevado a cabo dentro del marco

restrictivo que ha ofrecido el capitalismo norteamericano. Los cambios operados han transformado al país de uno con una población predominantemente agraria a uno con una población preponderantemente urbana. Con el predominio del poderío económico (financiero industrial y comercial) proveniente de la metrópoli, así como con la estrechez de los lazos de dependencia en materia de ayuda económica norteamericana, se ha ido cimentando un gigantesco aparato (en inglés «Establishment») que ha promovido la creación de una visión del mundo (Weltanschauung) de la realidad puertorriqueña cuyo modelo o arquetipo es una mimesis de la visión del mundo de la clase media norteamericana. Por ende los valores que predominan en la sociedad puertorriqueña actualmente son los característicos de una sociedad asentada sobre una economía capitalista de invernadero: el éxito personal medido a base del ingreso monetario; la comercialización de los principales aspectos de la vida (incluso de los más «privados»); la competencia como norte de la vida colectiva; apego al «status quo» como postura política. Dentro de este contexto el papel de los sectores populares es siempre el mismo: se le ofrece el señuelo de «arribar a la clase media» —siempre, desde luego, dentro del marco ofrecido por el sistema. Se ha buscado crear la mentalidad del consumidor dentro del sistema capitalista, aun entre los grupos más indigentes, a través de la persistente propaganda comercial y de la supuesta facilidad en la concesión de crédito. El fin es obvio: incorporar también a las masas dentro del sistema, darles la ilusión de que también ellos son «socios» del progreso. Todo esto dentro de un contexto económico que está muy lejos de haber logrado la abolición de la pobreza. (En San Juan nada más hay 75,000 familias viviendo en la extrema pobreza dentro de arrabales insalubres). Se sabe que existe el descontento entre vastos sectores populares (campesinos y obreros), entre algunos sectores de la clase media que se auto-denominan «puertorriqueñistas», entre estudiantes, artistas e intelectuales. No obstante, el PIP no ha podido llegar a los grupos o sectores populares. Por el contrario, su mayor fuerza radica entre elementos pequeño burgueses y entre los intelectuales. Puede decirse sin exagerar que el PIP «no ha llegado» a las masas. Su reclamo —frente a las poderosas maquinarias electorales del PPD y del PER, respaldadas ambas por poderosos sectores de la metrópoli— se ha reducido tanto que ni siquiera puede decirse que sea considerado como una alternativa para la protesta entre los sectores menos privilegiados de nuestra población. Parece imperar entre estos la creencia de que dar un voto al PIP es equivalente a «botar su

voto», por eso votan, paradójicamente, por el partido más contrario a sus propios intereses, el partido que representa a los grandes intereses capitalistas y que ha sido una fuerza tradicionalmente antipopular: el Partido Estadista Republicano.

Parece pues, que el PIP «nada tiene que ofrecer» aun para los que, objetivamente, «nada tienen que perder» con un cambio.

En gran medida el problema debe visualizarse desde la perspectiva del atractivo de un partido que propone cambios radicales al sistema colonial pero dentro del marco mismo provisto por la colonia. Para un pueblo con mentalidad colonial como el nuestro es difícil rebatir la aseveración: «Pero si estamos bien como estamos» cuando se intenta aludir al sentido que puedan tener para nuestro interlocutor términos como «la patria», «la libertad», «la soberanía». Para el hombre medio puertorriqueño, educado en un sistema donde la palabra «nación» es tabú, las palabras mencionadas suenan huecas, románticas, arcaicas. El sector independentista es, en ese respecto, quizás demasiado «latinoamericano» en sus enfoques, dado el caso de que al puertorriqueño medio se le ha hecho todo lo posible por castrarle su «latinoamericanidad». Pero es «latinoamericano», particularmente en el caso del PIP, precisamente dentro del contexto de esa tradición romántica imperante en nuestros países y que Alejo Carpentier ha denominado el «nuestramericanismo». (El extremo opuesto a esta postura lo representa el MPI con su postura de hispanoamericanismo radical, quizás demasiado «avanto-garde» para una sociedad tan rezagada ideológicamente como la nuestra). Lo cierto es que el programa del PIP no ha sido revisado desde el 1956, que sus enfoques a la realidad puertorriqueña —me refiero primordialmente al viejo liderato— datan de mucho antes que esta fecha, y que éste no ha logrado crear un sistema de organización local y regional que se mantenga en contacto con el pueblo en forma permanente. Un pueblo que carece de una clara conciencia histórica y nacionalista, sólo entiende un lenguaje en el campo de la política: el lenguaje de los intereses concretos. Todo término abstracto concebido en términos de ideologías decimonónicas está necesariamente abocado a resbalarle por encima sin hacerle mella. El PIP, además de que ha tenido que competir dentro del marco provisto por la metrópoli —marco donde sí el PIP no gana es porque no puede, dada la preponderancia de los partidos que reciben el respaldo económico y político de los Estados Unidos— continúa aferrado en enfoques e ideologías que no responden a las realidades cambiantes de nuestro tiempo y de nuestro país. Ello le presenta disyun-

tivas muy serias al Partido Independentista. ¿Debe continuar compareciendo a elecciones dentro de un marco donde no va a obtener nunca una mayoría de los votos, o debe radicalizarse mediante la adopción de nuevos enfoques que le permitan alcanzar un mayor apoyo popular, renunciando por el momento a la participación electoral? Creo que la pregunta debe contestarse en la afirmativa al referirnos a su segunda parte y en la negativa en cuanto a la primera. Pero este es un dilema que han confrontado todos los movimientos libertadores en su lucha por la independencia. La contestación no es fácil ni puede darse festinadamente. Se requiere la más amplia discusión en todos los niveles del movimiento independentista, pues de esta decisión dependerá la suerte de la independencia de Puerto Rico. La división al respecto es otro factor que debilita aun más las aparentemente exangües fuerzas pro-independencia. Pero sería un error dar por sentado que el «declinar» del movimiento independentista es un hecho irreversible, que se ha llegado a un punto donde no puede volverse atrás a su florecimiento en la década del treinta. Varios factores podrían señalarse en contra de esta hipótesis.

I I I

Hemos hablado en repetidas ocasiones del «aparente» declinar del movimiento independentista. Y hemos usado la palabra «aparente» de manera indistinta en sus dos acepciones: «aparente» como algo evidente, como algo patente para todos y «aparento» en el sentido de la superficial, de lo ilusorio, de lo engañoso. Tal vez el juego de palabras sirva para ilustrar las dos caras de una misma moneda, toda vez que todo fenómeno político debe vislumbrarse desde diversos ángulos de forma tal que podamos obtener una visión más completa, más total del fenómeno que nos preocupa. Como hemos intentado señalar anteriormente, un movimiento como el independentista —así como el sentimiento que le anima— no es algo que surja por generación espontánea, sino que es el resultado, la cristalización, —en términos políticos— de los problemas, conflictos y situaciones que, vistas desde las perspectivas de las fuerzas económicas y sociales que le sirven como trasfondo en un determinado momento histórico, determinan en gran medida el desarrollo y evolución del movimiento. Por ende no puede concebirse al movimiento independentista en forma objetiva si no se estudian las fuerzas, tanto internacionales como nacionales, que configuran la realidad puertorriqueña y que proveen el marco dentro del cual deberá darse la lucha por la independencia.

Hasta ahora hemos pretendido señalar los factores que consideramos como negativos para el ideal de independencia. Procede ahora considerar los que estimamos positivos, es decir, favorables a la independencia de Puerto Rico.

Tomemos antes que nada la situación internacional. No cabe duda de que la Revolución cubana ha sido un acontecimiento cuyas repercusiones para la política puertorriqueña son indudables. Este acontecimiento, unido a la lucha anticolonial y antimperialista que se libra en todo el mundo, ha atacado la raíz de los males de los países proletarios del mundo: el subdesarrollo y la dependencia económica. En el campo internacional la nueva constelación de fuerzas se ilustra en la composición de la ONU y la importancia que dentro de ella tienen los antiguos países coloniales. Pero esta lucha ha tenido el efecto simultáneo de recrudecer la reacción y la contrarrevolución como fuerzas capitaneadas hoy por los Estados Unidos. Los efectos de la lucha internacional dirigida hacia la liquidación definitiva del colonialismo deben por ende entenderse dialécticamente como una lucha entre fuerzas e intereses antagónicos e irreconciliables. Puerto Rico, cuya relación de dependencia casi absoluta y asaz directa de los Estados Unidos le somete necesariamente a los efectos penetrantes de una gran potencia contrarrevolucionaria, se halla en la situación de que mientras más amenazada se siente la nación norteamericana en el campo internacional más pretenderá aferrarse a lo que ya tiene. Así es y será con Puerto Rico. Sólo así se explica el relativo encapsulamiento de Puerto Rico con referencia particularmente a Latinoamérica; el hermetismo que sella nuestro mundo y que nos circunscribe dentro del ámbito de un compartimiento que nos hace mirar en una sola dirección. Nada hay de accidental ni de fortuito en ello: todo responde a un designio racional de la potencia que nos regenta imperialmente. No obstante, esa atmósfera de relativo hermetismo no puede sostenerse indefinidamente sin promover un ambiente restrictivo y sin crear una resistencia hacia sus consecuencias: la pompa de jabón se rompe ante la crítica implacable. Un sistema debilitado en todos los frentes, cuando se ve amenazado no tiene otro recurso sino la fuerza. Pero ello sólo ocurre, para usar la famosa frase de Marx, cuando «la fuerza de las ideas cede el paso a la idea de la fuerza». En Puerto Rico no hemos llegado aún a esa etapa. En ese respecto —y una lectura del libro de Frantz Fanon, *Los Condenados de la Tierra*, confirma lo que he esbozado hasta aquí— Puerto Rico se halla en una situación rezagada con respecto a los demás países coloniales. De hecho y, aun ana-

lizando la situación internacional con una lupa favorable para el movimiento independentista, nos movemos en un círculo vicioso: no puede haber independencia si no hay conciencia revolucionaria, y no puede haber conciencia revolucionaria si no se crean las condiciones para el advenimiento de la independencia. El pueblo puertorriqueño —ayudado por una situación internacional favorable— tendría que romper con el círculo vicioso para que pudiese resurgir el movimiento independentista como única respuesta a la crisis del sistema colonial y neocolonial. Porque un sistema como el aludido, envuelto en sus propias contradicciones, se mueve de acuerdo a la lógica que le dicta su propia situación de sistema acosado: permitirá la disidencia, el debate, sólo cuando no se sienta verdaderamente amenazado, sólo cuando sus intereses económicos y militares no se hallen en peligro. Cuando esto suceda no vacilará —como lo demuestra el caso de la República Dominicana— en utilizar la fuerza de la manera más desembozada.

En nuestra isla los colonizadores no han podido —por más que han tratado— erradicar totalmente de nuestro medio al movimiento independentista. Pues aquí también hay una lógica de la situación. Tómese, por ejemplo, la presión constante por que se «liberalice» la actual situación política de Puerto Rico de tal forma que pueda «culminarse» el Estado Libre Asociado. La experiencia demuestra que el pueblo puertorriqueño —aun dentro del marco de la colonia— ha ido pidiendo cada vez más libertad a la metrópoli. Y la metrópoli se ha encontrado con el problema de que si abre una pequeña apertura puede amenazar con resquebrajar el sistema todo. Por eso detiene, pospone, contemporiza —pero no cambia. Sin embargo, la historia no se queda quieta y el pueblo portorriqueño demanda cada vez con más vehemencia la solución definitiva de su «status» político.

¿Qué cursos se hallan abiertos al gobierno de Washington? Conceder algunas «mejoras» a la actual relación de «libre asociación»; anexionar a Puerto Rico como estado de la unión norteamericana; concederle la independencia a la isla. La experiencia hasta el momento parece indicar que habrán de agotar todas las posibilidades contenidas en la primera alternativa —si es que la ONU y la situación nacional así se lo permiten.

Pero, no importa cuán «culminado» queda el actual «status» político, será siempre transitorio e inaceptable para los defensores de las otras alternativas políticas. Eso lo saben el gobierno de los Estados Unidos y sus servidores en Puerto Rico.

Está entonces la posibilidad de la estadidad federada. Nada agrada más a los Estados Unidos —y la historia de la anexión de Hawaii y Alaska confirman esta aseveración hasta la saciedad— que anexar a Puerto Rico como estado de la unión norteamericana. Pero esto significaría, indudablemente, que la inmensa mayoría del pueblo puertorriqueño tendría que favorecer la estadidad federada. Y, como paso previo a este acto, todo sentido de resistencia nacional tendría que quedar disuelto —sería necesario un acto previo de asimilación cultural que culminase en una asimilación política. La alternativa no es fácil. Aunque hay señales alarmantes de «norteamericanización», el pueblo puertorriqueño ha resistido tesoneramente todos los intentos de asimilación cultural provenientes de la metrópoli. Además, aparte del veto indudable que una minoría independentista tendría en caso de plantearse la anexión, no cabe duda de que en Puerto Rico existe en este momento —ya que no un fuerte sentimiento pro-independencia— un fuerte sentimiento anti-anexionista. Este fenómeno puede palpase dentro de la ya reconocida ala «independentista» del PPD.

Todo lo cual nos deja con la independencia como última y única solución. El PPD es una coalición de sectores pro-estadistas y pro-independentistas dentro de un partido donde pueden coexistir mientras se pueda continuar con el «Estado Libre Asociado» —y se puede cimentar todo esto con la enorme influencia de Luis Muñoz Marín. Cabe la especulación en cuanto a lo que acontecerá si el «Estado Libre Asociado» no «culmina» en una relación más «liberal» entre los Estados Unidos y la isla, o si Muñoz Marín muere sin que el problema se haya resuelto definitivamente. Nuestra creencia es que cualquiera de estos dos acontecimientos tendría efectos devastadores sobre el partido de gobierno y provocaría una escisión abierta entre los que —confrontados escuetamente con sólo dos alternativas al «status»— estarían en pro de la independencia o de la estadidad. De ahí que la fuerza del movimiento independentista no puede juzgarse —en el momento actual— a base de la fuerza relativa que tuvo el PIP en los comicios recientes. Hay, a juicio nuestro, muchos más favorecedores de la independencia de Puerto Rico que los que hoy abogan abiertamente en pro del ideal.

Dicha fuerza —aunque hoy luzca aparentemente exangüe— podría llegar a ser una fuerza de gran peso en un futuro no muy lejano, dependiendo de las circunstancias históricas y de las condiciones socio-económicas que le sirvan como trasfondo. Una cosa sí emerge claramente del análisis que hemos intentado hacer: la lucha independentista es una lucha favorecida

por el desarrollo histórico y retenida por los que se oponen al derrotero que toma ese desarrollo histórico. Si el empuje del movimiento independentista puertorriqueño no logra contrarrestar el halón antihistórico de quienes pretenden decir no a la historia, podría muy fácilmente perder su momento y perecer bajo el alud de la anexión total. La lucha independentista es, por ende, una lucha contra el tiempo, una carrera desesperada por detener un proceso de asimilación cultural que ya se halla bastante adelantado. Del resultado de esa carrera habrá de depender el porvenir de Puerto Rico como pueblo hispanoparlante y la existencia misma de los que defendemos la independencia.

I V

Nada de lo dicho hasta aquí debe tomarse como la expresión de un deseo que raya en lo utópico: que la independencia le venga a Puerto Rico «por necesidad histórica» o por mor de una intervención foránea cuyo origen puede ser Africa, Latinoamérica, Asia, o la ONU. Como dijo Marx en una ocasión, los hombres hacen la historia, pero dentro de ciertas y determinadas condiciones que le son dadas. Ya hemos visto qué condiciones le han sido «dadas» dentro del devenir histórico al movimiento independentista puertorriqueño. Falta ahora por ver en qué forma puede éste encauzar el desarrollo histórico de tal forma que pueda realizarse plenamente el anhelo de liberación nacional, o de lo contrario quedar rezagado para siempre en un mundo donde la historia —tribunal implacable— condena a quienes no han sabido o no han podido interpretar correctamente los perfiles de sus derroteros.

Ya se ha visto de qué manera existe en Puerto Rico un control directo de nuestros asuntos por la potencia que nos regentea imperialmente. Este es el marco, la situación histórica dentro de la cual se tiene que llevar a cabo actualmente nuestro devenir histórico. Dentro de este marco profundamente restrictivo —pero a la vez con unos visos de apertura al cambio que al hurgarlos resultan ilusorios— es que tiene que desenvolverse la lucha independentista. Estimo que la situación puertorriqueña en este momento histórico es tal que todo partido político que propugne la independencia por vías electorales le será extremadamente difícil —sino imposible—, obtener sus objetivos por ese medio. La realidad es que la competencia de un partido independentista debilitado, desorganizado y disgregado dentro de un contexto donde no puede competir ventajosamente sólo sirve a los

intereses de la metrópoli y de sus defensores nativos para «probar» que la independencia está muerta como movimiento en Puerto Rico. Al menos eso parece indicar la experiencia histórica y sociológica en este momento. Lo cierto es que dentro de una campaña electoral donde un partido independentista no es —no puede ser— un partido más que, aceptando la legitimidad del sistema colonial, le diga al electorado «nosotros lo haremos mejor sin alterar el sistema» su apelativo a las masas forzosamente resulta en extremo limitado. Porque, después de todo, el hombre medio siempre pensará que no puede jugarse un albur a algo incierto: la independencia, por algo que ya tiene. Y, sin embargo, todo partido independentista que no pretenda ser un partido colonial más tendrá que anteponer la independencia a la solución de los problemas inmediatos del hombre medio o, de lo contrario, aceptar la legitimidad del sistema y decirle a éste: «yo ofrezco más». El dilema no ha podido ser resuelto por el PIP como partido que ha decidido participar en la contienda electoral. Ya hemos aludido a los resultados de esa política. No obstante, hay quienes todavía se obstinan en la creencia de que «ganaremos las elecciones» o de que «obtendremos una minoría considerable». Estimo que con un sistema viciado en su raíz como es el sistema colonial resulta romántica esta postura: no creo que en el caso particular de Puerto Rico la lucha por la independencia debe tomar el camino accidentado y lleno de peligros que le ofrece el sistema para indefectiblemente caer en su trampa. Será necesario explorar otros caminos...

En Puerto Rico el sistema imperialista muestra su verdadera faz monolítica, impermeable. Puerto Rico —como la antítesis de Viet Nam— parece ser la respuesta al sueño norteamericano de un país perfectamente «pacificado».

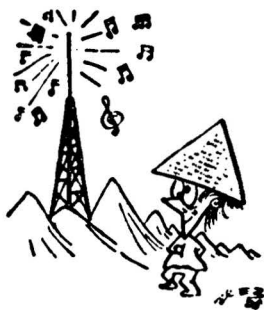
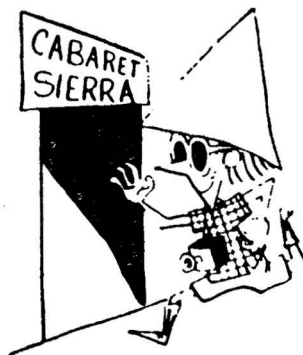
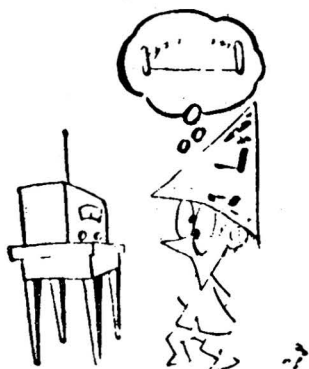
La nueva lucha independentista, iniciada por el Movimiento Pro Independencia (MPI) ante la debacle del PIP en las elecciones de 1960 y 1964, es la más eficaz respuesta del pueblo puertorriqueño al reto de la «pacificación». Aunque operando bajo las condiciones más adversas posibles, el MPI ha logrado crear un movimiento vigoroso y bien organizado, que plantea la solución del problema puertorriqueño desde una perspectiva radical. Los independentistas son la única fuerza que se rebela contra el imperialismo norteamericano en Puerto Rico. La independencia de la isla es la única esperanza que queda para el pueblo puertorriqueño si es que éste no quiere ser absorbido totalmente por la penetración del imperialismo norteamericano, en connivencia con sus sirvientes nativos.

La abstención electoral fue la alternativa propuesta por el MPI en las elecciones de 1964. Es debatible el éxito de esta táctica de lucha. En cuanto a la violencia contra el colonizador —medio primordial para el logro de la independencia en otros países coloniales— las escasas posibilidades de éxito parecen condenar a cualquier brote esporádico de violencia a la esterilidad. ¿Cuál ha de ser, pues, el curso a seguir por el movimiento independentista puertorriqueño, si todas las alternativas parecen igualmente prohibitivas?

Creo que la respuesta radica en la creación de un movimiento independentista unificado y unido en cuanto a estrategia y tácticas, imbuido por una mística que guíe su labor, y comprometido con un proceso riguroso de organización y de disciplina en todos los niveles de la lucha. Además este movimiento —no este partido— deberá extender su ámbito hasta llegar a los vastos sectores populares —los que «nada tienen que perder»— sin los cuales nunca podrá lograrse una verdadera independencia. Ello requiere una ideología que esté «a la altura de los tiempos», nuevos enfoques de la realidad puertorriqueña y una negativa rotunda a «colaborar» —excepto en aquellas cosas que manifiestamente ayuden al movimiento independentista— con el régimen colonial. Deben ensayarse asimismo acciones que conlleven la «resistencia pasiva» al régimen, tales como las utilizadas por los negros en los Estados Unidos. Una rigurosa disciplina debe servir como base a este esfuerzo, así como una organización que responda eficazmente y sin vacilaciones a las necesidades del movimiento.

Un movimiento unificado y bien estructurado puede constituir un grupo de presión de vital importancia dentro del marco del sistema, sin necesidad de comprometerse con éste. Sería indispensable la labor de proselitización entre todos aquellos grupos obreros, campesinos, pequeños comerciantes, estudiantes, intelectuales, cuyos intereses no coinciden en forma directa con los intereses de los que pretenden perpetuar el sistema colonial. En otras palabras, lo que se propone es un movimiento independentista unificado y radical que apele a los sectores populares dentro de nuestra población y que sea capaz de crear una conciencia de la explotación y la de la subordinación a que son sometidos por los intereses económicos, políticos y militares de la metrópoli. Apelar a los sectores cuyos intereses están determinados por la metrópoli sería vano empeño —y una pérdida de tiempo. Actualmente el movimiento independentista puertorriqueño debe tratar por todos los medios de unificarse y de organizarse rigurosamente. Una vez obtenido esto debe apelar primordialmente a los que «nada tie-

nen que perder». El camino de la liberación no puede ser trillado sin la participación de los vastos sectores populares que conocen mejor que nadie —porque lo sienten en su propia carne—, a las entrañas del monstruo. Pero esto no será labor de días ni horas, sino de muchos días y muchas horas. Y termino ya este artículo con una cita de Fanon que viene al caso: «El hombre colonizado que escribe para su pueblo, cuando utiliza el pasado debe hacerlo con la intención de abrir el futuro, de invitar a la acción, de fundar la esperanza. Pero para asegurar la esperanza, para darle densidad, hay que participar en la acción, comprometerse en cuerpo y alma en la lucha nacional.» O, como dice él en otra parte de su libro: «El intelectual colonizado que quiere hacer una obra auténtica debe saber que la verdad nacional es primero que la realidad nacional». Esperamos que la verdad pueda ser en el mañana nuestra realidad nacional.



— PERU: —

entrevista a dos guerrilleros

A partir de mayo de 1962, en el Perú, han tenido lugar varios movimientos armados auspiciados por distintas organizaciones: ELN, la IV Internacional (trotskista), el MIR, el movimiento encabezado por Hugo Blanco. Sistemáticamente la represión gubernamental fue dispersando los distintos grupos guerrilleros, asesinando a sus máximos dirigentes —Luis de la Puente, Guillermo Lobatón, Vallejo, Mayta— o encarcelándolos —Héctor Béjar, Ricardo Gadea, Hugo Blanco— golpeando así fuertemente los intentos revolucionarios en Perú.

Errores de distinto tipo concurren; empleo de tácticas erróneas en unos casos, en otros, concepciones estratégicas equivocadas, lo cual fue ampliamente utilizado por los detractores de la revolución latinoamericana, en su afán de demostrar la imposibilidad del empleo de la vía armada como la única posible para la toma del poder.

Después de la aparente destrucción del movimiento revolucionario peruano, escasas noticias han llegado al resto de América Latina sobre el proceso revolucionario posterior en este país. Recientemente, un enviado especial de la revista chilena «Punto Final» entrevistó al máximo dirigente de la organización clandestina del MIR, con ese objetivo.

Atendiéndose a las normas de seguridad que exige la situación actual de la lucha en el Perú, no se mencionan ni el nombre ni el seudónimo del dirigente revolucionario. También incluimos una entrevista a Héctor Béjar, máximo dirigente del Ejército de liberación nacional.

I

PREGUNTA 1. Después de las noticias de la derrota militar de los frentes guerrilleros del centro y sur del país, de las informaciones en cuanto a la muerte de Luis de la Puente y la desaparición de Guillermo Lobatón, del cese aparente de toda operación guerrillera en el

Perú desde hace meses, y de las jactancias del Gobierno y de las Fuerzas armadas de haber pacificado totalmente el país, se ha dicho, por un lado, que el MIR ya no existía como organización política y que sólo existían restos dispersos de desorganizados militantes, sin perspectivas real alguna, y por otro, que con todo esto se habría cerrado por muchos años la posibilidad de reiniciar la lucha revolucionaria, entrando ésta en un franco período de evidente retroceso a todo nivel. ¿A su juicio, son efectivas estas aseveraciones?

RESPUESTA. En primer lugar es necesario establecer con absoluta claridad que la revolución es un proceso, esto es, un fenómeno complicado y accidentado que se desarrolla en medio de altas y bajas, flujos y reflujos, avances y retrocesos. El término «derrota» no es el más justo, nosotros preferimos llamarlo «revés». Y ese es el término que utilizamos en nuestras «conclusiones» de la Asamblea nacional del CC realizado por nuestro movimiento en octubre del año pasado. En esta ocasión, hemos reconocido que los golpes sufridos por nuestra organización han sido fuertes, pero esto no detiene, ni mucho menos, el desarrollo del proceso revolucionario. Por el contrario, la lucha armada ha probado palmariamente que se

puede luchar y vencer al enemigo, aun con los medios precarios de que hemos dispuesto. Baste decirle que la guerra con el Ecuador causó al ejército peruano menos bajas que la campaña guerrillera. Por otra parte, la lucha guerrillera ha esclarecido plenamente a las masas populares y a muchos sectores de izquierda revolucionaria, que la lucha armada es el camino por el que pasa la Revolución peruana. A esto hay que sumar, que se ha desnudado totalmente la incapacidad de la burguesía media peruana para llevar adelante la transformación del país, esto es, la liquidación del mal llamado subdesarrollo. En consecuencia, desde el punto de vista político, las tesis del MIR, lo mismo que nuestro Movimiento, han calado profundamente en la conciencia del pueblo. Y esto es positivo. Desde el punto de vista estrictamente guerrillero, nuestra experiencia se ha enriquecido notablemente. Ahora sí podemos decir que conocemos algo —naturalmente mucho más que cualquier otro sector revolucionario en el Perú— de guerrillas y lucha armada.

Por otra parte, aunque nuestro Movimiento ha perdido dirigentes nacionales, dirigentes medios, y militantes de extraordinario valor y decisión, no ha sido aniquilado ni mucho menos. Esto nos muestra, también, el desarrollo de nuestra orga-

nización. Pero al margen de todo esto, que es objetivo, hay un hecho sustancial: no se aniquilan las ideas, las concepciones que hacen de situaciones históricas determinadas una línea general revolucionaria justa. Y ésta prevalece en medio de todas las vicisitudes que se pueda experimentar en el curso de la lucha. Así, pues, si tenemos una línea revolucionaria justa, una organización que se forja en la acción, prestigio nacional e internacional. ¿Qué es lo que ha sido aniquilado?

En toda esta etapa hemos procedido a la reestructuración de nuestra organización, al análisis, sistematización y asimilación de las experiencias adquiridas. Fruto de ello son nuestro Informe general y las Conclusiones alcanzadas. Al mismo tiempo nos hemos trazado la estrategia y táctica a seguir en esta etapa, lo que se está cumpliendo ya a nivel nacional.

Naturalmente, son muchos los que están interesados en dar por aniquilado o inerte al MIR. Es fácil precisar quiénes son: 1) el imperalismo y la oligarquía. En ellos es natural; 2) quienes creen que es posible la conciliación de explotadores con explotados en el plano nacional e internacional. Esta especie es más difícil de determinar; unos esconden su planteamiento volviendo a viejos y trillados caminos que el pueblo, las masas explotadas, repudian; otros

envuelven esta misma nuez, en una ^afarfallea de teorías confusionistas, porque, a veces, posar de izquierdismo sin comprometer nada es conveniente; otros lo hacen con un honesto y sincero deseo de esclarecerse y esclarecer, pero olvidan lo esencial de todo pensamiento marxista: que no hay teoría revolucionaria sin práctica revolucionaria; hay otros sectores que lo proclaman porque no han superado las limitaciones del espíritu de grupo, las banderías pequeñas e intrascendentes. No perciben, o si lo perciben no lo hacen práctico, que la Revolución peruana no es un asunto exclusivo del MIR, sino del Perú, de sus clases explotadas, de todos los revolucionarios. Esta pequeñez de miras los lleva a regocijarse, secretamente unas veces, públicamente otras de la supuesta aniquilación del MIR. Lo que deberían hacer —si fuera cierto eso— es contribuir a reestructurar una avanzada revolucionaria como la nuestra que ha probado ser digna de conducir la Revolución. Felizmente, otro es el concepto de los más decididos y firmes sectores revolucionarios.

Pero a nosotros nada de esto nos extraña. Ya en varias oportunidades han dado por muerto al MIR. Para no ir muy lejos, en 1964 se decía que Luis de la Puente estaba en París, cuando en realidad estaba en las montañas; otros dijeron que en

el MIR no había tareas importantes y que no entendíamos la praxis de la revolución contemporánea. Naturalmente, nosotros callábamos porque nos interesaba más que pasarnos la vida desmintiendo infundios —que los cree quien quiere creerlos—, trabajar ardua, menuda, diariamente, con los campesinos, con los obreros, con los estudiantes revolucionarios decididos a convertir en acción los lineamientos teóricos. Por eso decimos, con toda la responsabilidad dirigente que nos compete, que están total y definitivamente equivocados si creen que el MIR ha sido aniquilado, que son sólo un grupo disperso, etc., etc. Y creo que tenemos alguna autoridad como para que se nos escuche.

Respecto a la última parte de la fundamentación de su pregunta, bastará decirle que no se cierran nunca las posibilidades de reiniciar la lucha armada mientras permanezcan las condiciones de las que ella surge. Esto es, tendría que dejar de ser el Perú lo que es. Y como esto no ha sucedido, ni es posible que suceda sin acción revolucionaria, todas las posibilidades de reiniciar la lucha están abiertas. Y por último, nuestra organización se desarrolla potente y firmemente.

PREGUNTA 2. El fracaso de las guerrillas impulsadas por el MIR ha sacudido a la izquierda revolu-

cionaria latinoamericana y los análisis de las causas de dicha derrota defieren según los objetivos políticos de quienes lo hacen. Para algunos esto no es más que una prueba histórica más, de lo errado de una política revolucionaria insurreccional latinoamericana, como vía para la conquista del poder, acusándola de «Infantilismo de izquierda», «heroica», pero básicamente equivocada; para otros revolucionarios que aceptan la lucha armada y que entran en un análisis más serio y profundo, las causas de la derrota estriban en que en el Perú no existían condiciones suficientes en el momento en que se inició la insurrección, que el MIR no era un Partido suficientemente fuerte y sólido a nivel nacional, no teniendo así la influencia necesaria en los sectores urbanos y especialmente en los sectores obreros; se descuidó el trabajo político entre las masas campesinas, ante las cuales la lucha armada habría aparecido como un injerto artificial y no como el producto natural de su propio desarrollo político revolucionario; básicamente habría existido una mala caracterización del país; sería confuso también el carácter de la revolución; y por último, errores de tipo táctico-militar como el de crear prematuramente bases estables de poca movilidad en un período en que en realidad correspondía lo contrario, impuesto esto por la correla-

ción táctica de fuerzas desfavorables a las guerrillas, etc. Sería de interés conocer el análisis que ustedes hacen de su propia experiencia y ver hasta dónde las anteriores críticas son válidas.

RESPUESTA: Dejando de lado a quienes consideran que «no vale la pena agitarle la cola al perro porque muerde», ya que de hecho han renunciado a la ardua tarea de la revolución y emplearán unos pretextos hoy y mañana otros; hay quienes afirman de palabra la revolución, la lucha armada, pero no se atreven a ponerla en práctica porque, en países como el nuestro, no se han abandonado determinadas categorías del pensamiento revolucionario —prefiero llamarlos así y no esquemas— que emanan de una concepción estática, mecánica y no dialéctica del proceso revolucionario. Nosotros concebimos la revolución como un proceso, como una realidad dialéctica. En la historia, las cosas no se dan hechas, acabadas, y menos aún las revoluciones se dan prefabricadas. La revolución, en síntesis, no es un «debe y haber» contable de condiciones objetivas y subjetivas de cuyo balance resulta si es posible o no hacer la revolución. Si aceptamos esto, las tesis nuestras son válidas, y son válidas no porque así lo queramos, sino porque esa es la naturaleza de las co-

sas. Luis de la Puente, señaló con mucha claridad el papel que juega la lucha armada como elemento desencadenante del proceso revolucionario, dadas las condiciones objetivas, que nadie en el Perú puede atreverse a decir que no están, no digo maduras, sino archimaduras; asimismo, señaló que las condiciones subjetivas que no se habían desarrollado suficientemente se irían creando en el proceso de la lucha. Toda la dirección del MIR conocía las propias limitaciones en lo que respecta a desarrollo partidario, control de masas, etc., etc., pero, ¿podíamos seguir ese camino sin hacer concesiones a la legalidad burguesa, sin entrar en el juego de ésta? No, hay un límite de desarrollo en el que un partido o movimiento revolucionario o renuncia a la revolución y sigue el viejo camino, o sacrifica algunas tareas y sigue el rumbo de la revolución. No olvidemos que vivimos en un mundo en que el neocolonialismo —que tiene la experiencia de Cuba, China, Viet Nam, Argelia, etc., etc.— penetra, insidiosamente, en todas las formas y por todas las vías posibles a los movimientos y partidos revolucionarios. Romper el círculo vicioso en que encierran los poderes dominantes a las presuntas vanguardias revolucionarias es una necesidad histórica. Y esta ruptura sólo puede hacerse a través de la lucha armada. Al

margen de lo que sucede con las presuntas vanguardias, está lo que hace el sistema con las organizaciones de masas, el ejemplo de las movilizaciones campesinas en el Perú es aleccionante. Simplemente liquida a las direcciones con todos los medios que es capaz de utilizar. Así, pues, conscientemente, se inició la lucha armada sabiendo que a través de ella se aceleraría el desarrollo de las condiciones subjetivas que faltaban.

Y la experiencia nuestra en ese sentido es positiva. Hemos probado, también, la vulnerabilidad del sistema. Se han cometido errores tácticos, producto de nuestra inexperiencia, pero la revolución no está detenida ni mucho menos. Es un proceso que sigue su marcha.

Nosotros hemos leído casi todas las críticas hechas a nuestro Movimiento y conocemos todos los argumentos —o casi todos— para cantar el «requiescat in pace» de la revolución en el Perú. Nos ha sorprendido que quienes se dicen teóricos y reclaman objetividad en el análisis se hayan atrevido en algunos casos a elucubrar teorías sin una información veraz y precisa. ¿A qué conclusiones teóricas se puede llegar sin conocer los hechos? ¿Es eso teoría verdadera y seria? Nosotros hemos dado en la parte «Experiencia» de nuestras Conclusiones —que le rogamos se publique en su semanario— un breve análisis de nuestra

experiencia al respecto, tanto en el norte, como en el centro y en el sur.

Se hacen muchas especulaciones porque no se conocen nuestros propios análisis, pero era elemental esperar —si se trataba de contribuir al proceso revolucionario— antes de hacer elucubraciones, por nuestra palabra.

Por lo demás, hay quien afirma que en la historia de las revoluciones verdaderas ha habido graves reveses, mayores que el nuestro, y finalmente han triunfado. Les podemos decir que precisamente la revolución no es una brillante carga de «Los Lanceros de Bengala», con «happy and» y todo. Es una tarea histórica difícil, larga, ardua. Que se nutre de contrastes y éxitos. De experiencias positivas y negativas. China, Viet Nam, Corea, Cuba, Argelia, enseñan cómo las revoluciones surgen, se desarrollan y triunfan. Venezuela, Guatemala, Colombia y Perú enseñan cómo las revoluciones empiezan y en medio de altas y bajas, avances y retrocesos, se van afirmando.

PREGUNTA 3. Algunos contraponen el camino seguido por el MIR en el trabajo en el campo al seguido por Hugo Blanco. Al segundo se le atribuye el inicio de las luchas campesinas en el Perú, por medio de un largo trabajo político de agitación y sindicalización campesina que habría llevado a las masas, en la me-

dida de su maduración, a la conquista de la tierra, llegando incluso a la organización de la producción, para —y esto no lo habría hecho Blanco por no haber alcanzado a crear su propio brazo armado— la lucha armada como producto natural de todo el proceso, en la forma de auto-defensa de las masas frente a la represión. El MIR, en cambio, según estas críticas, tiene la política del foquismo guerrillero, esto es la introducción de las guerrillas y de la lucha armada desde el exterior al campesinado, no desde la propia experiencia política de los campesinos mismos, obteniendo así un precario e insuficiente apoyo de la población rural, producto no de un largo trabajo político organizativo en el agro, sino más bien de acciones políticomilitares simpáticas a los campesinos, pero que de modo alguno entregarían un apoyo estable y sólido, imprescindible para el desarrollo exitoso de las guerrillas.

¿Es efectiva esta contradicción MIR-Blanco? ¿Cuál es la forma que utilizó el MIR en su trabajo en el campo y cuál es su actual concepción frente a la citada problemática?

RESPUESTA: Nosotros al igual que Luis de la Puente tenemos el mayor respeto por el líder campesino de la Convención. De la Puente, en octubre de 1962, con el acuerdo

del CC, viajó a Caupimayo a entrevistarse con Hugo Blanco. Nuestras concepciones de la lucha eran diferentes en lo que respecta a cómo iniciar la lucha armada, y la intención de De la Puente era la de complementar la lucha armada con la lucha guerrillera, el movimiento de masas con el brazo armado. En consecuencia, mal podría decirse que había una contradicción irreconciliable entre los dos líderes. La visión del MIR del problema nacional y de conjunto podía haberse complementado con los trabajos de Blanco.

Desgraciadamente, este objetivo no llegó a cristalizarse por razones que no es oportuno señalar, que son ajenas a la voluntad de ambos líderes. Por otra parte, es menester señalar que las etapas de la lucha campesina de Blanco y la lucha armada del MIR no son coincidentes. Hugo Blanco es apresado en 1963, los grupos armados del MIR empiezan a instalarse en el campo un año después. Los métodos son distintos.

Por una parte, nuestros grupos armados, que se instalan sobre la base de trabajos y participación en la lucha campesina y conocimiento del terreno, concretan el proceso aún antes de 1964, a partir de este método. Es el grupo armado organizador y movilizador de las masas y construye el partido a partir de esa estructura, por el método de la propaganda armada secreta. Esta tarea

se extiende por un año largo. El impacto en la masa campesina —especialmente en la más desarrollada políticamente, tanto en el Sur como en el Centro— es extraordinario. Sólo esto puede explicar que dichos grupos pudiesen permanecer en el campo tanto tiempo sin ser detectados por las fuerzas represivas, desarrollando tareas de concientización, organización, creación de condiciones para la lucha, etc. Esto es, contábamos con el apoyo de las masas, pero ya no en forma multitudinaria como expresión de reivindicacionismo inmediato, sino como expresión de una conciencia, precisión de objetivos y convicción de que el camino era la lucha armada. En esto creo que alcanzamos un nivel superior al logrado por Blanco. Es por esto que la represión en las zonas campesinas es tan vasta y brutal. Sólo esto explica por qué la guerrilla de Lobatón se incrementó grandemente con los campesinos de la zona. Esto explica también, cómo es que la guerrilla del Norte logra eludir tres cercos del ejército peruano en operación conjunta con el ejército ecuatoriano. Ya hemos señalado que son errores tácticos los que originan los reveses de nuestra lucha, y no si hubo o no tarea de masas, ni si éstas estaban o no maduras para la lucha armada. Consideramos que en esto radica lo esencial del problema. No basta el apoyo de las

masas para subsistir pero tampoco se puede subsistir sin el apoyo de las masas. Estos son problemas de táctica revolucionaria cuyo análisis por menorizado no estimamos conveniente discutir públicamente.

Pero hay algo más sobre este problema, estoy seguro que no es Blanco, ni quienes son verdaderos revolucionarios, los que sostienen una tesis de contraposición de una y otra táctica. En la actualidad lo que más interesa, es que hay otros intereses que juegan en esta contraposición. De lo que se trata es de impedir la coordinación de quienes pueden hacer un trabajo como el de Blanco —se toma a Blanco como símbolo— y nuestro trabajo, nuestro método, porque, una vez más se trata de impedir la concreción de los objetivos revolucionarios de las diferentes formas de lucha en la unidad superior revolucionaria. Muchos que ayer denostaban a Blanco como «provocador», «trotskista», etc., etc., ahora lo ensalzan, lo elevan, y al mismo tiempo, contraponen sus tesis con las del MIR. ¿Qué es lo que se quiere? Evitar la integración revolucionaria, para tratar de liquidar de uno u otro modo la lucha armada que sostiene el MIR, es decir, impedir la revolución. Y esto es lo que les interesa a quienes hacen de la revolución una moneda de cambio en el mercado burgués e imperialista. Conocemos mucho de estas tácticas

para llamarnos a engaño. También se intenta contraponer la llamada «inmovilidad» del MIR, con la táctica «móvil» del Ejército de Liberación. De lo que se trata, como siempre, es de liquidar todo esfuerzo para integrar la verdadera vanguardia revolucionaria. Para nosotros, en todo esto, no está en juego lo acertado o errado de una u otra táctica, porque la realidad prueba, en el peor de los casos, que una y otra adolecían de déficit y que su complemento es el objetivo a alcanzar si se quiere realmente hacer la revolución. Es por eso que llamamos la atención sobre esto y le decimos a Hugo Blanco o a quienes como él puedan pensar, que no se dejen arrastrar a un juego que arrojará dividendos, si prospera, sólo en beneficio de la reacción, en contra de la revolución. Esta advertencia también es válida para el ELN y Héctor Béjar. Ellos y nosotros, más todos los combatientes honrados de la revolución, sin preeminencias, sin afares hegemónicos, sin convertirnos en estatuas de sal mirando el pasado, tenemos responsabilidades muy grandes respecto a la revolución en el Perú. Si se deponen personalismos, prejuicios, sectarismo —que nosotros deponemos una vez más— la vanguardia revolucionaria tiene un ancho, firme e inmediato porvenir. Ese es su deber y también el nuestro. La revolución no es un juego, ni es un adorno per-

sonal. El título de revolucionario es, antes que todo, una responsabilidad consciente, vigilante, histórica.

PREGUNTA 4. Existen clásicamente dos formas esenciales de formación del Partido revolucionario.

Una es la que considera imprescindible contar con un Partido estable, organizado, de claras concepciones programáticas y de gran influencia y prestigio a nivel nacional y con influencia efectiva en los principales frentes de masas del país, como condición «sine qua non» previa al inicio del «asalto al poder». La otra considera también, un mínimo de organización política a nivel nacional para el inicio de la lucha armada, pero presupone que en el transcurso de la lucha se forma en definitiva el Partido, define su programa, decanta la vanguardia y adquiere la influencia y prestigio nacional necesarios. ¿Cuál de éstas es la concepción del MIR? ¿Es sólo cuestión de la magnitud del Mínimo?

RESPUESTA: Una cosa es el «asalto al poder» que es la etapa final de la lucha revolucionaria, y otra cosa es cómo iniciar la revolución. Para lo primero es imprescindible alcanzar las condiciones que Ud. señala, para lo segundo no son imprescindibles todas esas condiciones. Naturalmente que para esto último, a lo cual me referiré en lo

sucesivo, es necesario contar en primer lugar con una línea o concepción revolucionaria, una estrategia para la toma del poder, un mínimo de prestigio del Movimiento o partido en torno de sus principios y tácticas de dirección. Los mínimos a que siempre hemos hecho referencia son el desarrollo de la organización, el prestigio alcanzado y no, naturalmente a la línea, a la estrategia a seguir, que es completa o no es. La determinación de aquellos mínimos no es posible hacerla como se hace una receta de cocina, sino a base de una evaluación de situaciones históricas, que son dos cosas muy diferentes. Estos varían de país a país y aún en un mismo país a cada momento. Dada la concepción revolucionaria, lo que define la validez, la permanencia de un partido es la correcta interpretación de la realidad de un país y la correcta línea revolucionaria. Sin esto no vale ni siquiera tener un gran partido. Bastaría citar casos como el de Indonesia y Brasil, para probar como sin una correcta línea revolucionaria, un partido ampliamente desarrollado puede sufrir golpes tremendos y aun ser neutralizado en una gran etapa. Con una correcta línea revolucionaria, se puede sufrir contrastes y subsistir, se puede ser pequeño y triunfar. El más definitivo ejemplo, por citar uno

muy cercano por todos los motivos es el caso de Cuba.

PREGUNTA 5. En Latinoamérica, por momentos, se hace aparecer al gobierno de Belaúnde Terry como un gobierno «progresista» y «democrático», se alardea mucho alrededor de medidas como la Reforma Agraria, etc. ¿Esto es sólo producto de la propaganda o debe, a su juicio, hacerse distinguos entre lo que este gobierno representa y los anteriores? ¿Ve el MIR alguna posibilidad de solución a los problemas nacionales, el agrario, por ejemplo, dentro del actual régimen?

RESPUESTA: Por la participación que en el actual régimen tiene un sector de la burguesía media, éste régimen no es exactamente igual a los anteriores en que el dominio de la oligarquía era casi total. Pero por aquello en que ha devenido no existe una mayor diferencia. Por una parte, en su origen, el actual régimen es el resultado de una transición entre la oligarquía tradicional y la burguesía media, promovida por el Pentágono, y el Comando conjunto del ejército. La crisis general que vivió el país en 1962-1963 y que obligó al golpe de estado militar en 1962 que anuló las elecciones de ese año, llevó al poder al grupo militar del Comando conjunto, que se vio constreñido —organi-

zó las elecciones de 1963, previa eliminación policial de la izquierda y liquidación de las movilizaciones campesinas de la Convención— a darle un barniz al viejo sistema, para contentar a la emergente burguesía media. En consecuencia, el sector acaudillado por Belaúnde, con amplios vínculos militares, fue prohi- jado para evitar una agudización de la crisis en las alturas, pero al mismo tiempo se estableció el sistema de la cifra repartidora que permitió darle a los sectores de la burguesía intermediaria monopolista y al latifundismo el control del Parlamen- to. Al mismo tiempo emergió, con el nuevo régimen, como poder del Es- tado reconocido por todos, el poder militar, a tal punto que vulnerando la Constitución no es el Presidente de la República quien elige los mi- nistros militares, sino las propias Fuerzas Armadas. El Ejército, las Fuerzas Armadas, asumen así un papel determinante, decisivo en la vida del país. Este sometimiento del régimen al poder militar se ha con- solidado a causa de las guerrillas.

En el inicio de éstas el Comando conjunto notificó a Belaúnde que debía dejar mano libre a los mili- tares, entregarles todo el poder sin inmiscuirse en las medidas repre- sivas que tomasen, y si no se some- tía, sería depuesto. Así, el régimen de Belaúnde está plenamente some- tido al poder militar y aun el Mi-

nistro de Gobierno prácticamente es un instrumento de la PIP,¹ cuerpo represivo, que tiene carta franca en sus actos de represión. Por versiones muy directas estamos en condiciones de afirmar que el Ministro, capitán de Navío Retalde, y los que lo han seguido, se sentían sobrepasados en autoridad por funcionarios como Javier Campos Monteya, Inspector General Superior de la PIP (equi- valente a General de División). El propio Presidente de la República, en cierto sentido, no viene a ser otra cosa que un Ministro de Fomento y Obras Públicas, de un poder supe- rior a él, el Comando Conjunto, agente del Pentágono, que controla inclusive, las pugnas de los grupos dominantes. Es decir la solución ideal al problema institucional en un país semicolonial dentro de las provisiones del Pentágono.

Belaúnde que al fin y al cabo, por su desligamiento económico de la antigua oligarquía, hizo abrigar ilu- siones a ciertos sectores populares, pronto mostró la imposibilidad, la incapacidad de que la burguesía media a la que representaba signifi- case una solución a los problemas del país. Antes de las guerrillas las masacres de los campesinos alcan- zaron cifras más altas que en el pe- ríodo de Prado. Estos hechos suma- dos a la masacre del Estadio Nacio-

¹ PIP. Policía de investigación peruana (N. de R.)

nal, provocada por las fuerzas represivas del régimen, hecho que no lo afirmamos nosotros, sino que fue la conclusión del juez instructor de la causa, Dr. Castañeda Pilopais—que luego fue obligado a renunciar, al propio tiempo que Belaúnde condecoraba al Ministro responsable Languasco y se ascendía al ajetuctor material de la inenarrable provocación— muestran como el régimen ante la alternativa de ir a las transformaciones prometidas o someterse al imperialismo yanqui y a la oligarquía, optó por el último camino. Y esto no lo afirmamos nosotros. Los propios partidarios de Belaúnde lo sostienen. Basta leer los pronunciamientos de Edgardo Seane, vicepresidente de la Nación y Cornejo Chávez, prominente líder de la Alianza que monopoliza el poder ejecutivo. Naturalmente que si esto es progreso y democracia lo es al estilo Viet Nam del Sur y Belaúnde es simplemente un Nguyen Cao Ky.

Con la insurgencia de las guerrillas, los cuerpos represivos del régimen han llegado a realizar inenarrables e innecesarios actos de crueldad, de masacres masivas sin discriminaciones, contra el campesinado. Los aviadores norteamericanos y los asesores antiguerrilleros han aplicado las más evolucionadas técnicas del genocidio, de la eliminación masiva de campesinos. En lo que respecta

a los prisioneros se ha llegado a límites extremos de salvajismo y de venganza primitiva. Prisioneros inermes o mal heridos han sido lanzados desde helicópteros a las quebradas andinas. Casos de guerrilleros como el de Ricardo Valderrama, joven de 20 años, que fue tomado prisionero en la Convención, trasladado al Cuzco, luego a Arequipa, llevado posteriormente a Lima y ahí vuelto al Cuzco para finalmente ser llevado a la Convención y ametrallado por la espalda en las faldas de Mesa Pelada para hacerlo aparecer como muerto en combate. Tenemos múltiples pruebas de este hecho. Lazo Orrego, combatiente en el centro, fue víctima de atroces torturas de ahorcamiento diferido. La esposa del Comandante guerrillero, Froilán Herrero, embarazada, fue maltratada, llevada desnuda por los caminos, y finalmente conducida a la cárcel donde dio a luz. Hace pocas semanas fue nuevamente apresada.

Máximo Velando, torturado hasta dejarlo inconsciente, fue arrojado—según versiones dignas de fe— a una quebrada andina desde un helicóptero; igual suerte corrieron otros combatientes guerrilleros y campesinos. Paucarcaja, líder de los campesinos de Satipo, apresado, es puesto en libertad y cuando salía de su prisión fue ametrallado por la espalda. Tenemos una lista in-

terminable de hechos que retratan las bestialidad del actual régimen «progresista» y «democrático». Naturalmente la propaganda yanqui es altamente especializada en pintar este tipo de régimen como excelente, la mayor prueba la constituye Brasil, gobierno cuyo origen no puede ser más espúreo. Esto hacen los imperialistas. No tiene justificación que poetas como Pablo Neruda se avengan a hacer el juego a esta farsa nauseabunda. Es que el imperialismo al mismo tiempo que cruel, utiliza muchas sutilezas para engañar y crear imágenes falsas. Pero es deber de todos los hombres libres del mundo denunciar a los cuatro vientos esta realidad.

Todos estos hechos desnudan la imposibilidad que tiene la burguesía media de conducir el proceso de liberación del país. Es por esto que para nosotros con Belaúnde se cierra una etapa del proceso revolucionario del país y se abre otra, la de la revolución proletaria. Las guerrillas del MIR son la avanzada de este proceso.

Sobre la Reforma Agraria. El Perú es un país con 2.000,000 de hectáreas de tierras cultivadas, con un régimen de propiedad de absoluto dominio latifundista, con posibilidades de colonización a muy largo plazo y con costos muy altos de incorporación de nuevas tierras. La Reforma Agraria, en consecuencia, no tiene

porvenir, si no es radical y campesina. El régimen, y nadie lo puede negar, ni siquiera sus defensores, ha hecho muy poco en este terreno.

Está entrampado en sus propias contradicciones. Por otra parte, la situación en el agro es solamente una de las caras del semicolonialismo; la otra es la del peón hambriento, barato, del que se nutren las minas, las haciendas capitalistas y aun la industria en la costa. Hablar de transformación agraria independientemente de la transformación del país no tiene sentido. Para nosotros no hay posibilidad de Reforma agraria sin liberación nacional y no hay liberación nacional sin Reforma agraria. Son términos de una ecuación indisoluble. Si nosotros creyésemos que hay posibilidad de solución dentro de los marcos del sistema no nos plantearíamos el problema de la revolución, de la toma del poder por la vía armada. Nuestras tesis son fruto de una realidad indiscutible, insoslayable. Nadie puede inventar una tesis que no responda a determinantes reales, a hechos históricos. Naturalmente que el régimen hace de la demagogia su arma favorita: expropia una pequeña hacienda en un punto, luego en otro y así sucesivamente. Crea en consecuencia expectativas, pero el problema del país no se resuelve así, porque nuestra situación, como la de otros países latinoamericanos,

es fruto de la explotación imperialista.

PREGUNTA 6. A la luz de su experiencia y posterior análisis, ¿Reiniciará el MIR inmediatamente la lucha armada? ¿Solo lo detienen consideraciones de tipo orgánico o intentará corregir o precisar un camino a base de su experiencia pasada? ¿Cuál es en resumen la estrategia político-militar que actualmente se propone el MIR?

RESPUESTA: A la luz de nuestra experiencia y posterior análisis nos reafirmamos en nuestra línea revolucionaria, esto es, que no hay otra alternativa para nuestro pueblo que la toma del poder por la vía de la violencia revolucionaria, que se opone a la violencia reaccionaria. Esta vía no puede asumir otra forma que la de la lucha armada a partir del campo. Esta concepción fundamental es necesario combinarla con otras formas de lucha del pueblo. Lo importante es que las demás formas de luchas integren, complementen la principal, sin perder nunca de vista qué es lo fundamental. Naturalmente estamos plenamente conscientes de nuestros errores de aplicación y lo que es necesario corregir.

PREGUNTA 7. ¿Cómo caracteriza en general el MIR al Perú? ¿Qué

carácter le da a la revolución peruana? ¿Socialista o democrático burguesa, en cuanto a sus tareas? ¿Acepta el MIR la alianza con sectores de la burguesía?, esto es, ¿reconoce en la burguesía sectores «Nacionalistas», «antimperialistas» y «progresistas»? De ser así, ¿subordinan Uds. su programa y acción a la posibilidad de esta alianza?

RESPUESTA: El Perú, lo hemos definido, es un país semicolonial, con economía capitalista deformada que coexiste con relaciones de producción semifeudales. Todo esto producto de la explotación y dependencia del imperialismo norteamericano.

Creemos que esta definición contiene todos los elementos fundamentales que caracterizan a nuestro país. De ahí surge el carácter y contenido de nuestra revolución: democrática, o sea, antifeudal, nacional, es decir, anticolonial, como expresión de la necesidad de nuestra liberación política del dominio de Estados Unidos, antimperialista, es decir, contra la penetración económica del monopolismo norteamericano y sus aliados o socios, la gran burguesía intermediaria monopolista nacional que nos explota económicamente y de lo que resulta nuestro sometimiento político, y popular, porque la revolución será obra fundamentalmente del proletariado y del cam-

pesinado con el apoyo y la alianza de otros sectores explotados del país y con conciencia revolucionaria. Todos ellos pueden llegar a constituir una alianza o frente único, cuya hegemonía debe estar en manos del proletariado, que se expresa a través de su vanguardia revolucionaria.

Este contenido de nuestra revolución lleva necesariamente a tareas fundamentales como son la liquidación del latifundio de la gran burguesía intermediaria monopolista y de las empresas imperialistas. La realización de estas tareas significa echar de hecho las bases para el desarrollo socialista. El 80% de la economía del país pasaría a manos del Estado Revolucionario. Esto significa que puede haber sectores de la burguesía media que en los hechos se definen nacionalistas, antimperialistas, patrióticos, que en determinado momento de la lucha, del proceso revolucionario, pueden colaborar, apoyar a éste. Nosotros no los rechazamos, tampoco les ocultamos el destino de la revolución. De ningún modo los intereses de la burguesía media que se alíe a la revolución, que no excluya su aporte al progreso y liberación nacional, condicionarán el programa revolucionario. El mundo va al socialismo con mayor o menor velocidad, pero este es el destino histórico mundial. La velocidad del tránsito es un problema histórico concreto y no abstracto. Lo

esencial, lo fundamental, es que el enemigo fundamental de todos los pueblos es el imperialismo norteamericano y esto, tal vez, lo alcanzan a comprender los sectores de la burguesía media que llegan a determinado grado de independencia económica.

Creemos que plantear disyuntivamente la alternativa «socialismo» o «revolución nacional popular», en abstracto, es absurdo. Las tesis revolucionarias surgen de la realidad propia de cada país, del análisis concreto de su situación. Para nuestro país es válida la tesis que señalamos, para otros países puede que sea válida la otra tesis, pero esto es problema de las vanguardias de cada país. Lo que sí es importante es que la vanguardia sea proletaria —no en las palabras sino en los hechos— con estilo de trabajo proletario, conciencia proletaria, esta vanguardia sólo puede forjarse en la lucha. Esto es lo decisivo, esto es lo que determina el rumbo de la revolución, es decir, qué clase tiene el poder.

PREGUNTA 8. ¿Cómo entiende el MIR la continentalidad de la revolución?

RESPUESTA: La continentalidad o mundialidad de la revolución, si vale la expresión, nace de su contenido proletario. Aunque sus determinaciones son profundamente na-

cionales, es decir, expresan plenamente la exigencia de la realidad concreta de cada país, el proceso de nuestra revolución en todas sus etapas forma parte del proceso continental y mundial revolucionario, porque éstas son las determinantes históricas de nuestro tiempo y de nuestra situación en el continente. Este continentalismo de la revolución tiene que ser activo, positivo, vigente y no simplemente una palabra. En esto seremos absolutamente fieles ahora y mañana. Sabemos perfectamente el valor que tiene la revolución en cualquier país de América Latina para liquidar el dominio del imperialismo, para liquidar el fantasma de la guerra, para que el socialismo alcance su plenitud. Dentro de este orden de ideas, naturalmente que somos absolutamente solidarios con la Revolución cubana, con Fidel Castro, con Viet Nam, con Corea, con China; reconocemos la importancia en este proceso, de la URSS, patria originaria del socialismo y de Lenin. El socialismo camina en el mundo como sistema mundial, a pesar de todas las contrariedades, de todos los retro-

cesos, de las vicisitudes. Todo esto obliga a señalar que el imperialismo es el poder más nefasto para el desarrollo de los pueblos y que estamos ante la apertura de una nueva etapa de la humanidad.

Nos adherimos sin reservas al internacionalismo proletario, sin condiciones, mejor dicho, con una condición, que sea realmente internacionalista y proletario.

Por lo demás, el enemigo imperialista tiene también una concepción internacional perfectamente entabada y perfectamente clara. Nosotros hemos percibido cómo la unidad reaccionaria, antipopular, funciona a pesar de todo. Es el caso de la represión contra la guerrilla del Norte: el ejército ecuatoriano, penetró en territorio peruano con la anuencia del mando militar peruano para contribuir a aplastar la guerrilla. En esta lucha se disolvieron las diferencias que existen entre los reaccionarios de uno y otro país.

Frente a este internacionalismo nosotros debemos oponer nuestro internacionalismo revolucionario. No hay otra alternativa.

I I

Héctor Béjar expone sus concepciones de lucha.

PREGUNTA 1. La importancia de la experiencia guerrillera recién

realizada en el Perú, sobrepasa los límites nacionales, siendo el análisis de sus supuestas derrotas motivo de frecuente polémica en Chile. ¿Considera Ud. una derrota la experien-

cia revolucionaria que la izquierda peruana ha sufrido recientemente? Si es así: ¿qué carácter le daría usted: táctica o estrategia?

RESPUESTA: Lo peor que puede hacer un revolucionario es mentir al pueblo. Es cierto que las guerrillas peruanas sufrieron duros contrastes.¹ Considero que, en 1965 y a comienzos de 1966, perdimos a nuestros mejores cuadros dirigentes, a los compañeros más sacrificados y capaces. Pero lo importante no es saber si los perdimos o no, sino analizar por qué los perdimos.

Por supuesto que los contrastes de 1965 constituyen sólo una derrota táctica, y ni siquiera eso. No es la táctica guerrillera la que ha sido derrotada. Son los errores cometidos, los métodos que se apartaban de la táctica guerrillera. Es decir, que nos derrotaron porque no fuimos guerrilleros eficientes en toda la extensión de la palabra.

PREGUNTA 2. ¿Cuáles serían a su juicio las más relevantes enseñanzas adquiridas y cuáles los errores cometidos?

Hay una gran enseñanza que se desprende de todo esto: no sobrestimar las propias fuerzas, no pensar que vamos a tomar el poder para mañana. No pretender obtener en el papel una fuerza que en realidad

aún no poseemos. No revelar al enemigo lo que estamos haciendo antes de que sea necesario. Todo ello se puede resumir en lo siguiente: no supimos aplicar eficientemente los métodos guerrilleros. Sobró ingenuidad y faltó astucia. Todo guerrillero debe rendir un duro examen en los primeros tiempos de la lucha. De ese examen depende su supervivencia futura y, a veces, la supervivencia, de todo el movimiento. Nosotros fuimos desaprobados.

PREGUNTA 3. La participación del ELN en el conflicto armado, su desarrollo y consecuencias no son bien conocidos en Chile; sintéticamente, ¿cuáles serían los objetivos que se propusieron, lo que hicieron y el balance actual?

RESPUESTA: Nuestro objetivo es desarrollar una Revolución popular antimperialista y antifeudal que culmine en el socialismo. Nuestros primeros pasos fueron vincularnos estrechamente a la población campesina y combatir contra sus enemigos, es decir, contra los latifundistas. Luego de los primeros meses de actividad, los resultados estaban a la vista: los grandes propietarios habían fugado de nuestra zona —la provincia de La Mar en el departamento de Ayacucho—, y los campe-

¹ En Perú, contrastes significa reveses (N. de R.)

sinos poseían, en la práctica, las tierras. Habían cesado, de una vez, los abusos en el campo y el campesino constataba por sí mismo, la factibilidad de un nuevo orden sin explotadores.

Luego llegó el ejército. Pasó varios meses buscándonos infructuosamente. Éramos un grupo demasiado pequeño y móvil como para hacer posible un cerco y nosotros evitamos siempre cualquier confrontación. Hasta ahí íbamos bien. Pero todo esto generó en nosotros un exceso de confianza. Confiábamos demasiado en la población amiga y en un conocimiento del terreno que no poseíamos del todo. En diciembre de 1965, después de más de ocho meses de actividad, caímos en una celada enemiga y nuestro pequeño grupo fue dispersado.

Simultáneamente, el ejército masacraba despiadadamente a la población, en una operación genocida que tenía por objetivo causar el pánico y castigar ejemplarmente a los pueblos que nos habían ayudado. Se cerraba así un sangriento episodio en el que muchos compañeros cayeron entregando sus vidas por la Revolución. Nosotros fuimos derrotados en esa primera batalla, es cierto, pero jamás ese ejército, que mató inocentes, violó mujeres, destruyó poblados y sembrados, podrá retornar a esos lugares sin que lo rodee el repudio y el deseo de desquite. Y

quien conozca la psicología y la manera de ser del campesino, que es un hombre que reacciona a veces lentamente, pero que no olvida, sabe la tremenda importancia que este hecho tiene para el desenvolvimiento futuro. Se ha abierto un abismo infranqueable entre los campesinos y el ejército.

PREGUNTA 4. ¿Considera usted que los errores cometidos consistieron sólo en fallas tácticas; o existió toda una deficiente estrategia, valoración de las fuerzas propias y enemigas; análisis y trabajo político en las masas, caracterización del país; débil desarrollo orgánico y político del Partido, etc.?

Esa es una pregunta que mucha gente se hace, ahora que las cosas no salieron bien, ¿estrategia deficiente? Nuestra estrategia se basa en las grandes masas campesinas que, en nuestro país, conforman largamente la mayoría de la población, sin descartar, naturalmente, el importante aporte urbano de una clase obrera en acelerado y constante crecimiento. ¿Valoración de las fuerzas propias y enemigas? Hasta su derrota, las fuerzas enemigas serán siempre superiores en capacidad económica y equipo militar. ¿Análisis y trabajo político en las masas? Para trabajar políticamente con las masas hay que vivir con ellas; no podemos hablar-

les desde el pupitre profesoral como pretenden hacerlo, sin éxito, muchos marxistas peruanos. Nosotros reivindicamos el verdadero trabajo de masas. El guerrillero es un propagandista revolucionario; mucho más que eso; es un auténtico dirigente de masas. ¿Cómo podríamos politizar a las masas sin ir hacia ellas y sin demostrarles en la práctica que estamos con ellas y que combatimos a sus enemigos? Si la decepción con respecto a los métodos de la política tradicional, burguesa, es general en las masas urbanas de nuestro país, es aún mayor en el campo. Nuestro campesino tiene problemas muy concretos e inmediatos. Su problema es el latifundista y su reivindicación primera es la tierra. Para ganarlo a nuestras filas, hay que combatir, en los hechos al latifundismo, hacerle ver la importancia de las armas y la organización. Durante muchos años nuestros campesinos se han enfrentado con puños, palos y piedras a las expediciones punitivas de los gamonales. Esos tiempos han pasado y ojalá no vuelvan más. Ahora hay que tomar las armas, no hay otro camino. ¿Análisis político? La teoría revolucionaria no puede estar separada de la práctica. Los movimientos marxistas peruanos han dado hijos deformes: tienen un cerebro gigantesco, una cabeza grande, pero sus extremidades inferiores, las que los ponen en contacto con la tierra y el

mundo, son terriblemente débiles. Esta suerte de raquitismo se refleja perjudicialmente en todos los grupos: genera el sectarismo, el intelectualismo, el personalismo y toda la serie de enfermedades que aquejan a nuestros grupos marxistas.

Yo creo firmemente que para analizar la realidad hay que estar en la realidad primero. Para analizar el movimiento campesino hay que participar, de hecho, del movimiento campesino. Para orientar a la clase obrera hay que ir hacia la clase obrera. No podemos hacer grandes discursos esperando a que las masas vengan a nosotros atraídas por lo maravilloso de nuestros análisis.

Es cierto que el Partido —o los partidos— son débiles orgánica y políticamente, pero ¿tendríamos que esperar a fortalecerlos para actuar? Eso es lo que dicen muchos: fortalezcamos al Partido y hagamos la revolución después. Para nosotros la lucha fortalece. No se puede construir Partido sin acción, porque es la acción la que hace al Partido.

PREGUNTA 5. ¿Cómo caracterizaría Ud. en general al país: su economía, las clases sociales motoras de la Revolución, el carácter de ésta? ¿Cree Ud. que será socialista o puramente democrática y popular? ¿Ud. cree que existe en el Perú una burguesía progresista aliada de la Revolución?

Esta es la pregunta más complicada de la entrevista, no por los hechos en sí, que son simples y claros, sino por la trascendencia del tema. Los marxistas, en el Perú y en otras partes, se han pasado años enteros discutiendo estas cuestiones, y se han dividido, y subdividido, combatiéndose a muerte entre sí, según las respuestas que han dado a estas preguntas.

La economía de nuestro país es una pieza subalterna del sistema imperialista: somos una semicolonía de los Estados Unidos. Nuestra economía se desarrolla en un solo sentido: proporcionar materias primas al gran mercado norteamericano. Como consecuencia de ello, nuestra política exterior e interior está determinadas por el amo yanqui. Todo esto ha degenerado en la tremenda crisis actual, crisis que afecta a todo el sistema. Somos, pues, una semicolonía en crisis y los remedios que nos da el amo empeoran la enfermedad hasta el punto de que, en estos momentos nadie se atreve a negar (excepción hecha de los imperialistas y sus acólitos) que la única forma de terminar con esto es cambiar el sistema. Hasta ahí toda la izquierda está de acuerdo. Las discrepancias empiezan cuando preguntamos cómo y cuándo lo cambiamos.

Pero nuestro país no permanece estático: profundos y grandes cambios

se están operando ante nuestros ojos, crece la clase obrera y despierta el campesinado. Estas son las dos clases motoras de la revolución.

Pero, por sí solas, no podrá nunca liberarse. Es la pequeña burguesía empobrecida, esa que integran los profesionales proletarizados, los estudiantes, los maestros, la que aporta con grupos de combatientes con una visión general, con una concepción revolucionaria basada en el marxismo. Por eso es que no podemos ver en el crecimiento de la clase obrera o en el despertar del campesinado, por sí solos, factores de transformación, mientras no concurramos nosotros, que decimos poseer la teoría. Ese es el fenómeno que ha estado ocurriendo en los últimos años. En todas las acciones más importantes de masas han participado revolucionarios procedentes de las universidades, de los colegios secundarios, de los círculos de intelectuales. Este fenómeno seguirá desarrollándose en los próximos años y encontrará su crisol en la lucha armada.

Hemos discutido durante años, si nuestra Revolución será democrático-popular o socialista, hasta el extremo de que ambas cosas han sido convertidas en antitéticas y contradictorias. Sin embargo, tal contradicción no existe. Nuestra Revolución empezará siendo antimperialista y antifeudal y culminará en el

socialismo, luego de un proceso que puede ser lento o acelerado según circunstancias que no podemos prever desde ahora. Es un proceso dialéctico, pero lo que sí aparece para nosotros perfectamente claro es que combatimos por el socialismo, nuestros héroes han muerto por el socialismo. Es sintomático que el enemigo entienda mejor esto, que muchos marxistas. La reacción sabe con conocimiento de causa, que todo proceso revolucionario, puede culminar en el socialismo y por eso nos combate a muerte.

Mucho se ha hablado en nuestro país de una burguesía media progresista, pero nadie ha señalado dónde está esa burguesía. ¿Será la que nació de nuestra industria pesquera? Toda nuestra industria pesquera depende en una u otra forma, de los Estados Unidos, en créditos, en precios, en inversiones de capital, y sus representantes compiten en anticomunismo con los latifundistas más reaccionarios del país, a pesar de que un 40 por ciento de sus productos va a dar, por mil vericuetos, hasta el mercado socialista. ¿Serán los capitales de nuestra industria manufacturera? Nuestra industria manufacturera es artificial, depende de grandes consorcios imperialistas, y en los pocos casos en que no es propiedad de bancos y monopolios, utiliza materias primas que no se producen en el país, las importa.

Los propietarios de esta industria artificial son los grandes bancos en sociedad con inveterados gamonales. Ejemplos podrían citarse a montones. ¿Podemos esperar algo de esta burguesía? Su mejor expresión sería el actual gobierno de Belaúnde, que combina su traición descarada a los intereses nacionales, con las buenas maneras del gran señor que se pone guantes blancos para no enseñar sus manos tintas de sangre de obreros y campesinos. O el diario «El Comercio» cuyo terco «nacionalismo» no ha titubeado en apoyar a las más negras dictaduras que ha padecido el país.

PREGUNTA 6. ¿Existe acción guerrillera en el Perú? ¿Qué fue del Frente del Centro-Sur? ¿Cree usted que han sido liquidados? ¿A qué cree que corresponden las noticias de grupos armados en la sierra del Cuzco sobre los que, con frecuencia habla la prensa de Lima?

RESPUESTA: Desde la prisión es poco lo que podría decirle sobre ellos. Es muy difícil y arriesgado dar por liquidados todos los grupos guerrilleros, porque no todos fueron liquidados y allí donde quede un grupo, o unos cuantos combatientes, arde la llama de la Revolución. Todo esto se revela fácilmente en el nerviosismo de los esbirros que ven guerrilleros por todas partes. El he-

cho es que esto no ha terminado y que no se puede dar a la guerrilla por definitivamente derrotada.

PREGUNTA 7. ¿Cuál cree usted que es el camino a seguir por la izquierda revolucionaria peruana? ¿Deberá enmendar rumbos, mejorar su preparación o repetir la experiencia pasada?

RESPUESTA: La izquierda revolucionaria peruana tiene un solo camino: el de la lucha armada. Dentro de esta línea, sin embargo, debemos corregir serios errores. Hay que terminar con la dispersión, que multiplica esfuerzos para las mismas tareas, hay que mejorar la preparación teórica y práctica de los cuadros; no hay que perder, en ningún momento, contacto con las masas. No debemos contraponer la lucha armada a la lucha política ya que, si los objetivos últimos permanecen claros, ambos forman parte de una sola estrategia. La lucha armada no debe significar el abandono de las masas urbanas. Mientras el movimiento guerrillero subsista y crezca en el campo, los revolucionarios de la ciudad deben intensificar su trabajo en el seno de las grandes concentraciones obreras (minas, pesquería, etc.). El prestigio que vayan ganando los combatientes de la sierra ayudará grandemente a la captación masiva del proletariado y la pequeña burguesía empobrecida.

PREGUNTA 8. ¿Cuáles han sido las formas de contraguerrilla desarrolladas por el gobierno: han sido inhumanas o se han mantenido en el plano estrictamente militar? ¿Cuál ha sido el trato a los presos políticos de la izquierda revolucionaria que ha llevado a cabo el gobierno?

RESPUESTA: Es interesante —y aleccionador— analizar la actividad contraguerrillera de 1965. Creo que sus principales características han sido: 1) enorme lentitud: los contingentes antiguerrilleros empezaron a moverse a los cuatro meses de que operábamos ostensiblemente, dándonos así un margen de tiempo que no supimos aprovechar; 2) desesperación: el pánico cundió en los círculos gobernantes y la orden era acabar con los guerrilleros a como dé lugar, lo que revela no sólo su cobardía sino su profunda inseguridad en el sistema; 3) represión indiscriminada que tiene un solo nombre: genocidio; poblaciones como Pucutá, Anquea, Chungui, Muyoc, Palljas, etc. fueron arrasadas y destruidas sin hacer diferencias entre guerrilleros, simpatizantes o simples sospechosos. El objetivo era sembrar el terror y lo consiguieron, pero ello demuestra de por sí las pocas esperanzas que esta gente tiene en que el campesino pueda creer sus prédicas sobre la democracia y el orden.

Por otra parte, el asesinato de los prisioneros Máximo Velando, Ed-

win García, Tomás Salazar, Aniceto Flores, Erasmo Flores y su hijo; el casi asesinato de Walter Palacios que fue impedido por una rápida intervención de varias personalidades democráticas; las torturas infligidas a los detenidos ilustran sobre la conducta de los esbirros con respecto a los presos. Desgraciadamente, nuestro pueblo, y América toda, desconocen estos hechos porque el gobierno y los grandes voceros de la reacción han tenido una cortina de silencio sobre sus crímenes.

PREGUNTA 9. ¿Cuál fue la actitud de la población rural frente a las guerrillas? ¿Apoyaron o rechazaron las guerrillas? ¿De qué tipo fue el trabajo político del ELN entre los campesinos?

RESPUESTA: Muchos izquierdistas repiten ahora las calumnias del enemigo y dicen que fracasamos porque el pueblo no nos apoyó. Nada más lejos de la verdad. Voy a hablarles de nuestra propia experiencia, dado que no conozco de cerca el trabajo de los compañeros del MIR.

Cuando empezaron a darse cuenta de que gente armada recorría la zona, la actitud de los campesinos fue permanecer a la expectativa. Querían saber de qué se trataba, quiénes éramos, por qué combatíamos. En todo momento su actitud fue cordial y querían satisfacer su

curiosidad. Luego vino, poco a poco, una relación estrecha, nos hicimos amigos y los ayudábamos en lo que podíamos, en lo que estaba a nuestro alcance. Fuimos enfermeros, consejeros, maestros, un sinfín de cosas que ayudaban a que tuvieran confianza en nosotros. Luego ellos nos comunicaban sus problemas. Encontramos entre ellos a muchos que tenían ideas bastante claras sobre las razones de su mísera situación, muchos que, incluso tenían cierta experiencia de lucha, pues habían sido mineros o habían intentado formar sindicatos. Sus problemas se reducían a uno solo: latifundio. Y, naturalmente, querían que los ayudáramos a solucionarlo. Sus comunidades gastaban dinero inútilmente en juicios que nunca terminaban y en los que siempre salían perdiendo y, por otra parte, los trabajadores de las haciendas —siervos, mejor dicho—, sabían perfectamente que el gamonal es su primer enemigo. Por eso fue que nuestras acciones se dirigieron siempre contra el latifundismo de la zona, dejando al ejército la tarea de defender a los gamonales. Todas nuestras acciones fueron exitosas y contaron con el apoyo entusiasta del campesinado. Con la expulsión y la fuga de los gamonales terminaba una explotación de siglos. Al final del año, éramos prácticamente la única autoridad en la zona y muchos campesinos integraban

nuestro destacamento o se alistaban para hacerlo.

Todo esto constituyó una experiencia muy valiosa para ellos y para nosotros. Allí nos dimos cuenta de lo lejos, de lo tremendamente lejos, que el revolucionario, o el marxista de gabinete, está de la realidad peruana y de nuestro pueblo y de las razones por las cuales el Perú no cuenta hasta ahora con un vigoroso movimiento político organizado de las masas. En un comienzo, hasta nuestro lenguaje les resultaba extraño. Aprendimos a hablarles en un lenguaje que ellos entendieran, de cosas que también les resultaran fácilmente comprensibles. Y ellos comprendían rápidamente, la necesidad de la Revolución, porque lo fundamental de nuestro trabajo político, era hacerles entender que la Revolución no termina en la expulsión del gamonal, que después de eso todavía queda mucho camino por recorrer y que en otros lugares hay otros seres tan explotados como ellos.

El campesino peruano tarda en decidirse, es cierto, lo piensa bien, varias veces, pero cuando se decide, es en serio, y su convicción es sencilla, pero profunda y tremendamente humana. Por eso creo que la Revolución Peruana demorará, que no es cuestión de meses, que tardará muchos años, pero que será una de las más profundas y hermosas de América. El campesino debe ser prepa-

rado, y así lo hacíamos nosotros, no sólo para elemento de filas, sino para dirigente revolucionario.

Y esta experiencia es útil no sólo para nosotros, sino para toda la izquierda. Muchos dicen que las condiciones no están dadas porque el campesino no tiene conciencia política, que hay que darle primero la conciencia política revolucionaria. A ellos podemos responderles que no conocen al campesino. Nuestra táctica debe adaptarse a la psicología del campesino peruano y no podemos esperar movimientos aluvionales de masas que nos digan que ya hay las condiciones para empezar la lucha por el poder. Para que el campesino se desarrolle políticamente hay que vivir junto a él, pero no en plan de simple propagandista u organizador sindical, o de visitante eventual que va, le pronuncia un discurso ininteligible y se regresa sin más ni más a dar su informe al Partido o a los dirigentes de la ciudad. Hay que estar armado para defenderse y defenderlo de los gomanes y los esbirros y para demostrarle la fuerza de las armas y la organización. Pero hay que subsistir a la represión enemiga. Subsistir es una obligación del guerrillero, porque en la medida en que nosotros sobrevivimos, estamos demostrando al pueblo que la Revolución no sólo es necesaria, sino también posible.

PREGUNTA 10. ¿Cree Ud. que los problemas fundamentales de la sociedad peruana tienen solución dentro de las estructuras legales, sociales y económicas actuales del Perú?

RESPUESTA: Si lo creyera no me habría alzado. La crisis peruana ha llegado a tal grado que ni las reivindicaciones mínimas de las masas pueden ser resueltas dentro del actual sistema. Todo el mundo se da cuenta de ello, pero siempre hay quienes cierran los ojos. Hemos llegado al final del callejón sin salida en que nos metieron quienes construyeron este sistema, es decir, que sólo hay dos cosas por hacer: o sumarse al circo político montado por la reacción (que, por otra, puede ser destruido en cualquier momento por un «gorilazo», o combatir, desde ahora, por la Revolución, con métodos revolucionarios. No se puede combatir por la Revolución con métodos burgueses. Nosotros sabemos que, aún cuando los primeros resultados de nuestras acciones no sean espectaculares (nuestro error ha sido precisamente, pretender darle a la Revolución una peligrosa «espectacularidad» que no puede tener), aún cuando haya muchas dificultades y derrotas temporales en el camino, aún cuando muchos entreguen su vida, el camino que seguimos es

el correcto, y es el único que asegura la liberación futura.

PREGUNTA 11. ¿Qué importancia le atribuye Ud. al movimiento estudiantil en Latinoamérica en general y en el Perú, en particular?

RESPUESTA: Si constatamos que la mayoría de los dirigentes de la Revolución Cubana salieron de las filas estudiantiles, y que muchos de los combatientes de Guatemala, Colombia y Venezuela han salido de las aulas universitarias, nos daremos cuenta de la importancia que el movimiento estudiantil tiene en estos momentos en América Latina. Por su preparación intelectual, que sobrepasa el nivel medio de la población, por su origen —la mayoría proviene de la pequeña burguesía pobre, cuando no de la clase obrera—, el estudiante latinoamericano está en disposición de entregarse a la lucha revolucionaria y, cuando se une al campesinado provoca una mezcla realmente explosiva.

Pero todo esto no quiere decir que no tenga defectos. Los tiene y graves. En nuestro país, por ejemplo, el estudiante peca de verbalismo, cae a menudo en el sectarismo y la demagogia. La única forma de superar estos defectos es rompiendo los muros del academismo para unirse, en los hechos, a las clases desposeídas, a los obreros y campesinos.

PREGUNTA 12. ¿Cree Ud. que la Revolución latinoamericana será continental? ¿En qué forma entiende Ud. esto?

RESPUESTA: La mejor respuesta nos da todos los días el imperialismo norteamericano. Los Estados Unidos siempre han usado de una estrategia global de la represión contra los movimientos progresistas del continente. Todas sus marionetas bailan a un mismo ritmo y el que pierde el paso es sacado violentamente de escena. Pues bien, a esa estrategia contrarrevolucionaria continental, debemos responder con una estrategia revolucionaria también continental, que empiece por el afianzamiento y consolidación de los primeros grupos armados en los diversos países y que dé un paso adelante con la coordinación y el apoyo de todos los movimientos revolucionarios del continente a estos grupos armados. Pero esta coordinación debe ir de abajo-arriba, paso a paso, sin crear direcciones ficticias.

PREGUNTA 13. ¿Existía diferencia entre el trabajo político entre los campesinos, o entre la estrategia, o la táctica, del MIR y el ELN?

RESPUESTA: No conozco de cerca las experiencias y la táctica desarrollada por los compañeros del MIR allí donde actuaron, como para

responder satisfactoriamente a su pregunta. Puedo decir, sin embargo, que nuestra estrategia coincide en lo fundamental: ambos estamos de acuerdo en iniciar, desde ahora, la lucha guerrillera, como primer paso de la insurrección futura. Si algunas diferencias han existido, ellas no tienen mayor importancia, comparadas con nuestra coincidencia fundamental.

¿Por qué no constituimos una sola organización? A ello han colaborado una serie de factores que cada día tienen menor importancia o a circunstancias que nos llevaron por vías alejadas aunque no discrepantes. Sin embargo, hemos estado juntos en la acción, frente al mismo enemigo, y eso es lo importante. El resto, la coordinación entre nuestras organizaciones y hasta la fusión, es sólo cuestión de tiempo.

Nosotros somos partidarios de la unidad, pero de una unidad real, basada en acciones concretas y sobre tareas predeterminadas. Creemos que sobran puntos comunes entre los marxistas peruanos pero que, desgraciadamente, cargamos con una herencia muy fuerte de sectarismo, como para hacer posible en estos momentos un amplio trabajo conjunto. Pensamos que el primer paso debe ser el abandono de antiguos y perjudiciales métodos de liquidación política y el respeto a garantías elementales que hagan posible una am-

plia discusión, sin que nadie, por sus opiniones, pueda ser tildado de enemigo o contrarrevolucionario. Todos buscamos la verdad, y a veces creemos tenerla y monopolizarla, pero los últimos tiempos están demostrando que el dogmatismo se derrumba en todas partes. La nave del sectarismo hace agua por todos lados.

Lo que sí exigimos a todos, y nos exigimos a nosotros mismos, es la

conformidad entre lo que decimos y lo que hacemos. Esa consecuencia es otra de las bases elementales para cualquier unificación futura. Creemos que el MIR es el movimiento político más cercano a nosotros y que también participa de este espíritu.

«Opiniones», publicación del Ejército de liberación nacional del Perú, 1967.





MANIFIESTO DEL EJERCITO DE LIBERACION NACIONAL AL PUEBLO BOLIVIANO

Larga es la historia de penurias y sufrimientos que ha soportado y soporta nuestro pueblo. Raudales de sangre han corrido ininterrumpidamente por cientos de años. Miles y miles suman ya, las madres, esposas, hijos y hermanas que han vertido ríos de lágrimas. Miles son los heroicos patriotas cuyas vidas han sido segadas.

Los hombres de esta tierra hemos vivido y vivimos como extraños en nuestro propio territorio, donde cualquier imperialista yanqui tiene —en lo que él llama sus «concesiones»— derechos para destruir, arrasar e incendiar viviendas, sembradíos y bienes de bolivianos. Nuestras tierras no nos pertenecen, nuestras riquezas naturales han servido y sirven para enriquecer a extraños y dejarnos sólo vacíos, socavones y profundas cavernas en nuestros pulmones. Para nuestros hijos no hay escuelas, no existen hospitales, nuestras condiciones de vida son miserables, recibimos sueldos y salarios de hambre; miles de hombres, mujeres y niños mueren de inanición cada año; la miseria en que vive y trabaja el hombre del campo es pavorosa. En otras palabras, vivimos como esclavos, nuestros derechos y conquistas son negados y pisoteados a la fuerza.

En mayo de 1965, ante los azorados ojos del mundo entero, los salarios fueron disminuidos, los obreros despedidos, confinados, desterrados, masa-

crados, y los campamentos, con mujeres y niños indefensos, bombardeados y saqueados.

Si bien es éste el cuadro que vivimos, nuestro pueblo fue y es un pueblo que lucha, que no se dejó ni se dejará doblegar jamás. ¡Cuántos héroes mineros, campesinos, obreros fabriles, maestros, profesionales, estudiantes, y nuestra gloriosa juventud en general, han escrito con su sangre las más gloriosas páginas de nuestra historia!

Ahí tenemos, ante nosotros y ante el mundo, las legendarias figuras de Padilla, Lanza, Méndez, Sudanes, Ravelo, Murillo, Tupac Amaru, Warners, Arze, y también, las heroínas de la Coronilla, Juana Azuduy de Padilla, Bartolina Sisa, Vicente Feguino, Simona Manzaneda y cientos de hombres y mujeres, cuyo ejemplo vive en nuestro heroico pueblo que está dispuesto a seguir su ejemplo.

Si bien las viejas generaciones soportaron una cruenta lucha de quince años para construir una patria libre y soberana, lanzando de nuestro suelo al dominador extranjero, no pasaron muchos años sin que nuevas potencias capitalistas hincaran sus garras en la patria que levantaron Bolívar y Sucre. Desde la fundación de la República hasta nuestros días, miles de campesinos han sido brutalmente asesinados; miles de mineros y fabriles recibieron metralla como única respuesta a sus demandas. También suman miles los «valientes» coroneles que han ganado sus ascensos y grados en desigual batalla, ametrallando y bombardeando al pueblo indefenso que, una y otra vez, se levanta armado sólo de esa muralla que no se doblega, que no se humilla: su valeroso pecho.

Perduran frescos en nuestra memoria los recuerdos de las masacres, los crímenes y vejámenes a los que ha sido sometido el pueblo boliviano. Pero hoy, señores esbirros, generales e imperialistas yanquis que tenéis las garras y las fauces tintas con la sangre del pueblo boliviano, sonó la hora de vuestro fin. De los charcos de sangre que habéis hecho correr a raudales, de las cenizas de esos miles de patriotas que habéis perseguido, confinado, desterrado y asesinado, se levanta hoy el Ejército de liberación nacional. Hombres del campo y de las ciudades, de las minas y fábricas, de los colegios y las universidades, empuñan el fusil. Para el pueblo boliviano resuena en esta hora, sorda e incontenible, en las montañas y en los valles, en las selvas y el altiplano, la voz de la justicia, el bienestar y la libertad.

Señores generales, hoy cuando habéis recibido los primeros golpes, clamáis por vuestras madres y por vuestros hijos, también nosotros sentimos su

dolor. Pero ¿creéis acaso que aquellos miles de campesinos, obreros, maestros y estudiantes no tenían hijos, madres y esposas? ¿Aquéllos a los que habéis asesinado inmisericordemente en las calles de las ciudades, en Catavi, Cerdas, en Villa Victoria, en el Alto, en la Paz, en Milluni, en Siglo?

Ante el vigoroso inicio de nuestra lucha, tiembla llena de pavor la camarilla gobernante y su amo, el imperialismo yanqui, manotean cual fiera acorralada, arrecian la persecución, se ven impelidos a cometer mayores crímenes, a violar su constitución seudodemocrática. Su histeria antiguerrillera los lleva a marginar a los partidos políticos de izquierda, como si con un decreto pudiesen matar las ideas. Persiguen, encarcelan y asesinan (¡los suicidan!) a ciudadanos libres, acusándolos de guerrilleros. Apresan y torturan a periodistas extranjeros queriendo mostrarlos como guerrilleros; inventan calumnias y tejen su propaganda a base de mentiras tan risibles que el pueblo los desprecia. Todo intento que hagan por ahogar el movimiento guerrillero será vano, así como todo cuanto hagan por mantenerse en el poder. Su fin como camarilla gobernante ha llegado. Sentimos que en esta lucha —que es necesaria para liquidar el latrocinio, el abuso, la injusticia, el crimen y las prebendas de las que gozan unos cuantos, para construir una nueva sociedad sin clases donde impere la justicia social con iguales derechos y deberes para todos, donde las riquezas naturales sean explotadas por el pueblo y en beneficio del pueblo— tengan que perderse muchas vidas que son útiles al país, tanto de oficiales como de soldados, porque con toda seguridad que no todos los que son enviados al campo de batalla piensan igual que la camarilla proyanqui que detenta el poder.

Llamamos a todos los patriotas, oficiales y soldados, a dejar las armas, instamos a la gloriosa juventud de nuestra patria, a no incorporarse al ejército. A las madres, a evitar que sus hijos sean inmolados defendiendo una camarilla vendida al dólar extranjero, que entrega lo mejor de nuestras riquezas al voraz imperialismo yanqui.

El Ejército de liberación nacional llama al pueblo boliviano, a los patriotas que estén en condiciones de lucha, a cerrar filas, a soldar la más férrea unidad sin distinción de colores políticos, a incorporarse en las filas del Ejército de liberación nacional. También es posible ayudar desde afuera, existen mil maneras de hacerlo, y el ingenio creador del pueblo sabrá encontrar las más variadas formas, desde grupos de amigos hasta las formas más audaces. El problema es organizarse y hacer que la camarilla

gobernante y su amo, el imperialismo yanqui, sientan temblar bajo sus pies el suelo boliviano.

Advertimos al pueblo que el imperialismo yanqui —a fin de mantener a nuestro país bajo su dominio—, recurrirá a nuevos generales y civiles, e inclusive a seudorrevolucionarios que irá cambiando a su turno, asimismo le advertimos que no deberá dejarse sorprender y engañar, conforme ha ocurrido a lo largo de nuestra historia. Esta vez la lucha ha comenzado y no terminará sino el día en que el pueblo se gobierne por sí mismo y haya sido erradicado el dominio extranjero.

Se advierte que el Ejército de liberación nacional velará por el fiel cumplimiento de los ideales populares, sancionará en su momento al actual opresor, torturador, delator y traidor, a los que cometan injusticias impunes contra el pobre. Están en formación las organizaciones de defensa civil. Empezarán a actuar los tribunales populares revolucionarios para juzgar y sancionar.

Finalmente, el Ejército de liberación nacional expresa su fe, su confianza y su seguridad en el triunfo contra los yanquis, los invasores disfrazados de asesores, yanquis o no. No nos permitiremos descanso ni reposo hasta no ver libre el último reducto de dominación imperialista, hasta no ver vislumbrarse la felicidad, el progreso y la dicha del glorioso pueblo boliviano.

¡Morir antes que vivir esclavos!

¡Vivan las guerrillas!

¡Muera el imperialismo yanqui y su camarilla militar!

¡Libertad para todos los patriotas detenidos y confinados!

Nhancahuazu, abril de 1967.



Análisis de una situación

OJARIKUJ RUNA

La lucha armada es una realidad irreversible en Bolivia; ya ningún academicismo puede negarle sus posibilidades de desarrollo y éxito final. Sin embargo, para llegar a esa realidad, a esa afirmación categórica sobre lo acertado de la vía armada para la realización de la revolución, ha sido necesario librar una verdadera batalla ideológica que sólo termina con el éxito de las acciones militares.

El 23 de marzo, fecha en que se libra el primer combate, la primera acción del Ejército de liberación nacional, hombres hasta entonces desconocidos, no solamente infligen la primera derrota militar al ejército del Gral. Barrientos sino que también con esa acción sepultan una teoría que justificó o mejor dicho trató de justificar lo injustificable: la imposibilidad del desarrollo de la Revolución por el camino de las armas, camuflajeando sus intenciones bajo una palabrería hueca donde las frases más elocuentes expresaban: «El problema boliviano es el más complejo de América», o «estamos aislados, cerrados en nuestras montañas y eso dificulta el desarrollo de la lucha armada».

Hoy la realidad es tozuda y ningún teoricismo puede negar la importancia política y militar del Ejército de liberación nacional; como no se puede

negar la rapidez con que las contradicciones se agudizan en el seno del gobierno militar civil¹ que hoy detenta el poder en el país.

El estallido de la lucha armada es la resultante de una realidad nacional donde todas las posibilidades para el desarrollo «democrático» de las luchas del pueblo boliviano están cerradas. El cuadro de las condiciones objetivas, en ningún país de América del Sur, como en Bolivia, ofrece una madurez tan completa. Esa madurez hizo decir a un teórico «la Revolución está a flor de tierra».

La insurrección nacional de 1952 había despertado al pueblo boliviano definitivamente de su indolencia y su letargo político; fueron las masas populares las que impusieron a los dirigentes de la «revolución nacional» las medidas revolucionarias: la nacionalización de las minas, hasta entonces en poder de los grandes propietarios: Patiño, Hoschild y Aramayo, ligados íntimamente a los monopolios imperialistas (aproximadamente el 30% de las acciones de esas empresas estaban en manos de capitalistas norteamericanos). Si se considera que Bolivia por su deformación, es, en lo fundamental, un país exportador de minerales y que, entre éstos, el estaño representa cerca del 70% del total exportado (en divisas) se comprenderá «la magnitud de esta medida».

En la economía boliviana encontramos profundas contradicciones en los niveles de su desarrollo. Subsisten como consecuencia de nuestra dependencia, en perjudicial maridaje, en una simbiosis favorable sólo a los intereses de la burguesía administrativa y los monopolios, sistemas económicos que no se complementan para formar un conjunto armónico que viabilice el desarrollo. En lo general, nuestra economía es atrasada, dependiente y monoprodutora, desde el régimen capitalista en las minas hasta las formas de economía natural, fundamentalmente en el campo.

La nacionalización de minas producto o consecuencia de la revolución de abril, no podía convertirse en instrumento que permitiese la satisfacción de la necesidad del desarrollo, y la abolición de la explotación del hombre por el hombre, lo más que hizo la medida de la nacionalización, fue traspasar la propiedad y administración de las minas de manos de los capitalistas privados a manos del estado burgués. Para satisfacer los objetivos del desarrollo en beneficio colectivo y acabar con la explotación, tendría que haber sido una revolución socialista la expropiadora de las minas, y

¹ El gobierno de Barrientos es un híbrido de militares y civiles, sustentado por el Frente de la revolución boliviana con participación de cuatro partidos.

habría tenido que poseer un contenido correspondiente; ser una nacionalización socialista.

Si bien la nacionalización fue una expresión de la soberanía nacional, no fue completada con medidas que permitieran la libre comercialización de los minerales y principalmente del estaño. Los minerales bolivianos se exportan en barrilla (en bruto). En la época de la nacionalización existían sólo dos plantas para tratarlo, una en Europa, la Williams and Harvey de Inglaterra, la otra en Texas City, Estados Unidos, (cerrada en 1956). El pueblo boliviano toma conciencia de la necesidad de instalar plantas de fundición con el objetivo de controlar la comercialización de sus minerales. Dada la urgencia de esa medida complementaria, se inicia una verdadera cruzada con el objeto de presionar al gobierno de la revolución nacional para su realización.

Los trabajadores de las minas, en una actitud patriótica sin precedentes en la historia del país, se comprometen a trabajar el tiempo que sea necesario para obtener los recursos que garanticen la adquisición de esas plantas, con la única condición de que se les entregue alimentos para la subsistencia de ellos y su familia. El proletariado de las minas estaba dispuesto a cualquier sacrificio para hacer realidad el más caro anhelo del pueblo boliviano; los trabajadores de las fábricas siguiendo el ejemplo de los mineros, ceden una parte de sueldos y jornales con ese mismo fin. El pueblo tuvo conciencia clara; fueron los gobernantes quienes traicionaron las aspiraciones de la liberación nacional.

Un escritor² señaló los siguientes defectos de la nacionalización:

A) el Estado tomó a su cargo una industria deteriorada, cuyo futuro resultaba incierto por el descenso vertiginoso de la ley de los minerales,³ para afrontar lo cual se necesitarían cuantiosas inversiones, que los capitalistas privados no se hallaban en disposición de hacer.

B) Se estipuló bajo presión del imperialismo, principalmente norteamericano, una generosa indemnización (cerca de 25.000.000 dólares) que al realizarse en las condiciones que se hizo, significó mayores beneficios para los expropietarios.

² Canelas, Amado; *Historia de una frustración* (Nacionalización de minas), La Paz, Bolivia. Este ensayo es mucho más encomiable que la actitud de su autor en la práctica política.

³ Se refiere a la proporción entre el contenido mineral puro y el total extraído

C) El control efectivo de la industria se mantuvo en poder de los expropiarios, al no instalarse los hornos de fundición en el país, que complementarían la medida de la nacionalización, hacia el objetivo de la liberación económica, que se traduciría en la facilidad de la comercialización de los minerales. En consecuencia, subieron las acciones del imperialismo, principalmente el norteamericano, que poseía hornos de fundición adecuados para nuestros minerales.

La mala administración de las minas nacionalizadas, a través de la empresa estatal COMIBOL (Corporación minera boliviana) complementó la política de liquidar la nacionalización como medida revolucionaria; a todo ello debemos añadir la agresión económica de los Estados Unidos al colocar parte de su reserva estratégica de minerales en el mercado mundial, en el momento del alza de precios.⁴

Las pérdidas de las minas se acrecientan año tras año⁵ hasta convertirse en la principal fuente de malestar económico. El gobierno procede a una política paulatina de desnacionalización, se impuso el Plan triangular de rehabilitación financiado por los monopolios de EE.UU. Alemana Federal y el BID. Quienes se jactaron de ser «libertadores económicos del pueblo boliviano»,⁶ quienes dijeron que habían salvado del hambre al pueblo boliviano, volvieron sobre sus pasos, traicionaron al pueblo.

La presión de 500,000 campesinos armados, impuso la adopción de la reforma agraria. Los campesinos tomaron la tierra y el gobierno del MNR (Movimiento nacionalista revolucionario) legalizó en lo fundamental tal actitud, se decretó la caducidad del latifundio, y fueron eliminadas las formas de la renta feudal prevalecientes en ese momento en el agro boli-

⁴ En agosto de 1961, los costos de producción en las tres principales minas del país eran: Colquiri, \$1.28; Catavi, \$1.42; Huanuni, \$1.27. La cotización de una libra fina de estaño en el mercado internacional era de \$1.17.

En agosto de 1962, los costos de producción sufrieron una nueva alza: Colquiri, \$1.6267; Catavi, \$1.7279; Huanuni, \$1.4544; la cotización en el mercado internacional bajó a \$1.10.

En 1963, el costo de producción por libra fina sobrepasó los dos dólares por libra fina, y la cotización osciló entre \$1.10 y \$1.07. Los precios en el mercado bajaron en los años siguientes a 0.90 libra fina.

⁵ El monte de pérdidas en las ventas de estaño como consecuencia de la baja de los precios —a raíz de la agresión económica yanqui— en los años comprendidos entre 1952 y 1956, alcanzó a 59.873,837 de dólares (el presupuesto nacional oscila entre 50 y 80 millones de dólares).

⁶ Líderes del MNR.

viano, la adopción de esa medida no cambió en esencia la economía, por el contrario, profundizó su carácter.

La importancia de la reforma agraria radica en el hecho fundamental de la liquidación del feudalismo y la incorporación a la economía mercantil de un sector considerable de los campesinos, marginado hasta entonces, no sólo de la vida económica, sino de la vida política y cultural. Se amplió el mercado interno, sin embargo, el desarrollo no fue correspondiente. La propaganda de las estadísticas fue muy distinta a lo propagado por la realidad.

Es necesario comprender la aplicación de la reforma agraria de acuerdo con las zonas geográficas del país. La zona occidental, habitada fundamentalmente en las áreas rurales por campesinos kéchuas y aymamarás; zona de mayor densidad demográfica del país donde la tierra es menos fértil y los trabajos agrícolas se realizan en cooperación simple. El régimen característico de tenencia de la tierra es el de la propiedad de comunidad indígena, heredada desde el Ayllu del inkario; sin embargo, existieron grandes propiedades latifundistas.

La zona central del país (los valles), comprendida entre los departamentos de Cochabamba, Sucre y Tarija, es el sector donde la agricultura alcanzó el más alto nivel de desarrollo, allí existen grandes propiedades feudales explotadas con una tecnología atrasada, que son visitadas por sus propietarios solamente en dos ocasiones: al recogerse la cosecha y en la siembra; el resto del tiempo se ocupan en actividades que nada tienen en común con la agricultura.

En la zona oriental del país donde las posibilidades de desarrollo de la empresa agrícola capitalista son mayores, el nivel de desarrollo de la agricultura es insignificante. Sólo después del 52 se intensifica con la instalación de los ingenios azucareros de Guabirá y San Aurelio.

La reforma agraria entrega al campesino la tierra que cultiva en calidad de propiedad privada, introduciendo peligrosamente, en contraposición al latifundio, el minifundio. Respecto a la reforma agraria, Fausto Beltrán y José A. Fernández, en su libro *Adónde va la reforma agraria*, nos dicen... «En líneas generales, la reforma agraria en nuestro país ha elegido el camino de la posesión campesina de la tierra para conseguir la evolución capitalista en el campo. No obstante, ha instituido, en forma paralela, el sistema de conservación de grandes extensiones de tierras en manos de ex latifundistas y agricultores ricos, a fin de que sean trabajadas por el régimen de salario. De ese modo, la Ley de reforma agraria sienta las bases

para que junto a la pequeña economía campesina, se constituya una burguesía rural, que por otro lado cuente con las facilidades necesarias para hacerse cada vez más poderosa».

Como vemos no hay un criterio definido sobre el futuro de la reforma agraria, no hay un criterio definido en política agrícola, se entrega la tierra al campesino, sí, pero ¿cómo se la entrega? vacía, sin cooperación ni asistencia técnica, y menos aún económica.

El Partido de gobierno (MNR) consideró más importante usufructuar el impacto políticopsicológico de la aplicación de la medida de reforma agraria, que le permitió controlar el campo, que trazar lineamientos sobre el camino a seguir en la agricultura. A ese respecto nos aclaran acertadamente, Fausto Beltrán y José A. Fernández, «el gobierno de la revolución nacional y su partido el MNR no tenían, ni tienen, la capacidad orgánica, ideológica y política para conducir la reforma agraria y las demás conquistas del pueblo por el camino justo».

El grupo dirigente de la revolución nacional, constituido por el MNR, claudicó primero, traicionó después a su «revolución» para terminar en un vergonzante entreguismo, continuado y superado sólo por el gobierno militar civil actual, jefaturizado por Barrientos.

El MNR es un partido heterogéneo, conviven dentro de él, hasta determinado período, sectores reaccionarios y pro imperialistas con sectores nacionalistas y progresistas; desde los más variados matices de la burguesía nacional⁷ hasta una fuerte militancia obrera, campesina y pequeño-burguesa, lo que en la terminología movimientista fueron las «Alas». La dirección hegemónica del MNR en los comienzos de la revolución la ejerce la burguesía nacional, después controla ese organismo político la burguesía burocrática importadora, que se fortalece con los negociados de la «ayuda americana».⁸ Pero el fracaso del MNR no es el fracaso del pueblo boliviano, es el fracaso de la burguesía, vacilante primero, conciliadora después, y entreguista al final.

La política de concesiones en materia de petróleo abrió las puertas del país para el ingreso de capitales monopolistas que controlan la producción del

⁷ Utilizamos este concepto por carecer de otro adecuado al uso, aunque su contenido no corresponde a lo definido clásicamente por él, ya que nuestra «burguesía nacional» no es más que una sucursal del imperialismo.

⁸ El autor se refiere a fraudes. (N. de R.)

petróleo en escala mundial; se elabora el Código Davenport por abogados norteamericanos en su despacho de Nueva York.

En cumplimiento de ese Código, en la actualidad la Gulf Oil tiene en su poder a título de «concesión», 1.414,965 hectáreas. La inversión total en la industria petrolera privada en diciembre de 1963 alcanzó a 113.083,979 dólares.

Las concesiones petroleras se hicieron en contra de la voluntad del pueblo boliviano, que se movilizó en una de las luchas más vigorosas que las masas hayan librado. Sin embargo, aquella lucha empezó vencida, y los monopolios yanquis que habían arrastrado a Bolivia a la guerra del Chaco⁹ con el pueblo paraguayo, volvieron al país. De ese modo se decreta la asfixia de la empresa estatal del petróleo YPFB (Yacimientos petrolíferos fiscales bolivianos), que en sólo tres años bajo la dirección de técnicos y obreros bolivianos fue capaz, no sólo de satisfacer las necesidades del consumo interno, sino de convertirnos de país importador de petróleo en exportador.

El viraje de la llamada revolución nacional de su contenido antimperialista impuesto por las masas, se produce con la carta enviada por el presidente Paz Estenssoro al presidente de los Estados Unidos, Dwight D. Eisenhower. Los términos de aquella carta señalan la liquidación del carácter antimperialista de la revolución, la revisión de la política en materia de petróleo, a cambio de la «ayuda» americana. Phillip Bonsal, embajador de los Estados Unidos en La Paz,¹⁰ concluye su obra de «domesticador de la revolución boliviana», adecuándola a los intereses yanquis; desde entonces, tuvimos una revolución «made in USA». La primera revolución de obreros y campesinos de América fue traicionada de la manera más desvergonzada. Qué lejanos estaban los días en que los líderes del MNR, al firmar el decreto-ley de nacionalización de las minas, habían jurado lealtad a la revolución y al pueblo, al precio de su vida. Todo aquello era volver al pasado, muchos descubrieron pronto la traición y empezaron de nuevo a trabajar por la revolución, pero los más habían saboreado ya las ventajas del poder y prefirieron seguir el sinuoso camino del MNR, también quedaron muchos ilusionados con la quimera de profundizar la revolución, pero el pueblo boliviano ya había escogido su ca-

⁹ Esta guerra —en la que murieron 100,000 hombres— fue promovida por los intereses de la Standard Oil en Bolivia, y de la Royal Dutch (Shell) en Paraguay. (N. de R.)

¹⁰ Embajador de E.E.UU. en Cuba en 1959. (N. de R.)

mino, que no era precisamente el señalado por los líderes del MNR. Empiezan las huelgas, se desata una vigorosa lucha de masas, hay que despertar nuevamente al pueblo boliviano, desenmascarar a sus traidores.

En contraposición, la derecha del MNR, capitaneada por Siles Zuazo y Walter Guevara, controla el aparato del estado. La tesis de Paz Estenssoro de crear una burguesía industrial, fracasa rotundamente. Los préstamos «a título de honor», los fondos de la «ayuda americana» concedidos a los jerarcas del gobierno con la ilusión de crear una industria liviana, multiplican solamente el número de importadores fuertemente ligados a los monopolios yanquis. Los más prefieren poner sus «ahorros» a buen recaudo en bancos de los Estados Unidos y Suiza para los tiempos malos; hoy muchos de ellos, «revolucionarios» de ayer, traidores de hoy, endulzan el exilio con los sueños de la industrialización de Paz Estenssoro. Cerca de 100.000.000 de dólares le robaron al pueblo a ese título.

Los doce años de gobierno de la revolución nacional son años de frustración para el pueblo boliviano, engañado, robado y traicionado. Es necesario hacer un enjuiciamiento histórico y de rendición de cuentas de ese período, tenemos seguridad de que ello se hará completamente, sólo después del triunfo de las armas.

Es esa realidad, esos hechos, los que hacen comprender la imposibilidad de la liberación nacional en los marcos planteados por el MNR. Aún adolescentes fuimos testigos de esa traición, crecimos y maduramos comprendiendo esa realidad, fuimos testigos del envilecimiento y la institucionalización del fraude para escalar posiciones en las esferas del gobierno de los doce años; fue toda una época de reversión de los más altos valores en que el ladrón, el demagogo y el matón ascendían rápidamente hacia posiciones más relevantes. Sin embargo, eso no quiere decir, ni pretendemos afirmarlo y sostenerlo, que no existiesen revolucionarios honestos y honrados en las filas del MNR, quienes creían sinceramente en la posibilidad de profundizar la revolución; su único error, si acaso hemos de calificarlo así, fue el de no comprender que esa profundización significaba necesariamente el derrocamiento del MNR del poder. No hablamos pues de quienes fueron capaces de luchar y enfrentar la subversión falangista en los primeros años de la revolución, y de quienes se enfrentaron con su convicción movimientista al ametrallamiento de la aviación de Barrientos, por la defensa de las banderas de abril, no hablamos de quienes lucharon y murieron por esos ideales, que son los del pueblo en los cerros de Laikakota

en la ciudad de La Paz. Prueba clara de ello es la participación de militantes del MNR en el Ejército de liberación nacional.

El levantamiento militar del 4 de noviembre de 1964 inspirado por la Embajada norteamericana fue el resultado de un largo período de preparación del ejército para el asalto del poder; para comprender su significación, es necesario volver atrás, a la insurrección nacional y popular del 9 de abril de 1952. En aquella oportunidad el pueblo en armas derrotó al ejército más fuerte con que había contado la República. En la ciudad de La Paz, los trabajadores de las fábricas enfrentan a los soldados de los regimientos Abaroa, Sucre, Lanza, Ingavi, Escuela motorizada de Viacha, regimiento Bolívar de artillería, Colegio militar, totalizando 9 regimientos, con 10,000 soldados perfectamente pertrechados y preparados.

La insurrección nacional empezó el viernes santo; a las primeras horas del combate el pueblo asalta el arsenal militar y logran tomar armas. Los cadetes del Colegio militar utilizaron morteros 105 y bombardearon a las zonas populares, al Estadio nacional, donde se habían reunido muchos revolucionarios dispuestos a la lucha.

En Villa Victoria —zona donde residen los trabajadores de las fábricas en El Alto—, en los cerros de Laikakota, y en todos los sectores populares de la ciudad de La Paz se libraron fuertes combates. El primer día de las acciones el ejército utilizó todo su potencial bélico contra los insurgentes, pero la fuerza del pueblo pudo más que las armas empuñadas por el ejército de la oligarquía. Muchas masacres había sufrido el pueblo de ese ejército, y no en vano se le calificó como el «Ejército masacrador».

Después de tres días de fuertes combates el pueblo se impuso; había derrotado a los contingentes del Colegio militar y del regimiento Lanza que eran los mejor equipados. Los cadetes del Colegio militar se atrincheraron en las cloacas de la ciudad. La capacidad creadora del pueblo se multiplicó y derrotó a los pichones del militarismo.

La derrota que sufrió el ejército fue aplastante, contundente, en los cuarteles del ejército de la oligarquía no quedó nada, se destruyó totalmente el aparato de represión de la feudalburguesía minera.

Después del triunfo de la revolución, con las armas incautadas al ejército se organizaron las milicias populares con trabajadores de las fábricas, de las minas, y los universitarios revolucionarios. Todos los sindicatos obreros contaron con su milicia propia.

La dirección de la milicia la ejerció el MNR a través de sus militantes en los organismos sindicales de las ciudades, las minas y el campo.

Habiendo sido el ejército desmantelado totalmente, los militares viejos buscaron el camino del exilio, quedando sólo los fuertemente ligados al MNR y la dirección de policías y carabineros que había luchado al lado del pueblo en las jornadas de abril.

La reacción derrotada en abril, levantó como su bandera de lucha la reconstrucción del ejército. Durante los primeros años de la revolución no existió ejército. Más tarde, el MNR se dio a la tarea de reorganizar el «Ejército de la revolución nacional». Solamente después que toma la dirección del aparato del estado la derecha del MNR con Hernán Siles Zuazo, se planteó seriamente la reorganización del ejército; la misión militar americana comprendió la importancia de su labor; silenciosamente, sin demasiada propaganda, los cuarteles se fueron llenando de militares, y se reabrió el Colegio militar, engendro de la gorilocracia. Todas las armas, recursos y asistencia técnica fueron suministrados por el Pentágono. Cuando en 1960 finalizó el período de gobierno de Siles Zuazo, ya existía un ejército perfectamente organizado y controlado por el Pentágono, con la capacidad y la fuerza suficiente para entrar en la arena de la lucha política. El Gral. Barrientos, expiloto oficial de Paz Estenssoro, había hecho una carrera militar meteórica, en el curso de pocos años de teniente llegó a general de división.

Entre los años 1960-63, Barrientos inicia una campaña de penetración en el campo a través del programa de Acción cívica, con recursos financiados por el Pentágono, construye escuelas en las zonas rurales y pronuncia demagógicos discursos, utilizando como impacto psicológico su dominio del idioma quéchua. Barrientos ya tenía trazado el camino que lo conduciría al palacio Quemado, había comprendido que no era posible el asalto al poder sin contar con el respaldo de los campesinos. Reorganiza completamente y robustece el ejército, con pleno conocimiento de Paz Estenssoro.

Al finalizar el segundo período de gobierno de Paz Estenssoro, se planteó el cumplimiento de la alternabilidad en el poder; compromiso sobrentendido entre los líderes del MNR. Juan Lechín estaba de turno para ocupar la dirección del Estado de la revolución nacional. A pesar de la existencia de ese compromiso moral, Paz Estenssoro no tenía planteado dejar la presidencia. Esta fue la causa fundamental de la descomposición final del MNR. Lechín abandonó el MNR, convocó, en Oruro, a una Convención nacional del sector que controlaba (ala izquierda), y fundó un nuevo partido político: el PRIN (Partido revolucionario de izquierda nacional) donde contaba con un fuerte apoyo del sector de trabajadores de las minas.

El Jefe del MNR había quedado controlando como base de sustentación firme para su gobierno, sectores importantes y estratégicos del campo. No podría decirse que el Ejército lo seguía totalmente; Barrientos había concluido su tarea, la oficialidad joven se había agrupado en torno a él, por una cuestión explicada como generacional, por su parte Paz Estenssoro confiaba en los viejos militares que le habían sido fieles hasta ese momento, y que controlaban importantes unidades de las Fuerzas Armadas, incluido el Gral. Ovando. Sin embargo, el panorama boliviano de 1964, en general era distinto al de 1960, cuatro años no habían corrido ociosamente para el ejército, ahora estaba y tenía condiciones para exigir participación, en lo que los militares llaman los destinos de la Patria; tal vez fueron los cálculos los que fallaron a Paz, es posible que haya pensado conformar a Barrientos con la vicepresidencia para la que había sido elegido; quizás creyó que Barrientos tendría cuatro años de paciencia para convertirse en presidente. Pero la situación real era muy distinta de los cálculos de Paz Estenssoro. Tenía que enfrentar, por una parte, a la oposición derechista agrupada en torno a Falange,¹¹ con bastante fuerza en los departamentos de Cochabamba y Santa Cruz. Por otra, a la clase obrera que iniciaba una vigorosa lucha de masas por reivindicaciones económicas y sociales. Mayo de 1964 señala un hito importante en la caída de Paz. Los trabajadores de las minas habían decretado huelga ante la negativa de satisfacer sus peticiones económicas; incapaz de controlar la situación, Estenssoro recurre a la violencia. El ejército se dirige a los centros mineros; los trabajadores de las minas se movilizan para enfrentarlos y se produce el choque en las alturas de Sora-Sora, a unos cinco kilómetros de la ciudad de Oruro. Resultados: masacres de trabajadores y decenas de soldados muertos, valiente resistencia de los mineros; esas acciones de represión recuerdan a la clase obrera los tiempos de la «Rosca» y del «Ejército masacrador». Paz rompió con su pueblo. En octubre de 1964 la lucha estudiantil arrecia en el país a raíz del asesinato de un estudiante en la ciudad de Cochabamba. Más de veinte mil maestros decretan huelga por aumento de sueldos. Los disturbios crecen y la situación se complica profundamente. Paz rompe con la Revolución Cubana con la esperanza de ganar la confianza del Departamento de Estado, encarcela a dirigentes sindicales, persigue a la izquierda y «descubre» un complot comunista. Pero todo eso no logró salvarlo; el imperialismo le había retirado su apoyo, y su suerte estaba se-

¹¹ Falange socialista boliviana (Partido reaccionario). (N. de R.)

llada. Su vicepresidente Barrientos dejó la sede de Gobierno y se trasladó a Cochabamba, allí instaló su cuartel general para el definitivo asalto al Poder. El ejército como perro de presa se aprestó a las acciones esperando solamente el momento por semanas, después por días. Llegó noviembre, se desencadenan mayores motines, desde su cuartel general, en pose caricaturesca, Barrientos formula acerbas críticas a Paz. El 3 de noviembre amotina la séptima división del Ejército en Cochabamba. Barrientos completa el panorama hábilmente: renuncia a su cargo de «Vice».

La situación es confusa en el seno del Ejército. Al inicio, Ovando quiere «arbitrar» el conflicto, finalmente Paz dimite. El 5 de noviembre abandona La Paz, sin dar aviso de su decisión a muchos que le fueron fieles hasta el final. En el momento que el avión iba a levantar vuelo del aeropuerto de El Alto, uno de sus partidarios se niega a quedarse, prácticamente lo arrastran para que el avión salga.

Paz salía al exilio. El mismo piloto que lo trajo de Buenos Aires en el 52 para que asumiera el poder, hoy lo echaba.¹²

Barrientos hizo una entrada «triumfal» a La Paz; el «salvador» llegó y quería ser presidente; «casualmente», Ovando también quería ser presidente. En ese instante todos los militares se sentían una especie de «Bona parte». En la revuelta militar había participado el pueblo; el 4 de noviembre asaltó los cuarteles de policía, tomó armas y luchó contra las unidades militares que obedecieron a Paz hasta el final; aquel contratiempo que no entraba en los planes de Barrientos obligó a la Junta a hacer algunas concesiones al pueblo, que, por otra parte, había enfrentado también a los aviones del general en los cerros de Laikakota y El Alto.

El resto de la historia es conocida. Mayo y setiembre del 65: bombardeo a centros mineros, masacres en Villa Victoria, Cerdas. La política antipopular está matizada por el crimen, la persecución y la agresión a la economía de los trabajadores, se rebajan —entre el 40 y el 50%— los sueldos y salarios de los mineros.

El Gral. Barrientos funda el Movimiento popular cristiano para respaldar a su gobierno. La derecha inicia la ofensiva, se reorganizan los partidos tradicionales liquidados en el 52. Barrientos funda el Frente de la revolución boliviana, donde participa su partido y otros grupos sin significación

¹² En julio de 1946, a la caída de Villarroel, por una insurrección, Paz Estenssoro, entonces Ministro de Economía, huyó al exilio; el piloto de la nave fue Barrientos, después del triunfo de abril, Barrientos conduce la nave que lo retorna del exilio.

política de importancia. El partido de izquierda revolucionario, autocalificado de izquierdista, integrado principalmente por profesores universitarios y jefaturizado por Ricardo Anaya, coopera en la actualidad con el gobierno militar civil; junto a él Walter Guevara Arce, ex ministro de gobierno de Hernán Siles.

La crisis de la economía boliviana radica en lo fundamental en las minas, el gobierno militarcivil ha demostrado ser incapaz de solucionarla, no ha vislumbrado ninguna perspectiva seria de solución. La miseria y el hambre se acentúan, ese es el panorama.

Los partidos de izquierda se resisten a abandonar los esquemas de lucha tradicionales, dentro de la izquierda gana terreno la concepción clásica de la insurrección, y como dice Régis Debray, «Es difícil repetir el 1952 en 1966».¹³

El Partido Comunista tiene decisiva fuerza en los centros mineros y en algunos sectores de la ciudad y el campo. El Partido de Lechín es también una fuerza de considerable importancia política. En el seno del destruido y atomizado MNR se producen importantes síntomas de progreso, muchos de los militantes honestos, comprenden ante la caída de Paz, la necesidad de actuar. Sin embargo, aparentemente hasta fines de 1966 hay inactividad, pasividad, conformismo; parecería que la lucha de los partidos de izquierda se hubiera reducido a la guerra de los papeles, a las definiciones; parecería que todos los revolucionarios bolivianos buscaran la verdad boliviana en otros sitios. Sin embargo, nuevos vientos soplan la tierra americana, un símbolo recorre todos los rincones. La necesidad de la acción es cada vez más urgente.

Muchos dirigentes revolucionarios esperan la «coyuntura política», muchos revolucionarios comprenden que algo tenía que suceder en medio de esa aparente calma; «difícil es saber cuál es el momento de pasar de la acción legal a la acción violenta, a la insurrección». Esta interrogante ya había sido solucionada por «los desconocidos».

El 23 de marzo empezaron las acciones; difícil es explicar lo que sentimos quienes por cualquier razón estuvimos ausentes de la Patria aquel día, sólo recordamos sentir algo así como si la circulación de la sangre se hubiera detenido, y con nuestros ojos devoramos los cables. ¡Por fin habíamos roto el mito! La lucha armada había comenzado, allí en el terruño. En aquel instante pensamos en Fidel. «¿Quiénes serán los hombres que

¹³ ¿Revolución es la Revolución? Cuadernos Casa de las Américas, La Habana, 1967.

dirigirán la revolución en este Continente? Tal vez en muchos sea como aquí, hombres cuyos nombres no han aparecido en la letra de molde, hombres que ni siquiera son conocidos. Pero nosotros sabemos que en las filas del pueblo existen ese tipo de nombres que más tarde o más temprano, interpretando correctamente las realidades y los hechos, poseyendo convicción revolucionaria y confianza en el pueblo, lleven hacia adelante a sus pueblos hacia la liberación».

Tal vez cuando Fidel pronunciaba ese discurso en la Plaza de la Revolución, los patriotas bolivianos lo escuchaban en el lugar que hoy conoce el mundo con el glorioso nombre de Ñancahuazu. Desde entonces, el 23 de marzo, ya no es una fecha vacía, es un día histórico, los guerrilleros del Ejército de liberación nacional continúan la tradición de lucha de los guerrilleros de la independencia que lucharon quince años por conquistar la libertad del yugo opresor, ellos recuerdan las luchas y las glorias de los combatientes que fundaron las «Republiquetas», siguen la obra de José Miguel Lanza que fundará la inexpugnable republiqueta de Ayopaya e Inquisivi en Cochabamba; Idelfonso de las Muñecas en Larecaja; (La Paz) José Vicente Camargo en Cinti; (Sucre) Manuel Asencio Padilla y Juana Azurduy de Padilla en la frontera de los Chiriguano (Santa Cruz); Ignacio Warnes y Juan Antonio Alvarez de Arenales en Vallegrande (Santa Cruz); Ramón Rojas en Tarija y de muchos otros.

EL TEATRO DE OPERACIONES

La zona de operaciones del Ejército de liberación nacional comprende parte de los Departamentos de Santa Cruz, Sucre y Tarija; los primeros combates se libraron en la zona de Ñancahuazú, dentro de la jurisdicción de la provincia de Cordillera, Departamento de Santa Cruz. Cercanas a esa zona están las poblaciones de Valle Grande, Lagunillas y Camiri, principal centro petrolero del país.

Por esa zona atraviesan dos ferrocarriles que vinculan a Bolivia con la Argentina y Brasil: el ferrocarril Yacuiba-Santa Cruz, línea férrea que penetra en el territorio argentino y el ferrocarril que desde territorio argentino penetra por la población de Villazón, llegando hasta Oruro y La Paz; más al norte el ferrocarril Corumba-Santa Cruz, que nos une al Brasil. La zona que está comprendida entre las estribaciones de la cordillera occidental de Los Andes y los llanos del sudeste, es de clima subtropical, de vegetación tupida y selva impenetrable, surcada por varios ríos con abundante pesca. Geografía accidentada con largos desfiladeros y cañadones.

Camiri, principal centro petrolero del país, es de capital importancia para la economía nacional; desde allí, se extienden los oleoductos que conducen petróleo hasta las refinerías de Mesa Verde (Sucre) y Gualberto Villarroel (Cochabamba). De esta última el oleoducto llega hasta el puerto chileno de Arica por donde se exporta el petróleo a los Estados Unidos.

Un periodista argentino al comentar la zona de operaciones del Ejército de liberación nacional la calificó como una «zona elegida con maestría». La selva permite una soltura perfecta para el movimiento de los guerrilleros, se puede caminar sin ser descubierto hasta la distancia de tres metros. Uno de los problemas serios que ha enfrentado el ejército de Barrientos es la inadaptabilidad de los soldados reclutados en el altiplano a esa zona subtropical, que le crea serios problemas que se irán agravando más tarde. El Ejército está luchando en una zona desconocida para él, sin preparación. El soldado del altiplano, para adaptarse, debería tener profundas motivaciones de conciencia, profunda convicción ideológica de la necesidad de su lucha, condición imposible de lograr dentro del ejército del títere Barrientos. En vista de ese problema ha reclutado jóvenes en las ciudades tropicales del país, acción que le ha causado serios trastornos en el orden interno, llevando malestar hasta zonas alejadas del centro de operaciones guerrilleras.

La inadaptabilidad del soldado del altiplano en las zonas selváticas se manifiesta primero por una excesiva deshidratación, sobreviniéndole luego una debilidad que le resta fuerzas para el normal desarrollo de sus funciones. Aunque este malestar se puede superar con una prolongada permanencia, la hinchazón de los pies le provoca problemas más serios. La constante picada de los mosquitos, la gran variedad de arácnidos y ofidios, son factores de desmoralización para el soldado del altiplano, que no está acostumbrado al clima tropical en general.

Llegado a un momento, el ejército, con el desarrollo de las acciones militares, se verá obligado a mover sus efectivos de los cuarteles cercanos a los centros mineros, permitiendo de esa manera la posibilidad de una acción de envergadura al proletariado minero. Por otra parte, el ejército de Barrientos jamás podrá lograr un soldado en el que tenga plena confianza; los efectivos del ejército se reclutan por Servicio militar obligatorio que dura dos años; la mayor parte de los reclutas proceden de las zonas rurales del altiplano y los valles, por tanto, fuertemente vinculados a su pueblo. En la actualidad, el mayor problema que confronta el ejército de Barrientos es su falta de preparación y el desconocimiento de la zona de opera-

ciones, sumados a ellos los problemas logísticos creados por la movilización de 3,000 soldados hacia esa zona. El asesoramiento militar por «expertos» yanquis y la utilización de helicópteros, también recomendado por los militares yanquis, es en la actualidad su principal fuente de esperanzas. Sin embargo, el uso de la aviación y el bombardeo con napalm es completamente inútil por lo tupido de la selva. Los bombardeos tienen objetivos psicológicos para presionar sobre los campesinos que viven en la zona de operaciones del Ejército de Liberación Nacional.

La mayor preocupación del ejército en este momento está empeñada en liquidar las fuentes de abastecimiento de los guerrilleros; el Gral. Ovando ordenó que todos los sembradíos de maíz verdes fueran destruidos, y el maíz en condiciones de cosechar, recogido y llevado hacia los centros donde están instalados los cuarteles de la lucha antiguerrillera; sin embargo, dentro de esa selva, existen numerosos tipos de plantas alimenticias, y abundante caza.

Dada las características y la extensión de la zona en que operan los guerrilleros, es difícil su control, teniendo en cuenta que las guerrillas son unidades de gran movilidad y agilidad en sus acciones. Los éxitos continuos de las acciones militares del Ejército de liberación nacional han sorprendido a los militares; sus movimientos no son desorganizados, ni de desbandada, son movimientos que parecen obedecer a un plan militar perfectamente planeado.

En ningún país como en Bolivia están dadas las condiciones para el éxito de la lucha armada, por su experiencia de lucha madura y consecuente. Un pueblo dispuesto al sacrificio por su liberación.

La «paz democrática» en Bolivia no tiene perspectivas, los doce años del MNR han sido una dura lección que el pueblo ha asimilado y que no está dispuesto a repetir. A estas horas los fusiles y las ametralladoras de los trabajadores de las minas y las fábricas aún no están en combate, pero en la perspectiva de la lucha que se anuncia, está todo un pueblo en tensión dispuesto a escribir las páginas de su historia que señalen su definitiva liberación.

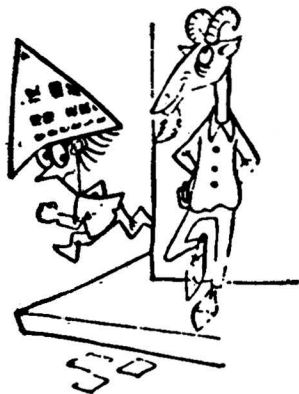
Hay mucho sufrimiento acumulado en las conciencias de los bolivianos, cuatrocientos años de opresión española que pesaron sobre nuestro pueblo no lo doblegaron, ciento cincuenta años de república no lo han deformado, si es cierto que vivimos en nuestras montañas, no hemos olvidado el TI-WANAKU ni el COLLASUYU. Si es cierto que hoy boinas verdes asientan su bota sobre nuestro suelo, no hemos olvidado el quéchua ni el ayma-

rá. Encenderemos enormes hogueras en el altiplano con la paja brava y la taquia; en los valles con la paja del trigo del maíz, porque en los llanos ya arden las hogueras.

Los días grises que apuntan las montañas de nuestro altiplano, se tiñen de rojo desde oriente. En cada grito ahogado por los esbirros crece el odio, el odio militante de nuestro pueblo; en cada fusil que empuña un guerrillero está el alba que alumbrará nuestro suelo. Ellos hoy tienen la técnica, el helicóptero y el napalm, pero nosotros tenemos la conciencia, un fusil que corta por igual al gringo y al criollo traidor.

Somos un pueblo que heredamos de nuestros mayores el orgullo nacional tan grande como las montañas del Illimani y el Tunari, y podemos hacerle una mueca a la muerte porque sabemos que de esa sangre nacerá la Patria, una Patria distinta donde el indio no bese la mano al «Hapaj runa», donde el colla y el cambia entonen por igual al taquirari o el huayño, pero esos son sueños para después, porque hoy hace falta un fusil en la mano para decir que se es boliviano.

Junio de 1967.



Los autores

Ariel Collazo, Primer secretario del Movimiento revolucionario oriental (Uruguay).

Encida Novoa, profesora universitaria chilena, especialista en cuestiones de doctrina social de la Iglesia Católica.

Francisco González, delegado del Ejército de liberación nacional de Colombia a la OLAS.

Manuel Maldonado-Denis, profesor de la Universidad de Río Piedras, Puerto Rico.

Ojarikuj Runa, en quéchua, combatiente.

Para suscribirse a

pensamiento c r í t i c o

(revista mensual)

diríjase,

en el territorio nacional a:

Distribuidora Nacional de Publicaciones;

Neptuno 674, teléfono 7-8966, La Habana,
precio de la suscripción anual: \$4.80;

en el extranjero a:

Departamento internacional del Instituto del Libro,

19 No. 1002, Vedado,
La Habana, Cuba,

precio de la suscripción anual;

correo marítimo: 5.00 dólares canadienses;

correo aéreo,

para Latinoamérica y Estados Unidos: 10.00 dólares
canadienses,

para Europa: 25.00 dólares canadienses.

olas

primera conferencia la habana
cuba/julio 28 agosto 5 1967





CERO CABARET

Cuando por placer mundano
vas una noche de fiesta
en nuestra gloriosa gesta
está muriendo un cubano

Cae la sangre de tu hermano,
derramada por su fe.
¡ Ayuda tú... ponte en pie !
No traiciones a tu tierra..
Si toda Cuba está en guerra
; no vayas tú al cabaret !!